HARLAN COBEN

TE ENCONTRARÉ

RBA

HARLAN COBEN

TE ENCONTRARÉ

Traducción de Jorge Rizzo

RBA

Índice

Primera parte
1
2
3
4
5
6
7
8
9
10
11
12
13
14
15
Segunda parte. Doce horas más tarde
16
17
18
19
20
21
22
23
24
25
26
Tercera parte
27
28
29
30
31
32
33
34
35

36
37
38
Ocho meses más tarde
Agradecimientos
Harlan Coben
Otros titulos de Harlan Coben en RBA

Título original inglés: *I will find you*.
La edición española ha sido publicada gracias a un acuerdo
con Casanovas & Lynch Agencia Literaria.

© del texto: Harlan Coben, 2023.
© de la traducción: Jorge Rizzo Tortuero, 2025.
© de esta edición: RBA Libros y Publicaciones, S. L. U., 2025.
Avda. Diagonal, 189 - 08018 Barcelona.
www.rbalibros.com

Primera edición en libro electrónico: marzo de 2025.

REF.: OBDO460
ISBN: 978-84-1098-186-7

Composición digital: www.acatia.es

Queda rigurosamente prohibida sin autorización por escrito del editor cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra, que será sometida a las sanciones establecidas por la ley. Pueden dirigirse a Cedro (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesitan fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 47). Todos los derechos reservados.

PARA MIS SOBRINOS Y SOBRINAS
THOMAS, KATHARINE, MCCALLUM, REILLY, DOVEY,
ALEK, GENEVIEVE, MAJA, ALLANA, ANA, MARY, MEI,
SAM, CALEB, FINN,
ANNIE, RUBY, DELIA, HENRY Y MOLLY
CON CARIÑO,
EL TÍO HARLAN

PRIMERA PARTE

1

Estoy cumpliendo mi quinto año de una condena por haber matado a mi propio hijo.

Atención, *spoiler*: no lo hice.

Mi hijo Matthew tenía tres años de edad cuando lo asesinaron brutalmente. Era lo mejor de mi vida, y de pronto desapareció, así que cumplo condena desde entonces. No metafóricamente. O, mejor dicho, no solo metafóricamente. Sería una cadena perpetua en cualquier caso, aunque no me hubieran detenido, juzgado y condenado.

Pero en mi caso, en este caso, la cadena perpetua es a la vez metafórica y literal. Y os preguntaréis: ¿cómo es posible que sea inocente?

Lo soy, sin más.

Pero ¿no protesté, no defendí mi inocencia con cada fibra de mi ser?

No, en realidad no. Y supongo que en eso tiene que ver la cadena perpetua en sentido metafórico. Lo cierto era que no me importaba demasiado que me declararan culpable. Sé que suena raro, pero no lo es. Mi hijo está muerto. Eso es lo que importa, la verdadera noticia. La noticia, la entradilla y el titular, todo con grandes mayúsculas. Mi hijo está muerto, ya no está, y eso es algo que no iba a cambiar aunque la portavoz del jurado me hubiera declarado inocente. Culpable o no culpable, le había fallado a mi hijo. En cualquier caso. Matthew no estaría menos muerto si el jurado hubiera sido capaz de ver la verdad y liberarme. Un padre tiene el deber de proteger a su hijo. Esa es su principal prioridad. Así que, aunque no fuera yo quien empuñara el arma que convirtió a mi precioso hijito en la sangrienta imagen con la que me encontré aquella terrible noche de hace cinco años, tampoco lo impedí. No cumplí con mi deber como padre. No lo protegí.

Culpable o no culpable del asesinato en sí, es culpa mía, y, por tanto, mi condena es justa.

Y por eso apenas reaccioné cuando la portavoz del jurado leyó el veredicto. Por supuesto, los observadores concluyeron que debía de ser un sociópata o un psicópata, o que debía de estar trastornado o mentalmente enfermo. No era capaz de sentir, afirmaron los medios. Carecía del gen de la empatía, o no podía experimentar remordimientos, tenía la mirada vacía, entre otras muchas cosas que se les ocurrieron. Nada de eso era cierto. Simplemente, no podía reaccionar. Había recibido un golpe devastador la noche en que me encontré a mi hijo Matthew, vestido con su pijama de héroes de Marvel. Aquel golpe me había hecho caer de rodillas, y no podía levantarme. Ni podía hacerlo entonces. Ni ahora. Ni nunca.

Mi cadena perpetua en sentido metafórico acababa de empezar.

Si creéis que esto va a ser la historia de un hombre acusado injustamente que consigue demostrar su inocencia, os equivocáis. Porque esa no sería una gran historia. Al final, no cambiaría nada. Que me sacaran de este agujero para mí no sería ninguna redención. Mi hijo seguiría muerto.

La redención no es posible en este caso.

O al menos eso es lo que pensaba hasta el momento en que el guardia, un tipo particularmente excéntrico al que llamamos Rizos, se ha presentado en mi celda y me ha dicho: «Tienes visita».

Yo no me he movido, porque pensaba que no estaba hablando conmigo. Llevo aquí casi cinco años, y en todo ese tiempo nunca he tenido visitas. Durante el primer año, mi padre intentó visitarme. También la tía Sophie y un puñado de amigos cercanos y familiares que creían en mi inocencia, o que al menos confiaban en que no era tan culpable. Yo no les quise ver. La madre de Matthew, Cheryl, mi entonces esposa (que, como era de esperar, ahora es mi exesposa) también lo había intentado, aunque no muy convencida. Tampoco dejé que me viera. Lo dejé claro: nada de visitas. No iba a caer en la autocompasión, ni quería compasión de ningún tipo. Las visitas no ayudan al visitante ni al visitado. No les veía sentido y sigo sin vérselo.

Pasó un año. Luego dos. Luego todos dejaron de intentar venir a verme. No es que estuvieran deseando darse el largo viaje hasta Maine

—bueno, quizá Adam sí—, pero ya me entendéis. Ahora, por primera vez en mucho tiempo, alguien ha venido aquí, a la cárcel de Briggs, para verme.

—Burroughs, vamos —dice Rizos—. Tienes visita.

Yo hago una mueca.

—¿Quién es?

—¿Tengo pinta de ser tu secretaria?

—Muy bueno.

—¿El qué?

—El chiste sobre la secretaria. Ha sido muy gracioso.

—¿Te estás haciendo el listillo conmigo?

—No tengo ningún interés en recibir visitas —le recuerdo—. Por favor, dile que se vaya.

Rizos suspira.

—Burroughs.

—¿Qué?

—Que levantes el culo. No has rellenado los impresos.

—¿Qué impresos?

—Hay que rellenar impresos si no quieres visitantes —me dice Rizos —. Pensaba que tenían que estar en mi lista de visitas.

—Lista de visitas... —repite Rizos, negando con la cabeza—. ¿Te parece esto un hotel?

—¿Los hoteles tienen listas de visitas? —replico yo—. En cualquier caso, sí que rellené algo para indicar que no quería visitas.

—Cuando llegaste aquí.

—Exacto.

Rizos vuelve a suspirar.

—Tienes que renovarlo cada año.

—¿Qué?

—¿Has rellenado el impreso este año diciendo que no querías visitas?

—No.

—Ahí tienes —concluye Rizos, extendiendo las manos—. Ahora levanta.

—¿No le puedes decir que se vaya a casa?

—No, Burroughs, no puedo, y te diré por qué. Eso supondría más trabajo para mí que arrastrar tu culo hasta el pabellón de visitas. Si hago eso, tendría que explicar por qué no estás ahí, y tu visitante me haría preguntas, y probablemente tendría que ser yo quien rellenara un impreso, y tendría que ir arriba y abajo, y no necesito nada de eso, ¿sabes? No lo necesito. Así que esto es lo que va a pasar: tú te vienes conmigo ahora mismo, y por mí te puedes quedar ahí sentado sin abrir la boca. Luego rellenas los impresos necesarios y ninguno de los dos tendrá que pasar por esto otra vez. ¿Lo has pillado?

Llevo aquí el tiempo suficiente como para saber que un exceso de resistencia no solo es inútil, sino que puede llegar a ser dañina. Además, a decir verdad, tengo curiosidad.

—Lo he pillado —respondo.

—Genial. Vamos.

Me conozco el procedimiento, por supuesto. Dejo que Rizos me ponga las esposas, y luego la cadena en torno a la cintura para que me pueda fijar las manos. Se salta los grilletes de los tobillos, sobre todo porque es una lata ponerlos y quitarlos. El camino es bastante largo desde el DE (departamento especial, para quien no domine la jerga) de la cárcel de Briggs hasta la zona de visitas. Actualmente somos dieciocho los internos en el DE —siete pedófilos, cuatro violadores, dos asesinos en serie caníbales, dos asesinos en serie «normales», dos asesinos de polis y, por supuesto, un maníaco filicida (un servidor)—. Una buena camarilla.

Rizos me echa una mirada de advertencia, lo cual es raro. La mayoría de guardias son aspirantes a polis aburridos y/o gorilas que nos miran con una apatía impresionante. Me dan ganas de preguntarle qué pasa, pero sé cuándo debo estar callado. Aquí aprendes esas cosas. Siento que las piernas me tiemblan un poco al caminar. Estoy extrañamente nervioso. Lo cierto es que ya estoy acostumbrado a estar aquí. Es un horror —peor de lo que os imagináis—, pero, aun así, me he acostumbrado a este horror en particular. Esta visita, sea quien sea, después de tanto tiempo, ha venido a darme una noticia que va a poner mi mundo del revés.

Y eso no me apetece nada.

La mente se me va a aquella noche, a la imagen de la sangre. Pienso mucho en la sangre. También sueño con ella. No sé con qué frecuencia. Al principio era cada noche. Ahora yo diría que es más bien una vez por semana o así, pero no llevo la cuenta. En la cárcel el tiempo no pasa de forma normal. Se detiene, parte, traquetea y hace zigzags. Recuerdo que esa noche me desperté en la cama que compartía con mi esposa Cheryl. No miré el reloj, pero para quienes llevan la cuenta del tiempo en la familia eran las cuatro de la mañana. La casa estaba en silencio, pero tuve la sensación de que algo no iba bien. O quizá eso es lo que me parece ahora. La memoria puede llegar a ser la narradora de historias más creativa que existe. Así que probablemente no tuviera ninguna sensación. Ya no lo sé. No es que me despertara sobresaltado y saliera de la cama a la carrera. Tardé lo mío en ponerme en pie. Me quedé en la cama varios minutos, con el cerebro atascado en ese extraño umbral entre el sueño y la vigilia, emergiendo lentamente hacia la conciencia.

En algún momento levanté por fin la cabeza. Eché a caminar por el pasillo hacia la habitación de Matthew.

Y fue entonces cuando vi la sangre.

Era más roja de lo que imaginaba: de un rojo intenso, como un lápiz de cera, de un rojo llamativo, burlón, como el maquillaje de un payaso contra el blanco de la piel.

Caí presa del pánico. Llamé a Matthew. Fui corriendo a su habitación, golpeándome contra el marco de la puerta. Volví a llamarlo por su nombre. No hubo respuesta. Entré y me encontré... algo irreconocible.

Según me han dicho, me puse a gritar.

Así es como me encontró la policía. Aún gritaba. Los gritos se convirtieron en esquirlas de vidrio que se me clavaban por todas partes. En algún momento dejé de gritar, supongo. Eso tampoco lo recuerdo. Quizá se me partieran las cuerdas vocales. No lo sé. Pero el eco de esos gritos no me ha abandonado nunca. Esas esquirlas siguen clavándoseme, cortando, segando y hundiéndoseme en las carnes.

—Date prisa, Burroughs —dice Rizos—. La mujer lleva ya un rato esperando.

La mujer.

Ha dicho «la mujer». Por un momento me imagino que podría ser Cheryl, y el corazón se me acelera. Pero no, ella no vendrá, y yo tampoco querría que viniera. Estuvimos casados ocho años. Felizmente casados, pensaba yo, la mayoría de esos años. Al final no fue tan bonito. Los nuevos motivos de tensión habían creado grietas, y las grietas se estaban convirtiendo en fisuras. ¿Habríamos podido seguir adelante? No lo sé. A veces pienso que Matthew nos habría hecho esforzarnos más, que él nos habría mantenido unidos, pero me da la impresión de que estoy hablando por hablar.

Poco después de que me condenaran firmé unos papeles concediéndole el divorcio. No volvimos a hablar. Fue más decisión mía que suya. Así que eso es todo lo que sé de su vida. Ahora mismo no tengo ni idea de dónde está, si aún está sufriendo, de duelo, o si ha conseguido hacerse una vida nueva. Y creo que es mejor que no lo sepa.

¿Por qué no presté más atención a Matthew esa noche?

No estoy diciendo que fuera un mal padre. No creo que lo fuera. Pero esa noche, sencillamente, no estaba de humor. Los niños de tres años pueden suponer un esfuerzo. Y pueden acabar aburriendo. Todos lo sabemos. Padres y madres tienden a fingir que cada momento que pasan con su hijo es una delicia. No lo es. O al menos eso era lo que pensaba esa noche. No le leí un cuento antes de dormir porque no tenía ganas. Horrible, ¿verdad? Envié a mi hijo a la cama solo porque estaba distraído con mis propios asuntos sin importancia y mis inseguridades. Idiota. Qué idiota. Todos somos tan idiotas cuando las cosas nos van bien en la vida...

Cheryl, que acababa de terminar su residencia en cirugía, tenía guardia esa noche, en el pabellón de trasplantes del Boston General. Yo estaba solo con Matthew. Me puse a beber. No suelo beber mucho y no aguanto bien el alcohol, pero en los últimos meses, con las tensiones propias del matrimonio, me parecía que me proporcionaba cierto alivio. Así que me tomé unas copas y supongo que se me subieron a la cabeza enseguida. En pocas palabras, bebí de más y perdí la conciencia, de modo que en lugar de cuidar a mi hijo, en

lugar de protegerlo, en lugar de asegurarme de que todas las puertas estuvieran cerradas con llave (no lo estaban) o de prestar atención por si entraba algún intruso, en lugar de oír a un niño chillando de terror y/o agónicamente, estaba en un estado que el fiscal en el juicio definió como de «letargo alcohólico».

No recuerdo nada más hasta que percibí ese olor.

Ya sé lo que estáis pensando. Quizá sí que lo hiciera. Al fin y al cabo, las pruebas en mi contra eran bastante apabullantes. Lo entiendo. Es justo. A veces yo también me lo pregunto. Habría que estar ciego, o muy engañado, para no considerar esa posibilidad, así que dejad que os cuente una historia breve que tiene que ver con esto: una vez golpeé con fuerza a Cheryl mientras dormíamos. Tenía una pesadilla, y estaba soñando que un mapache enorme estaba atacando a nuestro perrito, Laszlo, así que en mi sueño, presa del pánico, le di una patada con todas las fuerzas al mapache, solo que acabé dándosela a Cheryl en la espinilla. Ahora que lo pienso, incluso es gracioso recordar a Cheryl intentando no alterarse mientras yo defendía mis acciones («¿Habrías preferido que dejara que un mapache se comiera a Laszlo?»), pero mi maravillosa mujer, cirujana, una mujer que adoraba a Laszlo y a todos los perros, seguía furiosa.

—A lo mejor, inconscientemente, querías hacerme daño —repuso.

Pero lo dijo con una sonrisa, así que no creo que fuera en serio. O quizá sí. Olvidamos ese asunto de inmediato y pasamos un día estupendo juntos. Pero ahora pienso mucho en aquello. Esa noche también estaba dormido y tenía un sueño. Una patada no es un asesinato, pero quién sabe, ¿no? El arma del crimen era un bate de béisbol. La señora Winslow, que llevaba cuarenta años viviendo en la casa del otro lado del jardín, me vio enterrarlo. Esa fue la prueba crucial, aunque siempre me he preguntado por qué iba a ser tan estúpido de enterrarlo tan cerca del escenario del crimen, con mis huellas por todas partes. Y no es lo único que me suscita dudas. Por ejemplo, yo ya me había quedado dormido después de tomar una o dos copas de más alguna vez —¿a quién no le ha pasado?—, pero nunca así. Quizá me drogaran, pero cuando llegaron a la conclusión de que yo era un posible sospechoso ya era tarde para hacerme

análisis. Al principio, los agentes de la policía local, muchos de los cuales adoraban a mi padre, me apoyaron mucho. Buscaron entre los delincuentes que había encarcelado mi padre, pero no parecía que fueran por ahí los tiros. Ni siquiera me lo parecía a mí. Papá se había creado enemigos, claro, pero eso había sido hacía mucho tiempo. ¿Por qué iba a querer vengarse alguno de ellos matando a un niño de tres años? No cuadraba. No había señales de agresión sexual ni de ningún otro móvil, así que en realidad, sumándolo todo, solo quedaba un sospechoso posible.

Yo.

Así que a lo mejor sí que pasó algo parecido a lo de mi sueño de la patada al mapache. No es imposible. Mi abogado, Tom Florio, quería alegar algo así. Mis familiares, o algunos de ellos al menos, también creían que debía de ir por ahí. Declarar una discapacidad transitoria o algo así. Tenía un historial de sonambulismo y algo que, forzando la definición, podría describirse como problemas mentales. Podía usar eso, decían.

Pero no, yo no quería confesar porque, a pesar de todo aquello, yo no lo hice. No maté a mi hijo. Sé que no lo hice. Lo sé. Y sí, ya sé que es lo que dicen todos los asesinos.

Rizos y yo giramos la última esquina. La cárcel de Briggs tiene un estilo que podríamos definir como Asfalto Americano Temprano. Todo es de un gris apagado, como una carretera vieja después de una tormenta. Yo, que vivía en una casa de estilo colonial, con paredes de un amarillo intenso y postigos verdes, tonos tierra y muebles antiguos de pino, en una posición estupenda, en una calle sin salida, con un terreno de tres mil metros cuadrados, y ahora estoy aquí. No importa. El entorno es irrelevante. Acabas aprendiendo que el exterior es algo temporal, una ilusión, y por tanto irrelevante.

Se oye un zumbido y Rizos abre la puerta. Muchas cárceles tienen salas de visitas modernizadas. Los internos menos peligrosos se pueden sentar a una mesa con su visita o visitas sin barreras o separaciones físicas. Yo no puedo. En Briggs aún tenemos mamparas de plexiglás a prueba de balas. Me siento en un taburete de metal atornillado al suelo. La cadena de la cintura es bastante ancha, así que

puedo coger el teléfono. Así es como se comunican los visitantes de una cárcel de máxima seguridad: por teléfono y a través del plexiglás.

La visitante no es Cheryl, mi exmujer aunque se parece a ella.

Es su hermana, Rachel.

Rachel está sentada al otro lado del plexiglás, pero veo cómo se le abren los ojos cuando me ve. Su reacción casi me hace sonreír. Su antes adorado cuñado, el hombre con ese sentido del humor tan poco convencional y con esa sonrisa socarrona, sin duda ha cambiado en los últimos cinco años. Me pregunto qué es lo que ve primero. Quizá la pérdida de peso. O quizá los huesos de la cara fracturados que no se han soldado a la perfección. Podría ser mi piel cetrina, lo caídos que tengo los hombros, antes atléticos, o el cabello, cada vez menos espeso y cada vez más gris.

Me siento y la miro a través del plexiglás. Descuelgo el teléfono y le indico con un gesto que haga lo mismo. Cuando Rachel se lleva el teléfono al oído, hablo.

—¿Por qué has venido?

Rachel casi consigue sonreír. Siempre hemos tenido buena relación. Me gustaba pasar tiempo con ella. A ella también le gustaba pasar tiempo conmigo.

—Ya veo que no estamos para formalidades.

—¿Has venido a intercambiar formalidades, Rachel?

Cualquier rastro de sonrisa que quedara en su rostro desaparece. Niega con la cabeza.

—No.

Espero. Aunque parece fatigada, Rachel sigue siendo guapa. Su cabello es del mismo rubio ceniza que el de Cheryl; sus ojos, del mismo color verde oscuro. Cambio de posición en mi taburete y la miro de lado porque me duele mirarla de frente.

Rachel parpadea para contener el llanto y mueve la cabeza de lado a lado.

—Esto es una locura.

Baja la mirada y por un momento veo a la chica de dieciocho años que conocí la primera vez que Cheryl me llevó a su casa, en Nueva Jersey, desde la facultad de Amherst, durante nuestro primer año de

universidad. En realidad los padres de Cheryl y Rachel no me veían con buenos ojos. Para ellos no tenía la categoría suficiente, con un padre policía y habiéndome criado en un barrio humilde. A Rachel, en cambio, enseguida le había caído bien, y acabé cogiéndole cariño, como si fuera mi hermana pequeña. Me preocupaba por ella, despertaba en mí un instinto de protección. Un año más tarde le ayudé a mudarse a la Universidad de Lemhall para cursar su primer año, y luego a la de Columbia, donde estudió periodismo.

—Ha pasado mucho tiempo —dice Rachel.

Asiento. Quiero que se vaya. Me duele mirarla. Espero. Ella no habla. Al final digo algo, porque parece que Rachel necesita que le eche un cable, así que no puedo evitarlo.

—¿Cómo está Sam?

—Bien —dice Rachel—. Ahora trabaja para Merton Pharmaceuticals. En ventas. Es jefe de la sección, viaja mucho. —Luego se encoge de hombros y añade—: Nos hemos divorciado.

—Oh —digo yo—, lo siento.

Ella le resta importancia con un gesto de la mano. En realidad no lo siento tanto. Nunca pensé que Sam fuera lo suficientemente bueno para ella, pero tampoco me lo parecían la mayoría de sus novios.

—¿Aún trabajas para el *Globe*?

—No —dice, con una voz que zanja de golpe el tema. Permanecemos en silencio unos segundos más. Vuelvo a intentarlo.

—¿Vienes por Cheryl?

—No, en realidad no.

Trago saliva.

—¿Cómo está?

Rachel se retuerce las manos. Mira a todas partes para no mirarme a mí.

—Ha vuelto a casarse.

Es como un puñetazo en el vientre, pero lo aguanto sin parpadear siquiera. «Eso es —pienso—. Por cosas como esta es por lo que no quiero visitas».

—Ella no te culpó nunca, ya lo sabes. Ninguno lo hicimos.

—¿Rachel?

—¿Qué?

—¿A qué demonios has venido?

Volvemos a quedarnos en silencio. Detrás de ella veo otro guardia, uno que no conozco. Nos mira. Ahora mismo hay otros tres internos aquí dentro. No conozco a ninguno de ellos. Briggs es muy grande, y yo procuro no mezclarme con la gente. Tengo la tentación de ponerme en pie y marcharme, pero Rachel habla por fin.

—Sam tiene un amigo —dice.

Espero.

—En realidad no es un amigo. Más bien un colega. Trabaja en marketing. Y en administración. En Merton Pharmaceuticals. Se llama Tom Longley. Está casado y tiene dos hijos. Una familia agradable. Solíamos salir juntos. A barbacoas de la empresa, cosas así. Su esposa se llama Irene. Irene me gusta. Es muy simpática.

Se detiene y menea la cabeza.

—No lo estoy contando bien.

—No, no —digo yo—. Hasta ahora es una historia estupenda.

Rachel sonríe, sonríe de verdad en reacción a mi sarcasmo.

—Ahí está el viejo David.

Volvemos a quedarnos callados. Cuando Rachel vuelve a hablar, sus palabras salen más despacio, más mesuradamente.

—Los Longley se fueron a un viaje organizado por la empresa de él hace dos meses, a un parque de atracciones en Springfield. Six Flags, creo que se llama. Se llevaron a los dos niños. Irene y yo somos amigas, así que el otro día me invitó a almorzar. Me habló del viaje para cotillear un poco, supongo, porque Sam llevó a su nueva novia. Como si me importara. Pero no se trata de eso.

Me muerdo la lengua para no hacer otro comentario sarcástico y la miro. Ella me aguanta la mirada.

—Y entonces Irene me enseñó un montón de fotos.

Rachel se detiene. No tengo la más mínima idea de adónde quiere llegar, pero en mi cabeza ya oigo el preludio de una banda sonora agorera. Rachel saca un sobre marrón. De veinte por veinticinco, supongo. Lo apoya en la repisa que tiene delante. Aguanta la mirada más de lo normal, como si estuviera planteándose el paso siguiente.

De pronto mete la mano en el sobre, saca algo y lo pone contra el plexiglás.

Es una foto, claro.

No sé qué es lo que tengo que ver. Efectivamente, la foto parece tomada en un parque de atracciones. Una mujer —me pregunto si será la simpática Irene— sonríe tímidamente a la cámara. Tiene a dos niños en el regazo, probablemente los Longley, y ninguno mira a la cámara. El de la derecha va disfrazado de Bugs Bunny; el de la izquierda de Batman. Irene parece algo molesta con ellos, pero no está enfadada. Ya casi me imagino la escena. El bueno de Tom, de marketing, animando a la simpática Irene para que pose; la simpática Irene, que en realidad no tiene ningunas ganas, pero le da el gusto; y los dos niños que no quieren ni oír hablar del tema. Todos hemos pasado por eso. Hay una montaña rusa roja enorme al fondo. El sol ilumina los rostros de la familia Longley, lo cual explica las muecas y que intenten girarse.

Rachel me mira fijamente.

Yo levanto la vista y la miro. Ella sigue presionando la fotografía contra el cristal.

—Fíjate más, David.

Me la quedo mirando un segundo o dos más y luego vuelvo a posar la vista en la fotografía. Esta vez lo veo de inmediato. Una garra de acero se me clava en el pecho y me presiona el corazón. No puedo respirar.

Hay un niño.

Está detrás, en el extremo derecho de la foto, casi fuera de cuadro. Está de perfil, como si posara para aparecer en las monedas. El niño debe de tener unos ocho años. Alguien, un hombre adulto, quizá, le coge de la mano. El niño tiene la vista levantada hacia lo que supongo que es la espalda del hombre, pero el hombre no sale en la foto.

Siento que afloran las lágrimas y acerco unos dedos temblorosos. Acaricio la imagen del niño a través del cristal. Es imposible, claro. Un hombre desesperado ve lo que quiere ver y admitámoslo: ni alguien perdido en el desierto, enloquecido por el calor y muerto de sed y de hambre podría estar más desesperado que yo. Matthew no había

cumplido aún los tres años cuando lo mataron. Nadie, ni un padre devoto, podría adivinar qué aspecto tendría cinco años más tarde. No podría estar seguro. Hay cierto parecido, eso es todo. El niño se parece a Matthew. Se parece. Es un parecido, nada más. Un parecido.

Contengo el llanto. Me llevo el puño a la boca y me lo muerdo. Tardo unos segundos en poder hablar. Cuando lo hago, mis palabras son muy claras.

—Es Matthew.

Rachel mantiene la foto presionada contra el plexiglás.

—Tú sabes que no es posible —dice.

Yo no respondo.

—Se parece a Matthew —dice Rachel, con una voz monocorde—. Reconozco que se parece a él. Mucho. Pero Matthew era un bebé cuando... —Se frena, respira hondo y sigue adelante—. Y aunque nos basáramos en la mancha de nacimiento que tenía en la mejilla... esta es más pequeña que la de Matthew.

—Es lo que se suponía que tenía que pasar —le digo.

El término médico para la enorme marca de nacimiento de color vino que tenía mi hijo en el pómulo derecho era «hemangioma congénito». El niño de la fotografía también lo tenía: más pequeño, de un tono más suave, pero más o menos en el mismo sitio.

—Los médicos dijeron que ocurriría —añado—. Con el tiempo desaparece del todo.

Rachel niega con la cabeza.

—David, los dos sabemos que no puede ser.

No respondo.

—No es más que una coincidencia extraña. Un gran parecido, combinado con el deseo que tenemos de ver lo que queremos, lo que necesitamos ver. Y no te olvides del examen forense y del ADN...

—Para.

—¿Qué?

—No me has venido aquí con la foto porque pensaras que simplemente se parecía a Matthew.

Rachel cierra los ojos y aprieta los párpados.

—Fui a ver a un técnico que conozco que trabaja para la policía de Boston. Le di una foto antigua de Matthew.

—¿Qué foto?

—La foto en la que lleva la sudadera de Amherst.

Asiento. Cheryl y yo se la habíamos comprado durante la celebración del décimo aniversario de la promoción. Habíamos usado esa foto para nuestra felicitación de Navidad.

—El caso es que este técnico tiene un software de envejecimiento artificial. De los más avanzados. La policía los utiliza para buscar a desaparecidos. Le dije que me envejeciera al niño de la foto cinco años y...

—Coincidía —digo, acabando la frase por ella.

—Bastante. No es concluyente. Lo entiendes, ¿verdad? Hasta mi amigo dijo eso, y él no sabe por qué se lo pedí. Así que ya lo sabes. No se lo he contado a nadie más.

Eso me sorprende.

—¿No le has enseñado esta foto a Cheryl?

—No.

—¿Por qué no?

Rachel se mueve en el taburete, incómoda.

—Es una locura, David.

—¿El qué?

—Todo esto. No puede ser Matthew. Estamos dejando que los deseos nos enturbien la razón.

—Rachel —insisto. Ella me mira—. ¿Por qué no se lo has enseñado a tu hermana?

Rachel hace girar los anillos de sus dedos. Aparta la mirada, la pasea por la sala como un pajarillo asustado, y luego vuelve a mirarme.

—Tienes que entenderlo. Cheryl está intentando pasar página. Está intentando dejar todo esto atrás.

Siento mi propio corazón golpeándome el pecho.

—Si se lo digo, será como arrancarle la vida de nuevo de raíz. Darle falsas esperanzas con algo así... la destrozaría.

—Sin embargo, me lo estás diciendo a mí.

—Porque tú no tienes nada, David. Si te arranco la vida de raíz, ¿qué pasa? Tú no tienes vida. Dejaste de vivir hace mucho tiempo.

Sus palabras pueden parecer duras, pero no hay rabia ni amenaza

en su tono. Tiene razón, por supuesto. Es una observación justa. Yo no tengo nada que perder. Si nos equivocamos con esa foto —y, siendo objetivo, me doy cuenta de que las probabilidades de que nos equivoquemos son muchas— nada cambiará para mí. Seguiré aquí, erosionándome y degradándome, sin ningún deseo de ralentizar ese proceso.

—Ha vuelto a casarse —repite Rachel.

—Ya me lo has dicho.

—Y está embarazada.

Un directo de izquierda a la barbilla seguido de un potente gancho de derecha por el lado ciego. Me tambaleo y espero al conteo del árbitro.

—No iba a decírtelo... —se excusa Rachel.

—No pasa nada.

—... y si vamos a intentar hacer algo con esto...

—Lo entiendo.

—Me alegro, porque yo no sé qué hacer. No es que dispongamos de una prueba que pueda convencer a alguien razonable. A menos que quieras que lo intente. Quiero decir, que podría llevárselo a un abogado o a la policía.

—Se reirían en tu cara y se te quitarían de en medio.

—Ya. Quizá podríamos acudir a la prensa.

—No.

—O... o a Cheryl. Si crees que es lo mejor. Quizá podamos obtener un permiso para exhumar el cuerpo. Una nueva autopsia o un test de ADN podrían demostrar una cosa o la otra. Quizá consiguieras un nuevo juicio.

—No.

—¿Qué? ¿Por qué?

—Aún no, en todo caso. No podemos dejar que se entere todo el mundo.

—No lo entiendo —responde Rachel, confundida.

—Tú eres periodista.

—¿Y qué?

—Pues que lo sabes —digo yo, acercándome un poco—. Si esto se

hace público, será una gran historia. Tendremos a la prensa encima otra vez.

—¿Tendremos? ¿O quieres decir que la tendrás tú?

Por primera vez detecto un tono de reprobación en su voz. Espero. Se equivoca. Enseguida se dará cuenta. Cuando apareció el cadáver de Matthew, los medios de comunicación se mostraron respetuosos y comprensivos. Trataron el tema destacando el drama humano, destacando que el asesino seguía por ahí suelto, de modo que ustedes, querido público, debían prestar atención. Las redes sociales no se mostraron tan respetuosas. «Es un familiar», aseguraba alguien en Twitter. «Seguro que es el padre, ese perdedor que se quedaba en casa —afirmaba otro, que recibió muchos "me gusta"— probablemente cabreado por el éxito de su mujer». Y así, muchos más.

Cuando vieron que no detenían a nadie —cuando el tema empezaba a perder fuerza—, los medios se mostraron más frustrados e impacientes. Los comentaristas empezaron a preguntarse cómo había podido permanecer dormido durante la carnicería. Luego las pequeñas filtraciones empezaron a multiplicarse: el arma del crimen, un bate de béisbol que había comprado yo mismo cuatro años antes, había aparecido enterrado cerca de la casa. Una testigo, nuestra vecina, la señora Winslow, sostenía que me había visto enterrándolo la noche del asesinato. El examen forense confirmó que en el bate estaban mis huellas, y ninguna más.

A los medios les encantó ese nuevo enfoque, básicamente porque les servía para reanimar un tema que ya agonizaba y ganar audiencia. Empezó a aparecer gente. Un psiquiatra que me había tratado en el pasado filtró mi historial de pesadillas y sonambulismo. Cheryl y yo habíamos tenido graves problemas de pareja. Quizá ella tuviera una aventura. Ya os hacéis a la idea. En los editoriales de los periódicos exigían que se me detuviera y se me juzgara. Me estaban tratando con especial deferencia, decían, porque mi padre era poli. ¿Qué más habrían escondido? Si no hubiera sido blanco, ya estaría entre rejas. Eso era racismo, privilegios, la prueba evidente de un doble rasero.

Probablemente tuvieran razón en muchas de esas cosas.

—¿Crees que me preocupa la mala prensa? —le pregunto.

—No —responde, suavizando la voz—, pero no lo entiendo. ¿Qué daño nos puede hacer la prensa en este momento?

—Lo harán público.

—Sí, lo pillo. ¿Y?

Me miraba fijamente.

—Todo el mundo se enterará —digo yo—. Incluido... —Señalo la mano del adulto que tiene cogida la de Matthew en la fotografía—... este tipo.

Silencio.

Espero que diga algo. Como no lo hace, prosigo:

—¿No lo ves? Si él se entera, si sabe que le seguimos la pista, ¿quién sabe cómo reaccionará? Quizá huya. Quizá se esconda y no lo encontremos nunca más. O quizá se dé cuenta de que no puede arriesgarse. Pensaba que no corría ningún riesgo y ahora se da cuenta de que sí, así que quizá esta vez se deshaga de todas las pruebas de una vez por todas.

—Pero la policía... Ellos podrían investigar en silencio.

—Imposible. Se filtrará. Y tampoco se lo tomarán en serio, solo con esta foto. Eso ya lo sabes.

Rachel niega con la cabeza.

—Entonces, ¿qué es lo que quieres hacer?

—Tú eres una reputada periodista de investigación.

—Ya no.

—¿Por qué? ¿Qué ha pasado?

Hace un gesto de resignación.

—Es una larga historia.

—Tenemos que saber más —insisto.

—¿Tenemos?

Asiento.

—Tengo que salir de aquí.

—¿De qué demonios estás hablando?

Me mira con preocupación. Me doy cuenta. Y también lo noto en mi tono. He recuperado en parte el timbre de antaño. Cuando asesinaron a Matthew me hice un ovillo, adoptando la posición fetal, y solo quería morir. Mi hijo había muerto. No importaba nada más.

Pero ahora...

Suena un zumbido. Entran los guardias. Rizos me pone la mano en el hombro.

—Se ha acabado el tiempo.

Rachel mete rápidamente la foto en el sobre marrón. Cuando lo hace siento el efecto de la nostalgia, un deseo de seguir mirando la fotografía, el miedo a que no haya sido más que un espejismo, y ahora que no la veo, aunque solo sean unos segundos, me parece que todo se vuelve difuso, como si intentara agarrarme a una nube de humo. Intento grabar la imagen de mi hijo en el cerebro, pero su rostro empieza a difuminarse, como la imagen final de un sueño.

Rachel se pone en pie.

—Estoy alojada en el motel al final de la carretera.

Asiento.

—Volveré mañana.

Asiento otra vez.

—Y, por si te sirve de algo, yo también creo que es él.

Abro la boca para darle las gracias, pero no me salen las palabras. No importa. Ella se da la vuelta y se va. Rizos me aprieta el hombro.

—¿De qué iba todo eso? —me pregunta.

—Dile al alcaide que quiero verle —digo yo.

Rizos sonríe con unos dientes que parecen caramelitos de menta.

—El alcaide no recibe a los prisioneros.

Me pongo en pie y le miro a los ojos. Y por primera vez en años, sonrío. Sonrío de verdad. Al darse cuenta, Rizos da un paso atrás.

—A mí me recibirá —insisto—. Tú, díselo.

—¿Qué es lo que quieres, David?

El alcaide Philip Mackenzie no parece contento con mi visita. Su despacho es austero, formal. Hay una bandera estadounidense con su mástil en una esquina, junto con una fotografía del gobernador actual. Su escritorio es gris, metálico y funcional, y me recuerda los de mis profesores cuando iba a primaria. A la derecha hay un reloj con un soporte para un lápiz y una pluma, algo que podrías encontrar en el departamento de regalos de T. J. Maxx. Detrás se alzan dos grandes archivadores de metal gris, como torres de guardia.

—¿Y bien?

He ensayado lo que le iba a decir, pero no me atengo al guion. Intento mantener un tono de voz constante, llano, monótono, incluso profesional. Sé que lo que le diré le parecerá una locura, así que necesito que mi tono exprese lo contrario. Tengo que decir que el alcaide se sienta y me escucha pacientemente, y al principio no parece demasiado perplejo. Cuando acabo de hablar, echa el cuerpo atrás y aparta la mirada. Respira hondo varias veces. Philip Mackenzie tiene más de setenta años, pero por su aspecto aún sería capaz de demoler una de las paredes de hormigón blindadas con acero que rodean la cárcel. Tiene un tórax voluminoso y es calvo, pero la cabeza parece aprisionada entre dos enormes hombros sin necesidad aparente de un cuello. Sus manos son enormes y nudosas. Las tiene apoyadas sobre la mesa como si fueran dos arietes.

Por fin se vuelve hacia mí y me mira con esos ojos azules fatigados desde debajo de unas cejas de espeso pelo blanco.

—No lo dirás en serio —dice.

Levanto la cabeza, estirando la espalda.

—Es Matthew.

Él agita una mano gigante, restando importancia a mis palabras.

—Venga ya, David. ¿Qué es lo que intentas?

Me lo quedo mirando fijamente.

—Estás buscando el modo de salir de aquí. Como todos los internos.

—¿Crees que me he inventado esta historia para que me soltéis? —replico, esforzándome para que no se me quiebre la voz—. ¿Crees que me importa lo más mínimo salir de este agujero?

Philip Mackenzie suspira y menea la cabeza.

—Philip, mi hijo está ahí fuera, en algún lugar.

—Tu hijo está muerto.

—No.

—Lo mataste tú.

—No. Te puedo enseñar la foto.

—¿La que te ha traído tu cuñada?

—Sí, claro. Se supone que voy a ver claro que un niño que aparece en el fondo es tu hijo Matthew, que murió cuando tenía... ¿cuántos? ¿Tres años?

Yo no digo nada.

—Y pongamos, no sé, pongamos que lo reconozco. Es imposible. Quiero decir, no puede ser, por mucho que tú lo digas. Pero pongamos que es idéntico a Matthew. Has dicho que Rachel hizo una comprobación con tecnología de envejecimiento artificial, ¿no?

—Exacto.

—Entonces, ¿cómo puedes estar seguro de que ella no ha modificado el rostro de la foto en cuestión para obtener ese mismo resultado?

—¿Qué?

—¿Sabes lo fácil que es falsificar fotografías?

—Estás de broma, ¿no? —replico, frunciendo el ceño—. ¿Por qué iba a hacer algo así?

Philip Mackenzie se frena de golpe.

—Un momento. Ah, claro.

—¿Qué?

—No sabes lo que le pasó a Rachel.

—¿De qué estás hablando?

—Su carrera como periodista. Se ha acabado.

No digo nada.

—No lo sabías, ¿verdad?

—No importa —insisto. Pero, por supuesto, sí que importa. Echo el cuerpo hacia delante y miro fijamente al hombre que he conocido toda la vida como tío Philip—. Llevo aquí cinco años —digo, en el tono más mesurado que consigo poner—. ¿Cuántas veces he venido a pedirte ayuda?

—Ninguna —dice—, pero eso no significa que no te haya ayudado. ¿Crees que es coincidencia que hayas acabado en mi cárcel? ¿O que lleves tanto tiempo en el pabellón de aislamiento? Querían que volvieras con los presos comunes, incluso después de aquella paliza.

Fue tres semanas después de mi ingreso en prisión. Yo estaba en uno de los módulos ordinarios, no aquí, en el pabellón de aislamiento. Cuatro hombres de una corpulencia solo superada por su nivel de depravación me arrinconaron en la ducha. La ducha. El truco más viejo del manual. No para violarme. No fue nada sexual. Solo querían darle la paliza del siglo a alguien para dar rienda suelta a sus instintos más primitivos. ¿Y quién mejor que el nuevo asesino de niños del que hablaba todo el mundo? Me rompieron la nariz. Me reventaron el pómulo. La mandíbula, desencajada, me quedó colgando como una puerta a la que le falta una bisagra. Cuatro costillas rotas. Conmoción cerebral. Hemorragia interna. Desde entonces no veo bien con el ojo derecho.

Me pasé dos meses en la enfermería.

Saco el as que llevo guardado en la manga.

—Estás en deuda conmigo, Philip.

—No exactamente: estoy en deuda con tu padre.

—Ahora es lo mismo.

—¿Tú crees que las deudas se heredan?

—¿Qué diría papá?

Philip Mackenzie parece incómodo; de pronto lo veo agotado.

—Yo no maté a Matthew —insisto.

—Un interno diciéndome que es inocente —responde, meneando la cabeza en un gesto casi cómico—. Vaya, es la primera vez.

Philip Mackenzie se levanta de su silla y se da la vuelta hacia la

ventana. Mira hacia fuera, hacia los bosques, más allá de la verja.

—Cuando tu padre se enteró de lo de Matthew... y, aún peor, cuando supo que te habían detenido... —No acaba la frase—. Dime, David, ¿por qué no alegaste enajenamiento temporal?

—¿Crees que tenía algún interés en encontrar un truco legal para escabullirme?

—No era un truco legal —insiste Philip, y ahora percibo comprensión en su tono. Se vuelve hacia mí—. Te quedaste en blanco. Saltó algún circuito en tu interior. Tenía que haber una explicación. Todos te habríamos apoyado.

Empieza a dolerme la cabeza: otra consecuencia de esa paliza, o quizá la causa sean sus palabras. Cierro los ojos y respiro hondo.

—Por favor, escúchame. No era Matthew. Y fuera lo que fuera lo que ocurrió, yo no lo hice.

—Te tendieron una trampa, ¿eh?

—No lo sé.

—Entonces, ¿de quién era el cuerpo que encontraste?

—No lo sé.

—¿Y cómo explicas que encontraran tus huellas en el arma?

—Era mi bate. Lo guardaba en el garaje.

—¿Y qué hay de esa anciana que te vio enterrándolo?

—No lo sé. Solo sé lo que he visto en esa fotografía.

El viejo vuelve a suspirar.

—¿Te das cuenta de que es imposible no pensar que te engañas?

Ahora yo también me pongo de pie. Para mi sorpresa, Philip da un paso atrás, como si me tuviera miedo.

—Tienes que sacarme de aquí —susurro—. Aunque solo sea por unos días.

—¿Has perdido el juicio?

—Consígueme un permiso por fallecimiento de un familiar o algo así.

—Eso no se les concede a los convictos por cargos como el tuyo, y lo sabes.

—Entonces ayúdame a escaparme.

Se echa a reír.

—Oh, sí, claro, no hay problema. Y pongamos que, hipotéticamente, pudiera hacerlo. Irían a por ti con toda la tropa. Se te echarían encima. Eres un asesino de menores, David. Te dispararían sin pensárselo dos veces.

—Eso no es problema tuyo.

—Y una mierda que no lo es.

—Supón que te hubiera ocurrido a ti —le planteo.

—¿El qué?

—Supón que estuvieras en mi lugar. Supón que el niño asesinado fuera Adam. ¿Qué harías para encontrarlo?

Philip Mackenzie menea la cabeza y se deja caer en su silla. Se lleva ambas manos a la cara y se la frota vigorosamente. Luego aprieta el botón del intercomunicador y llama a un guardia.

—Adiós, David.

—Por favor, Philip.

—Lo siento. De verdad.

Philip Mackenzie apartó la mirada para no ver entrar al funcionario de prisiones que se llevó a David. No le dijo adiós a su ahijado. Cuando se fue, Philip se quedó sentado en su despacho, a solas. De pronto sintió que el aire le oprimía. Había albergado la esperanza de que la petición de David para verle —la primera que había realizado David en los casi cinco años que llevaba allí encerrado— fuera algún tipo de señal positiva. Quizá por fin quisiera recibir ayuda psicológica. Quizá quisiera profundizar en lo que había hecho aquella noche horrible o, cuando menos, intentar hacer algo productivo, aunque fuera allí dentro, incluso después de lo que había hecho.

Philip abrió el cajón de su escritorio y sacó una fotografía de 1973 de dos hombres —o no, más bien dos chavales atontados— vestidos con traje de faena en Khe San. Philip Mackenzie y Lenny Burroughs, el padre de David. Antes de ser reclutados ambos estudiaban secundaria en la Revere High School. Philip había crecido en el último piso de una casa adosada de tres plantas en Centennial Avenue. Lenny vivía a una manzana, en Dehon Street. Eran grandes amigos. Hermanos de

armas. Polis que patrullaban juntos Revere Beach. Philip había querido ser el padrino de David. Lenny lo había sido de Adam, el hijo de Philip. Adam y David habían ido juntos al colegio. Los dos habían sido grandes amigos en la Revere High School. Se repetía el ciclo.

Philip se quedó mirando la fotografía de su viejo amigo. Lenny estaba tendido en su lecho de muerte. No había nada que nadie pudiera hacer para ayudarle. Era solo cuestión de tiempo. El Lenny de la vieja foto tenía en el rostro esa sonrisa típica de Lenny Burroughs que hacía que la gente se derritiera, pero sus ojos ahora se clavaban en los de Philip.

—No hay nada que pueda hacer, Lenny —dijo en voz alta.

El Lenny de la foto seguía mirándolo y sonriendo.

Philip respiró hondo varias veces. Se hacía tarde. En unos minutos cerrarían el despacho. Apretó el botón del intercomunicador otra vez.

—¿Sí, alcaide? —respondió su secretario.

—Sácame un billete para el primer vuelo de la mañana a Boston.

4

En una cárcel no existe el silencio.

Mi pabellón «experimental» es circular, con dieciocho celdas en el perímetro. La entrada de la celda aún tiene los clásicos barrotes. Curiosamente, el váter y el lavabo de acero —sí, están unidos— se encuentran junto a los barrotes. Nuestras celdas, a diferencia de las del resto de los reclusos, tienen una pequeña ducha privada en la esquina de atrás. Los guardias tienen una llave de control por si alguien alarga la ducha demasiado. La cama es de cemento, y el colchón es tan fino que casi transparenta. En las esquinas de la cama hay unas anillas integradas a la estructura por si hay que atar correas de contención. Hasta el momento, en mi caso, no ha sido necesario. También hay un escritorio de cemento y un taburete de cemento. Tengo un televisor y una radio en la que solo se pueden oír programas religiosos o educativos. Y la única ventana, estrecha, está orientada hacia arriba, de modo que solo puedo ver el cielo.

Me tiendo sobre la cama de cemento y me quedo mirando el techo. Conozco ese techo a la perfección. Cierro los ojos e intento analizar los acontecimientos. Repaso de nuevo todo lo que pasó aquel día —aquel día horrible— en busca de algo que se me pasara por alto. Había salido con Matthew, primero al parque infantil del barrio, junto a un estanque con patos, y luego al supermercado de Oak Street. ¿Vi a alguien sospechoso en alguno de los dos sitios? No, por supuesto, pero ahora vuelvo a retroceder en el tiempo y a peinar mis recuerdos en busca de nuevos detalles. No encuentro ninguno. Cabría pensar que debería recordar mejor ese día, que cada momento se me debería haber quedado grabado en la mente, pero cada día que pasa está más borroso.

Me había sentado en un banco junto al parque infantil, junto a una joven madre que llevaba un moderno carricoche muy vistoso. La joven

madre tenía una hija de la edad de Matthew. ¿Me dijo el nombre de su hija? Probablemente, pero no lo recuerdo. Llevaba ropa de yoga. ¿De qué hablamos? No lo recuerdo. ¿Qué estoy buscando exactamente? Tampoco lo sé. Al propietario de aquella mano, supongo; aquella mano de adulto que tenía a Matthew cogido de la mano en la fotografía de Rachel. ¿Nos estaba observando en el parque infantil? ¿Nos había seguido?

No tenía ni idea.

Repaso el resto del día. La vuelta a casa. Llevé a Matthew a la cama. Me puse una copa. Vi la televisión, cambiando de canal constantemente. ¿Cuándo me dormí? Eso tampoco lo sé. Solo recuerdo que me desperté con el olor a sangre. Que me dirigí al pasillo...

Las luces de la cárcel se encienden con un sonoro chasquido. Reacciono de golpe, con el rostro cubierto de sudor. Ya es de día. El corazón me late con fuerza en el pecho. Tomo aire varias veces, intentando calmarme.

Lo que vi, el niño con el pijama de dibujos de Marvel, esa masa sangrienta... no era Matthew. Esa es la clave del asunto. No era mi hijo.

¿Lo era?

Las dudas empiezan a abrirse camino en mi mente, pero de momento no dejo que me dominen. ¿Cómo no iba a serlo? No se gana nada dudando. Si estoy equivocado, al final lo descubriré y volveré al mismo punto en el que estoy ahora. Quien no arriesga no gana. Así que, de momento, nada de dudas. Solo preguntas sobre cómo podría ser eso. Quizá, conjeturo, la brutalidad desplegada fuera para emborronar la identidad de la víctima —sí, me gusta hablar de él como la víctima, no como Matthew—. La víctima era un niño, por supuesto. Del tamaño, la complexión y el color de piel de Matthew. Pero no le habían hecho un análisis de ADN ni nada parecido. ¿Por qué iban a hacerlo? Nadie dudaba de la identidad de la víctima, ¿no?

¿No?

Mis compañeros de reclusión inician sus rituales diarios. En nuestras celdas de tres y medio por dos metros estamos solos, pero podemos ver a casi todos los demás reclusos del pabellón. Se supone que es más

«sano» que en los antiguos pabellones en los que no había interacción social y se estaba muy aislado. Por mí no hacía falta que cambiaran el sistema, porque cuanta menos interacción, mejor. Earl Clemmons, un violador en serie, empieza su día ofreciéndonos a los demás una retransmisión detallada de su rutina matinal, con efectos de sonido como la ovación del público, imitando la voz de un locutor de radio que detalla cada movimiento y otro que hace coloristas comentarios. A Ricky Krause, asesino en serie que corta los pulgares a sus víctimas con una podadera, le gusta empezar su día con una especie de parodia de canciones clásicas, cambiando la letra y dándoles un toque perverso. Ahora mismo, Ricky está transformando el romance de un clásico de Nat King Cole en una escena de sexo en la cocina, a pleno pulmón, hasta que los vecinos de celda le gritan que se calle.

Nos ponemos en fila para el desayuno. Antiguamente, a los reclusos de este pabellón nos traían la comida a la celda, como si hubiéramos pedido un Glovo, o algo así. Eso se acabó. Uno de nuestros compañeros protestó diciendo que obligar a un hombre a comer solo en su celda era anticonstitucional. Puso una demanda. A los reclusos les encantan las demandas. En este caso, no obstante, la dirección de la prisión se mostró encantada con la oportunidad que se les abría. Servir la comida a los reclusos en sus celdas era caro y consumía tiempo de los funcionarios.

La pequeña cafetería tiene cuatro mesas, cada una con sus taburetes metálicos, todo atornillado al suelo. Yo suelo pasearme un poco y esperar a que los demás estén sentados para poder encontrar el taburete más alejado posible de mis compañeros de reclusión más animados. No es que las conversaciones no sean estimulantes. El otro día, varios de ellos tuvieron una acalorada discusión para determinar quién había violado a la mujer de más edad. Earl «ganó» a todos sus oponentes al afirmar que había sodomizado a una anciana de ochenta y siete años después de colarse en su apartamento por la salida de incendios. Otros reclusos cuestionaban la veracidad de la afirmación de Earl —pensaban que estaría exagerando solo para impresionarlos —, pero al día siguiente Earl volvió con los recortes de periódicos que había conservado.

Esta mañana tengo suerte. Una de las mesas está completamente vacía. Después de recoger mi ración de huevos liofilizados y tostadas —me saltaré el comentario obvio sobre lo horrenda que es la comida de la prisión— me sitúo en un taburete en la esquina más alejada y me pongo a comer. Por primera vez en muchísimo tiempo, tengo hambre. Me doy cuenta de que mi mente ha dejado de viajar a aquella noche o incluso a pensar en esa fotografía y que ha empezado a centrarse en algo ridículo y fantástico.

En cómo huir de Briggs.

Llevo aquí el tiempo suficiente como para conocer las rutinas, a los guardias, el edificio, los horarios, el personal, todo. Conclusión: no hay modo posible de escapar. Ninguno. Tendría que ponerme muy creativo.

Una bandeja golpea la mesa y hace que me sobresalte. Me encuentro una mano frente a la cara, esperando que la estreche. Levanto la vista y miro al tipo a la cara. La gente dice que los ojos son la ventana del alma. Si eso es cierto, los ojos de este hombre son una ventana abierta al vacío.

—David Burroughs, ¿verdad?

Se llama Ross Sumner, lo sé. Lo trajeron la semana pasada, supuestamente a la espera de la vista por una apelación que no ha acabado de materializarse, pero me sorprende que le hayan dejado siquiera salir de su celda. El caso de Sumner ha llenado titulares, documentales en *streaming* y pódcasts sobre crímenes reales. Era un niño de papá superrico que se volvió psicótico. Ross, que era un guapo clásico de anuncio de Ralph Lauren, había matado al menos a diecisiete personas —hombres, mujeres, niños de todas las edades— y se había comido sus intestinos. Solo eso. Los intestinos. En un congelador de primera calidad que había en el sótano de la casa de su familia aparecieron otros miembros y órganos. Ninguno de esos hechos es opinable. La apelación de Sumner se basa en que el juez ha concluido que está cuerdo.

Ross Sumner sigue tendiéndome la mano, a la espera de que se la estreche. Veo una sonrisa en su rostro. Yo preferiría darle un beso de tornillo a una rata viva que estrechar la mano a este tipo, pero en la

cárcel haces lo que tienes que hacer. A regañadientes, le estrecho la mano lo más rápido que puedo. La mano es sorprendentemente pequeña, muy fina. Mientras retiro la mía, no puedo evitar preguntarme qué habrá tocado esa mano. Se supone que rajaba a sus víctimas aún vivas y que usaba las manos —ambas, esa también— para abrir la raja aún más, hurgar dentro y agarrar el intestino.

Menos mal que tenía hambre.

Ross Sumner sonríe como si pudiera leerme el pensamiento. Tiene unos treinta años, el cabello negro intenso y rasgos delicados. Se sienta en el taburete que tengo justo delante. Qué suerte la mía.

—Soy Ross Sumner —dice.

—Sí, ya lo sé.

—Espero que no te importe que me siente contigo.

No digo nada.

—Es que los otros hombres que hay aquí... —Ross menea la cabeza —. Los encuentro bastante toscos. Poco refinados, por decirlo así. ¿Sabes que tú y yo somos los únicos con un diploma universitario?

—¿Ah, sí?

—Tú fuiste a Amherst, ¿no es así?

Asiento, sin levantar la vista del plato. Ha dicho Amherst correctamente, sin pronunciar la H, que es muda.

—Buena universidad —prosigue—. Me gustaba más cuando se hacían llamar Lord Jeffs. Los Amherst Lord Jeffs. Un nombre regio para un equipo de fútbol universitario. Pero, claro, los progres creían que era discriminatorio. Tienen que poner el blanco en un hombre que murió en el siglo XVIII. Ridículo, ¿verdad?

Yo jugueteo con mis huevos liofilizados.

Y ahora son los Amherst Mammoths. ¿Mamuts? Por favor. ¡Qué patética, la corrección política!, ¿no crees? Pero te gustará saber una cosa: yo fui al Williams College. Los Ephs. Eso nos convierte en rivales. Gracioso, ¿no?

Sumner esboza una sonrisa infantil.

—Sí —respondo yo—. La monda.

Entonces dice:

—He oído que ayer tuviste una visita.

Me pongo rígido. Ross Sumner se da cuenta.

—Oh, no te hagas el sorprendido, David.

De nuevo esa sonrisa infantil. Probablemente esa sonrisa le ha dado muy buenos resultados. A nivel puramente físico, es una sonrisa agradable, con encanto, de las que abren puertas y hacen que la gente se desinhiba. Probablemente sea también lo último que han visto sus víctimas.

—Es una cárcel pequeña. Aquí se oyen cosas.

Eso es cierto. Se dice que la familia Sumner no tiene reparos en usar su dinero para influir en el trato que recibe él. Yo creo esos rumores.

—Intento mantenerme informado.

—Ahá —digo, sin levantar la vista de los huevos.

—Bueno, ¿y cómo fue?

—¿Cómo fue qué?

—Tu visita. Con tu... tu cuñada era, ¿no?

Yo no digo nada.

—Debe de haber sido algo importante, ¿no? Tu primera visita después de todo este tiempo. Parecías distraído cuando he llegado.

Levanto la vista.

—Mira, Ross, estoy intentando comer, ¿vale?

Ross levanta las manos, fingiendo rendirse.

—Oh, perdóname, David. No pretendía inmiscuirme. Solo quería que fuéramos amigos. Echaba de menos tener algún estímulo intelectual. Supongo que tú debes de sentir lo mismo. Los dos somos graduados de universidades históricas; pensé que eso nos uniría. Que crearía un vínculo, si lo quieres llamar así. Pero ya veo que te he pillado en mal momento. Te pido disculpas.

—No pasa nada —murmuro, y tomo otro bocado.

Siento los ojos de Sumner fijos en mí. Luego susurra:

—¿Estás pensando en tu hijo?

El escalofrío me nace en la base del cráneo y me recorre toda la columna.

—¿Qué?

—¿Qué se siente, David? —Tiene los ojos encendidos—. Hablo a nivel puramente intelectual. Una conversación inteligente entre

hombres con formación académica. Así que me gustaría saber. Si quieres ponerlo a nivel analítico o emocional, es cosa tuya. Pero cuando has levantado un bate de béisbol por encima de la cabeza y lo has dejado caer sobre el cráneo de tu propio hijo, ¿qué te pasa por la mente? ¿Fue una liberación? Quiero decir... ¿tenías la sensación de que tenías que hacerlo? ¿O estabas acallando alguna voz interior? ¿O fue más bien una sensación de euforia...?

—Que te jodan, Ross.

Sumner frunció el ceño.

—¿Que me jodan? ¿En serio? ¿Eso es lo mejor que se te ocurre? La verdad es que me decepcionas, David. He venido aquí a tener un debate filosófico serio. Nosotros sabemos cosas que otros no saben. Quiero entender qué podría poseer a un hombre para que haga algo tan bárbaro. Matar a su propio hijo. A la carne de su carne. Sé que eso podría hacerme parecer un hipócrita...

—Un lunático —le corrijo.

—... pero yo mato a desconocidos, ¿sabes? Los extraños son el atrezo de la vida, ¿no crees? Como decoración. Imágenes de fondo de nuestro mundo, del mundo interior que nos creamos. A fin de cuentas lo que importa somos nosotros mismos, ¿no te parece? Piénsalo. Lloramos mucho más cuando se nos muere una mascota que cuando un tsunami mata a cientos de miles de humanos. ¿Entiendes lo que quiero decir?

No veo motivo para abrir la boca. Solamente conseguiría darle alas.

Ross Sumner se me acerca por encima de la mesa.

—Yo he matado a extraños. Atrezo. Parte del escenario. Decoración. Pero matar a tu propio hijo, a la carne de tu carne...

Menea la cabeza, como si estuviera desconcertado. Yo estoy que echo humo, pero no digo nada. ¿Para qué? No necesito ganarme el favor de este psicópata. Busco otro asiento, aunque desde luego otro compañero de mesa no va a ser menos inquietante.

Ross Sumner despliega su servilleta de papel con delicadeza y se la coloca sobre el regazo. Da un bocado minúsculo a los huevos y hace una mueca.

—Esta comida es sencillamente horrenda —dice—. Absolutamente

insípida.

No puedo contenerme:

—¿En comparación con los intestinos humanos, por ejemplo?

Sumner me mira fijamente un momento. Yo le devuelvo la mirada. Aquí dentro nunca hay que mostrar miedo. Nunca. Ni por un segundo. Por eso he soltado esa ocurrencia. Por mucho que quieras morderte la lengua, aquí dentro no puedes aguantar esa mierda, porque si lo haces la mierda crecerá exponencialmente.

Ross Sumner mantiene el contacto visual un segundo o dos más; luego echa la cabeza atrás y suelta una carcajada. Todos se giran hacia nosotros.

—¡Vaya! —exclama, cuando recupera el aliento—. ¡Eso ha tenido mucha gracia! No, de verdad, David, de eso estaba hablando precisamente. Por eso me he sentado aquí. Por ese tipo de tira y afloja. Por ese tipo de estimulación mental. Gracias, David, gracias.

Yo no respondo.

Aún está riéndose cuando se pone de pie y dice:

—Voy a coger unas tostadas. ¿Quieres que te traiga algo, ya que voy?

—No necesito nada.

Cierro los ojos un momento y me froto las sienes. Tengo un dolor de cabeza que me atraviesa el cráneo con la fuerza de un tren de mercancías. Los dolores empezaron tras aquella primera paliza; son las secuelas de la conmoción cerebral y la fractura de cráneo. El médico de la cárcel dijo que eran «cefaleas de racimo». Aún estoy masajeándome las sienes, bajando la guardia, como un estúpido, cuando un brazo me rodea el cuello. Antes de que pueda reaccionar, el brazo me aprieta con fuerza, aplastándome la tráquea. Siento la garganta como si se me fuera a salir por la nuca. Se me hinchan los ojos, mientras aferro su antebrazo en vano.

Ross Sumner aprieta aún más, tirando hacia atrás con fuerza. Las piernas me salen volando hacia arriba, y me golpeo las espinillas con la mesa. Los cubiertos salen volando. Empiezo a caer hacia atrás. Sumner me suelta justo cuando mi cabeza impacta contra el suelo.

Veo las estrellas.

Parpadeo. Levanto la vista y veo que Ross Sumner está saltando en vertical. Su sonrisa infantil se ha convertido en la de un psicópata. Intento levantar las manos para protegerme, pero es demasiado tarde. Ross aterriza sobre mí con todo su peso, y sus rodillas me pulverizan la caja torácica.

Veo aún más estrellas.

Intento alejarme, escabullirme, pero Sumner se sienta sobre mí a horcajadas. Espero que empiece a darme puñetazos, preguntándome qué puedo hacer para detenerlo. Pero no es eso lo que hace. Abre bien la boca y baja la cabeza en dirección a mi pecho.

Sus dientes atraviesan mi mono reglamentario y me alcanzan la piel.

Suelto un aullido. Ross hunde los dientes en la carne de mi pecho, justo por debajo del pezón. El dolor es insoportable. Los otros reclusos enseguida nos rodean y cierran filas, una técnica muy común en la cárcel para mantener alejados a los guardias. Pero en algún lugar del fondo de mi cerebro tengo la convicción de que no intervendrá ningún guardia. Al menos aún no. No lo harán hasta que uno de los dos esté inconsciente. Es más seguro para ellos. A los guardias no les gusta arriesgarse a sufrir daño alguno.

Estoy solo.

Aún tendido boca arriba, mientras me muerde, recurro a las pocas reservas que me quedan. Levanto las manos y le doy sendos guantazos en los oídos con todas mis fuerzas. Los golpes no le aturden, pero consigo que abra la mandíbula. Es todo lo que esperaba. Me lanzo hacia un lado, rodando, intentando quitármelo de encima. Pero lo arrastro conmigo. Cuando sus pies entran en contacto con el suelo, se me echa encima por detrás. Vuelve a rodearme el cuello con el brazo.

Aprieta cada vez más.

No consigo respirar.

Me retuerzo, adelante y atrás. Ross aguanta. Intento patear, revolverme, pero no afloja la presión. Siento la cabeza cada vez más cargada. Mis pulmones piden aire a gritos. Vuelvo a ver las estrellas, moviéndose, aunque sobre todo lo que veo es oscuridad. Intento coger aire, aunque solo sea una vez, pero no hay manera.

No puedo respirar.

Se me empiezan a cerrar los ojos. Los gritos de los otros reclusos se convierten en un murmullo indistinto. Ross Sumner acerca su cabeza a la mía.

—Esa oreja parece muy sabrosa.

Está a punto de morderme la oreja. No me importa demasiado. Intento soltarle una patada otra vez, pero no lo alcanzo. Solo puedo pensar en respirar. Una vez. Eso es todo. Ahora sus labios están pegados a mi oreja. Forcejeo como un pez agonizante colgando del anzuelo.

¿Dónde demonios están los guardias?

A estas alturas ya deberían intervenir. No quieren que se les muera un recluso. Eso no es bueno para nadie. Pero entonces recuerdo la riqueza de Ross Sumner, la tendencia de la familia a pagar sobornos, y una vez más me doy cuenta de que no va a salvarme nadie.

Si pierdo la conciencia —y estoy a punto—, me muero.

Y si me muero, ¿qué será de Matthew?

A unos segundos de desmayarme, con los capilares estallándome en los ojos cerrados, bajo la barbilla y dejo de hacer fuerza. No es fácil. Va contra todos mis instintos. Pero lo consigo. Solo puedo hacer una cosa. Combatir el fuego con el fuego.

Abro la boca y muerdo el brazo de Ross Sumner.

Con fuerza.

Su grito de dolor es el sonido más gratificante que he oído en mucho tiempo.

La tenaza que me rodea la tráquea se afloja al instante, e intenta retirar el brazo. Yo cojo aire con desesperación a través de la boca, abriendo los labios. Pero mis dientes no sueltan la presa. Él vuelve a gritar. Aprieto la mandíbula aún más. Él agita el brazo, pero yo resisto como un bulldog. Siento los pelos de su brazo contra mi rostro. Muerdo aún con más fuerza. La boca se me llena de su sangre. No me importa.

Ross ha conseguido ponerse en pie. Yo estoy de rodillas. Lanza un puñetazo. Creo que me da en la parte superior de la cabeza, pero no lo noto. Intenta hacer palanca para liberar el brazo, pero yo estoy

preparado. Ahora la multitud está de mi parte. Le lanzo un codazo a la entrepierna. Ross Sumner se dobla como una silla plegable. Al caer por su propio peso, consigue arrancarme el brazo de la boca, pero por el camino se queda un trozo de carne.

La escupo.

Salto encima de él, me subo a horcajadas y empiezo a soltarle puñetazos.

Le aplasto la nariz. De hecho, siento cómo se va deshaciendo el cartílago bajo mis nudillos. Le agarro del cuello del mono y le levanto la cabeza. Luego preparo el puño otra vez, me tomo mi tiempo y le suelto un directo en la cara. Pum. Vuelvo a hacerlo. Y otra vez. La cabeza de Sumner se balancea como si su cuello fuera un muelle dado de sí. Estoy casi eufórico, con los ojos como platos. Vuelvo a echar el brazo atrás para golpearle otra vez, pero esta vez alguien me agarra del brazo y me placan por detrás. Ahora sí, tengo a los guardias encima, inmovilizándome contra el suelo. No me resisto. Pero no aparto la mirada del hombre que tengo delante, tirado en el suelo, cubierto de sangre.

Y, por un breve instante, sonrío.

5

El avión del alcaide Philip Mackenzie aterrizó sin incidentes en el Aeropuerto Logan de Boston. Él se había criado a poca distancia de Logan, en la cercana Revere. En aquellos días, la ruta de aterrizaje del aeropuerto pasaba por encima de su casa. Para un niño ese sonido debía de ser ensordecedor. Sus dos hermanos mayores, que compartían la habitación con él, conseguían dormir con aquel estruendo, pero el pequeño Philip solía agarrarse a la barandilla de su litera cuando pasaban los aviones: la cama temblaba tanto que tenía miedo de caerse. Algunas noches tenía la sensación de que los aviones pasaban tan bajo que habrían podido levantar el techo de la casa.

En aquella época, Revere Beach era una comunidad obrera a las afueras de Boston. Y aún lo era en muchos aspectos. El padre de Philip era pintor de brocha gorda, su madre se quedaba en casa (en aquellos días ninguna mujer casada trabajaba; las solteras podían ser maestras, enfermeras o secretarias) con sus seis hijos: los tres niños compartían un dormitorio, y las tres niñas el otro, con un baño para todos.

El taxi dejó a Philip frente a una casa de cuatro viviendas en Dehon Street. La fachada era de ladrillo, y se caía en pedazos. La puerta principal estaba pintada de un verde ya descolorido. Los grandes escalones de la entrada, los mismos donde Philip había pasado innumerables horas con sus colegas, especialmente con Lenny Burroughs, eran de cemento. Durante treinta años, los Burroughs habían ocupado los cuatro apartamentos. La familia de Lenny estaba en la planta baja, a la derecha. Su prima Selma, que había enviudado joven, ocupaba el apartamento de encima con su hermana Deborah. La tía Sadie y el tío Hymie estaban en la planta baja, a la izquierda. Y otros familiares —un batiburrillo de tías, tíos, primos y otros parientes — se turnaban en el cuarto apartamento, el de encima de Hymie y Sadie. Así era el barrio en aquellos días. A lo largo de tres décadas

había recibido a familias de inmigrantes —la de Philip era irlandesa; la de Lenny, judía— que habían cruzado el Atlántico. Los que ya estaban allí acogían a sus familiares como podían. Siempre. Ayudaban a los recién llegados a encontrar trabajo. Algunos parientes dormían en un sofá durante semanas o meses. No había intimidad, y no pasaba nada. Aquellas casas eran entidades vivas, en constante movimiento. Amigos y familiares transitaban constantemente por los pasillos y las escaleras como la sangre por las venas. Nadie cerraba con llave, no porque el ambiente fuera muy seguro —que no lo era—, sino porque los parientes nunca llamaban, y desde luego no se les negaba el acceso. La intimidad era un concepto desconocido para ellos. Todo el mundo opinaba sobre las cosas de los demás. Celebraban los éxitos de los otros y les consolaban en los fracasos. Se vivía en comunidad, en familia.

Aquel mundo había desaparecido con el pretendido «progreso». La mayoría de los Burroughs y los Mackenzie se habían trasladado a otros barrios. Ahora vivían en casas que prácticamente eran mansiones, en barrios más ricos, como Brookline o Newton, con setos, vallas, elegantes baños de mármol y piscinas, lugares donde la mera idea de vivir con miembros de la familia extendida era considerada una pesadilla, algo incomprensible. Otros familiares se habían mudado a urbanizaciones en estados más cálidos como Florida o Arizona, y ahora lucían piel morena y cadenas de oro. Las familias de inmigrantes más recientes —camboyanos, vietnamitas, y de otros países— habían ocupado muchas de las viejas casas. Ellos también trabajaban duro y acogían a familiares y parientes, reiniciando el ciclo de nuevo.

Philip pagó al taxista y bajó a la agrietada acera. Aún le llegaba un rastro de olor salado del océano Atlántico, que estaba a solo dos travesías. Revere Beach nunca había sido una playa con encanto. Incluso cuando era joven, el deslucido minigolf y la oxidada montaña rusa, las viejas máquinas de Skee-Ball y las variadas maquinitas recreativas ya estaban en las últimas. Pero eso nunca les había importado ni a él, ni a Lenny ni a sus amigos. Se encontraban detrás de la pizzería de Sal y fumaban, bebían cerveza Old Milwaukee,

porque era la más barata, y jugaban a los dados. Los chicos con los que salían —Carl, Ricky, Heshy, Mitch— se hicieron todos médicos y abogados y se fueron de allí. Lenny y Philip ingresaron en la policía y se quedaron en la ciudad. Philip se planteó dar un breve paseo por Shirley Avenue para ver la casa donde él y Ruth habían criado a sus cinco hijos. Al final decidió que no. Los recuerdos eran muy agradables, pero no estaba de humor para distracciones.

Los recuerdos siempre duelen, ¿no? Los buenos sobre todo.

Los escalones de hormigón eran altísimos. Cuando era niño, o adolescente, o en su juventud, Philip los subía de dos en dos, saltando. Ahora le crujían las rodillas. Ya solo quedaban Burroughs en uno de los cuatro apartamentos. Lenny, su amigo más antiguo, su excolega en la policía de Revere, había vuelto al mismo piso de la planta baja donde había vivido su familia setenta años antes. Ahora vivía allí con su hermana Sophie. Por algún motivo, Sophie no había querido salir nunca de allí, casi como si pensara que alguien tenía que quedarse para vigilar la vieja casa familiar.

Pensó en el hijo de Lenny, condenado a cadena perpetua en Briggs. Toda aquella historia era desgarradora. David no estaba bien. Eso era evidente. Philip era el padrino de David, aunque eso lo habían mantenido en secreto para conseguir que enviaran a David a Briggs. David no tenía hermanos (la esposa de Lenny, Maddy, tenía una «enfermedad» de algún tipo —en esos días nunca se hablaba de esas cosas—), pero el hijo mayor de Philip, Adam, era el mejor amigo de David, eran prácticamente hermanos, como Philip y Lenny. Adam también había pasado muchas horas allí, en aquella casa de cuatro apartamentos, igual que Philip. Entonces, la casa de los Burroughs era un lugar extraño y maravilloso. Cuando Philip era joven —e incluso cuando su hijo era joven— aquella era una casa cálida, llena de color y de vida. Los Burroughs vivían la vida a voz en grito, como una radio a todo volumen. Cada emoción se vivía intensamente. Cuando se discutía —y en aquella casa se discutía mucho—, se hacía con pasión.

Luego, la madre de David, Maddy, murió, y todo cambió.

Ahora el edificio estaba en silencio, apagado, como una aparición. Por un momento Philip no pudo moverse. Se quedó allí de pie, en la

escalinata, mirando la puerta. Estaba a punto de llamar con los nudillos cuando la puerta de color verde deslucido se abrió. Philip se quedó helado. Si antes ya estaba desorientado, ahora se sentía completamente perdido. Estar en el viejo barrio le había provocado un acceso de nostalgia, pero al ver de nuevo el rostro de Sophie, que seguía guapa a pesar del paso de los años, volvió a retroceder en el tiempo. Ella también tenía casi setenta años, pero Philip aún veía en ella a la adolescente que le había abierto aquella misma puerta la noche del baile de graduación. En un tiempo lejano, Philip y Sophie habían salido. Estaban enamorados, suponía. Pero eran jóvenes. Había ocurrido algo —¿quién lo recordaba ya?—. El ejército, la academia de policía. Lo que fuera. Hacía cincuenta años. Sophie se había casado con un soldado de Lowell llamado Frank que había muerto en unas maniobras en Ramstein, dejándola viuda antes de cumplir los veinticinco. Tras la muerte de Maddy ella se había ido a vivir con Lenny para ayudarle a criar a David y no se había vuelto a casar. Philip había estado unido a Ruth más de cuarenta años, pero algunas noches aún pensaba en Sophie más de lo que habría querido reconocer. La puerta giratoria. El camino no tomado. El «qué habría pasado si». La gran oportunidad desaprovechada. ¿Tan grave era?

Ahora que tenía delante a Sophie, la cabeza se le fue a un universo paralelo en el que no la había dejado marchar.

Sophie apoyó las manos en las caderas.

—¿Tengo algo entre los dientes, Philip?

Él negó con la cabeza.

—Entonces, ¿por qué me miras así?

—No hay ningún motivo —dijo él—. Estás muy guapa, Sophie.

Ella puso los ojos en blanco.

—Venga ya, entra, zalamero. Ya sabes que no puedo resistirme a tus cumplidos.

Philip entró. Allí no había cambiado nada. Aún sentía los fantasmas a su alrededor.

—Está descansando —dijo Sophie, echando a andar por el pasillo. Philip la siguió—. Debería despertarse enseguida. ¿Quieres café?

—Sí, gracias.

Llegaron a la cocina. La habían reformado. Sophie usó una de aquellas cafeteras de cápsulas que parece que tiene todo el mundo. Le dio una taza grande sin preguntarle cómo quería el café. Ya lo sabía.

—¿Cómo es que has venido, Philip?

Él sonrió por encima del borde de la taza.

—¿Qué pasa? ¿Es que un hombre no puede visitar a un viejo amigo y a su guapa hermana?

—¿Recuerdas lo que te he dicho de que no podía resistirme a tus cumplidos?

—Sí.

—Pues era broma.

—Ya, me lo imaginaba. —Posó la taza en la mesa—. Necesito hablar con él, Sophie.

—¿Es por David?

—Sí.

—Está enfermo, ya lo sabes. Lenny, quiero decir.

—Lo sé.

—Paralizado casi por completo. Ya no puede hablar. Ni siquiera sé si me reconoce.

—Lo siento, Sophie.

—¿Esto le va a sentar mal?

Philip se quedó pensando.

—No lo sé.

—No estoy muy segura de que haya necesidad.

—Probablemente no la hay.

—Pero así sois vosotros dos.

—Sí.

Sophie se giró hacia la ventana.

—Lenny no querría que le mantuvieras al margen. Así que adelante. Ya sabes el camino.

Philip dejó la taza de café y se puso en pie. Quería decir algo, pero no encontró las palabras. Sophie no lo miró mientras salía de la cocina. Él giró a la derecha y se dirigió hacia el dormitorio de atrás. El reloj del abuelo aún seguía en el pasillo. Maddy lo había comprado en una venta de liquidación de patrimonio en Everett hacía un montón

de años. Lenny y Philip habían ido a recogerlo con la vieja camioneta de Philip. Aquella bestia pesaba más de cien kilos. Tardaron una eternidad en desmontarlo y llevarlo hasta allí. Tuvieron que envolver el péndulo, el muelle principal, el cable, las cadenas y las pesas, y los rodillos del carrillón, y Dios sabe qué más en mantas gruesas y papel de burbujas. Usaron cinta de carrocero para pegar unos cartones sobre el cristal y, aun así, se produjo un pequeño desconchón en la moldura de la base. Pero a Maddy le encantaba y Lenny habría hecho lo que fuera por ella y, oye, sumando los pros y los contras, no hay duda de que Philip había sido el que más había salido ganando con la amistad. Aunque no es que ninguno de los dos llevara la cuenta.

Philip se detuvo al llegar al dormitorio. Respiró hondo y se esforzó por sonreír. Cuando entró, tuvo que redoblar los esfuerzos por mantener la sonrisa, con la esperanza de que los ojos no le traicionaran y revelaran la tristeza y la impresión que le producía aquella imagen. Por un momento se quedó junto a la entrada, contemplando lo que quedaba de quien había sido su mejor amigo. Recordaba lo fuerte que era Lenny. Era todo músculo, como un boxeador de peso gallo. Era un fanático de la vida saludable antes incluso de que se pusiera de moda, de los que cuidaba la alimentación antes de que se convirtiera en algo tan común. Lenny hacía cien flexiones de brazos cada mañana. Exactamente cien. No fallaba nunca. Sus antebrazos eran como cables de acero, surcados por gruesas venas. Ahora esos poderosos brazos parecían juncos blanquecinos. Los ojos vidriosos de Lenny tenían aquella mirada perdida de los tipos que habían visto demasiadas cosas en Vietnam. Tenía los labios pálidos, y su piel parecía de pergamino.

—Lenny —dijo Philip.

No hubo reacción. Philip dio un paso más y se acercó a la cama.

—Lenny, ¿qué demonios está pasando con los Celtics? ¿Eh? ¿Qué les ha pasado?

Aún nada.

—¿Y los Pats? Han estado en lo alto tanto tiempo que no nos podemos quejar, pero venga... —Philip sonrió y se acercó más aún—. Hey, ¿recuerdas cuando nos encontramos con Yaz después del partido

contra los Orioles? Estuvo genial. Qué buen tipo. Pero tú ya lo decías. Libertad de acción. Va a acabar con los equipos, tal como predijiste.

Nada.

Oyó la voz de Sophie desde el umbral de la puerta:

—Siéntate a su lado y cógele de la mano. A veces te la aprieta.

Los dejó solos. Philip se sentó junto a Lenny. No le cogió la mano. Ellos no eran así. Todo ese contacto personal. Quizá David y Adam sí hicieran esas cosas, pero Lenny y él no. Philip nunca le había dicho a Lenny que le quería. Y viceversa. No tenían que hacerlo. Y a pesar de lo que le había dicho David, Lenny nunca le había dicho que le debía una. No lo habría hecho nunca.

—Tengo que hablar contigo, Lenny.

Philip fue al grano. Le contó a Lenny la visita de David. Toda la historia. Todo lo que recordaba. Lenny, por supuesto, no respondió. Sus ojos seguían teniendo aquella mirada fija. Quizá su gesto fuera algo más triste, pero Philip atribuyó eso a su propia imaginación. Era como hablarle a una cama. Al cabo de un rato, cuando Philip se acercaba al final de la historia, se decidió a agarrar la mano de su viejo amigo. Aquella mano no tenía el tacto de una mano. Era como un objeto inanimado distante, un objeto frágil, como un pajarillo muerto o algo así.

—No sé muy bien qué hacer —dijo Philip, por fin—. Por eso he acudido a ti. Los dos hemos visto a delincuentes haciendo de todo para sostener su inocencia o para justificar lo que han hecho. Joder, nos hemos pasado la vida oyendo toda esa palabrería. Pero en este caso no se trata de eso. De verdad lo creo. Tu hijo no lo haría. David está convencido. Está equivocado, por supuesto. Ojalá fuera cierto, Dios, ojalá lo fuera, pero Matthew está muerto. David está en un estado de negación, o algo así. Eso es lo que creo yo. Tú y yo ya hemos hablado de esto. Él no recuerda nada y, caray, yo no puedo hablar de inocencia o de culpa. Ninguno de los dos hemos sido nunca grandes partidarios de las defensas que alegan locura, pero también sabemos que David es un buen chico. Siempre lo ha sido.

Miró a Lenny. Nada. Lo único que le decía a Philip que no estaba hablándole a un cadáver era el movimiento rítmico del pecho.

—Lo que pasa es esto. —Philip se inclinó, acercándose un poco más y, por algún motivo, bajó la voz—: David quiere que le ayude a salir. Desde luego, eso es una locura. Tú lo sabes. Yo lo sé. No tengo ese poder. Y aunque lo tuviera, bueno... ¿adónde iría? Saldrían a buscarlo con todo. Probablemente acabarían acribillándolo a tiros. Y no queremos que le pase eso. Ojalá aceptara recibir ayuda, quizá un nuevo juicio, lo que fuera. Esa sería su mejor oportunidad, ¿me entiendes?

Una tubería de la calefacción empezó a hacer ruido. Philip negó con la cabeza y sonrió. Aquella maldita tubería. Llevaría haciendo ruido... ¿cuánto? ¿Cuarenta años? Recordó cuando intentaron purgar los radiadores los dos, pero no llegaron a entender qué era lo que provocaba aquel ruido. Aire bloqueado, o algo. Bajaron a arreglarlo y aguantó unas semanas, y luego —bang, bang— volvió el ruido.

—Nosotros somos viejos, Lenny. Demasiado viejos para esta mierda. Yo me jubilo en un año. Doble pensión. Podría perderlo todo si me meto en líos. ¿Sabes lo que te quiero decir? No puedo arriesgarme. No sería justo para Ruth. Ella tiene la vista puesta en una urbanización en Carolina del Sur. Buen tiempo todo el año. Pero tú sabes que siempre me ocuparé de David. Pase lo que pase. Como te prometí. Es nuestro chico. Eso lo entiendo. Así que quiero que sepas que estaré pendiente de él.

Dejó de hablar. Sintió una presión en el pecho. Ese momento, ese día... probablemente sería la última vez que viera a Lenny. La idea le vino a la mente de golpe, de forma inesperada. Como un puñetazo que no hubiera visto venir. Sintió las lágrimas a punto de asomar, pero las contuvo. Parpadeó fuerte, se dio la vuelta. Se puso en pie y apoyó la mano en el hombro de su amigo. Ahí ya no quedaba carne, no había músculo. Era como si tocara el hueso, directamente.

—Tengo que irme, Lenny. Tú, cuídate, ¿vale? Nos vemos pronto.

Se dirigió a la puerta. Sophie salió a su encuentro en el umbral.

—¿Estás bien, Philip? —le preguntó.

Él asintió. No confiaba en que no se le rompiera la voz.

Sophie le miró a los ojos. Aquello era más de lo que podía soportar. Luego miró a su hermano, postrado en la cama, y le indicó con un

gesto a Philip que se girara. Él lo hizo, lentamente, siguiendo su mirada. Lenny no se había movido. Su rostro seguía siendo aquella máscara esquelética. Seguía teniendo la mirada perdida, sin vida, y la boca ligeramente abierta, en un dramático grito silencioso. Pero vio lo que intentaba enseñarle Sophie.

Sobre la piel cetrina de Lenny brillaba una lágrima solitaria.

Philip se volvió hacia ella.

—Tengo que irme.

Ella le acompañó de vuelta por el pasillo, pasando junto al reloj del abuelo y al piano. Abrió la puerta. Él salió al exterior. Agradeció sentir el aire fresco en el rostro. El sol le deslumbraba. Se protegió los ojos con la mano un momento y esbozó una débil sonrisa.

—Me ha gustado verte, Sophie.

La sonrisa de Sophie era tensa.

—¿Qué? —dijo.

—Lenny siempre me decía que eras el hombre más fuerte que había conocido nunca.

—Era —repitió él—. Tiempo pretérito.

—¿Y ahora?

—Ahora soy viejo.

Sophie meneó la cabeza.

—No es que seas viejo, Philip —dijo ella—. Es que estás asustado.

—No estoy muy seguro de que sean cosas tan diferentes.

Se dio la vuelta. No se giró a mirar mientras bajaba los escalones de cemento, pero sentía los ojos de ella clavados en la espalda, y tuvo la impresión de que quizá, después de tantos años, lo miraba con una dureza inusitada.

6

Estoy demasiado excitado como para dormir.

Camino adelante y atrás en mi pequeña celda. Dos pasos, media vuelta, dos pasos, media vuelta. La adrenalina segregada tras el altercado con Ross Sumner me corre por las venas. Anoche no dormí. No tengo claro de si volveré a hacerlo.

—Visita.

Vuelve a ser Rizos. Me sorprende.

—¿Aún me dejan tener visitas?

—Hasta que alguien me diga lo contrario.

Me duele todo el cuerpo, pero es un dolor bueno. Cuando los guardias intervinieron por fin, nos llevaron a los dos a la enfermería. Yo pude ir por mi propio pie. A Ross tuvieron que llevárselo en una camilla. Que apechugue. La enfermera me puso agua oxigenada en las mordeduras y en los arañazos y me envió de vuelta a la celda. Parece ser que Ross Sumner no tuvo tanta suerte. Por lo que sé, aún sigue en la enfermería. Debería darme igual, debería reconocer que esa satisfacción morbosa que siento procede de un lugar primitivo de mi ser activado por la dura vida de la prisión, pero... así es la vida.

Estoy disfrutando mucho con el dolor de Ross.

Rizos me vuelve a llevar por el camino que lleva a la zona de visitantes en total silencio. Yo le sigo casi pavoneándome.

—¿La misma visita? —preguntó, solo para ver qué me responde.

No responde.

Me siento en el mismo taburete. Esta vez Rachel no se molesta en ocultar su horror.

—Dios santo, ¿qué te ha ocurrido?

Sonrío y uso una frase que nunca pensé que diría:

—Deberías haber visto al otro.

Rachel me escruta el rostro atentamente un buen rato. Ayer intentó

mostrarse más distante. Hoy no se molesta en fingir. Me señala con la barbilla.

—¿Cómo te has hecho todas esas heridas?

—¿Tú qué crees?

—Tu ojo...

—Con ese no veo mucho. Pero no pasa nada. Tengo otras preocupaciones.

Ella no deja de mirarme.

—Venga, Rachel. Necesito que te centres. Olvídate de mi cara, ¿vale?

Ella sigue con la vista las cicatrices unos segundos más. Me quedó inmóvil, le dejo que lo haga. Luego me hace la pregunta evidente:

—Bueno, ¿qué hacemos?

—Tengo que salir de aquí.

—¿Tienes un plan?

Niego con la cabeza.

—Como ejercicio mental, para mantenerme medio cuerdo, antes solía imaginar modos de salir de aquí. Ya sabes, planes de huida. Nada que fuera a poner en práctica. Solo como ejercicio.

—¿Y?

—Y, usando mis habilidades como investigador, por no mencionar mi astucia innata, descubrí que... —Me encojo de hombros—. Nada. Es imposible.

Rachel asiente.

—Nadie se ha escapado de Briggs desde 1983. Y al que lo hizo lo pillaron en tres días.

—Has hecho los deberes.

—Es la costumbre —responde—. Entonces, ¿qué vas a hacer?

—Dejemos eso de momento. Necesito que investigues algunas cosas.

Cuando Rachel saca su cuaderno de reportera, el típico de diez por veinte con espiral en lo alto, no puedo evitar sonreír. Los lleva usando años, desde antes de que la contrataran en el *Globe*, y a mí siempre me ha parecido como si imitara a un reportero de verdad, como si fuera a ponerse un sombrero antiguo con una tarjeta que dijera «prensa» encajada en la cinta.

—Adelante —dice.

—En primer lugar, tenemos que descubrir quién fue la verdadera víctima del asesinato.

—Porque ahora sabemos que no fue Matthew.

—«Sabemos» podría ser una palabra demasiado optimista, pero sí.

—Vale. Empezaré por el Centro Nacional de Niños Desaparecidos y Explotados.

—Pero no te quedes ahí. Ve a cualquier sitio web que se te ocurra, páginas de las redes sociales, periódicos viejos, lo que sea. Empecemos haciendo una lista de cualquier niño caucásico de entre dos y cuatro años, digamos, cuya desaparición denunciaran entre dos meses antes y dos meses después del asesinato. Para empezar reduce la búsqueda a un radio de trescientos kilómetros, y luego ve ampliándola. Con niños algo más pequeños, algo mayores, más lejos... ya sabes.

Rachel toma nota.

—Quizá aún tenga alguna fuente a la que recurrir en el FBI —dice ella—. A ver si alguna de ellas me puede ayudar.

—¿Fuentes en el FBI?

Ella le quita importancia con un gesto de la mano.

—¿Qué más?

—Hilde Winslow —digo yo, y por un momento ambos nos quedamos callados.

—¿Qué quieres de ella? —dice Rachel por fin.

Siento un nudo en la garganta. Me cuesta hablar.

—¿David?

Le indico que estoy bien con un gesto. Me recompongo poco a poco. Cuando vuelvo a confiar en mi voz, pregunto:

—¿Recuerdas su testimonio?

—Por supuesto.

Hilde Winslow, una anciana viuda con una visión perfecta, declaró que me vio enterrando algo bajo los árboles entre nuestras casas. La policía cavó en aquel lugar y encontró el arma del delito con mis huellas.

Siento los ojos de Rachel puestos en mí, esperándome.

—No podría explicarlo —consigo decir, intentando poner algo de

distancia, fingiendo que estoy hablando de alguna otra cosa, no de mí mismo—. Al principio pensé que quizá viera a alguien que se me parecía. Un caso de identidad errónea. Estaba oscuro. Eran las cuatro de la mañana. Estaba bastante lejos de su ventana de atrás.

—Eso es lo que dijo Florio durante el examen de testigos.

Tom Florio era mi abogado.

—Exacto. Pero no insistió mucho.

—La señora Winslow era una testigo sólida —reconoce Rachel.

Asiento, y noto que vuelve a dominarme la emoción.

—Parecía una pobre abuelita con una mente de lo más despierta. No tenía motivo para mentir. Su testimonio me hundió. Marcó el momento en que los míos empezaron a albergar grandes dudas. —Levanto la vista—. Incluso tú, Rachel.

—Y tú también, David.

Me mira fijamente, sin parpadear. Soy yo el que acaba apartando la mirada.

—Tenemos que encontrarla.

—¿Por qué? Si se equivocó...

—No se equivocó —digo yo.

—No te sigo.

—Hilde Winslow mintió. Es la única explicación posible. Mintió en el estrado, y tenemos que saber por qué.

Rachel no dice nada. Una jovencita, todavía adolescente, diría yo, pasa por detrás de Rachel y se sienta en el taburete de al lado. Un recluso corpulento que no reconozco, cubierto de tatuajes y escarificaciones, entra y se le sienta delante. Sin más preámbulo, se pone a insultarla en un idioma que no entiendo, con gestos ampulosos. La chica baja la cabeza y no dice nada.

—Vale —dice Rachel—. ¿Qué más?

—Prepárate.

—¿Y eso qué quiere decir?

—Si tienes asuntos que poner en orden, hazlo ahora. Saca todo el dinero que puedas del cajero a diario. Y lo mismo con el banco. Saca todo el efectivo que puedas, pero que sean menos de diez mil al día para que al Gobierno no le salte la alarma. Empieza hoy. Necesitamos

todo el efectivo posible, por si acaso.

—¿Por si acaso qué?

—Por si encuentro el modo de salir de aquí. —Echo la cabeza hacia delante. Sé que tengo los ojos inyectados en sangre, y a juzgar por la reacción de Rachel, seguro que parezco... algo loco. Quizá incluso dé miedo—. Mira... —añado, susurrando—. Sé que ahora debería darte el discursito de lo que haría si consiguiera escapar, y todo eso, ya lo sé, pero escúchame: si consiguiera escapar, estarías ayudando y encubriendo a un recluso fugado, y eso es delito. Si yo fuera mejor persona, te diría que esta es mi lucha, no la tuya, pero lo cierto es que no puedo hacerlo. Sin ti no tengo ninguna posibilidad.

—Es mi sobrino —responde ella, levantando algo más la cabeza.

Es. Ha dicho «es». En presente. No «era». Cree en esto. Que Dios nos ayude a los dos, pero ambos creemos que Matthew sigue vivo.

—¿Qué más, David?

No respondo. Me he quedado mudo. La mirada se me va hacia un lado, mientras me agarro el labio inferior con el pulgar y el índice.

—David.

—Matthew está ahí fuera —dijo—. Lleva ahí fuera todo este tiempo.

Mis palabras se quedan flotando en el aire cargado e inmóvil de la cárcel.

—Los últimos cinco años han sido un infierno para mí, pero soy su padre. Puedo soportarlo. —La miro a los ojos—. ¿Cómo habrán sido para mi hijo?

—No lo sé —dice Rachel—, pero tenemos que encontrarlo.

A Ted Weston le gusta que en el trabajo le llamen Rizos.

En casa no le llaman así. Solo aquí. En Briggs. Le sirve para distanciarse de la escoria con la que tiene que trabajar a diario. No le gusta que esos tipos usen o sepan siquiera su nombre real. Cuando Ted acaba de trabajar, se ducha en los vestuarios de los funcionarios de la prisión. Siempre. Nunca vuelve a casa con el uniforme puesto. Se ducha con agua bien caliente y se frota bien para que no le quede nada sobre la piel, nada de esos hombres horribles, de su horrible

aliento, que quizá pueda quedársele sobre la ropa y sobre el cabello, de su sudor y su ADN, de su maldad, que él siente como una entidad viva, como un parásito que se pega a cualquier microcosmo decente, consumiéndolo. Ted se ducha para quitarse todo eso de encima, se frota con agua caliente y jabón industrial y un cepillo de cerdas duras, y luego se pone ropa de civil, su ropa de verdad, antes de volver a casa con Edna y sus dos hijas, Jade e Izzy. Y, aun así, cuando llega a casa, Ted vuelve a ducharse y se cambia de ropa otra vez, para estar seguro, solo para estar seguro de que no hay nada de este lugar que pueda contaminar su hogar o a su familia.

Jade tiene ocho años y va a tercero. Izzy tiene seis y es autista, o está en el espectro, o como sea el término que usan los supuestos especialistas para describir a la hija más dulce que ha creado Dios. Ted las quiere a las dos con todo su corazón, las quiere tanto que a veces, en la mesa de la cocina, las mira, sin más, y la sangre le circula por las venas con tal fuerza, tan rápido, que le da miedo de que le vayan a reventar.

Pero ahora mismo, mientras contempla en la enfermería de la prisión a un recluso especialmente malvado llamado Ross Sumner, Ted se regaña a sí mismo por pensar siquiera en sus hijas, por dejar que esa pureza le entre en la mente mientras está en presencia de un monstruo como Ross Sumner.

—Cincuenta de los grandes —le dice Sumner.

Ross Sumner está en la enfermería. Bien. David Burroughs le ha dado una buena paliza. ¿Quién iba a pensar que Burroughs era capaz de algo así? No es que ninguno de los dos fuera «duro de pelar». Aun así, a Sumner le han desfigurado esa cara de niño bien. Tiene la nariz rota. Los ojos tan hinchados que no los puede abrir. Da la impresión de que está sufriendo, y eso a Ted le parece bien.

—¿Me has oído, Theodore?

Sumner, por supuesto, sabía cómo se llamaba. A Ted eso no le gustó.

—Te he oído.

—¿Y?

—Y la respuesta es no.

—Cincuenta de los grandes. Piénsatelo.

—No.

Sumner intentó levantar un poco la cabeza.

—Ese tío mató a su propio hijo.

Ted Weston negó con la cabeza.

—Tú eres el asesino, no yo.

—¿Asesino? Oh, Ted, no has entendido nada. Tú no serías un asesino. Serías un héroe. Un ángel vengador. Con cincuenta mil dólares en el bolsillo.

—¿Y tú por qué quieres verlo muerto?

—Mírame la cara. Mira lo que me ha hecho Burroughs en la cara.

Ted Weston lo miró. Pero no se lo tragaba. Ahí había algo más.

—Cien de los grandes —dijo Sumner.

Ted tragó saliva. Cien de los grandes. Pensó en Izzy y en el precio de todos aquellos especialistas.

—No puedo.

—Claro que puedes. Ya nos has pasado lo de la visita de Burroughs y la fotografía.

—Eso fue... Eso no ha sido más que un pequeño favor.

En el rostro magullado de Sumner apareció una sonrisa.

—Bueno, pues plantéatelo como otro favor. Un favor más grande, quizá, pero tengo un plan. Un plan absolutamente perfecto.

—Ya —respondió Ted, socarrón—. Eso no lo he oído nunca aquí dentro, fíjate.

—¿Y si te digo lo que estoy pensando? Solo en teoría. Tú escucha, ¿vale? Como entretenimiento.

Ted no le dijo que no ni le mandó callar. Ted no se fue ni negó siquiera con la cabeza. Se quedó allí, de pie.

—Pongamos que un funcionario de prisiones, alguien como tú, Ted, me proporciona una cuchilla de algún tipo. Un pincho, como dicen en la cárcel. Como tú bien sabes, en un sitio como este hay muchos de esos. Pongamos, solo hipotéticamente, que yo agarro fuerte el pincho para asegurarme de que mis huellas se quedan en el arma. Y pongamos, también hipotéticamente, que el funcionario de prisiones usa guantes. Como, por ejemplo, los que hay aquí, en la enfermería. —

Ross sonrió, pese a que debía dolerle—. Así que la culpa me la llevo yo. Luego confieso, voluntariamente, sin más problemas. Al fin y al cabo, ¿qué tengo que perder? En realidad esto podría ayudarme incluso a salir de aquí.

Ted Weston frunció el ceño.

—¿Cómo te iba a ayudar?

—Mi apelación se basa en mi salud mental. Matar a Burroughs me hará parecer aún más pirado. ¿No lo ves? Tienen el arma del delito con mis huellas. Tienen mi confesión. Decenas de testigos acaban de ver nuestro altercado, una lucha casi a muerte, lo cual me daría un motivo. —Levantó las palmas de las manos hacia el techo—. Caso cerrado.

Ted Weston no pudo evitar darle vueltas. Cien de los grandes. Eso era más de un año de salario. Además, sería en efectivo, sin impuestos, así que se acercaría más bien a dos años de sueldo. Pensó en lo que podrían hacer Edna y él con todo ese dinero. Estaban ahogados en facturas. Ese dinero no sería un simple salvavidas. Sería todo un yate de recreo. Y sabía que Sumner cumpliría su palabra. Eso todo el mundo lo sabía. Ya les había transferido dos mil dólares a él y a Bob por mirar hacia el otro lado en la cafetería, lo cual habían hecho hasta el momento en que las cosas se habían puesto complicadas.

Apartar la vista por dos de los grandes era una cosa. Ganar quinientos dólares al mes por informar sobre las andanzas de Burroughs, tal como había hecho Ted durante años, tampoco estaba mal. Pero cien de los grandes... chico, la cifra era de vértigo. Y lo único que tenía que hacer era propiciar el apuñalamiento de un infanticida que debía de haber acabado en la silla igualmente, un tipo que, si Sumner quería ver muerto, acabaría muerto antes o después. Así que ¿qué tenía de malo? ¿Por qué tantos reparos?

Sumner tenía razón. Nadie señalaría a Ted. Aunque la cosa se torciera, Ted gozaba de la simpatía de sus colegas. Lo apoyarían.

Sería muy fácil.

—¿Theodore?

Ted negó con la cabeza.

—No puedo.

—Si estás intentando negociar para sacar más dinero...

—No, no es eso. Yo no soy así.

Sumner se rio.

—Oh, estás por encima de eso. ¿Es eso lo que piensas?

—Necesito sentirme bien con mi familia —dijo Ted—. Con mi Dios.

—¿Tu Dios? —Sumner se rio otra vez. ¿Esa tontería supersticiosa? ¿Tu Dios, que deja que miles de niños mueran de hambre cada día, pero que me permite vivir para que asesine y viole? ¿Alguna vez te lo has planteado, Theodore? ¿Me observó tu Dios, cuando torturaba a mis víctimas? ¿Es que era tan débil que no podía detenerme, o decidió quedarse mirando mientras sufrían esas muertes tan horribles?

Ted no se molestó en responder. Se quedó mirando el suelo, ruborizado.

—No tienes elección, Theodore.

Ted levantó la vista.

—¿Qué se supone que significa eso?

—Significa que necesito que hagas esto. Ya has aceptado nuestro dinero. Puedo encargarme de que se enteren tus jefes, por no hablar de la policía, de la prensa, de tu familia. No quiero hacer eso. Me gustas. Eres un buen hombre. Pero estamos desesperados. No parece que te des cuenta. Queremos que Burroughs muera.

—¿Queremos? ¿Quiénes?

Sumner le miró fijamente a los ojos.

—No quieres saberlo. Necesitamos que muera. Y necesitamos que muera esta noche.

—¿Esta noche? —Ted no podía creerse lo que estaba oyendo—. Aunque pudiera...

—Puedo seguir con las amenazas si quieres. Puedo recordarte el dinero del que disponemos. Puedo recordarte que aún tenemos recursos en el exterior. Puedo recordarte que lo sabemos todo de ti, que sabemos dónde vive tu...

Ted alargó la mano y agarró a Ross Sumner de la garganta. Sumner ni se inmutó al sentir los dedos de Ted en torno al cuello. Aunque eso no duró mucho, por supuesto. Ted le soltó casi de inmediato.

—Podemos complicarte mucho la vida, Theodore. No tienes ni idea

de cuánto.

Ted se sintió perdido, impotente.

—Pero evitemos hablar de cosas desagradables, ¿no te parece? Somos amigos. Los amigos no se andan con amenazas. Estamos en el mismo lado. Las mejores relaciones no son las que no dan nada, Theodore. Las mejores relaciones son esas en las que todos ganan. Y tengo la impresión de que he estado siendo maleducado. Por favor, acepta mis disculpas. Acompañadas de un extra de diez mil dólares. —Sumner se humedeció los labios—. Ciento diez mil dólares. Piensa en ese dinero.

Ted sintió un nudo en el estómago. Los tipos como Ross Sumner no amenazaban en vano.

Tal como le había dicho, no tenía elección. Estaba a punto de verse arrastrado a un terreno del que no había vuelta atrás, y lo sabía.

—Cuéntame otra vez vuestro plan —dijo Ted.

7

De vuelta a su habitación, Rachel se quedó mirando la fotografía del «posible Matthew», cogió el teléfono y se planteó si debía llamar a su hermana Cheryl y darle un vuelco a su vida.

Era raro que David no le hubiera pedido que le enseñara la fotografía otra vez. Era lo que se esperaba. Cuando dejaba de mirar la foto le asaltaban las dudas. Cuando la miraba, de algún modo tenía la certeza de que tenía que ser Matthew. Cuando la guardaba, cuando recurría a su imaginación en lugar de a algo tan concreto como la imagen física, se daba cuenta de lo ridícula que era su suposición, lo increíble que podía ser creer que la imagen de un niño a lo lejos pudiera valer para demostrar que un bebé asesinado cinco años antes estuviera en realidad vivo.

No debía llamar a Cheryl. No tenía que contárselo.

¿Tenía derecho a hacer esa llamada?

Rachel se alojaba en el Briggs Motor Lodge de Maine, famoso, se imaginó, por tener las paredes hechas de algún tipo de gasa o de algodón prensado. Ahora mismo oía a la perfección lo apasionada que estaba siendo la estancia de sus vecinos, con la misma claridad que si compartieran su misma cama. La mujer no dejaba de gritar «Oh, Kevin», «Sigue, Kevin» y «Sí, Kevin» e incluso —llevada por una pasión incontrolada, esperaba Rachel, y no en un intento de resultar graciosa— «Llévame al Cielo, Kevin».

«Un revolcón de media tarde», pensó Rachel, con cierta amargura. Seguro que no estaba mal. ¿Cuándo había sido la última vez que había pasado una tarde así?

Mejor no pensar en ello. Rachel aún estaba de bajón tras un ataque de pánico desencadenado, supuso, por una combinación de la tensión de la entrevista con David y el hecho de que estaba dejando la medicación para la ansiedad. Esas pastillas no le funcionaban. Podía

tomar Xanax o lo que fuera, esperando amortiguar el dolor que le producía la responsabilidad por la vida de otro ser humano, pero, aunque le sirviera para poner cierta distancia —haciendo que la sensación resultara más intangible—, la sensación de culpa seguía ahí.

Parpadeó e intentó concentrarse para decidir qué hacer.

Debía llamar a su hermana y contárselo. Eso es lo que ella querría si la situación fuera la inversa y fuera Cheryl quien tuviera aquella foto en la mano. Rachel cogió el móvil. En aquel lugar de Maine no siempre había cobertura. Aquel pueblo vivía en torno al penal. Todos los que se alojaban en aquel motel tenían alguna relación con la cárcel de Briggs: visitantes, representantes, proveedores, repartidores... Tenía suficiente cobertura como para hacer la llamada. El dedo se le fue al icono de Contactos y buscó el nombre de Cheryl. El pulgar se le quedó flotando sobre el botón de llamada.

No lo hagas.

Se había prometido a sí misma que no se lo diría a Cheryl, que protegería a su hermana, hasta saberlo con seguridad. En aquel momento, si eliminaba las emociones, en realidad no sabía nada. Tenía la fotografía de un chico que se parecía a su sobrino muerto. Punto. Y final. A pesar del entusiasmo de David, lo que tenían no valía nada.

Encendió el televisor. En el cartel de fuera, el Briggs Motor Lodge presumía en realidad de que todas las habitaciones tenían TELEVISIÓN EN COLOR, y cada letra la presentaban con un color diferente —la C era naranja, la O era verde, la L era azul— para subrayar aquel hecho, aunque Rachel tenía la impresión de que a la gente le llamaría más la atención que aún tuvieran televisores en blanco y negro. Fue pasando canales. La mayoría eran programas de tertulia y noticias. Los anuncios —«compre oro», «contrate una segunda hipoteca», «consolide su deuda», «invierta en criptomonedas»— le parecían todos versiones legales de una estafa piramidal.

La economía estadounidense se basa más en el engaño de lo que estamos dispuestos a admitir.

El festival de la habitación de al lado llegó a un *crescendo* cuando Kevin repitió una y otra vez, con gran entusiasmo, que estaba llegando

a la línea de meta. Unos segundos más tarde, llegó el tan esperado toque de platillos y se hizo el silencio. Rachel sintió la tentación de aplaudir. David le había preguntado por su carrera como periodista, y ella había evitado responder. No había motivo para que supiera que había metido la pata, acabando con su carrera, que había sido despedida y humillada y que, en realidad, una historia como aquella podría llegar a ser su única oportunidad para resucitar su carrera. No valía la pena hablar de ello. Sería una distracción. En cualquier caso, habría venido igualmente. Eso era lo que se decía, y probablemente fuera cierto.

El teléfono estaba sobre la cama.

A la mierda.

Lo cogió, y antes de que pudiera pensárselo más, marcó el número de su hermana, en la primera posición entre sus favoritos. Se llevó el teléfono al oído. Aún no sonaba. Aún tenía tiempo de colgar. Cerró los ojos y sonó el primer tono. Aún tenía tiempo. Al segundo tono, Rachel oyó que respondían. Una voz entrecortada, que no era la de su hermana, dijo:

—¿Diga?

Era Ronald, el nuevo marido de Cheryl.

—Hola, Ronald —dijo. Y luego, aunque estaba segura de que el teléfono la habría identificado, añadió—: Soy Rachel.

—Buenas tardes, Rachel. ¿Cómo estás?

—Bien. ¿No es este el teléfono de Cheryl? —dijo.

—Sí que lo es —respondió Ronald. Él siempre era Ronald, nunca Ron ni Ronny, ni Ronster, lo que dejaba perfectamente claro todo lo que había que saber sobre lo estirado y afectado que era—. Tu hermana está saliendo de la ducha, así que me he tomado la libertad de responder por ella.

Silencio.

—Si quieres esperar un momento —añadió Ronald—, enseguida estará contigo.

—Esperaré.

Oyó cómo apoyaba el teléfono. Tenía la cabeza algo ligera a causa de los dos tragos que se había tomado, pero sentía que tenía el

control. Se oyeron voces amortiguadas antes de que Cheryl se pusiera al aparato, con la voz algo fatigada.

—Hey, Rach.

Rachel se dio cuenta de que alguien podría entender que su aversión por Ronald Dreason era exagerada o injusta. Y probablemente tuvieran razón, claro. Eso era culpa de Cheryl. Había escogido muy mal momento para presentarle al nuevo hombre de su vida.

—Hola —respondió Rachel. Podía imaginarse perfectamente a su hermana frunciendo el ceño.

—¿Estás bien?

—Bien.

—¿Has estado bebiendo?

Silencio.

—¿Qué pasa?

Rachel había ensayado las palabras mentalmente desde que había entrado en la habitación, pero al llegar el momento se le había borrado todo.

—Solo quería ver cómo estabas. ¿Cómo te sientes?

—Bastante bien. Ya no tengo náuseas matinales. El jueves tenemos una ecografía.

—Estupendo. ¿Sabrás el sexo?

—Sí, pero no te preocupes, no va a haber fiesta para revelarlo.

«Gracias a Dios por estas pequeñas cosas», pensó. En voz alta dijo:

—Suena todo genial.

—Sí, Rach, genial, fantástico, lo que tú quieras. ¿Quieres dejar de dar rodeos y contarme qué es lo que pasa?

Rachel volvió a levantar la foto. Irene, Bugs Bunny y aquel niño de perfil. Pensó en la cara marcada de David al otro lado del plexiglás, en cómo había ladeado la cabeza levemente hacia un lado al levantar el dedo en dirección a la imagen, el dolor brutal y demoledor en sus ojos. Ella tenía razón. David no tenía nada. Cheryl tenía una vida. Había sufrido lo indecible, al perder a su hijo y luego al descubrir que el responsable era su propio marido. No era justo trastornarla con algo que probablemente no fuera nada.

—¡Eo! —dijo Cheryl—. Tierra llamando a Rachel.

Rachel tragó saliva.

—Por teléfono no.

—¿Qué?

—Necesito verte. Lo antes posible.

—Me estás asustando, Rach.

—No es mi intención.

—Vale, pues ven ahora.

—No puedo.

—¿Por qué no? —preguntó Cheryl.

—No estoy en casa.

—¿Y dónde estás?

—En Maine. En el condado de Briggs.

El silencio fue sofocante. Rachel cogió el teléfono con fuerza, cerró los ojos y esperó. Cuando Cheryl habló por fin, su voz era un susurro angustiado.

—¿Qué demonios pretendes hacerme?

—Vuelvo mañana. Ven a verme a casa. A las ocho de la tarde. Y no traigas a Ronald.

En Briggs una fina línea separa el día y la noche.

A las diez de la noche «apagan las luces», pero eso solo significa que las bajan. Aquí nunca está oscuro. Quizá sea algo bueno, no lo sé. Estamos cada uno en nuestra celda, de modo que no es que podamos ir de un lado para otro molestándonos. Tengo una lámpara en mi celda, así que podría leer hasta tarde. Habrá quien piense que lo hago a menudo —leer y escribir—, pero me cuesta concentrarme, en parte debido al problema que tengo en el ojo desde la primera paliza. Si me paso más de una hora haciendo una cosa o la otra, me da dolor de cabeza. O quizá no sea algo físico. Quizá sea más bien psicosomático o algo así. No sé.

Pero hoy me pongo las manos detrás de la cabeza y me apoyo en la endeble almohada. Abro las puertas de la mente por primera vez desde que entré en este sitio, y dejo que entre Matthew. No freno las imágenes. No las bloqueo ni les pongo filtro. Dejo que fluyan y me

envuelvan. Prácticamente me baño en ellas. Pienso en mi padre, que sin duda seguirá agonizando en el mismo dormitorio que compartió con mi madre. Pienso en mi madre, que murió cuando yo tenía ocho años, y sí, me doy cuenta de que nunca lo he superado. Ya no recuerdo su rostro, no he podido recrear su imagen en muchos años, y he tenido que recurrir a esas fotos que teníamos sobre el piano más que a mis almacenes de memoria. Pienso en la tía Sophie, mi fantástica Sophie, esa mujer amable y generosa que me crio después de que muriera mamá, ese ser celestial que amo incondicionalmente, aún atrapada en esa casa, sin duda cuidando a mi padre hasta su último aliento.

Un sonido en la puerta de mi celda me hace ladear la cabeza.

Los ruidos por la noche no son nada raros en este lugar. Son sonidos horribles, sonidos que hielan la sangre, constantes, ineludibles. Esta ala no está llena de hombres que duermen profundamente. Muchos lloran en sueños. A otros les gusta levantarse por la noche y charlar entre los barrotes, invirtiendo sus relojes biológicos, pasando la noche despiertos, como los vampiros, y durmiendo de día. ¿Por qué no? Aquí dentro no hay día y noche, en realidad.

Y, por supuesto, hay hombres que se masturban sin disimular lo más mínimo, jactándose de su lujuria en lugar de ser discretos.

Pero este sonido, el que me hace ladear la cabeza, es diferente. No procede de otra celda ni de la garita de guardia ni de nada que tenga que ver con los módulos ordinarios. Procede de la puerta de mi celda.

—¿Hola?

Una linterna me enfoca en el rostro, cegándome por un momento. Eso no me gusta. No me gusta nada. Me protejo con la mano y frunzo los párpados.

—Hola.

—Quédate quieto, Burroughs.

—¿Rizos?

—Te he dicho que te quedes quieto.

—No sé lo que pasa, así que hago lo que me pide. En Briggs no tenemos cerraduras y llaves al estilo tradicional. La puerta de mi celda funciona con lo que llaman un sistema electromecánico que se cierra

automáticamente desde la sala de guardia. Las llaves solo se usan en caso de emergencia.

Y es lo que está usando ahora Rizos.

Es la primera vez que veo usar una llave en el módulo.

—¿Qué pasa? —pregunto.

—Te llevo a la enfermería.

—No hace falta —replico—. Me encuentro bien.

—Tú no decides —dice Rizos, casi susurrando.

—¿Y quién decide?

—Ross Sumner ha presentado una queja oficial.

—¿Y?

—Pues que el médico tiene que hacer un informe de tus lesiones.

—¿Ahora?

—¿Por qué? ¿Estás ocupado?

El sarcasmo es el habitual en él, pero tiene la voz tensa.

—Es tarde —argumento.

—Ya te echarás tu sueño reparador más tarde. Levanta el culo.

No sé muy bien qué otra cosa puedo hacer, así que me pongo en pie.

—¿Te importa quitarme la luz de los ojos?

—Muévete.

—¿Por qué estás susurrando?

—Sumner y tú habéis alborotado este sitio. ¿Crees que quiero que vuelva a ocurrir?

Eso tiene sentido, supongo, pero sus palabras siguen sonando raro. Aun así, ¿qué puedo hacer? Tengo que ir. No me gusta, pero total... ¿qué puede pasar? Iré. Veré al médico. Y quizá pueda regodearme viendo a Sumner en la cama.

Salimos del pabellón y echamos a caminar por el pasillo. Los gritos de los reclusos ordinarios, a lo lejos, rebotan en las paredes de hormigón como bolas de goma. Las luces están al mínimo. Yo llevo las zapatillas de lona de la cárcel, pero los zapatos de Rizos son negros y resuenan al pisar. Va aminorando el paso. Yo también lo hago.

—Sigue caminando, Burroughs.

—¿Qué?

—Tú sigue.

Se mantiene medio paso por detrás de mí. Estamos solos en el pasillo. Echo la vista atrás. Rizos está pálido. Los ojos le brillan. El labio inferior le tiembla. Parece estar a punto de echarse a llorar.

—¿Estás bien, Rizos?

No responde. Pasamos un puesto de control, pero no hay ningún guardia. Eso es raro. Rizos desbloquea la puerta acercando una especie de mando magnético. Cuando llegamos a la bifurcación, me pone la mano en el codo y me hace girar a la derecha.

—La enfermería está hacia el otro lado —digo yo.

—Primero tienes que rellenar unos informes.

Seguimos por el otro pasillo. Los ruidos de la cárcel, antes leves, han desaparecido del todo. El silencio es tal que oigo la respiración trabajosa de Rizos. No conozco esta parte de la cárcel. No he estado nunca aquí. No hay celdas. Las puertas son de cristal esmerilado, como las puertas de las duchas. La oficina de Philip tenía una puerta así. Supongo que estoy en alguna zona administrativa donde nos encontraremos con alguien que me ayude a rellenar los documentos necesarios. Pero no hay luz al otro lado del cristal esmerilado. Da la impresión de que estamos solos.

Observo algo que no había visto antes.

Rizos lleva guantes.

Son de látex negro. Los guardias casi nunca se los ponen. ¿Por qué ahora? ¿Por qué esta noche? Yo no soy de los que creen que hay que seguir siempre el instinto, lo que te digan las tripas. A menudo te hacen tomar decisiones erróneas. Pero sumándolo todo —las tripas, el instinto, la hora, la excusa, los guantes, el recorrido, la actitud de Rizos, su semblante— está claro que algo no va bien.

Unos días antes no me habría preocupado demasiado. Pero ahora todo ha cambiado.

—Sigue adelante —dice Rizos—. Es la última puerta a la izquierda.

El corazón me late con fuerza en el pecho. Levanto la vista y veo la última puerta a la izquierda. También es de cristal esmerilado. Y tampoco hay luz al otro lado. Eso no es bueno.

Me quedo helado. Rizos se queda detrás de mí, y tampoco se mueve. Oigo que hace un ruidito. Me giro lentamente y veo las lágrimas en su

rostro.

—¿Estás bien? —le pregunto.

Entonces veo el brillo del acero.

Una hoja que se dirige directa a mi estómago.

No tengo tiempo para pensar; reacciono instintivamente. Giro el cuerpo hacia un lado mientras aparto la hoja con el antebrazo, desviándolo lo mínimo imprescindible: no se me clava en el costado por un par de centímetros. Rizos tira del pincho hacia él, haciéndome un corte en el antebrazo. Sale sangre, pero no siento dolor. Al menos aún no.

Retrocedo de un salto. Nos separan apenas un par de metros, y ambos estamos en posición de lucha.

Rizos está llorando. Sostiene la hoja por delante del cuerpo, como en una mala imitación de una escena de *West Side Story*. Tiene el rostro cubierto de sudor, que se le mezcla con las lágrimas.

—Lo siento, Burroughs.

—Pero ¿qué haces?

—Lo siento mucho.

Coge el cuchillo con más fuerza. Yo me agarro el antebrazo, intentando frenar la sangre, que se abre paso entre mis dedos.

—No tienes que hacer esto —le digo.

Pero Rizos no me escucha. Se lanza hacia mí. Yo doy un salto atrás. Los oídos me pitan. No sé qué hacer. No tengo ni idea de cómo defenderme de un cuchillo.

Así que hago lo más sencillo que puedo hacer.

—¡Socorro! —grito, con todas mis fuerzas—. ¡Que alguien me ayude!

No confío en que sirva para nada, por supuesto. Esto es una cárcel. Soy un recluso. La gente grita todo tipo de tonterías a todas horas. Aun así, lo inesperado de mi grito hace que Rizos pare un momento. Lo aprovecho. Me doy la vuelta y echo a correr por el pasillo, volviendo hacia el lugar por el que hemos venido. Él corre tras de mí.

—¡Socorro! ¡Intenta matarme! ¡Socorro!

No me giro. No sé si lo tengo más cerca o no. No me puedo arriesgar. Me limito a correr a toda prisa y a seguir gritando. Pero

estoy llegando al final del pasillo, al puesto de control que hemos pasado antes. Ahí no hay nadie. Empujo la puerta. Nada. Intento abrirla tirando.

Nada que hacer. Está bloqueada.

¿Y ahora, qué?

—¡Socorro!

Me giro para mirar por encima del hombro. Rizos se me está echando encima. Estoy atrapado. Me doy media vuelta, sin dejar de pedir auxilio a gritos. Él se para. Intento leerle el rostro. Confusión, angustia, rabia, miedo... todo mezclado. El miedo, lo sé, es siempre la emoción dominante. Tiene miedo. Y el único modo de acabar con su miedo es silenciarme.

Sea lo que sea lo que le ha llevado a esto, cualesquiera que sean sus dudas, quedan en un segundo plano ante su necesidad de sobrevivir, de salvarse, de proteger sus intereses por encima de todo lo demás.

Y eso significa que tiene que matarme.

Estoy acorralado, contra la puerta sin salida. Está a punto de darme una cuchillada cuando una voz a mis espaldas dice:

—¿Qué narices está pasando aquí?

Una sensación de alivio me recorre las venas. Estoy a punto de girarme y a explicar que Rizos está intentando matarme cuando recibo un duro golpe en la cabeza. Las rodillas se me doblan. Se hace la oscuridad.

Y a partir de ese momento, la nada.

Cheryl cogió una taza de café y una sección del periódico de la mañana y se sentó a un lado de la mesa del desayuno, frente a su marido Ronald. Eran las seis de la mañana, y aquella se había convertido en su rutina de la mañana. Ambos llevaban unos albornoces de rizo cien por cien algodón con gruesas solapas y puños. Roland los había comprado durante unas vacaciones de lujo en el Fairmont Princess Hotel de Scottsdale.

La mayoría de la gente se había pasado a los periódicos digitales, pero Ronald había insistido en seguir con el papel y contratar la entrega diaria del periódico. Él solía empezar por las primeras páginas, mientras que Cheryl prefería leer primero la sección de negocios. No sabía por qué. No sabía mucho de negocios, pero había algo en aquella dinámica que le hacía sentirse como en una serie de televisión. Esta vez, sin embargo, por mucho que intentara concentrarse no conseguía entender nada. Las palabras se le arremolinaban, formando unas ondas incomprensibles. Ronald, que solía hacer comentarios sobre lo que leía —algo que ella encontraba tan encantador como molesto—, guardaba silencio. Estaba estudiándola, y ella se daba cuenta. Después de recibir la llamada de su hermana no había dormido bien. Él habría querido saber qué le pasaba, pero no iba a preguntárselo. Si algo tenía Ronald era la sensibilidad necesaria para saber cuándo insistir y cuándo dejar espacio.

—¿A qué hora tienes el primer paciente? —preguntó.

—A las nueve.

Cheryl recibía a los pacientes en su consulta tres veces por semana, a partir de las nueve. Los otros dos días laborables estaban reservados para las operaciones. Cheryl era cirujana de trasplantes. Era, sin duda, el campo más interesante de la medicina. Hacía sobre todo trasplantes

de riñón y de hígado, que suponían un reto y tenían cierto riesgo, pero sus pacientes, a diferencia de los de otros cirujanos, siempre requerían un gran seguimiento, en muchos casos de años, para que pudiera ver el resultado de su intervención. Para llegar a ser cirujana de trasplantes había tenido que estudiar primero medicina y cirugía general (seis años en la Boston General), más un año de investigación, más otros dos años de prácticas en cirugía de trasplantes. Había sido muy complicado, pero después de los desastres, de la tragedia y de los efectos colaterales, el centro médico —su formación, su ocupación, su vocación, sus pacientes— había sido su salvavidas.

Su trabajo. Y Ronald, por supuesto.

Cruzó una mirada con su marido y sonrió. Él le devolvió la sonrisa. Veía la preocupación grabada en su atractivo rostro, y asintió levemente como diciendo que todo iba bien. Pero no era cierto.

¿Qué hacía Rachel en la cárcel de Briggs?

La respuesta era evidente, por supuesto. Había ido a ver a David. Hasta cierto punto estaba bien, era muy libre de hacerlo. David y Rachel siempre habían tenido buena relación. Él llevaba allí casi cinco años. Quizá Rachel tuviera la sensación de que ya era suficiente, de que era hora de ponerse en contacto con él, de que merecía, si no ya cierto apoyo, al menos sí algún sostén. Con todo lo que había sufrido Rachel a nivel profesional y personal en el último año, puede que le resultara... —¿qué?—... reconfortante visitar a alguien que siempre había creído en ella y en sus sueños.

No.

Tenía que haber algo más. Cheryl adoraba su trabajo de cirujana tanto como Rachel su trabajo como periodista de investigación. Lo había perdido de golpe, fuera justo o no, y ya nada era lo mismo. Tan sencillo como eso. Su hermana estaba herida. La experiencia la había cambiado, y no para mejor. Antes Rachel era de fiar. Ahora Cheryl cuestionaba constantemente sus decisiones.

Pero ¿por qué habría ido a Briggs?

Quizá viera a David como una oportunidad. David no había hablado con la prensa. Nunca. Nunca había contado su versión de la historia —como si la pudiera tener—, ni había intentado elaborar su propia

teoría de lo que sucedió aquella noche horrible.

Así que probablemente se tratara de eso. Su hermana seguía siendo en el fondo una periodista de investigación, así que quizá había ido a ver a David con la excusa de que se preocupaba por él. Se le daba bien escuchar, hacer que la gente se abriera. Tal vez Rachel consiguiera sacarle un artículo a David, una historia que pudiera llenar grandes titulares, de esas que acaban en los pódcasts de crónica negra, y quizá, solo quizá, Rachel podría usar eso para recuperar su reputación como profesional y que la «borraran» de la lista negra.

Pero ¿de verdad haría eso Rachel?

¿Su propia hermana se pondría a hurgar en todo ese horror, rasgando de nuevo las suturas de Cheryl (usando una analogía quirúrgica), solo con tal de volver al juego? ¿Podría ser tan fría?

—¿Cómo te encuentras? —le preguntó Ronald.

—Muy bien.

Él sonrió.

—¿Queda ñoño o romántico decir que el embarazo le da a mi mujer un aspecto supersexy?

—Ninguna de las dos cosas —respondió ella—. Más bien suena a que vas caliente y que intentas pillar.

Ronald se fingió ofendido y se llevó una mano al pecho.

—*Moi*?

Ella negó con la cabeza.

—Los hombres, en general.

—Somos bastante predecibles.

Estaba embarazada. Era una maravilla. Y esta vez había sido sin gran esfuerzo. Ronald la observaba otra vez, así que ella tuvo que sonreír. Habían reformado la cocina el año anterior: habían tirado una pared, ampliando el espacio en cinco metros, y habían añadido un vestíbulo (para cuando tuvieran los piececitos sucios de barro correteando por el patio trasero), con grandes ventanales, una encimera Viking de seis fogones y una enorme nevera con congelador Northland Master Series. Ronald había diseñado la cocina. Le gustaba cocinar.

Quizá, pensó Cheryl, todo fuera más sencillo. Tal vez Rachel creyera

que ya era hora de ponerse en contacto con su excuñado. Cheryl podía simpatizar con esa. ¿No había intentado apoyar ella también a su entonces marido? ¿No había estado a su lado, incluso cuando la investigación empezaba a señalarle? La idea de que David hubiera podido hacerle daño a Matthew le parecía una locura. En aquel momento, habría apostado que habían sido los alienígenas antes que su marido.

Pero, a medida que se iban acumulando las pruebas, las dudas empezaron a atormentarla, se le metieron bajo la piel, enquistándose. Hacía meses que no estaban bien como pareja, su matrimonio se iba a pique, aunque Cheryl se intentaba convencer de que conseguirían estabilizar la nave a tiempo y remontarían. Llevaban juntos mucho tiempo —desde el primer año de instituto, en Revere High—. En los buenos momentos, en los malos, siempre habían estado juntos.

Lo habían conseguido.

Pero ¿podrían seguir adelante?

Puede que esta vez no. Es lo que pasa con la confianza. Una vez David perdió la confianza en ella, nada volvió a ser lo mismo. Y una vez ella perdió la confianza en él...

Cuando las sospechas empezaron a multiplicarse, Cheryl intentó mantener aparentemente la actitud de apoyo y cercanía, pero David se dio cuenta y la apartó de su lado. Aquella tensión se convirtió en un lastre insoportable. Para cuando llegó el juicio, para cuando salieron a la luz las sorpresas del proceso, el matrimonio ya estaba roto.

Al final, David había matado a su hijo. Y en gran parte el motivo era Cheryl.

El ruido exagerado que hizo Ronald al sorber su café la devolvió a la realidad. Cheryl levantó la vista, sobresaltada. Ronald dejó la taza en la mesa:

—Tengo una idea.

Ella dibujó una sonrisa falsa.

—Creo que está bastante clara la idea que tienes...

—¿Qué tal si vamos a cenar al Albert's Café esta noche? Los dos solos.

—No puedo —dijo ella.

—¿Y eso?

—¿No te lo he dicho? Voy a ver a Rachel.

—No —dijo él, lentamente—, no me lo has dicho.

—No es nada importante.

—¿Está bien?

—Sí, creo que sí. Solo me ha pedido que me pase por su casa. Hace mucho que no nos vemos.

—Eso es verdad.

—Así que he pensado que iré a verla cuando acabe con las consultas. Espero que te parezca bien.

—Claro que me parece bien —dijo Ronald, con un entusiasmo quizá algo exagerado. Recogió su periódico, lo abrió y se puso a leer otra vez—. Divertíos.

Cheryl empezó a sentir la rabia en su interior. ¿Por qué? ¿Por qué demonios tenía que hacerle esto Rachel? Si su hermana quería perdonar a David, ella misma, adelante. Pero ¿por qué tenía que arrastrarla a ella? ¿Por qué ahora, que estaba rehaciendo su vida, que estaba embarazada? Seguro que Rachel era consciente de la tensión que le generaría una llamada de ese estilo. ¿Por qué le hacía esto?

Eso era lo que le preocupaba realmente. Rachel era una buena hermana. La mejor. Se apoyaban siempre, en lo bueno y en lo malo. Y aunque Cheryl era dos años mayor, Rachel siempre —o al menos hasta hacía poco— había sido la más prudente y sobreprotectora de las dos. Sabía el gran esfuerzo que había tenido que hacer Cheryl para levantarse de la cama tras el asesinato de Matthew. Lo de David... bueno, no iba a entrar a analizar los detalles, pero Cheryl había conseguido eliminarlo de su vida, de sus pensamientos. Para poder seguir adelante, por lo que a ella respectaba, David no había existido. Pero Matthew...

Esa era otra historia.

Nunca olvidaría a su precioso hijo. Nunca. Pasara lo que pasara. Ni por un segundo. Era consciente de ello. No se olvida algo así... Aprendes a vivir con ello. Por mucho dolor que te cause. No luchas contra el dolor. No lo apartas de tu vida. Lo aceptas y aprendes a vivir con él. Solo así se puede seguir.

Lo único más doloroso que recordar a Matthew era la idea de que pudiera llegar a olvidarlo.

Se le escapó un pequeño gemido. Enseguida se tapó la boca con la palma de la mano. No era la primera vez. La aflicción raramente ataca de frente. Prefiere colarse por los recovecos cuando menos te lo esperas. Ronald cambió de posición, pero no levantó la vista ni le preguntó. Gracias a Dios.

Así que de nuevo se planteó la pregunta: «¿Qué es lo que quiere contarme Rachel?».

Su hermana no era muy dada al melodrama, así que, fuera lo que fuera, tenía que ser importante. Muy importante. Quizá algo relacionado con David.

O, más probablemente, algo relacionado con Matthew.

—*«¡Good morning, Staaaaaar-shine! The earth says hello...»*.

Debo de estar muerto, supongo. Estoy muerto en el infierno, sumido en la oscuridad y oyendo a Ross Sumner destrozando la banda sonora del musical *Hair* durante toda la eternidad. La cabeza me duele como si alguien estuviera intentando meterme una estaca por la frente con una maza. Empiezo a ver luz a través de la oscuridad. Parpadeo.

Ross sigue con lo suyo:

—*«You twinkle above us, we twinkle below...»*.

—Baja el volumen —le dice alguien.

Voy recuperando la conciencia. Abro los ojos y veo los fluorescentes del techo. Intento levantar la cabeza, pero no puedo. No es por el agotamiento, el dolor ni las lesiones. Miro a mi izquierda. Tengo la mano izquierda esposada a la barandilla de la cama. También la derecha, y ambos tobillos. La clásica inmovilización de cuatro puntos.

Ross Sumner está disfrutando, se ríe como un desquiciado:

—¡Oh, cómo me gusta esto! ¡Qué alegría me da!

Aún tengo la visión borrosa. Intento respirar con calma y analizar el entorno. Paredes de cemento verde grisáceo. Montones de camas, todas vacías salvo la mía y la de Ross. Él aún tiene el rostro machacado, con una tirita sobre la nariz rota. La enfermería. Estoy en la enfermería. Vale, bien. Al menos sé dónde estoy. Me doy la vuelta hacia el otro lado y veo, no uno, no dos, sino tres guardias de la prisión junto a mí. Dos están sentados a mi lado, como si visitaran a un familiar. El otro monta guardia tras ellos.

Los tres me lanzan una mirada de lo más amenazante.

—Ahora sí que estás jodido, chico —dice Ross Sumner—. Bien, bien jodido.

Siento la boca como si hubiera estado masticando arena, pero aun así consigo decir algo:

—¿Hey, Ross?

—¿Sí, David?

—Bonita nariz, capullo.

Sumner deja de reírse.

Nunca hay que mostrar miedo ante otro recluso.

Me vuelvo a girar hacia los guardias. Más de lo mismo. Nunca hay que mostrar miedo, ni siquiera a los guardias. Todos me miran a la vez. La rabia que percibo en sus ojos no me gusta nada. Están cabreados por algo, y aparentemente tiene que ver conmigo.

¿Dónde estará Rizos?

Una mujer que supongo que será la médica se acerca a mi cama.

—¿Cómo te encuentras? —me pregunta, con un tono que deja claro que le da igual la respuesta.

—Mareado.

—Es lógico.

—¿Qué me ha pasado?

Ella echa una mirada a los guardias.

—Aún no lo tenemos claro.

—¿No puede soltarme, al menos?

La médica señala a los guardias, que no nos quitan ojo.

—Eso no es cosa mía.

Me giro hacia esos tres rostros y no veo ningún amor en ellos. La médica sale de la sala. No sé muy bien qué decir, así que opto por el silencio. Hay un antiguo reloj de manillas blanco y negro colgado de la pared. Me recuerda el reloj que solía mirar fijamente, con la esperanza de que las agujas se movieran algo más rápido, en mis tiempos en la escuela primaria de Garfield, en Revere.

Son algo más de las ocho. Supongo que de la mañana, pero aquí no hay ventanas, así que no puedo estar seguro. Me duele la cabeza. Intento reconstruir lo que pasó anoche —si es que fue anoche—, hasta el momento en que oí la voz del que pensaba que sería mi rescatador. Recuerdo sobre todo el rostro de Rizos, el miedo, el pánico.

¿Qué es lo que ocurrió?

El guardia que está de pie es delgado y tiene una nuez muy prominente. En realidad se llama Hal, pero todo el mundo le llama

Tirones porque está todo el rato subiéndose los pantalones, y es que, tal como dijo uno de los reclusos, «Hal no tiene culo». Tirones se me acerca con paso rápido, mirándome con rabia, se acerca tanto que nuestras narices prácticamente se tocan. Yo intento echar la cabeza atrás, hundiéndola en la almohada, para hacer algo de espacio. Es inútil. Tiene un aliento asqueroso, como si se le hubiera colado en la boca un ratón, hubiera muerto y estuviera pudriéndose.

—Eres hombre muerto, Burroughs —me susurra a la cara.

Casi me ahogo de la peste. Estoy a punto de hacer un comentario sobre su aliento, pero un atisbo de cordura me detiene. Uno de los otros dos guardias, un tipo bastante decente llamado Carlos, le llama al orden:

—Hal.

Hal Tirones no le hace caso.

—Muerto —repite.

Cualquier cosa que pueda decir sería superflua o perjudicial para mí, así que guardo silencio. Hal se pone a caminar de nuevo arriba y abajo. Me quedo allí tendido y cierro los ojos.

Está claro que estoy desarmado, y, aun así, me han inmovilizado por cuatro puntos y estoy siendo vigilado por tres guardias. Tres guardias. A la vez.

Me parece un poco exagerado.

¿Qué demonios está pasando aquí? ¿Y dónde está Rizos?

¿Le he hecho daño?

Yo creo que lo recuerdo todo, pero, con mi pasado, ¿puedo estar seguro?

Quizá perdiera el conocimiento. Quizá el otro guardia, el que me oyó gritar, no abriera la puerta lo suficientemente rápido. Quizá, en lugar de caer apuñalado por Rizos, le arrebatara el pincho y...

«Oh, mierda».

Y mientras todas esas teorías dan vueltas en mi cabeza, el gran tornado sigue girando, apartando todo lo demás: «¿Sigue vivo mi hijo?».

Mientras presiono la almohada con la cabeza, intento liberar los brazos y las piernas, pero no puedo. Me siento impotente. Pasa el

tiempo. No sé cuánto. Intento pensar algo, pero no se me ocurre nada.

Suena el teléfono de la pared. Carlos se pone de pie, se acerca y descuelga. Se gira, dándome la espalda, y habla bajo. No distingo lo que dice. Al cabo de unos segundos vuelve a colgar. Lester y Hal se giran hacia Carlos. Carlos asiente.

—Es la hora —dice.

Hal saca una llavecita. Me desata primero los tobillos, luego las muñecas. Carlos y Lester están pegados a mí, como si pensaran que voy a intentar huir. Obviamente no lo hago. Me masajeo las muñecas.

—Levanta —me espeta Hal Tirones.

Estoy algo mareado. Levanto la cabeza lentamente, demasiado lentamente para el gusto de Tirones, que alarga la mano, me agarra del pelo y tira de mí. La sangre de la cabeza se me va hacia el cuerpo, y todo me da vueltas.

—He dicho —me dice Tirones, con los dientes apretados y escupiendo baba— que te levantes.

Me arranca las mantas. Oigo a Sumner que vuelve a reírse. Luego Tirones me coge de los pies y les da un empujón hacia un lado. Yo me dejo llevar y aterrizo de pie en el suelo. Siento las piernas de goma. Doy un paso y me tambaleo, como una marioneta, antes de poder echar a caminar.

Ross Sumner está disfrutando del momento. Canta:

—*«Nah nah nah, nah nah nah, hey hey hey...»*.

Me duele el cráneo.

—¿Adónde vamos?

Carlos me pone una mano en la espalda y me empuja con suavidad. Yo tropiezo y a punto estoy de caerme.

—Vamos —dice.

Tirones y Lester se sitúan a ambos lados. Me agarran de los brazos, asegurándose de que aprietan con fuerza ese punto de presión bajo los codos. Me sacan de la enfermería, casi a rastras.

—¿Dónde me lleváis?

Pero la única respuesta que oigo es la de Ross Sumner, que repite su tonadilla y saluda con la mano:

—¡Adiós!

Intento pensar con claridad, pero no puedo quitarme las telarañas que tengo pegadas al cerebro. Carlos va delante. Lester está a mi derecha. Tirones a mi izquierda. La mirada de Tirones es intensa, está llena de odio. Se me acelera el pulso. ¿Y ahora? ¿Dónde demonios vamos? Y un recordatorio:

Anoche un guardia intentó matarme.

Ese es el titular, ¿no? Rizos me llevó a un pasillo abandonado de la enfermería y había intentado apuñalarme con un pincho. Tengo cubierta por un grueso vendaje la herida que me provocó en el antebrazo, pero aún siento el pulso de la sangre al pasar.

Los cuatro recorremos un pasillo y atravesamos un túnel iluminado con bombillas protegidas por jaulas de metal. El paseo no me va mal. Se me está aclarando la cabeza. No del todo. Pero lo suficiente. Al final del túnel encontramos unas escaleras. Veo la luz del sol a través de una ventana. Vale, así que eran las ocho de la mañana, no de la tarde. Tiene sentido. Un cartel me indica que estamos en la sección de oficinas. No se oye ruido, pero en las oficinas no empiezan hasta las nueve, eso lo sé.

Entonces, ¿qué estamos haciendo aquí?

Me planteo hacer algún movimiento de algún tipo, aunque solo sea para asegurarme de que alguien sepa dónde estoy. Pero ¿de qué serviría? Tal como he dicho, son poco más de las ocho de la mañana. Aún no ha llegado nadie.

Carlos se para frente a una puerta cerrada. Llama y una voz amortiguada le da permiso para entrar. Carlos gira el pomo. La puerta se abre. Miro dentro.

Ahí está Rizos.

Me quedo de piedra. Intento echarme atrás, pero Hal y Lester me tienen cogido de los brazos. Me empujan hacia delante.

Rizos me mira, socarrón.

—Hijo de puta...

Nos miramos fijamente. De nuevo, intenta mostrarse duro, pero una vez más veo que está asustado, a punto de llorar. Quiero protestar, preguntarle por qué ha intentado matarme, pero ¿de qué serviría? ¿De qué va esto?

Entonces oigo una voz familiar:

—Vale, Ted. Ya vale.

Respiro hondo, aliviado.

Entro en la sala y giro a la derecha. Es el tío Philip.

Estoy a salvo. Creo.

Intento cruzar una mirada con él, pero él ni siquiera me mira. Lleva un traje azul y una corbata roja. Se queda de pie junto a la ventana un segundo más antes de cruzar la sala y estrecharle la mano a Ted Rizos.

—Gracias por tu cooperación, Ted.

—Por supuesto, alcaide.

Philip Mackenzie me mira a mí primero, y luego a los tres guardias que me han traído hasta aquí.

—Ya me encargó yo del recluso —dice—. Volved a vuestras tareas.

—Sí, alcaide —responde Carlos.

Hasta ahora no había pensado en ello, pero sigo vestido con el fino pijama de la enfermería, abierto por detrás. Llevo unos calcetines que supongo que también son para pacientes. Ya no llevo las zapatillas de lona. De pronto me siento expuesto, casi desnudo, pero ellos tampoco deben de verme como una amenaza.

Rizos se dirige hacia mí o hacia la puerta, no es fácil saberlo. Se detiene al pasar a mi lado y me lanza su mirada más dura, pero es falsa, fingida.

El tipo está aterrado.

Cuando Rizos llega a la puerta, Philip Mackenzie le dice:

—¿Ted?

Él se vuelve hacia el alcaide.

—El recluso pasará el resto del día conmigo. ¿Quién está de turno en tu bloque?

—Yo —responde Ted—. Me toca hasta las tres.

—Llevas toda la noche despierto.

—Estoy bien.

—¿Estás seguro? Puedes tomarte el turno libre. Nadie te lo echaría en cara.

—Prefiero trabajar, alcaide, si le parece bien.

—Muy bien, entonces. Dudo que acabemos con él antes de que

finalice tu turno, así que díselo a quien te reemplace.

—Sí, alcaide.

Rizos sale de la sala. Hal Tirones le da una palmadita de colega en la espalda. Philip ni siquiera me ha mirado aún. Rizos y Hal echan a caminar por el pasillo. Lester les sigue. Carlos inclina la cabeza y dice:

—¿Me necesita, alcaide?

—Ahora mismo no, Carlos. Ya te llamaré si necesito una declaración.

Carlos me mira y luego mira otra vez a Philip.

—De acuerdo.

—¿Carlos?

—¿Sí?

—Por favor, cierra la puerta cuando salgas.

—¿Está seguro, alcaide?

—Sí, estoy seguro.

Carlos asiente y cierra la puerta. Philip y yo estamos solos. Antes de que pueda decir nada, Philip me indica con un gesto que me siente. Lo hago. Él sigue de pie.

—Ted Weston dice que anoche intentaste matarlo.

Sorpresa.

Philip se cruza de brazos y se inclina sobre el escritorio.

—Afirma que fingiste una enfermedad para que te llevara a la enfermería. Dado que habías tenido un altercado con un recluso llamado Ross Sumner y que te había provocado heridas, se fio de ti.

Philip gira la cabeza a la derecha y señala el pincho que hay sobre la mesa, que supongo que es el que usó Rizos anoche. Está metido en una bolsa de pruebas forenses.

—Dice que, cuando estuvisteis solos, le sacaste esto e intentaste apuñalarlo. Que luchasteis. Que consiguió quitarte el arma, y que al hacerlo te hizo un corte en el brazo. Luego te fuiste corriendo por el pasillo. Otro guardia oyó el ruido y te redujo.

—Es mentira, Philip.

Él no dice nada.

—¿Por qué iba a hacer eso?

—Oh, no lo sé. ¿No viniste a verme ayer para pedirme que te sacara

de aquí?

—¿Y...?

—Pues que a lo mejor te pudo la desesperación. Te metes en una pelea con un recluso de perfil alto...

—Ese psicópata se me echó encima...

—Y acabas en la enfermería. Quizá eso forme parte de tu plan de huida, no lo sé. O quizá, una vez allí, Ross Sumner te da el arma. A lo mejor estáis colaborando.

—Philip, Rizos miente.

—¿Rizos?

—Así es como lo llamamos. Yo no he hecho eso. Él me despertó. Me llevó hasta ese pasillo. Intentó matarme. Me hice esta herida intentando defenderme.

—Sí, claro, y supongo que esperas que yo, y que el mundo en general, aceptemos la palabra de un infanticida condenado en lugar de la de un funcionario de prisiones con quince años de servicio y una ficha impecable.

Por un momento no digo nada.

—Ayer vi a tu padre.

—¿Qué?

—Y también a tu tía Sophie —añade, y aparta la mirada.

—¿Cómo están?

—Tu padre ya no habla. Se está muriendo.

Meneo la cabeza.

—¿Por qué fuiste a verle?

No responde.

—Ayer, precisamente. ¿Por qué fuiste a Revere, Philip?

Se dirige hacia la puerta.

—Ven conmigo.

No me molesto en preguntar adónde vamos. Me pongo de pie y le sigo. Recorremos el pasillo y bajamos las escaleras, caminando uno al lado del otro. Philip está rígido, como si se hubiera tragado un palo de escoba, y mira fijamente hacia delante. Sin darse la vuelta, me dice:

—Tuviste suerte de que el guardia que te redujo fuera Carlos.

—¿Qué?

—Porque Carlos me llamó enseguida. Para informarme del incidente. Inmediatamente ordené que tres guardias, entre ellos Carlos, te vigilaran las veinticuatro horas del día.

Me paro y le agarro de la manga.

—Para que nadie pudiera acabar el trabajo. Temías que me mataran.

Philip baja la vista y mira mi mano. Lo suelto lentamente.

—Aún estás en peligro —dice—. Aunque te aísle. Aunque te consiga un traslado inmediato. Hay un agente que exige venganza y te quiere muerto, y además tienes a Ross Sumner y la fortuna de los Sumner en tu contra... Todo eso no promete nada bueno.

—Entonces, ¿qué hago?

Philip responde abriendo la puerta de su despacho, donde estuve justo ayer. El corazón se me hincha de felicidad por primera vez en no sé cuánto tiempo cuando veo allí a Adam, el hijo de Philip, de pie con su uniforme de policía. Por un momento no puedo hacer otra cosa que quedarme mirando a mi mejor amigo. Él sonríe y asiente, como para confirmarme que es verdad, que está ahí, justo delante de mí. Retrocedo con la mente a otra época, al vestuario antes del entrenamiento de baloncesto en el Revere High, o a nuestra cita doble con las hermanas Hancock en Friendly's, o a cuando nos sentábamos en la grada del fondo de Fenway Park para meternos con el exterior derecho del equipo contrario y cabrearlo.

Adam abre los brazos, da un paso adelante y me sumerjo en su abrazo de oso. Cierro los ojos y aprieto los párpados, porque temo echarme a llorar. Siento que las piernas me fallan, pero Adam me sujeta. ¿Cuánto tiempo hace que no experimento una muestra física de afecto? Casi cinco años. ¿La última persona que me abrazó con algún sentimiento genuino? Mi padre, que ahora yace agonizante, el día en que el jurado leyó el veredicto de culpabilidad. Pero incluso en aquella ocasión, al abrazar al padre al que he querido como a ningún otro hombre, noté cierta vacilación. Mi padre me quería. Y quizá no fuera más que una impresión mía, pero en aquel abrazo había alguna duda, como si no estuviera seguro de estar abrazando a su hijo o a un monstruo.

En el abrazo de Adam no hay ninguna duda.

Adam no me suelta hasta que por fin lo suelto yo. Doy un paso atrás, sin saber muy bien si podré hablar siquiera. Philip ya ha cerrado la puerta. Está de pie junto a su hijo.

—Tenemos un plan —anuncia Philip.

—¿Qué plan? —pregunto.

Philip Mackenzie mira a su hijo y asiente. Adam sonríe y empieza a desabrocharse la camisa.

—Vas a convertirte en mí —dice Adam.

—¿Perdona?

—Me habría gustado tener más tiempo para hacer planes —dice Philip—, pero lo que te he dicho es verdad. Por mucho que intente protegerte, si te quedas aquí no acabará bien. Tenemos que hacer esto ahora.

Adam se quita la camisa del uniforme y me la entrega.

—Llevo la de la talla más pequeña que tengo, pero aun así te irá holgada. —Yo cojo la camisa. Adam se suelta el cinturón.

—El plan, resumido, es este —prosigue Philip—: Tú nos has tendido una trampa, David.

—¿Eso he hecho?

—Ayer viniste por primera vez, esa reunión está registrada, y me dijiste que querías rehabilitarte. Me soltaste una larga historia lacrimógena diciendo que querías enmendarte, confesar y recibir ayuda psicológica.

Me quito la bata de la enfermería y me pongo la camiseta de Adam. Luego me pongo el resto del uniforme.

—Sigue.

—Me rogaste que trajera a tu viejo amigo Adam, que querías verlo. Por ahí querías empezar: por alguien que te escuchara y que te aceptara. La lealtad que siento por mi viejo amigo, tu padre, hizo que cayera en la trampa. Me pareció que tenía sentido. Si alguien podía sacarte del abismo y hacer que confesaras la verdad, era Adam.

Adam me pasa sus pantalones. Está sonriendo.

—Así que preparé una visita larga para hoy, tal como les he dicho a

los agentes ahí fuera. Adam y tú ibais a pasar el día juntos.

Los pantalones me van demasiado largos. Me los arremango un poco.

—Lo que yo no sabía era que tenías una pistola.

Frunzo el ceño.

—¿Una pistola?

—Sí. Nos has apuntado con ella. Has obligado a Adam a que se desnudara y luego lo has atado y lo has encerrado en el armario.

Adam sonríe.

—Con el miedo que me da la oscuridad.

Le devuelvo la sonrisa, aunque ahora recuerdo que, de niño, Adam tenía una lámpara nocturna en forma de Snoopy junto a la cama. A veces me molestaba para dormir cuando pasaba la noche en su casa. Me quedaba mirando a Snoopy y ya no podía cerrar los ojos.

Qué curioso, los recuerdos que conservamos.

—Luego —prosigue Philip—, te has puesto el uniforme de Adam, incluida su gabardina y su gorra. Y me has obligado a sacarte de aquí a punta de pistola.

—¿Y cómo demonios he conseguido una pistola? —protesto.

Philip se encoge de hombros.

—Es una cárcel. La gente cuela muchísimas cosas.

—Pero pistolas no, Philip. Y acabo de pasar la noche en la enfermería, rodeado por tres guardias. Eso no se lo va a tragar nadie.

—Bien pensado —dice Philip—. Espera, un momento. —Abre el cajón de su mesa y saca una Glock 19—. Has cogido la mía.

—¿Qué?

Philip se abre la chaqueta de la americana, dejando a la vista la pistolera vacía.

—Llevaba la pistola encima. Estábamos recordando viejos tiempos. Tú te has echado a llorar. Yo, estúpidamente, me he acercado a consolarte. Me has pillado por sorpresa y te has hecho con mi pistola.

—¿Está cargada?

—No, pero... —Philip Mackenzie mete la mano en el cajón y saca una caja de munición—. Ahora sí.

Este plan es una locura. Tiene una docena de agujeros. Agujeros

gordos. Pero estoy hasta el cuello, y la resaca está a punto de arrastrarme a mar abierto. No hay tiempo para pensárselo mucho. Es mi ocasión. Tengo que salir de aquí. Si Philip y Adam quieren afrontar las posibles consecuencias o están dispuestos a hacer sacrificios, tendré que aceptarlo. Mi hijo está vivo, ahí fuera, en algún sitio. Será egoísta por mi parte, pero eso pasa por delante de todo.

—Vale. ¿Y ahora, qué? —pregunto.

Adam está en ropa interior. Me siento, me pongo sus calcetines y luego los zapatos. Adam es siete centímetros más alto que yo, y aunque antes pesábamos más o menos lo mismo, ahora posiblemente pese diez o quince kilos más. Me ajusto el cinturón para evitar que se me caigan los pantalones. Luego me pongo la gabardina, que me ayuda a disimular.

—Le he dicho a Adam que se pusiera la gorra para entrar —dice Philip, lanzándomela—. Así no se te verá el pelo. Camina rápido y mantén la mirada gacha. Solo hay un punto de control de camino al aparcamiento. Cuando lleguemos a mi coche, me ordenarás, a punta de pistola, por supuesto, que te lleve a mi casa. Yo, idiota de mí, fui ayer al banco y saqué cinco mil dólares en efectivo. Habría sacado más, pero habría sido demasiado evidente.

Adam me lanza su cartera.

—Ahí tengo mil dólares. Y quizá se me olvide bloquear una de mis tarjetas de crédito. Esa Mastercard, seguramente. Total, casi nunca la uso.

Asiento e intento no conmoverme. Necesito concentrarme, pensar en el momento, analizarlo todo sin dejar de actuar. La Mastercard, por ejemplo. ¿Podría usarla? ¿O al hacerlo facilitaré demasiado a la policía que me siga el rastro?

«Más tarde —me digo—. Piensa en eso más tarde. Concéntrate».

—Bueno, ¿y cuándo vamos a por tu coche?

Philip mira su reloj.

—Ahora mismo. Deberíamos llegar a mi casa antes de las nueve. Me atarás, y yo conseguiré soltarme, pongamos esta tarde a las seis. Eso debería darte una ventaja considerable. Cuando me libere por fin, me entrará el pánico, especialmente porque has atado a mi hijo y lo has

dejado encerrado en el armario. Volveré aquí a toda prisa para sacarlo antes de decirle a nadie lo que está pasando. Luego accionaré la alarma. Probablemente hacia las siete de la tarde. Así tendrás tus buenas diez horas de ventaja.

Me aprieto los cordones de los zapatos de Adam para que no se suelten. Me calo la visera de la gorra sobre los ojos. Adam se plantea ponerse la bata de la enfermería, pero no tiene sentido.

—Métete en el armario —le dice Philip a su hijo.

Adam se gira hacia mí. Nos abrazamos fuerte, con sentimiento.

—Encuéntralo —me dice Adam—. Encuentra a mi ahijado.

Philip le tira unas cuantas chocolatinas junto con las cuerdas que habría tenido que usar para atarlo. No sé si alguien se lo tragará, pero con un poco de suerte no lo encontrará nadie hasta esta noche, y será su padre quien lo haga. Philip cierra la puerta del armario y echa la llave. Recoge la Glock y aprieta el botón sobre la culata, sacando el cargador. Yo sé que esta Glock tiene capacidad para quince balas, pero, sin un cargador automático, meter las balas es un proceso lento. Hay que introducirlas una a una hasta el extremo del cargador, asegurándose de que la punta redondeada queda hacia delante. Philip mete seis o siete balas y luego mete el cargador de nuevo con un golpe.

Me entrega el arma.

—No la uses —me dice—, especialmente conmigo.

Esbozo una sonrisa.

—¿Estás listo? —me pregunta. Yo ya siento la adrenalina en las venas.

—Vamos.

Philip Mackenzie es uno de esos tipos que destila confianza en sí mismo y fuerza. Cuando camina, lo hace con intensidad y determinación. Con grandes zancadas. Con la cabeza alta. Intento mantener el paso, con la visera de la gorra de Adam lo suficientemente baja como para que me oculte de miradas indiscretas, pero no tanto como para que resulte sospechoso. Paramos en un

ascensor.

—Aprieta el botón de bajar —me dice Philip.

Hago lo que me pide.

—En el ascensor hay una cámara. Haz que la pistola se vea un poco. Amenázame con ella. Sé sutil, pero asegúrate de que se ve.

—Vale.

—Cuando vuelva aquí, me harán preguntas. Cuanto más crean que me sentía en peligro de muerte, más fácil será.

Suena la campanilla del ascensor y se abren las puertas. Vacío.

—De acuerdo —digo, en el momento en que entramos. Tengo la pistola en el bolsillo de la gabardina. Siento que queda como de mentira, como si le estuviera apuntando con el dedo. Saco la pistola y la mantengo cerca de mi costado, pero en el ángulo de visión de la cámara del techo. Me aclaro la garganta y le murmuro algo, como que no haga ningún movimiento en falso. Suena a frase de serie de televisión cutre. Philip no reacciona. No levanta las manos, asustado, lo cual, tengo que admitir, da más realismo a mi «amenaza».

Cuando el ascensor se para en la planta baja, vuelvo a meterme la pistola en el bolsillo. Philip sale del ascensor rápidamente. Yo tengo que acelerar el paso para mantenerme a su lado.

—Tú sigue caminando —me dice Philip en voz baja—. No te pares, no mires a nadie a los ojos. Quédate un poco por detrás de mí, a la derecha. Yo te taparé el ángulo de visión del puesto de guardia.

Asiento. Más adelante veo un detector de metales. Casi me quedo paralizado, pero entonces me doy cuenta de que solo controla a las personas que entran, no a las que salen. En realidad nadie presta atención a los que salen, pero es que esa es la sección administrativa. Los reclusos nunca pasan por aquí. Solo hay un guardia. De lejos parece joven y aburrido, y me recuerda la imagen de un vigilante de pasillo del instituto que siempre iba fumado.

Estamos a diez metros. Philip camina sin titubear. Yo intento frenar o acelerar, calculando el ángulo justo para que los grandes hombros de Philip me tapen la cara. Cuando el joven guardia ve al alcaide acercándose, se pone en pie, lo mira y luego me mira a mí.

En el rostro se le ve algún tipo de reacción.

Estamos tan cerca de la maldita puerta...

Con una sensación que se acerca al pánico caigo en que aún tengo la pistola en la mano. Y la mano en el bolsillo. Sin pensarlo, cojo el arma con más fuerza. Y deslizo el dedo hacia el gatillo.

¿Dispararía? ¿Realmente sería capaz de disparar a ese tipo para huir?

Philip saluda al guardia con un movimiento de la cabeza y el gesto firme. Yo también asiento, imaginando que es lo que haría Adam.

—Que tenga un buen día, alcaide —dice el guardia.

—Tú también, hijo.

Ya estamos en la salida. Philip aprieta la barra y abre las puertas.

Dos segundos más tarde, estamos fuera del edificio, de camino a su coche.

Ted «Rizos» Weston estaba sentado en la sala de descanso con la cabeza entre las manos. No podía dejar de temblar.

Oh, Dios. ¿Qué había hecho?

La había cagado. La había cagado a lo grande. Sabía que no debía hacerlo, ¿no? Había intentado llevar una vida recta. «Un día de trabajo duro por un buen salario». Eso es lo que siempre decía su padre. Su padre era carnicero en una enorme planta de procesamiento de carne. Se levantaba a las tres de la mañana y se pasaba el día en las cámaras frigoríficas. Llegaba agotado a casa, cenaba y se iba a dormir porque tenía que levantarse al día siguiente a las tres para ir a trabajar. Esa fue su vida hasta que agachó la cabeza y murió a los cincuenta y nueve años de edad de un infarto.

Aun así, Ted había llevado una vida bastante honesta. ¿Había aceptado algún soborno en el trabajo? Pues claro. Todos lo hacían. Si te paras a pensar, en la vida todo son sobornos. Es la vida, tío. Todos nos engañamos unos a otros. Pero Ted solía gestionarlo bien. No era un cerdo, pero, con el sueldo de mierda que pagaban, estaba claro que tenía que hacer algo para mejorarlo un poco. Para redondearlo. Es el modo de vida americano. Nadie puede vivir con lo que paga Walmart. Walmart lo sabe. Pero también saben que el Gobierno pagará la

diferencia con cupones de alimentos, asistencia médica gratuita o lo que sea. Así que, sí, quizá fuera una justificación, pero cuando alguien le pedía que observara a un recluso, como había hecho durante años con Burroughs, o cuando algún familiar quería darle una propina —así era como lo veía Teddy, como un regalo— por pasarle a algún pariente algún capricho, bueno... ¿por qué no? Si decía que no, el siguiente que llegara diría que sí. Era lógico. Todo el mundo lo hace. El mundo funciona así. No puedes hacer saltar el tinglado por los aires.

Pero Ted nunca había hecho daño a nadie.

Ese era el detalle importante. Quizá apartara la mirada cuando aquellos animales querían darse de palos entre ellos. ¿Por qué no? Igualmente encontrarían el modo de partirse la cara. Una vez Ted se había metido en medio de una de esas peleas y un recluso que, según parecía, tenía una enfermedad venérea le había hecho un arañazo profundo con las uñas. ¡Con las uñas! La maldita herida se había infectado. Y Ted había tenido que tomar antibióticos durante dos meses.

Debería haberse mantenido alejado de Ross Sumner.

Sí, era mucho dinero, y era de verdad. Sí, no era que necesitara tanto «una vida mejor» —de hecho, vivía bastante bien—, pero, joder, olvidarse del montón de facturas que lo tenían ahogado, poder flotar por encima de esas facturas, vivir unos días sin preocuparse por el dinero, quizá llevarse a Edna a un restaurante bonito a cenar... ¿Es que era pedir demasiado? ¿De verdad?

Ted fue a buscar un dónut a la mesa, pero no había. Mierda. Algún capullo había traído cruasanes en lugar de dónuts. Cruasanes. ¿Alguna vez habéis comido cruasanes y no os habéis llenado de migas? Imposible. Sin embargo, ahora era lo que les traían. Eran franceses, había dicho alguien. Tenían clase. Eran refinados.

¿A quién querían convencer?

Dos de sus colegas, Moronski y O'Reilly, se habían metido sus cruasanes enteros en la boca, escupiendo migas como una trituradora de madera, y discutían sobre los mejores ángulos para las fotos de tetas en Instagram. Moronski estaba a favor del «escote profundo»,

mientras que O'Reilly, más sutil, prefería la visión lateral.

«Sí, desde luego —pensó Ted—. Los cruasanes dan un gran toque de clase».

—Hey, Ted, ¿a ti qué te parece?

Ted no les hizo caso. Se quedó mirando el cruasán y no supo muy bien si darle un bocado. Alargó la mano para cogerlo, pero le temblaban los dedos.

—¿Estás bien? —preguntó O'Reilly.

—Sí, estoy bien.

—Hemos oído lo que ha pasado —dijo Moronski—. No me puedo creer que Burroughs haya intentado algo así. ¿Has hecho algo para cabrearlo?

—No creo.

—No sé por qué lo llevaste a la enfermería sin avisar a Kelsey.

—Le llamé —mintió Ted—, pero no me respondió.

—Aun así, ¿por qué no esperaste?

—Me pareció que Burroughs tenía mal aspecto. No quería que se nos muriera.

—Déjalo en paz, O'Reilly —dijo Moronsky.

—¿Qué? Solo estaba preguntando.

«Ya basta», pensó Ted. La gran pregunta era: ¿Qué estaría contándole Burroughs al alcaide ahora mismo? Probablemente su versión de la verdad: que era Ted el que llevaba el pincho, no él. Bueno, ¿y qué? ¿Quién iba a creer a un infanticida como Burroughs y no a Ted Weston? Y a pesar de las preguntas de O'Reilly, sus compañeros le cubrirían las espaldas. Nadie iba a poner patas arriba el sistema, ni a apoyar a un recluso.

Entonces, ¿por qué no se sentía seguro?

Tenía que plantearse su siguiente movimiento. Lo primero era pasar página. Ponerse a trabajar. Actuar como si aquello no fuera gran cosa.

Pero, por Dios... ¿qué había estado a punto de hacer?

Sí, Sumner lo había acorralado, en realidad le había hecho chantaje, pero si hubiera tenido «éxito» habría matado a un hombre. Habría asesinado a un ser humano. Esa era la parte que no conseguía superar. Él, Ted Weston, había intentado matar a un hombre. Una parte de él

se preguntaba si no se habría saboteado a sí mismo inconscientemente. A lo mejor no era tanto que Burroughs hubiera estado rápido defendiéndose, sino que Ted, a pesar de todo, sabía que no podía llegar al final. Pensó en ello. ¿Y si la hoja hubiera alcanzado su objetivo? ¿Y si le hubiera perforado el corazón a Burroughs y hubiera tenido que ver cómo la vida abandonaba su cuerpo?

Ahora estaba aterrorizado. Pero si hubiera ido hasta el final, si hubiera tenido éxito... ¿se encontraría mejor?

Cogió una taza de café y se la bebió, apurándola hasta el fondo, sin dejar una gota. Miró el reloj. Empezaba su turno. Salió de la sala de descanso. Ted Weston echó a caminar hacia la escalera, con el miedo metido en el cuerpo, cuando algo al otro lado de la reja de la ventana le llamó la atención. Se paró de golpe, como si una mano gigante le hubiera agarrado del hombro y hubiera tirado de él hacia atrás.

«¿Qué narices...?».

La ventana daba al aparcamiento de la dirección. Era donde aparcaban los jefazos. Los agentes como Ted tenían que aparcar detrás y coger una lanzadera al pabellón correspondiente. Pero eso no era lo que le preocupaba en ese momento. Ted frunció el ceño y volvió a mirar. El alcaide había sido muy específico: iba a pasar horas, si no ya todo el día, con Burroughs.

Sí, vale, muy bien.

Entonces, ¿por qué estaba subiendo a su coche?

¿Y quién era el tipo que le acompañaba?

Sintió algo frío que le recorría la columna. No tenía claro el motivo. En realidad no lo había. Ted observó al alcaide, que se subió por el lado del conductor. El tipo que iba con él —un tipo con gorra y gabardina— ocupó el asiento del acompañante.

Pero si el alcaide se iba... ¿Dónde demonios estaba David Burroughs? Ted tenía su radio. No habían llamado para recoger al prisionero. Así que quizá el alcaide lo hubiera mandado a asilamiento. No, si hubiera sido así, le habrían informado. De modo que quizá el alcaide hubiera dejado a Burroughs con otra persona, algún subordinado, para que siguiera interrogándolo.

Pero Ted sabía que no era ninguna de esas cosas. Lo notaba en los

huesos. Ahí pasaba algo. Algo gordo.

Se dirigió corriendo hacia el teléfono de la pared y levantó el auricular.

—Soy Weston, sector cuatro. Creo que tenemos un problema.

11

No me puedo creer que esté en el coche de Philip.

Miro por el parabrisas. La mañana está gris. En cualquier momento empezará a llover; lo noto en la cara. He oído hablar de enfermos de artritis que pueden predecir tormentas por el dolor de las articulaciones. Por raro que parezca, yo lo noto en las mejillas y la mandíbula. Me las destrozaron con la primera paliza en la cárcel, y ahora, cada vez que se acerca una tormenta, los huesos me duelen como una muela del juicio infectada.

Philip arranca el coche, mete la marcha atrás y nos ponemos en marcha. Yo miro por la ventana en dirección a ese edificio, que es como una fortaleza, y me estremezco. «No volveré», me digo. Pase lo que pase. No lo permitiré.

Me giro hacia Philip. Tiene fruncidas las peludas cejas, está concentrado. Sus grandes manos agarran el volante como si se preparara para arrancarlo de un tirón.

—Se van a preguntar cómo me he hecho con tu pistola —digo.

Él se encoge de hombros.

—Estás corriendo un gran riesgo.

—Tú no te preocupes por eso.

—¿Lo haces por lo que ocurrió anoche —le pregunto—, o porque me crees cuando te digo que Matthew está vivo?

Él se queda pensando un momento.

—¿Eso importa?

—Supongo que no.

Nos quedamos en silencio mientras Philip da la vuelta a la rotonda. Más adelante, veo la torre de guardia y las puertas de salida que atravesaremos muy pronto. Están a menos de cien metros. Echo la espalda atrás e intento mantener la calma.

Ya no falta mucho.

Adam Mackenzie, sentado en el suelo del oscuro armario, intentó ponerse lo más cómodo posible. Si todo iba bien, tendría que pasarse diez u once horas encerrado en aquel espacio oscuro. Apoyó la espalda contra el fondo del armario. Había dejado el teléfono en el coche de su padre porque nadie se habría creído que un «enloquecido David Burroughs» le hubiera dejado quedárselo. Aun así, ¿diez u once horas encerrado en aquel armario oscuro? Adam meneó la cabeza. Tendría que haber traído una linterna y algo que leer.

Cerró los ojos. Estaba agotado. Su padre le había llamado antes de la medianoche para hablarle del incidente de David con los guardias y de su increíble afirmación de que Matthew estaba vivo. Era una tontería, por supuesto. Tenía que serlo. Recordaba cuando David le había pedido que fuera el padrino de Matthew, igual que el padre de David le había pedido tiempo atrás al padre de Adam que fuera su padrino. Había sido uno de los momentos de su vida en que más orgulloso se había sentido. Era algo que siempre había experimentado en su relación con David. Orgullo. David era especial. Era ese hombre. Los hombres querían ser como él, las mujeres se prendaban de él, pero también tenía sombras. Ese fue el motivo por el que, la primera vez que oyó las especulaciones sobre la posibilidad de que David fuera el asesino, ahí fuera, se negó a creérselas, claro, pero en un rincón de su interior había algo, un cosquilleo, que hacía que no pudiera evitar tener dudas. David tenía temperamento. Como cuando se había organizado aquella pelea, durante el último año de instituto. Adam era el máximo anotador y reboteador del equipo, pero David era el que agitaba el vestuario, el que los animaba, el que defendía más duro, el que sus compañeros habían elegido como capitán. Siempre había sido así. Adam era el jugador elegante, y David el que ponía orden. El caso es que el último año Revere High iba perdiendo ante el equipo de Brookside, 78-77, y Adam, que había metido 24 puntos, falló una bandeja cuando solo quedaban cuatro segundos de juego. Aquello le persiguió durante mucho tiempo. Y aún le dolía. Pero esa noche, cuando varios chavales de Brookside se mofaron de Adam por su flagrante error, David tomó cartas en el asunto. Les dio una paliza a dos de ellos, con tal rabia que Adam tuvo que apartarlo de allí y

llevárselo en coche.

Y no solo era eso; también estaba el padre de David, Lenny. Lenny y el padre de Adam: ¿qué era lo que se decía?

Los pecados del padre recaen sobre el hijo.

Durante todos aquellos años, tendría que haber ido a visitar a su amigo. ¿Por qué no lo había hecho? Al principio David se negó a recibir vistas. Sí, vale, pero Adam podría haberlo intentado con más ganas. Simplemente se rindió. No se sentía con fuerzas. Eso era lo que se decía a sí mismo. El hombre encerrado en aquel agujero no era su mejor amigo. Su mejor amigo había desaparecido. Lo habían apaleado y lo habían dejado morir junto a su hijo.

Adam estaba a punto de mover las piernas cuando oyó que se abría la puerta del despacho de su padre.

Una voz ronca dijo:

—¿Qué demonios está pasando?

«Oh, mierda».

Adam cogió las cuerdas y empezó a enrollárselas alrededor de las piernas. Se llevó el pañuelo a la boca para que pareciera una mordaza. El plan era simple: si alguien le encontraba antes de que regresara su padre, se suponía que tenía que hacer como si estuviera intentando liberarse.

Otra voz dijo:

—Ya te lo he dicho. Se ha ido.

La voz ronca:

—¿Cómo demonios puede ser que se haya ido?

—¿Qué quieres decir?

—¿Dónde está el recluso?

—¿Quieres decir que no lo ha devuelto al pabellón antes de irse?

—No.

—¿Estás seguro?

—Trabajo en ese pabellón. Creo que lo sabría, si el recluso que ha intentado matarme estuviera de vuelta en su celda.

Adam se quedó totalmente inmóvil.

—Puede que otro guardia se haya llevado a Burroughs de vuelta.

—No, es mi trabajo.

—Pero acabas de decirme que no era tu turno, ¿no? A lo mejor el alcaide tenía prisa, ¿no? Quizá se lo haya pedido a otro.

—Quizá —concedió Voz Ronca, aunque no parecía convencido.

—Llamaré y lo comprobaré. No sé por qué te preocupas.

—Acabo de verlo con alguien. Al alcaide, quiero decir. En el aparcamiento.

—Probablemente sería su hijo.

—¿Su hijo?

—Sí, es poli.

—¿Hoy se ha traído a su hijo?

—Sí.

—¿Por qué?

—¿Cómo demonios voy a saberlo yo?

—No lo entiendo. El alcaide recibe una llamada diciendo que uno de sus guardias ha estado a punto de morir asesinado por un recluso... ¿Y decide que es el día de Traiga a su Hijo al Trabajo?

—No lo sé. Ni idea.

—¿Crees que deberíamos activar la alarma? —dice Voz Ronca.

—¿Por qué? Ni siquiera sabemos si Burroughs está o no. Llamemos a tu bloque y veamos si está ahí.

—¿Y si no está?

—Entonces activamos la alarma.

Hubo una breve pausa. Luego Voz Ronca dijo:

—Vale, venga. Hagamos esa llamada.

—Podemos usar mi teléfono. Está aquí al lado.

Adam oyó que los dos hombres se marchaban. Se puso en pie. El armario de pronto resultaba sofocante. Adam se sintió atrapado, tenía claustrofobia. Movió la manilla. Cerrado. Por supuesto. Su padre había cerrado el armario con llave para que resultara creíble.

«Dios santo, ¿y ahora, qué?».

Los acontecimientos se estaban precipitando. No tardarían mucho. Harían esa llamada. Se darían cuenta de que David no estaba. Sonaría la alarma. Mierda. Volvió a probar a abrir la manilla, con más fuerza. Nada de nada.

Ya no tenía opción.

Tenía que romper la puerta. El hombro no era una buena opción. Abrir una puerta con el hombro solo puede provocarte una dislocación. Con la espalda pegada al fondo del armario, Adam levantó el pie. Comprobó cómo estaban puestas las bisagras. Si la puerta se abre hacia ti, tienes pocas posibilidades de éxito. Pero no era el caso. Muy pocos armarios se abren hacia el interior. Eso quita espacio. Y en segundo lugar, siempre se golpea al lado de la cerradura. Adam golpeó fuerte con el tacón justo por debajo de la manilla. Tuvo que intentarlo tres veces, pero al final la puerta cedió. Adam parpadeó, cegado por la luz y, tambaleándose, se acercó a la mesa de su padre.

Cogió el teléfono fijo. Tardó unos segundos en recordar el número de su padre —como casi todos, Adam no había tenido la necesidad de memorizarlo—, pero lo consiguió.

Marcó el número y oyó el timbre del teléfono.

Cuando el coche de Philip se para tras un gran camión blanco, un guardia se nos acerca con un aparato en la mano.

—Tú mantén la visera baja —dice Philip.

El guardia rodea el coche, mirando el aparato que lleva en la mano. Hace una pausa junto al maletero antes de seguir el recorrido.

—¿Qué es eso? —pregunto.

—Un detector de latidos —responde Philip—. De hecho, puede detectar el latido de un corazón incluso a través de una pared.

—Así que si alguien se esconde en la parte de atrás o en el maletero...

Philip asiente.

—Lo encontramos.

—Muy profesional.

—Desde que soy alcaide no se ha escapado nadie de Briggs.

Miro hacia el lado contrario hasta que el guardia vuelve a entrar en su garita. Saluda a Philip con un gesto de la cabeza. Philip le devuelve el saludo con la mano. Yo espero a que las puertas se abran. Tengo la impresión de que tarda una eternidad, pero me imagino que es más mi

cabeza que la realidad. Paseo la mirada por la valla metálica de cuatro metros con alambrada en lo alto. La hierba junto al perímetro es sorprendentemente verde y densa, como la de un campo de golf. Más allá de la hierba, no muy lejos de la valla, el paisaje está lleno de árboles.

Empiezo a respirar más rápido. No entiendo muy bien por qué. Tengo la sensación de estar hiperventilando, y quizá sea así.

Tengo que salir de aquí.

—Tranquilo —dice Philip.

Entonces suena el teléfono.

Está conectado al coche, así que el sonido es estruendoso. Miro la pantalla y veo que es de un teléfono no identificado. Me giro hacia Philip, que parece confuso. Coge el teléfono y se lo lleva al oído.

—¿Sí?

Parece Adam. No distingo sus palabras, pero oigo el pánico en su voz. Cierro los ojos y hago un esfuerzo por mantener la calma. Las puertas empiezan a abrirse pesadamente, como si lo hiciera a regañadientes. El camión blanco sigue delante de nosotros.

—Mierda —dice Philip a la persona del otro lado del teléfono.

—¿Qué pasa? —pregunto.

Philip no me hace caso.

—¿Cuánto tiempo tenemos antes de que...?

La sirena de alarma de la prisión suena y el estruendo eclipsa todo lo demás.

El ruido de la sirena es ensordecedor. Miro a Philip. Frunce el ceño, muy serio. Las puertas, que ya estaban casi del todo abiertas, se detienen y empiezan a cerrarse. Veo al guardia de la torre al teléfono. Cuelga y coge un rifle.

—¿Philip?

—Apúntame con la pistola, David.

No pido más detalles. Hago lo que dice. Philip aprieta el acelerador. Vira a la derecha y luego acelera, adelantando al camión blanco. Se dirige hacia las puertas, que se están cerrando. Intenta pasar por la

abertura. Es imposible. Por ahí ya no cabemos. Philip mete el morro del coche y pisa el acelerador a fondo. Las ruedas del coche siguen girando. Él no levanta el pie del pedal. Las puertas ceden un poco, solo un poco. No lo suficiente.

El guardia del rifle sale corriendo de la torre.

—¡Sigue apuntándome! —grita Philip.

Lo hago.

De pronto el guardia del rifle se para y apunta al coche con el arma.

Philip mete la marcha atrás. Retrocede, rascando los laterales del coche con las puertas. Vuelve a cambiar de marcha y embiste las puertas de nuevo. Se mueven, pero no mucho. Otros dos guardias acuden a la carrera, ambos armados. Veo cómo se acercan. Siento el peso de la pistola en la mano.

Ya los tenemos casi encima. La sirena sigue sonando, estruendosa.

Los ojos se me van a la pistola que tengo en la mano.

—¿Philip?

—Aguanta.

El coche da un salto hacia delante. Se oye el crujido del metal. Las puertas se abren un poco más, con el morro del coche incrustado entre ellas. Philip pisa el pedal del gas, para, vuelve a pisar. El motor ruge, protestando.

Los guardias nos gritan, pero con el ruido de la sirena no los oigo.

El coche empieza a abrirse paso por la abertura. Ya casi estamos fuera, pero las puertas siguen cerrándose, estrujando el coche. Me recuerda aquella escena del compactador en *Star Wars* y en esas antiguas películas de televisión en que los héroes acaban atrapados en una habitación donde las paredes van juntándose para acabar aplastándolos.

El primer guardia ya está junto a mi ventanilla. Está gritando, pero no sé qué dice, ni me importa. De hecho cruzamos una mirada. Él empieza a levantar el arma. Yo no veo qué opciones tengo. No puedo volver atrás. No puedo rendirme. Estoy apuntando a Philip, pero ahora me giro hacia el guardia.

«Apunta a las piernas», pienso.

—¡No lo hagas! —grita Philip.

El guardia tiene la pistola en la mano, y me está apuntando. Es él o yo. Así es como yo lo veo. Vacilo, pero en realidad no tengo elección. Estoy a punto de disparar cuando de repente el coche da un tirón, haciendo que la cabeza me salga disparada hacia atrás. Las puertas contienen el coche un segundo más, y con ese último tirón conseguimos liberarnos. Los guardias salen corriendo a por nosotros, pero Philip mantiene el pie sobre el pedal del gas. El coche va a toda velocidad. Me doy la vuelta. Los guardias están ahí, de pie. Tanto ellos como la cárcel de Briggs se van volviendo más pequeños, más borrosos, hasta que dejo de verlos.

Aun entonces sigo oyendo la sirena.

12

Rachel también oyó la sirena.

Estaba desayunando en el Nesbitt Station Diner, un restaurante informal situado en el interior de dos vagones de tren modificados. La entrada de la carta que más le gustaba a Rachel, que debía de tener más texto que una novela de tamaño medio, estaba justo debajo de los cuarenta tipos de hamburguesas que ofrecían (de ternera, bisonte, pollo, pavo, alce, setas, salmón salvaje, bacalao, alubias, vegetariana, vegana, de cordero, cerdo, aceitunas, etc.). Era el «Mi mujer no quiere nada», que era la opción de ampliar la ración de patatas fritas y añadir dos palitos de mozzarella. En el cartel de la puerta del *diner* se podía leer: ABIERTO 24 HORAS PERO NO SEGUIDAS. Debajo se especificaba el horario de apertura; de 5 de la mañana a 2 de la noche, de lunes a sábado. Otro cartel rezaba: SE PERMITE TRAER BEBIDA, PERO ACONSEJAMOS QUE LA COMPARTA CON SU CAMARERA.

La Air Fryer Cheeseburger de la noche anterior le había gustado bastante, pero para Rachel la principal atracción del lugar era su excelente wifi. La wifi del Briggs Motor Lodge era tan mala que cada vez que intentaba conectarse creía oír el chirrido de un módem por línea telefónica. El «Lodge», pese a su rimbombante nombre, tampoco tenía bar ni restaurante; solo un vestíbulo en el que se ofrecía un «desayuno continental» gratuito, pretenciosa denominación para el bollo rancio que daban, acompañado de una tarrina de margarina medio fundida.

En el reloj del *diner* todos los números eran cincos, y sobre la esfera había un recordatorio de que no se podía beber alcohol hasta las cinco. Aún faltaba una hora para que empezara la hora de las visitas: tenía tiempo suficiente para seguir con su investigación. Por eso había acampado ahí la noche anterior y otra vez esta mañana, bebiendo café y pidiendo la suficiente comida como para no atraer demasiadas

miradas por ocupar una mesa.

Su portátil había estado encendido toda la noche, buscando datos de todos tipos. La mala noticia era que no había conseguido encontrar en todo el país a ningún niño blanco entre dos y tres años que hubiera desaparecido en la época en que se había producido el asesinato de Matthew y que siguiera desaparecido más de cinco años después. Ni uno. Había niños de esa edad que habían muerto. Otros que habían sido secuestrados, normalmente mientras sus padres disputaban la custodia, pero que al final habían sido encontrados. Tres de ellos habían desaparecido hasta ocho meses antes de que se localizaran sus cuerpos.

Pero de momento ningún niño encajaba con el perfil que buscaba, lo que planteaba una pregunta muy incómoda: Si el cadáver no era el de Matthew, ¿de quién era?

Por supuesto, aún era pronto. Debía ampliar la búsqueda, alargarla unos meses, extenderla a otros lugares, y consultar otras bases de datos. Quizá el niño que había aparecido muerto en la cama de Matthew —Dios, parecía una locura— fuera más pequeño o mayor, o mulato, o moreno, o de otra raza. Sería escrupulosa en su búsqueda. Antes del escándalo, se la conocía por ser una investigadora implacable. Aun así, no había otro modo de verlo: que no hubieran encontrado otro cuerpo era un mazazo para la teoría de que Matthew seguía vivo.

Matthew, vivo. En serio, ¿no era una teoría estrambótica?

La buena noticia, si podía decirse así, tenía que ver con la testigo que había declarado en contra de David, la «dulce anciana» (como la habían llamado los periódicos, claro) Hilde Winslow. En teoría, localizar a la anciana no debía de ser complicado. Pero no lo consiguió a la primera, así que Rachel se planteó si podría haber muerto en estos cinco años. Sin embargo, no había registro de defunción. De hecho, Rachel solo había encontrado a dos personas con ese nombre. Una de sus Hildes tenía treinta años y vivía en Portland, Oregón. La otra era una estudiante de primaria en Crystal River, Florida.

Ni la una ni la otra.

El nombre Hilde podía derivar de Hilda, mucho más común. Eso estaba claro. Los documentos del juzgado donde se había celebrado la vista y los de todos los medios la citaban como Hilde, pero, para asegurarse, Rachel probó con Hilda Winslow. También en este caso, solo encontró a dos, y ninguna de las dos encajaba con el perfil. Entonces probó con el nombre de soltera de Hilde Winslow —algunas mujeres lo recuperan en algún momento—, pero eso tampoco dio resultado.

Un callejón sin salida.

La sirena —Rachel supuso que sería alguna alarma de incendios— no dejaba de sonar.

Le vibró el teléfono. Al comprobar el número vio que era Tim Doherty, su viejo amigo del *Globe*, que le devolvía la llamada. Tim era uno de los pocos que se había mantenido a su lado cuando la pusieron en el disparadero. No abiertamente, por supuesto. Eso habría sido un suicidio profesional. Y ella tampoco quería que hiciera algo así, ni él ni nadie.

—Lo tengo —le dijo Tim.

—¿Todo el dosier del caso?

—Los documentos del juzgado y las transcripciones. Los polis no me dejarán ver sus apuntes ni de coña.

—¿Has encontrado el número de la Seguridad Social de Hilde Winslow?

—Sí. ¿Puedo preguntarte para qué lo quieres?

—Necesito encontrarla.

—Ya, me lo imaginaba. ¿Y por qué no has recurrido a las vías habituales?

—Ya lo he hecho.

—Y no has encontrado nada.

Percibió el tono socarrón en la voz de Tim.

—Exacto. ¿Por qué? ¿Qué has encontrado tú?

—Me he tomado la libertad de buscar el número en el registro de la Seguridad Social.

—¿Y?

—Dos meses después del juicio de tu cuñado, Hilde Winslow se

cambió el nombre por el de Harriet Winchester.

«Bingo», pensó Rachel.

—Vaya...

—Sí —dijo él—. También vendió la casa y se mudó a un apartamento en la calle 12, en Manhattan. —Hizo énfasis en la dirección—. Por cierto, cumple ochenta y uno esta semana.

—¿Y por qué iba a cambiar de nombre y de lugar de residencia una mujer de su edad? —preguntó Rachel.

—¿Por la presión tras el juicio?

—¿Perdona?

—El asesinato llenó muchos titulares —señaló Tim.

—Sí, pero venga ya... Una vez hizo su declaración, nadie más le dijo nada.

La prensa trataba a las mujeres como haría un ligón de discoteca. Una vez les sacaba lo que quería, enseguida se aburría de ellas y pasaba a la siguiente. Así que el cambio de nombre, por justificable que fuera, resultaba una medida radical, algo muy curioso.

—Tienes razón —concedió él—. ¿Crees que mintió con respecto a tu cuñado?

—No lo sé.

—¿Rachel?

—¿Sí?

—Tienes algo gordo entre manos, ¿no?

—Creo que sí.

—En condiciones normales te pediría que compartieras —dijo—, pero tú lo necesitas más que yo. Te mereces otra oportunidad, y este mundo no las da fácilmente, así que si cuenta conmigo para cualquier cosa, ¿vale?

Rachel sintió que los ojos se le llenaban de lágrimas.

—Eres el mejor, Tim.

—Lo sé. Hasta pronto.

Tim colgó. Rachel se limpió las lágrimas. Miró por la ventana del *diner*, hacia el aparcamiento, lleno de coches, mientras la sirena seguía sonando a lo lejos. Quizá el mundo acabara dándole otra oportunidad, aunque no estaba segura de merecerla. Habían pasado dos años desde

la muerte de Catherine Tullo, y por culpa de Rachel.

Catherine no tendría otra oportunidad. ¿Por qué iba a tenerla ella?

Había sido el tema más importante de su carrera como periodista. Tras una exhaustiva investigación de ocho meses, el dominical del *Globe* iba a presentar su denuncia al respetado presidente de la Universidad de Lemhall, Spencer Shane, no solo por hacer la vista gorda durante los últimos veinte años con los casos de ataques sexuales, abusos y conductas impropias de ciertos profesores, sino también por participar en una red de abusos sistémicos y encubrimientos en una de las grandes instituciones del país. Era un caso tan flagrante pero a la vez tan frustrante y escurridizo que Rachel se obsesionó como nadie más lo habría hecho. Perdió la perspectiva, no en cuanto a lo intolerable que era de aquel delito —eso era imposible verlo de otra manera—, sino en cuanto a la vulnerabilidad y a la decencia de las víctimas.

La Universidad de Lemhall, su *alma mater*, consiguió que se firmaran numerosos acuerdos de confidencialidad para que nadie pudiera hacer declaraciones. Rachel no se lo había contado a sus jefes, pero ella misma había recibido presiones para que firmara uno en su primer año en la universidad, tras un grave incidente en una fiesta de Halloween. Ella se negó, y la universidad no la defendió en aquel caso.

Quizá fuera allí donde había empezado todo. En esa ocasión había perdido. No perdería otra vez.

Así que fue demasiado lejos.

Al final, las acusaciones eran demasiado graves como para que el *Globe* lo publicara, porque nadie podía saltarse los acuerdos de confidencialidad. Rachel no podía creérselo. Fue a ver al fiscal del distrito, pero el fiscal no parecía dispuesto a emprenderla contra un personaje y una institución tan populares. Así que se dirigió a su antigua compañera de clase Catherine Tullo y le rogó que rompiera su acuerdo de confidencialidad. Catherine quería hacerlo, eso le dijo a Rachel, pero tenía miedo. No lo haría. Así que punto final. Eso iba a acabar con toda la historia, permitiendo que una institución —una institución que había permitido que el asaltante de la propia Rachel se fuera de rositas— permaneciera limpia de toda mancha.

Rachel no podía permitirlo.

No tenía otra alternativa, así que presionó aún más a Catherine Tullo: «Haz lo correcto o quedarás expuesta igualmente». Si Catherine no ponía a las otras víctimas por delante, Rachel no veía motivo para protegerla a ella. Ella misma haría pública la historia y revelaría sus fuentes. Catherine se echó a llorar. Rachel no cambió de opinión. Media hora más tarde, Catherine vio la luz. No necesitaba el dinero del acuerdo. No le preocupaba la confidencialidad. Haría lo correcto. Catherine Tullo abrazó a su amiga y compañera de fraternidad y le dijo que al día siguiente le concedería una larga entrevista y lo explicaría todo. Pero esa misma noche, después de que Rachel saliera de su apartamento, Catherine Tullo llenó una bañera con agua y se cortó las venas.

Ahora el recuerdo de Catherine la perseguía. Estaba ahí mismo, sentada al otro lado de la mesa, con aquella sonrisa insegura que siempre tenía en el rostro, parpadeando como si esperara un puñetazo, hasta que Rachel oyó a su camarera, una mujer de cabello azul, diciéndole al cliente de la mesa de al lado:

—Hace que no oigo esa sirena... ¿Cuánto tiempo, Cal?

El hombre que supuso que sería Cal respondió:

—Uf, hace años.

—¿Tú crees que...?

—Nah —dijo Cal—. Probablemente están haciendo un simulacro. Estoy seguro.

Rachel se quedó helada.

—Si tú lo dices... —respondió la camarera, pero a juzgar por la expresión de su rostro, no estaba muy convencida.

Rachel se dio la vuelta y dijo:

—Perdonen, no quiero ser entrometida, pero ¿esa sirena es de la cárcel de Briggs?

Cal y la camarera cruzaron una mirada. Luego Cal asintió y la miró con una sonrisa condescendiente en el rostro.

—Yo de ti no me preocuparía, guapa. Probablemente no sea más que un simulacro.

—¿Un simulacro de qué? —preguntó Rachel.

—De fuga —dijo la camarera—. Solo hacen sonar esa sirena cuando se fuga un recluso.

El teléfono vibró. Rachel se apartó y se lo llevó al oído.

—¿Sí?

—Necesito tu ayuda —dijo David.

Ahora nos siguen tres coches patrulla, los tres con las luces azules encendidas.

Me siento aturdido. Es la primera vez que salgo de Briggs en cinco años. Si me pillan, no volveré a salir nunca más. Nunca. Eso lo sé. Aquí no hay segunda oportunidad. Mis dedos envuelven la pistola, y curiosamente el metal me da una sensación cálida y reconfortante.

Los coches patrulla se abren formando una V. Me giro hacia Philip:

—Se ha acabado, ¿verdad?

—¿Estás dispuesto a arriesgar tu vida?

—¿Qué vida?

Asiente.

—Pues apúntame con la maldita pistola, David. Y tenla en alto, donde la puedan ver.

Lo hago. Ahora siento el peso del arma. Me tiembla la mano. Me da la impresión de que la adrenalina —tras la pelea con Sumner, el ataque de Rizos y ese plan de huida improvisado— empieza a desaparecer. Philip aprieta el acelerador. Los coches patrulla no se despegan de nosotros.

—¿Y ahora qué? —pregunto.

—Espera.

—¿A qué?

Justo en ese momento, el teléfono del coche vuelve a sonar. El rostro de Philip es una máscara seria. Antes de responder, insiste:

—Recuerda que eres un hombre desesperado. Actúa como tal.

Asiento.

Philip coge el teléfono y responde con voz entrecortada. Inmediatamente una voz le dice:

—Su hijo está sano y salvo, alcaide. Consiguió soltarse y romper la puerta del armario.

—¿Con quién demonios hablo? —pregunta Philip, agresivo. Hay un momento de vacilación en el otro extremo de la línea—. Soy... ah... soy...

Philip repite, a todo pulmón:

—He preguntado quién demonios es.

—Soy el agente Wayne Semsey...

—Semsey, ¿cuántos años tienes?

—¿Señor?

—Lo que quiero decir es si siempre has sido un capullo tan incompetente o si esto es algo nuevo.

—No entiendo...

Philip me mira.

—Tengo a un recluso desesperado apuntándome a la oreja con una pistola. ¿Te das cuenta, Semsey?

Aprieto la pistola contra su oreja.

—Eh... sí, señor.

—Pues dime, Sensey, ¿crees que lo más sensato en este caso es cabrear al recluso?

—No...

—Entonces, ¿por qué demonios me están pisando los talones esos coches patrulla?

Philip me mira y asiente discretamente. Yo interpreto la señal.

—¡Dame eso! —le grito, arrancándole el teléfono de la mano. Intento parecer enloquecido, histérico. No me cuesta demasiado.

—No estoy de ánimo para charlar —grito al teléfono, marcando las palabras, intentando adoptar un tono lo más amenazador posible—, así que escucha: os daré diez segundos. No voy a contar siquiera. Diez segundos. Si una vez cumplidos veo a un solo poli por aquí cerca, voy a meterle una bala en la cabeza al alcaide y conduciré yo mismo. ¿Oyes lo que te digo?

—¡Por Dios, David, no querrás hacer eso! —añade Philip. Me preocupa que resulte algo exagerado, pero no es así.

Por el teléfono, oigo que Semsey dice:

—Hey, hey, David, vamos a tranquilizarnos todos un minuto, ¿vale?

—¿Semsey?

—¿Qué?

—Estoy condenado a cadena perpetua. Si mato al alcaide, me convertiré en el tío más popular de Briggs. ¿Me entiendes?

—Claro, David, claro. Ya se retiran. Mira.

Miro. Los coches patrulla nos dan espacio.

—No quiero que nos sigan de lejos. Quiero que se vayan.

Semsey intenta adoptar un tono conciliador:

—Escucha, David. ¿Puedo llamarte David? Te parece bien, ¿verdad?

Me doy la vuelta y disparo a través del parabrisas trasero. Philip levanta una ceja, sorprendido.

—La próxima irá a parar entre los ojos del alcaide.

Philip se mete de lleno en el personaje.

—¡Por Dios, no! ¡Semsey, escúchale!

Semsey se pone a farfullar, dominado por el pánico.

—Vale, vale, tranquilo, David. Están parando. ¿Lo ves? Te lo prometo. Mira hacia atrás. Echa un vistazo. Aún podemos arreglar esto, David. Nadie ha resultado herido. Hablemos de ello, ¿vale?

—¿Cuál es tu número? —pregunto.

—¿Qué?

—Aquí dice «número oculto». Ahora voy a colgar. Te llamaré en cinco minutos con mis exigencias. ¿Cuál es tu número?

Semsey me lo da.

—Muy bien, pues ten papel y bolígrafo listos. Te llamaré.

—Ya tengo papel y bolígrafo, David. ¿Por qué no me lo dices ahora? Estoy seguro de que podemos...

—No me sigáis y nadie saldrá herido —insisto—. Si huelo siquiera un coche de policía, el alcaide acabará con una bala en el cerebro.

—¿Cuánto tiempo habremos ganado? —pregunto.

—No más de cinco minutos. Probablemente ya esté despegando un helicóptero con el que podrán seguirnos desde el aire.

—¿Alguna idea?

Philip se queda pensando un momento.

—Hay un gran centro comercial más allá, a pocos kilómetros. Tiene un aparcamiento subterráneo. Estaremos fuera de la vista quizá diez segundos. Puedes saltar del coche sin que te vean. En el complejo hay

un hotel Hyatt. Antes había parada de taxis, pero no sé si sigue ahí, con todo eso de los Uber y demás. A partir de ahí, bueno... estás solo. No puedo hacer nada más. Hay una estación de tren y una terminal de autobuses a menos de dos kilómetros, si quieres probar eso.

No me gusta.

—Cuando vean que nos metemos bajo tierra, ¿no sabrán lo que está pasando?

—La verdad es que no lo sé.

Miro hacia atrás. No veo ningún coche patrulla, pero eso no significa que no los haya. Abro la ventanilla y saco la cabeza. No hay rastro de ningún helicóptero. Tampoco se oye nada todavía. Podría llamar a Semsey y amenazarle otra vez para que se mantengan lejos, de modo que no nos vean entrar en el centro comercial. Pero ¿funcionaría? No lo sé. Los policías no son magos. Es lo que nos parece cuando los vemos en la tele, pero aún tenemos tiempo. Aún no tenemos el helicóptero encima. Si quieren usar medios de vigilancia de largo rango —telescopios, cámaras, lo que sea—, tarda un tiempo en configurarse. Y lo mismo si intentan localizarnos a través del teléfono móvil de Adam o de Philip.

Tengo tiempo. Pero no demasiado.

—¿A cuánto tiempo estamos de ese aparcamiento subterráneo? —pregunto.

—Tres o cuatro minutos, quizá.

Se me ocurre una idea. No es una idea perfecta, ni mucho menos, pero mi padre, el poli veterano, siempre preocupado por mi necesidad obsesiva de perfección solía citarme a Voltaire: «No dejes que lo perfecto sea enemigo de lo bueno». Ni siquiera estoy seguro de que esta idea pueda calificarse de buena, pero es todo lo que tengo.

La ventanilla aún está abierta. Ahora podemos oír el ruido de un helicóptero.

—Mierda —dice Philip.

—Dame la cartera, Philip.

—¿Tienes un plan?

—Sigue hacia el aparcamiento subterráneo. Me bajaré ahí. Te he robado la cartera. Diles que solo llevabas unos veinte dólares. Adam

debería decir lo mismo. Rastrearán tu tarjeta de crédito, pero yo solo usaré el efectivo.

—Vale.

—Voy a volver a llamar a Semsey con tu teléfono y empezaré a plantearle exigencias alocadas.

—¿Y luego, qué?

—Nos metemos en ese aparcamiento subterráneo mientras hablo con él. Salgo enseguida, como si no hubieras parado. La única diferencia es que me voy a quedar tu teléfono para seguir hablando con él.

Philip asiente, sabe adónde quiero llegar.

—Pensarán que aún sigues en el coche.

—Exacto. Tú sigues conduciendo. El helicóptero estará encima de nosotros, pero no podrán verme salir. Si sigo hablando, puede que crean que sigo contigo. Aléjate todo lo que puedas. En diez minutos exactos, colgaré. Encuentra otro aparcamiento subterráneo. ¿Hay algún otro centro comercial como este? ¿O algún complejo de oficinas, o algo así?

—¿Por qué?

—Entras y pierdes unos segundos. Luego sales y finges que yo te he hecho parar ahí y que he echado a correr.

—Y mientras tanto tú estarás aquí —dice Philip.

—Exacto.

—Entonces salgo del subterráneo y les indico con gestos que te has ido. No puedo llamar porque te has llevado mi teléfono.

—Correcto.

—Y ellos te buscarán allí, no aquí.

—Sí.

Philip se queda pensando.

—Joder, podría funcionar.

—¿Tú crees?

—No, la verdad es que no. —Me echa una mirada—. Esa maniobra de distracción no te dará mucho tiempo, David.

—Lo sé.

—Súbete en el primer tren, autobús o lo que sea. ¿Qué tal se te dan

las técnicas de supervivencia?

—No muy bien.

—El bosque puede ser un buen lugar para ocultarse. Enviarán a agentes con perros, pero no pueden cubrirlo todo. No visites a tu padre. Sé que querrás hacerlo, pero estarán vigilando la casa. Y la casa de tu exmujer y de tu cuñada. De todos tus parientes. No puedes fiarte de nadie cercano. Estarán vigilándolos.

Ya no tengo a nadie cercano, pero entiendo lo que dice.

—Yo hablaré con tu padre. Le diré que te creo, que tú no lo hiciste.

—¿Lo crees?

Philip respira hondo mientras gira a la derecha junto al cartel de salida del Lamy Outlet Center—. Sí, David, lo creo.

—¿Está muy mal, Philip?

—Está mal. Pero sabrá la verdad. Eso te lo prometo.

Miro hacia atrás. No se ven coches patrulla. Es ahora o nunca. Llevo los bolsillos llenos: el teléfono de Adam, la cartera de Adam, la cartera de Philip, el dinero que me han dado.

—Una cosa más —dice Philip.

—¿Qué?

—Deja la pistola.

—¿Por qué?

—¿Piensas usarla?

—No, pero...

—Pues déjala. Si vas armado, es mucho más probable que no salgas vivo.

—Si me van a llevar otra vez a la cárcel, me da igual estar vivo o muerto —replico—. ¿Y por qué iba a dejar la pistola? ¿Quién se lo iba a creer? Sabrán que estás implicado.

—David...

Pero no hay tiempo para discutir. Cojo el teléfono móvil y marco el número de Semsey. Él responde de inmediato.

—Me alegro de que hayas llamado, David. ¿Estáis bien?

—Estamos bien —respondo—. De momento. Pero necesito algo para salir de aquí. Un medio de transporte, para empezar.

—Vale, David, por supuesto. —Semsey adopta el clásico tono de

coleguita comprensivo. Parece más tranquilo, como si dominara la situación. Esos cinco minutos le deben de haber ido bien—. Podemos intentar arreglarlo.

—De intentar, nada —le espeto.

Hemos llegado al centro comercial. Philip gira a la izquierda. Bajamos hacia el aparcamiento subterráneo. Agarro la manilla de la puerta y me preparo.

—Quiero lo que te pido, sin excusas.

Para aderezar el relato, Philip añade:

—David, baja la pistola. Hará lo que tú quieras.

—Necesito un helicóptero —le digo a Semsey—. Con el depósito lleno.

Eso lo he sacado de alguna vieja serie de televisión. Pero a Semsey no parece importarle. Sigue interpretando su papel:

—Eso nos puede llevar unas horas, David.

—Y una mierda. Ya tenéis un helicóptero aquí arriba. ¿Crees que soy idiota?

—Ese no es nuestro. Probablemente sea un helicóptero de tráfico. O quizá sea privado. No puedes esperar que hagamos bajar...

—Estás mintiendo.

—Mira, vamos a calmarnos.

—Quiero que ese helicóptero nos deje en paz. Ahora.

—Ya estamos llamando a los aeropuertos más cercanos, David.

—Y quiero mi propio helicóptero. Con un piloto y el depósito lleno. Y más vale que el piloto no vaya armado.

Philip señala con la cabeza un punto hacia delante de nosotros. Estoy listo.

—Vale, David, no hay problema. Pero tienes que darnos algo de tiempo.

Philip para el coche. Tiro de la manilla, abro la puerta y salgo.

En cuanto pongo el pie en el suelo, Philip sigue adelante. Todo ocurre en cuestión de dos, tres segundos como máximo. Me agazapo tras un Hyundai gris.

—¿Cuánto tiempo? —pregunto, sin perder un momento—. No quiero tener que disparar al alcaide.

—Eso no lo desea nadie.

—Pero tú me estás empujando a que lo haga. Solo me cuentas milongas. Quizá le dispare en la pierna. Aunque solo sea para que veas que voy en serio.

—No, David, mira, ya sabemos que vas en serio. Por eso nos hemos mantenido a distancia. Tú sé razonable, ¿vale? Podemos encontrar una salida.

Me abro paso por entre los coches, dirigiéndome a la entrada del centro comercial. No nos ha seguido ningún vehículo sospechoso. Tampoco veo gente rara por la zona.

—Escucha, Semsey, esto es exactamente lo que quiero.

Entro en el vestíbulo de la planta baja del centro comercial y subo las escaleras mecánicas.

Estoy libre. De momento.

Max —el agente especial del FBI Max Bernstein— caminaba sin parar, arriba y abajo, por el vestíbulo del despacho del alcaide.

Max estaba siempre en constante movimiento. Su madre solía decir que tenía «hormigas en los pantalones». Los profesores se quejaban de que alborotaba a la clase porque no dejaba de moverse en el pupitre. Una profesora, la señorita Matthis, de cuarto, le pidió al director que le dejara atarlo con una correa al respaldo de la silla. Ahora mismo, como siempre que se encontraba en un espacio nuevo, Max caminaba por la sala como un perro acostumbrándose a un entorno desconocido. Parpadeaba constantemente, dirigiendo la mirada a todas partes, salvo a los ojos de cualquier otro ser humano. Se mordía las uñas. Tenía un aspecto desastrado, con su cazadora del FBI, que le venía grande. Era bajito, y tenía el pelo tieso, rígido, imposible de dominar las pocas veces al año que intentaba peinárselo. Aquellos movimientos constantes pero impredecibles le habían convertido en el objeto de más de un chiste entre sus colegas del FBI, y por supuesto los homófobos habían convertido esas bromas en crueles chanzas sobre lo que podría necesitar para calmarse después de que saliera del armario en una época en que muy pocos agentes federales lo hacían.

Los federales pueden llegar a ser muy ocurrentes.

—Se ha escapado —dijo el agente Semsey, el policía local que había intentado gestionar el caso, evidentemente sin conseguirlo.

—Eso hemos oído —dijo Max.

Habían establecido la base de operaciones en el vestíbulo del despacho del alcaide Philip Mackenzie, porque el despacho en sí seguía siendo el escenario de un delito. En la pared habían colgado un mapa de carreteras del condado de Briggs sobre el que habían trazado el camino que había seguido el coche del alcaide con un rotulador amarillo fluorescente. «Al viejo estilo», pensó Max. Eso le gustaba.

Tenían un ordenador portátil donde se veían las imágenes de la cámara del helicóptero. Semsey y sus compañeros habían visto todo el proceso. Para cuando había llegado Max con su compañera, la agente especial Sarah Jablonski, ya se había acabado todo.

Había otras siete personas en el vestíbulo con Max, pero la única a la que conocía desde hacía más de cinco minutos era Sarah. Sarah Jablonski había sido la compañera de Max, su lugarteniente, su mano derecha, su socia —y cualquier otro término que pudiera indicar que la adoraba y la necesitaba— desde hacía dieciséis años. Sarah era una pelirroja grandullona, de hombros anchos y casi metro ochenta y cinco de altura, y dejaba pequeño a Max, que era quince centímetros más bajo. La diferencia de tamaño entre ambos les daba un aspecto algo cómico, algo que ellos usaban en su beneficio.

Dos de los hombres presentes eran alguaciles a sus órdenes. Los otros cuatro eran del sistema de prisiones o de la policía local. Max se sentó frente a la pantalla del ordenador. La pierna derecha le temblaba con lo que probablemente sería diagnosticado como síndrome de las piernas inquietas si Max se hubiera molestado alguna vez en pedir la opinión del médico. Todos en la sala observaban a Max mientras reproducía la grabación una y otra vez.

—¿Has visto algo, Max? —preguntó Sarah.

Él no respondió. Sarah no insistió. Ambos entendían lo que quería decir. Sin dejar de mirar la pantalla, Max preguntó:

—¿Quién tiene el rango más alto aquí, en la prisión?

—Yo —dijo un hombre rollizo con la camisa de manga corta sudada —. Me llamo...

A Max no le importaba su nombre ni su rango.

—Vamos a necesitar unas cuantas cosas de manera inmediata.

—¿Como qué?

—Como una lista de todas las visitas que haya tenido Burroughs en los últimos días.

—Vale.

—Cualquier pariente o amigo cercano. Compañeros de celda con los que pueda haber hablado o que hayan sido liberados. Va a tener que ponerse en contacto con alguien para que le ayude. Tenemos que

tenerlos vigilados.

—Me pongo a ello.

Max se levantó de la silla y se puso a caminar arriba y abajo otra vez. Se mordisqueó la uña del dedo índice, no con delicadeza o indiferencia, sino como un rottweiler lanzándose sobre un juguete nuevo. Los otros se miraban entre ellos. Sarah ya estaba acostumbrada a eso.

—¿Ha vuelto ya el alcaide, Sarah?

—Acaba de llegar.

—¿Estamos listos?

—Estamos listos.

Sin dejar de caminar, Max asintió vigorosamente. Se paró delante del ordenador y volvió a apretar el botón de reproducción. En el vídeo se veía al alcaide saliendo de su coche y haciendo señales al aire, en dirección al helicóptero que lo grababa. Max observó la escena. Luego la volvió a observar. Sarah estaba de pie, detrás de él.

—¿Quieres que te lo traiga, Max?

—Déjame verlo una vez más, Sarah.

Max puso el vídeo desde el principio. De vez en cuando saltaba con la elegancia de una gacela herida de la pantalla del ordenador al mapa, reseguía la ruta con su dedo mordisqueado y volvía a la pantalla del ordenador. Y mientras tanto toqueteaba nerviosamente la docena de gomas elásticas —doce exactamente, nunca once, ni trece— que tenía en la muñeca.

—Semsey —dijo Max.

—Aquí estoy.

—Dame el detalle de esta última fase.

—¿Señor?

—¿Cuándo salió Burroughs del coche?

—En el túnel de Wilmington. ¿Lo ve, aquí? —Semsey señaló un punto en el mapa—. Ahí es donde el coche del alcaide entró en el túnel.

—¿Estabas hablando con Burroughs?

—Sí.

—¿En el momento en que entraban en el túnel?

—Colgó justo antes.

—¿Cuánto tiempo antes?

—Mmm, no estoy seguro. Quizá un minuto. Puedo comprobar el momento exacto.

—Haz eso más tarde —dijo Max, con la mirada fija en la pantalla del ordenador—. ¿Cómo acabó la llamada?

—Se suponía que tenía que llamarle otra vez cuando tuviera listo el helicóptero.

—¿Es eso lo que te dijo?

—Sí.

Max frunció el ceño y miró a Sarah. Sarah se encogió de hombros.

—Sigue.

—El resto, bueno, está todo en el vídeo —dijo Semsey—. Cuando el coche del alcaide entra en el túnel, los perdemos de vista.

Volvieron a visualizar ese fragmento en la pantalla del ordenador.

—Burroughs sabía eso, ¿no? —dijo Max.

—¿Sabía...?

—Mencionó que había visto un helicóptero, ¿no?

—Ah, sí. Supongo que sí. Detectó el helicóptero unos... quince minutos antes. Nos dijo que se lo quitáramos de encima.

—Pero no le hicisteis caso.

—No, solo hicimos que se alejara para que no pudiera verlo ni oírlo.

—Vale, así que entran en el túnel.

—Entran. Nuestro helicóptero espera en el otro extremo porque... bueno, no podíamos ver lo que pasaba en el túnel. El trayecto desde un extremo al otro no debería llevar más de un minuto o dos.

—Pero tardó más —dijo Max.

—El coche del alcaide tardó más de seis minutos en salir.

Max apretó el botón de imagen rápida. Volvió a apretar el de reproducción al ver el coche del alcaide saliendo por el otro extremo. Casi inmediatamente, el coche para en el arcén. El alcaide sale por la puerta del conductor y se pone a agitar los brazos desesperadamente.

Fin.

—Bueno, ¿y tú qué crees? —le preguntó a Semsey.

—¿Sobre qué?

—Sobre lo que pasó con Burroughs.

—Mmm, bueno, ahora lo sabemos. El alcaide nos lo ha dicho. Burroughs sabía que el helicóptero no podía verlo en el túnel, así que hizo que el alcaide parara en medio, donde no pudieran verlo. Luego robó otro coche. Ya tenemos puestos de control en las carreteras.

—¿Hay cámaras en el túnel?

—No. Tienen una especie de garita, pero raramente hay vigilantes. Recortes de presupuesto.

—Ajá. ¿Sarah?

—Sí, Max.

—¿Dónde está el hijo del alcaide?

—En la enfermería, con su padre.

—¿Está bien?

—Sí, es solo por protocolo.

—Traedme al alcaide y a su hijo, por favor. Quiero que todos los demás salgan de aquí.

Salieron todos. Cinco minutos más tarde, Sarah abrió la puerta y entraron Philip y Adam Mackenzie. Max no les miró. Seguía con los ojos clavados en la pantalla del ordenador.

—Un día duro, ¿eh, chicos?

—Mucho —dijo Philip Mackenzie. El alcaide se acercó a Max y le tendió la mano. Max fingió que no la veía. Volvió a sus movimientos espasmódicos entre la pantalla del ordenador y el mapa.

—¿Cómo se hizo con la pistola? —preguntó Max.

Philip Mackenzie se aclaró la garganta.

—Me la quitó cuando menos me lo esperaba. Acababa de traer al interno...

—¿Interno?

—Sí.

—¿Así es como lo llama?

Philip Mackenzie abrió la boca, pero Max le hizo callar con un movimiento de la mano.

—No importa. El agente Semsey me lo ha contado todo. Eso de que le quitó la pistola, que obligó a su hijo a que le diera su uniforme y que luego le obligó a que le llevara en su coche a punta de pistola. Eso

ya lo he oído.

Max se paró, miró fijamente el mapa y frunció el ceño.

—Lo que quería decir es... ¿Por qué me está mintiendo?

El silencio se hizo denso. Philip Mackenzie miraba fijamente a Max, pero Max seguía dándole la espalda. Philip se volvió hacia Sarah, furioso. Sarah se encogió de hombros.

—¿Qué es lo que ha dicho? —replicó Philip Mackenzie, con voz estentórea.

Max suspiró.

—¿De verdad tengo que repetirme? Sarah, ¿no me he expresado con claridad?

—Cristalina, Max.

—¿Con quién demonios se cree que está hablando, agente Bernstein?

—Con un alcaide que acaba de ayudar a un infanticida convicto a huir de la prisión.

Philip apretó los puños. Tenía el rostro congestionado.

—Míreme, maldita sea.

—Nah.

Dio un paso más.

—Cuando llame «mentiroso» a un hombre, más vale que esté dispuesto a mirarle a los ojos.

Max negó con la cabeza.

—Yo nunca me he tragado eso.

—¿El qué?

—Ese rollo de mirarse a los ojos. El contacto visual está sobrevalorado. Los mejores mentirosos que conozco son capaces de mirarte a los ojos durante horas. Eso del contacto visual es una pérdida de tiempo y de energía. ¿Verdad que tengo razón, Sarah?

—Más que un santo, Max.

—¿Alcaide? —dijo Max.

—¿Qué?

—Esto se le va a poner mal. Muy mal. Y no puedo hacer nada por evitarlo. Pero para su hijo, que guarda silencio aquí al lado, puede que haya un resquicio de esperanza. Eso sí, si sigue mintiendo, me los

cargaré a los dos. No sería la primera vez que lo hacemos, ¿verdad, Sarah?

—Y lo que nos gusta hacerlo... —dijo Sarah.

—Sí, nos pone a mil —confirmó Max.

—A veces grabo en vídeo escenas como esta —dijo Sarah, y luego las uso en los preliminares.

—Mira cómo tengo los pezones, Sarah —dijo Max, dirigiendo el pecho en dirección a Sarah—. Duros como escarpias.

—No quiero que los de Recursos Humanos me vuelvan a llamar la atención, Max.

—Qué lástima, con lo divertida que eras antes.

—Quizá más tarde. Cuando les hayas puesto las esposas.

Philip Mackenzie señaló a Max, y luego a Sarah.

—¿Han acabado ya?

—Estampó el coche contra la puerta —dijo Max.

—Sí.

—Quiero decir, que lanzó su coche a toda velocidad contra una puerta a medio cerrar.

Philip esbozó una sonrisa, intentando dar una imagen de seguridad.

—¿Se supone que eso demuestra algo?

—¿Por qué apretó el acelerador con tanto entusiasmo?

—Porque un interno desesperado me estaba apuntando a la cara.

—¿Has oído eso, Sarah?

—Estoy aquí mismo, Max.

—El gran Phil estaba asustado.

—¿Y quién no iba a estarlo? —replicó Mackenzie—. El interno tenía una pistola.

—Su pistola.

—Sí.

—La que su secretaria dice que nunca lleva encima y que nunca tiene cargada.

—Se equivoca. La llevo en la pistolera bajo la chaqueta para que la gente no la vea.

—Qué discreto —comentó Sarah.

—Sin embargo —prosiguió Max—, Burroughs consiguió no solo

verla, sino además quitársela y amenazarles a los dos con ella.

—Nos pilló a contrapié —dijo Philip.

—Tal como lo dice, parece un incompetente.

—Cometí un error. Dejé que el interno se acercara demasiado.

Max miró a Sarah y sonrió. Sarah se encogió de hombros.

—No deja de llamarlo «interno» —dijo Max.

—Es lo que es.

—Sí, pero usted lo conoce bien, ¿no? Para usted es David. Su padre es un viejo colega. Y su hijo, aquí presente —el hasta ahora callado Adam— creció con él. ¿Me equivoco?

En el alcaide apareció un gesto de sorpresa, pero se recuperó enseguida.

—Eso es cierto —dijo Mackenzie, poniéndose algo más recto—. No lo niego.

—Qué cooperador —dijo Sarah.

—¿Verdad que sí?

—Y ese es el motivo... —intentó explicar Philip.

—Espere, no me lo diga. Ese es el motivo de que Burroughs consiguiera acercarse lo suficiente como para quitarle una pistola que su secretaria jura y perjura que nunca lleva encima...

—Ni tiene cargada —añadió Sarah.

—Ni tiene cargada. Gracias, Sarah. Sin embargo, de algún modo, Burroughs consiguió meterle la mano bajo la chaqueta, abrirle la pistolera y quitarle la pistola mientras los dos estaban ahí, sin hacer nada. Es eso más o menos, ¿no, alcaide?

Adam habló por primera vez:

—Eso es exactamente lo que sucedió.

—¡Uau! Mira, Sarah. ¡Habla!

—Pues quizá no debería, Max.

—Estoy de acuerdo. Déjeme que le haga otra pregunta, alcaide, si no le importa. ¿Por qué visitó al padre de David Burroughs justo ayer?

Philip Mackenzie parecía estupefacto.

—Sarah, ¿quieres poner al corriente al alcaide?

—Claro, Max. —Se volvió hacia Philip—. Tomó el vuelo de las ocho y cuarto de American Eagle a Boston. Vuelo tres cero dos, por si le

interesa.

Silencio.

—Ya estoy viendo cómo se mueven las ruedas dentadas en su cabeza, Sarah.

—¿Lo ves, Max?

Max asintió.

—Se está preguntando: «¿Debería admitir que he visitado a mi viejo colega Lenny Burroughs, o debería decir que fui a Boston por otro motivo?». Quiere hacer lo segundo, por supuesto, pero el problema es —y usted lo sabe, alcaide— que si miente al respecto, le quedará la duda de si nuestra Sarah será capaz de encontrar el Uber o el taxi que tomó desde Logan hasta la casa de los Burroughs en Revere.

—O viceversa, Max —puntualizó Sarah.

—Tienes razón, Sarah, o viceversa. El taxi que tomó para volver al aeropuerto. Y antes de que responda, déjeme que le advierta: Sarah es buenísima en lo suyo.

—Gracias, Max.

—No, Sarah, lo digo de verdad. Eres la mejor.

—Vas a hacer que me ruborice, Max.

—A ti te queda bien, Sarah. —Max se encogió de hombros y se volvió hacia los Mackenzie.

—Es una decisión difícil, alcaide. Yo no sé qué haría.

Philip se aclaró la garganta.

—Estuve en Boston visitando a un amigo enfermo. Eso no tiene nada de malo.

Max sacó la cartera y sonrió.

—Mierda, Sarah, tenías razón.

Ella extendió la palma de la mano.

—Cinco pavos.

—Solo tengo un billete de diez.

—Ya te daré el cambio más tarde.

Max le entregó un billete de diez dólares.

Philip Mackenzie siguió adelante.

—Tiene razón, por supuesto. David me importa. Y últimamente ha estado actuando irracionalmente. Así que, sí, quería hablar con su

padre de ello. Como ha dicho, Lenny y yo tenemos una larga historia...

—Espere, déjeme adivinar. —Max levantó la mano—. Hoy ha traído aquí a su hijo por ese mismo motivo. Porque Adam y David eran buenos amigos, y David estaba actuando irracionalmente.

—En realidad sí.

Max esbozó una sonrisa socarrona y tendió la palma de la mano. Sarah frunció el ceño y le devolvió el billete de diez dólares.

—Ustedes dos se creen muy graciosos, ¿verdad? —espetó Philip.

—Por algo nos llaman los Desi y Lucy del FBI, ¿verdad, Sarah?

—En realidad nos llaman así sobre todo porque soy pelirroja, Max, no porque seamos graciosos.

Max frunció el ceño.

—¿De verdad, Sarah? Pero yo he estado trabajando en una versión moderna de «Babalu».

Alguien llamó a la puerta. El funcionario de prisiones rollizo y Semsey entraron en la sala. El funcionario habló:

—David Burroughs solo tuvo una visita durante todo el tiempo que estuvo encerrado. Su cuñada. Se llama Rachel Anderson. Estuvo aquí ayer y antes de ayer.

—Un momento. ¿La única visitante que ha tenido Burroughs vino ayer y antes de ayer? —Max se llevó una mano al pecho—. Caray. Oh, Dios mío. Otra coincidencia, Sarah.

—El mundo está lleno de coincidencias, Max.

—El mundo está lleno de otra cosa, Sarah. ¿Usted qué dice, alcaide?

Esta vez Philip Mackenzie se calló.

Max se dio la vuelta hacia el tipo rollizo.

—¿Sabe dónde se aloja la cuñada?

—Probablemente en el Briggs Motor Lodge. La mayoría de nuestros visitantes se alojan allí.

Max miró a Semsey.

—Lo comprobaré —dijo Semsey.

Funcionario Rollizo añadió:

—También podría haberse alojado en el Hyatt, junto a los outlets.

—Vaya.

Max giró la cabeza como si alguien hubiera tirado de un hilo. Se

acercó de nuevo al mapa con sus pasos acelerados. Se hizo el silencio. Max estudió la ruta. Luego volvió a la pantalla del ordenador.

—Bingo, Sarah.

—¿Qué, Max?

—¿Semsey?

El agente dio un paso adelante.

—Estoy aquí.

—Dijiste que Burroughs estaba al teléfono justo antes de entrar en el túnel, ¿verdad?

—Sí.

—¿Y fue Burroughs quien llamó?

—Sí. Me pidió cinco minutos y luego volvió a llamar.

—¿A qué hora era exactamente? Míralo en el teléfono.

—Ocho cincuenta.

—Así que el coche estaría... —Max encontró el sitio—. Aquí. En Green Street. Que habría sido justo antes de pasar por el aparcamiento subterráneo del centro comercial. —Se volvió hacia Philip Mackenzie —. ¿Por qué atravesó ese aparcamiento subterráneo, alcaide?

Philip le lanzó una mirada gélida.

—Porque el interno me lo ordenó. A punta de pistola.

Max volvió al mapa de un salto. Señaló el Lamy Outlet Center y pasó el dedo por los alrededores.

—¿Ves lo que yo veo?

—La estación de tren, Max.

Max asintió.

—¿Semsey?

—¿Qué?

—Que paren los trenes. Y si alguno ha salido a partir de las ocho cincuenta, quiero que lo registren. Tenemos que enviar a todos los policías disponibles a ese centro comercial.

—Recibido.

15

En el Payne Museum of Art de Newport, Rhode Island, Gertrude Payne, de ochenta y dos años de edad y matriarca de la rama de Nueva Inglaterra de la rica familia Payne, observaba a su nieto Hayden mientras subía al estrado. Hayden tenía treinta y siete años y, aunque la mayoría esperaba que tuviera un porte gentil o patricio, tenía más bien el aspecto de su bistatarabuelo Randall Payne, el hombre tosco que había fundado la Payne Kentucky Bourbon en 1868 y quee había dado inicio a la dinastía familiar de los Payne.

—En nombre de mi familia —dijo Hayden—, especialmente de mi abuela Pixie...

Gertrude era Pixie. Así la llamaba su propio padre, aunque nadie entendía por qué. Hayden se volvió hacia ella y le sonrió. Ella le devolvió la sonrisa. Hayden prosiguió:

—... estamos muy contentos de ver a tantos de vosotros en nuestro almuerzo anual para la recolecta de fondos. Todo el dinero que se obtenga en el evento de hoy irá a la organización benéfica «Pinta con Payne», que seguirá proporcionando clases y material a los jóvenes sin recursos de la zona de Providence. Muchísimas gracias por vuestra generosidad.

El educado aplauso resonó en el salón de mármol de la Payne House en Ochre Point Avenue. La mansión había sido construida en 1892 y tenía vistas al océano Atlántico. En 1968, poco después de que Gertrude se casara con el heredero de la familia, planteó la propuesta de crear un museo de arte y de vender la casa a la Preservation Society. Desde luego la Payne House era hermosa y regia, pero también era fría, en todos los sentidos. La mayoría cree que los ricos donan estas mansiones para que los demás puedan disfrutar de ellas. Pero eso solo ocurre cuando la familia puede obtener un beneficio económico. Casi todas las mansiones famosas abiertas al público,

como The Breakers o la Marble House o, como en este caso, la Payne House, son compradas por sociedades sin ánimo de lucro, y así los ricos propietarios obtienen una ganancia.

Ser rico siempre tiene sus ventajas, y Pixie lo sabía.

—Sé que este año la ocasión reviste un interés especial —prosiguió Hayden— y, tal como les hemos prometido, cuando acabemos este delicioso almuerzo elaborado por nuestro chef de confianza, el magnífico Hans Laaspere...

Aplausos dispersos.

—... les ofreceremos a ustedes, nuestros benefactores más destacados, una visita privada por el museo y, por supuesto, tendrán el gran privilegio de ver en primicia *La joven del piano*, famosa obra de Johannes Vermeer que no se expone desde hace más de dos décadas y que sé que es el principal motivo por el que la mayoría de ustedes están aquí.

Contenidas expresiones de asombro.

El Vermeer en cuestión había sido robado casi un cuarto de siglo antes a los Lockwood, otra rama de la familia, y no había sido recuperado hasta hacía poco, en el escenario de un macabro asesinato en el Upper West Side de Manhattan. La pintura, que solo medía medio metro de altura, era una obra de arte de incalculable valor por sí misma, pero a eso se añadía el ruido que se había creado —con el robo, el asesinato y la amenaza de terrorismo doméstico—, lo que hacía de *La joven del piano* una de las obras más cotizadas de todo el mundo. Ahora que por fin había sido recuperada, el primo de Gertrude, Win, tenía la sensación de que el cuadro no debía quedarse en un oscuro salón de Lockwood Manor, sino que tenía que viajar por el mundo, para disfrute de miles o millones de personas. El Vermeer robado iba a iniciar su gira por los museos de todo el mundo con aquella exposición de un mes allí mismo, en Newport, Rhode Island.

Ser los primeros en exponer el Vermeer había sido todo un logro. Las entradas al almuerzo de beneficencia se habían vendido a cincuenta mil dólares por persona. No es que el dinero importara demasiado. En realidad no. La familia Payne tenía un patrimonio de miles de millones, pero la filantropía entre los ricos siempre había sido

un medio para ascender en la escala social, o para sentirse menos culpable. Era una excusa para socializar y dar una fiesta, porque ser tan obscenamente rico y dar una fiesta podía ser considerado una falta de gusto, o de humildad, a menos que se le atribuyera una función benéfica a modo de tapadera. Aunque todo eso eran memeces, claro, y Gertrude lo sabía. Todos los que estaban allí podrían haberse limitado a extender un cheque para apoyar las iniciativas de los Payne en favor de los jóvenes desfavorecidos. Ninguno de ellos echaría de menos ese dinero. No es que esas cantidades fueran poco significativas para ellos, es que eran irrisorias. Gertrude entendía que nadie prescinde de su capital voluntariamente. Sí, claro, podemos asegurar que queremos lo mejor para los que no tienen nuestra suerte —quizá hasta estemos convencidos de ello—, pero siempre y cuando nuestras buenas acciones no supongan ningún sacrificio por nuestra parte.

Y este, tal como sospechaba Gertrude desde hacía años, era precisamente el motivo por el que los ricos podían resultar tan odiosos. Hayden prosiguió:

—Los programas de la Payne Foundation para los desfavorecidos han ayudado a decenas de miles de niños desde que el santo fundador de la saga, Bennett Payne, creó el primer orfanato para niños en 1938.

Señaló el gran retrato al óleo de Bennett Payne.

«Ah, el maravilloso y venerado tío Bennett», pensó Gertrude. Pocos sabían que el tío Bennett había sido pedófilo en un tiempo en el que esa palabra ni siquiera existía. El «generoso» Bennett decidió trabajar con los jóvenes pobres por un simple motivo: eso le daba acceso directo a ellos. El tío Bennett mantenía en secreto sus gustos, por supuesto, pero como casi todos, también justificaba sus acciones. Estaba convencido de que, a fin de cuentas, estaba haciendo el bien. Aquellos niños, especialmente los más pobres, habrían muerto sin la intervención de los Payne. Bennett les daba de comer, los vestía, los educaba... ¿y el sexo no era algo que satisfacía a todos? ¿Dónde estaba el delito? El tío Bennett viajaba por el mundo, a menudo acompañado de misioneros que pensaran como él para poder satisfacer sus deseos —ahora se le llamaría «violar», ¿no?— con una gran cantidad de menores.

Para quienes se estén preguntando por el karma, para los que se pregunten si Bennett Payne, que no conoció el hambre, la sed o las dificultades, que nunca tuvo un trabajo de verdad ni conoció nada que no fuera la extrema riqueza, acabó pagando por sus pecados, la respuesta es no. El tío Bennett murió de causas naturales, mientras dormía, a los noventa y tres años de edad. Nunca lo descubrieron. Y hasta este día, su retrato cuelga de la pared de todos los edificios de la Payne Foundation.

Lo paradójico es que actualmente la Payne Foundation hace mucho bien. Lo que empezó como un vehículo para que el tío Bennett pudiera violar a niños es hoy un medio efectivo para ayudar a los menos afortunados. ¿Cómo se lleva eso? Gertrude conocía muchas causas que habían empezado con la mejor de las intenciones para luego convertirse en algo horrible y corrupto. Eric Hoffer dijo una vez: «Toda gran causa empieza como movimiento, se convierte en negocio y acaba convirtiéndose en un fraude». Muy cierto. Pero ¿qué ocurre cuando la progresión es la contraria?

Gertrude estaba convencida de que todos los hombres tienen alguna tendencia sociopática, acompañada de una maravillosa capacidad para justificar cualquier comportamiento. Sí, estaba generalizando, y sí, seguro que hay alguien al final de la sala que grite: «No todos los hombres». Pero casi. Su padre había sido un alcohólico que pegaba a su madre y exigía obediencia. Lo justificaba remitiéndose a la Biblia. El marido de Gertrude, George, había sido un mujeriego incorregible. Lo justificaba con el argumento científico de que la monogamia era «antinatural». Y el tío Bennett... Bueno, eso lo habían tapado. No era el único de la familia con esos gustos particulares. Gertrude solo tenía un hijo, el padre de Hayden, Wade, que era, según ella, la excepción que confirmaba la regla, aunque quizá solo fuera que miraba a su hijo con los ojos de una madre, tal como se dice. Wade había muerto a los treinta y un años de edad, quizá antes de que la sociopatía que fermentaba en sus venas hubiera tenido tiempo de manifestarse: el avión privado en el que se dirigía, junto a la madre de Hayden, a Vail a esquiar se estrelló. La muerte de su hijo la había dejado devastada. Hayden había quedado huérfano con solo cuatro años y fue Gertrude

quien se encargó de criarlo, aunque no le había salido demasiado bien. No estaba siempre presente, y eso a él le dolía.

El teléfono vibró. A Gertrude le fascinaba la tecnología moderna. Por supuesto, como tantas otras cosas de este tiempo, podía provocar obsesiones, pero la idea de poderse comunicar con cualquiera a cualquier hora del día o de poder ver páginas de todas las bibliotecas del mundo en un pequeño aparato que llevaba en el bolso... ¿Cómo podía ser que la gente no valorara esas cosas?

—Así pues, una vez más —dijo Hayden, para concluir—, quiero darles las gracias a todos por apoyar esta magnífica causa. Visitaremos el Vermeer robado en quince minutos. Disfruten del postre.

Mientras Hayden sonreía y saludaba con la mano, Gertrude echó un vistazo al teléfono. Cuando leyó el mensaje, el corazón se le encogió. Hayden fue abriéndose paso entre los invitados hasta llegar a su mesa. Cuando le vio la cara, le preguntó:

—¿Estás bien, Pixie?

Ella apoyó una mano sobre la mesa para recobrar la compostura.

—Camina conmigo —dijo.

—Pero tenemos...

—Cógeme del brazo, por favor. Venga.

—Claro, Pixie.

Salieron del gran salón con una sonrisa en el rostro. Una de las paredes del salón estaba cubierta de espejos. Gertrude se vio justo antes de salir y se preguntó quién sería aquella anciana del espejo.

—¿Qué pasa, Pixie?

Le entregó el teléfono a Hayden, que abrió los ojos como platos al leer el mensaje.

—¿Huido?

—Eso parece.

Gertrude miró hacia la puerta abierta. Stephano, el jefe de seguridad de la familia desde hacía muchos años, siempre estaba visible. La miró y ella ladeó la cabeza, indicándole que tenían que hablar. Stephano asintió y mantuvo la distancia.

—Quizá sea una señal —dijo Hayden.

Ella se volvió hacia su nieto.

—¿Una señal?

—No quiero decir en sentido religioso exactamente, aunque quizá también. Tal vez sea más bien una oportunidad.

Qué tonto podía llegar a ser.

—No es una oportunidad, Hayden —dijo, con los dientes apretados —. Probablemente lo pillen en menos de veinticuatro horas.

—¿Deberíamos ayudarle?

Gertrude se quedó mirando a su nieto hasta que Hayden se dio la vuelta.

—Creo que deberíamos irnos.

—Pero Pixie —protestó él—, los patrocinadores...

—... solo quieren ver el Vermeer —dijo—. No les importa si nosotros estamos aquí o no. ¿Dónde está Theo?

—Quería ver el cuadro.

Pasó junto a los dos guardias de seguridad y entró en lo que en otro tiempo había sido la sala de música de la familia, donde estaba colgado el Vermeer. De espaldas a ella, un niño estaba mirando el cuadro.

—Theo —le dijo al chico—, ¿estás listo?

—Sí, Pixie —dijo Theo—. Estoy listo.

Cuando el niño de ocho años se dio la vuelta, Gertrude no pudo evitar fijar la mirada en la reveladora mancha en la mejilla. Tragó saliva y le tendió la mano.

—Pues vamos.

SEGUNDA PARTE

Doce horas más tarde

Max y Sarah ocuparon sus sillas en la sala de interrogatorios. Rachel Anderson se sentó al otro lado de la mesa. Se presentaron y le preguntaron, una vez más, si deseaba la presencia de un abogado. Rachel dijo que no hacía falta.

—Déjeme empezar —dijo Max— agradeciéndole que haya venido a hablar con nosotros.

—Por supuesto —dijo Rachel, con los ojos bien abiertos y cara de no entender de qué iba aquello—. Pero ¿pueden explicarme qué es lo que pasa?

Max miró a Sarah. Sarah puso la mirada en el techo.

Estaban en el edificio de FBI en Newark, Nueva Jersey, a unos ochocientos kilómetros de la cárcel de Briggs. El sistema de búsqueda por fin había dado una respuesta cuando la policía de Nueva York había detectado la matrícula de Rachel Anderson al cruzar el puente George Washington hacia el oeste, de Nueva York a Nueva Jersey. Después de solicitar refuerzos —la orden de búsqueda decía que el convicto David Burroughs iba armado y era peligroso—, la policía de Nueva Jersey había dado el alto al Toyota Camry de Rachel Anderson en la carretera 4, al llegar a Teaneck, Nueva Jersey.

David Burroughs no iba en el vehículo.

Max decidió ir por la vía directa:

—¿Dónde está su excuñado, señora Anderson?

Rachel se quedó boquiabierta.

—¿David?

—Sí. David Burroughs.

—David está en la cárcel —dijo Rachel—. Está cumpliendo condena en la cárcel de Briggs, en Maine.

Max y Sarah se la quedaron mirando. Sarah suspiró.

—¿De verdad, Rachel?

—¿Qué?

—¿Este es el camino que piensa tomar?

Max apoyó una mano en el brazo de Sarah.

—Veo que ha renunciado a la presencia de un abogado —le dijo—, pero déjeme que le diga algo, para que esté más tranquila.

—¿Tranquila?

Max le apretó suavemente el brazo para que no siguiera.

—Le daremos inmunidad total ahora mismo siempre que nos cuente la verdad.

Rachel miró a Sarah y luego otra vez a Max.

—No entiendo lo que quiere decir.

—Dios mío —dijo Sarah, meneando la cabeza.

—Déjeme que le explique lo que significa «inmunidad total». Supongamos, y estoy lanzando una hipótesis, que usted hubiera ayudado a David Burroughs a huir de la cárcel. Si nos dice dónde está o el papel que jugó en este delito federal tan grave...

—Un delito que puede hacer que pase muchos, muchos años entre rejas —añadió Sarah.

—Muy bien —dijo Max—. Gracias. No presentaremos cargos contra usted. Queda libre.

—Un momento —dijo Rachel, llevándose una mano al pecho—, ¿David ha huido?

Sarah se recostó en la silla y se pellizcó el labio inferior. Se quedó mirando a Rachel y luego la señaló con un gesto de la mano.

—¿Tú qué crees, Max?

—Una interpretación impecable, Sarah. ¿Y tú?

—No lo sé, Max. ¿No crees que está exagerando un poco la sorpresa?

—Sí, un poco, supongo —dijo él—. Su «un momento» antes del «David ha huido» quizá haya sido excesivo.

—Y eso de llevarse la mano al pecho. Ha sido demasiado. Si hubiera llevado perlas, seguro que se las habría agarrado con la mano.

—Aun así —dijo Max—, yo diría que es una actuación de Oscar.

—Quizá de nominación —dijo Sarah—, pero no de Oscar.

Ambos miraron a Rachel, sarcásticos, y fingieron que aplaudían.

Rachel no dijo nada.

—Cuando David Burroughs se fugó —dijo Max—, enviamos a un hombre a su motel.

—Persona, Max —le corrigió Sarah.

—¿Qué?

—Has dicho que enviaste a un «hombre». Es un poco sexista, ¿no te parece?

—Es verdad. Pido disculpas. ¿Dónde estaba?

—Enviaste a un agente a su motel.

—Exacto. —Max se volvió hacia Rachel—. Usted no estaba allí, por supuesto. En la recepción nos dijeron que probablemente estaría en el Nesbitt Station Diner. Supongo que tendría quejas del wifi del motel.

—¿Y qué? —replicó Rachel—. ¿Está prohibido ir a un *diner*?

—La camarera nos dijo que, en cuanto sonó la alarma de fugas, salió corriendo del *diner*.

—Y que justo antes de salir —añadió Sarah— recibió una llamada telefónica.

Rachel se encogió de hombros.

—Es posible. ¿Y qué?

—¿Recuerda de quién era la llamada? —preguntó Max.

—No lo recuerdo, no. Quizá ni respondiera. Muchas veces no lo cojo.

—La camarera vio que respondía.

—Entonces probablemente sería spam. Recibo muchas de esas llamadas.

—No era spam —dijo Sarah—. Era David Burroughs.

Rachel frunció el ceño.

—David es un recluso. ¿Cómo iba a tener teléfono?

—Uau —dijo Sarah, levantando las manos, como si se rindiera.

—Lo robó durante la fuga —dijo Max. Por supuesto, no se creía que hubiera tenido que robarlo. Supuso que tanto Philip como Adam le habían dado sus teléfonos como parte del plan de huida, pero ahora no había motivo para sacar eso a colación—. En la pantalla probablemente aparecería el nombre de Adam Mackenzie. ¿Sabe quién es?

—Claro. Adam se crio con David.

—¿Recuerda si recibió esa llamada del teléfono de Adam?

—No, lo siento —respondió Rachel, con una sonrisa de falsa disculpa—. Quizá acabara en el buzón de voz. ¿Quiere que lo compruebe?

Max y Sarah cruzaron otra mirada. Aquello no iba a ser fácil.

—Cuando salió del *diner*, ¿dónde fue?

—Vivo aquí, en Nueva Jersey.

—Sí, lo sabemos.

—Bueno, pues venía hacia aquí. A casa. Ya casi había llegado cuando un puñado de policías del estado me hicieron parar apuntándome con sus armas. Me dieron un susto de muerte. Y luego me trajeron aquí.

—¿Así que pensaba ir directamente a casa desde el *diner*? —preguntó Max.

—Sí.

—Pero no pagó la cuenta del motel. Su ropa sigue allí, en la habitación. Sus objetos personales.

—Pensaba volver.

—¿Qué quiere decir?

—La habitación sale más barata con la tarifa semanal —dijo Rachel —, así que decidí quedarme la habitación unos días. Volví a casa para hacer unas gestiones, ver cómo estaba mi casa, ese tipo de cosas. Pensaba volver a Maine el jueves. —Se echó hacia delante, sentándose en la punta de la silla.

—Estoy muy confusa, agente.

—Agente especial —le corrigió Sarah—. Es el agente especial Max Bernstein, del FBI. Yo soy la agente especial Sarah Jablonski.

Rachel se volvió hacia ella y la miró fijamente.

—Agente especial. Debe de estar muy orgullosa.

Max no quería que se desviaran del tema.

—Cuando salió del *diner*, ¿condujo todo el camino sin parar, señora Anderson?

Rachel apoyó de nuevo la espalda.

—Quizá parara por el camino.

—Ocho minutos después de la llamada de David Burroughs, su Toyota Camry fue localizado por las cámaras cerca del Lamy Outlet Center.

—Sí, se me ocurrió hacer unas compras. —Se volvió hacia Sarah—. Tienen una tienda de Tory Burch.

—¿Y lo hizo? —insistió Max.

—¿Si hice qué?

—Comprar.

—No.

—¿Por qué no?

—Cambié de idea.

—Así llegó hasta allí en coche, pero luego se fue.

—Algo así.

—Y curiosamente —prosiguió Sarah—, el Lamy Outlet Center es donde se ocultó David Burroughs tras su huida.

—De eso no sé nada. ¿De verdad se ha fugado David?

Sarah hizo caso omiso a la pregunta.

—Hemos obtenido el mapa de señales de su iPhone de su operador telefónico. Nos han dado todos los datos de localización de su teléfono. ¿Pero sabe qué?

Rachel se encogió de hombros.

—Su teléfono estaba apagado —dijo Sarah—, así que no hemos podido rastrearlo.

—¿Y se supone que eso es una prueba inculpatoria?

—Sí que lo es.

—¿Por qué? A veces, cuando conduzco, apago el teléfono. No me gusta que me molesten.

—No, Rachel, no lo hace —le espetó Sarah—. Según su operador telefónico, no ha apagado su teléfono en los últimos cuatro meses. También sabemos que lo apagó después de conducir quince kilómetros al norte del Lamy Outlet Center, que está en dirección contraria a Nueva Jersey.

Rachel volvió a encogerse de hombros, como si nada.

—Quería darme un garbeo antes de volver a casa.

—Oh, eso es de lo más razonable —dijo Sarah, impávida—. Su

cuñado se fuga de la cárcel. Poco después, le llaman desde el teléfono que ha robado. Usted reacciona subiéndose al coche y conduciendo hasta el centro comercial donde se oculta. Luego, por algún motivo, aunque ha dicho que estaba volviendo a casa sin haber devuelto la habitación de su motel, se pone a conducir en dirección contraria y de pronto apaga el teléfono móvil por primera vez desde que actualizó el sistema operativo, hace cuatro meses. Tiene lógica, ¿verdad?

Rachel miró a Sarah, sonrió y luego se volvió hacia Max.

—¿Estoy detenida, agente especial Bernstein?

—No, si decide cooperar —dijo Max.

—¿Y si decido levantarme y marcharme?

—No planteemos hipótesis, señora Anderson, si le parece —dijo Max—. También sabemos que siguió conduciendo hacia el norte después de apagar el teléfono. Aproximadamente unos cincuenta kilómetros más allá, siguiendo por la I-95, David Burroughs, con una tarjeta de crédito robada, compró equipo de supervivencia variado en una tienda de Katahdin: tienda de campaña, navajas, saco de dormir, cosas así. El dueño de la tienda lo ha identificado. ¿Algo que decir?

Rachel negó con la cabeza.

—No sé nada de eso.

—Por esa zona es todo bosque. Kilómetros y kilómetros de vegetación. Si dejaran a alguien por ahí, podría ir avanzando lentamente hasta la frontera canadiense.

Rachel Anderson no dijo nada.

Sarah decidió cambiar de marcha. Esperaban pillarla a contrapié y sorprenderla con la cantidad de información que habían podido recabar en pocas horas.

—¿Por qué decidió ir a visitar a David Burroughs precisamente ahora?

—David era mi cuñado. Teníamos muy buena relación.

—Pero era la primera vez que iba a verlo a Briggs.

—Sí.

—Y llevaba allí... ¿Cuánto? ¿Cuatro, cinco años?

—Algo así.

Sarah extendió las manos sorprendida:

—Entonces, ¿por qué ahora, Rachel?

—No lo sé. Me pareció que... era el momento.

—¿Usted cree que David Burroughs mató a su sobrino?

Rachel apartó la mirada, girándose hacia la izquierda.

—Sí, sí que lo creo.

—No parece muy segura.

—Sí que estoy segura. Pero no creo que quisiera hacerlo. Yo creo que se le fue la cabeza, o que tuvo una crisis nerviosa.

—¿Así que no lo culpa? —dijo Max.

—No, la verdad es que no.

—¿De qué hablaron los dos durante su visita?

—Le pregunté cómo estaba.

—¿Y cómo estaba?

—Aún muy afectado. No quería visitas. Solo quería que lo dejaran en paz.

—Sin embargo usted volvió al día siguiente.

—Sí.

—Y pensaba volver otra vez.

—David y yo teníamos muy buena relación. Antes de todo esto, quiero decir. Yo... le contaba mis cosas.

—¿Le importa contarnos a qué cosas se refiere?

—En realidad no importa. Yo también he tenido mis problemas.

—¿Y pensó que... podía desahogarse con él?

Rachel bajó la voz.

—Algo así.

—Y cuando habla de problemas —dijo Sarah—, ¿se refiere a su reciente divorcio?

—¿O... —añadió Max— al escándalo que puso fin a su carrera?

Rachel se quedó totalmente inmóvil.

Max inclinó el cuerpo hacia delante. Ya no había motivo para ser sutil.

—Todo va saliendo a la luz, señora Anderson. Lo sabe, ¿verdad?

No picó el anzuelo.

—Fíjese todo lo que ha descubierto Sarah en solo unas horas. Vamos a pillarle. De eso no hay duda. Si tiene suerte, lo pillaremos con vida,

pero David Burroughs es un condenado por infanticidio que ha robado un arma de fuego a un alcaide, así que... —Max se encogió de hombros, dejando claro que aquello escapaba a su control—. En cuanto lo pillemos, probablemente en las próximas horas, Sarah y yo dedicaremos todos nuestros esfuerzos a llevarla a juicio por colaboración y complicidad.

—Le caerán muchos años —dijo Sarah.

—Y no es un farol por nuestra parte —dijo Max.

—No, no es un farol —repitió Sarah, fulminándola de nuevo con la mirada—. Pero no veo la hora de meterla entre rejas.

—A menos que, Sarah...

—¿A menos que qué, Max?

—A menos que coopere. Aquí y ahora.

Sarah frunció el ceño.

—No creo que nos haga falta, Max.

—Probablemente tengas razón, pero quizá la señora Anderson no supiera dónde se estaba metiendo. Puede que no comprendiera lo que estaba haciendo.

—Oh, sí que lo entendía.

—Aun así, habíamos quedado de acuerdo, Sarah, en que si Rachel nos contaba lo que sabe, le daríamos total inmunidad.

—Eso era antes, Max. Ahora quiero que cumpla condena por tenernos mareando la perdiz todo este tiempo.

—Tiene sentido, Sarah.

Rachel no dijo nada.

—Es su última oportunidad —dijo Max—. Su tarjeta de «evite la cárcel gratis» caduca en tres minutos.

—¿Y luego la arrestamos, Max?

—Luego la arrestamos, Sarah.

Sarah cruzó las manos y las puso sobre la mesa.

—Así pues, ¿qué dice, Rachel?

—Que he cambiado de opinión —dijo Rachel—. Quiero llamar a mi abogada.

—Vale, Sarah, dame la teoría más probable —dijo Max.

Max y Sarah se dirigían al aeropuerto de Newark para tomar un vuelo de vuelta a la cárcel de Briggs. Resultaba que la abogada a la que había llamado Rachel Anderson era la famosa Hester Crimstein, que enseguida había pagado su fianza para que la soltaran.

—Deja de morderte las uñas, Max.

—Déjame, Sarah, ¿vale?

—Es asqueroso.

—Me ayuda a pensar.

Sarah suspiró

—Entonces, ¿cuál es nuestra teoría?

—Burroughs escapa con ayuda de Philip y Adam Mackenzie —empezó Sarah.

—¿Estamos seguros de que los Mackenzie están implicados?

—Yo creo que lo estamos.

—Yo también lo creo —dijo Max—. Sigue.

—Burroughs sale del coche del alcaide en el aparcamiento subterráneo del centro comercial. Llama a Rachel Anderson, que está esperando su llamada en el Nesbitt Station Diner. Rachel se sube al coche y va al centro comercial. ¿Hasta ahora estamos de acuerdo, Max?

—Sí. Sigue.

—Se encuentra con Burroughs. Burroughs se sube a su coche.

—¿Y luego?

—Van al norte. Tenemos el último *ping* del teléfono.

—Lo cual es raro.

—¿Por qué?

—¿Por qué apagarlo entonces? —preguntó Max—. ¿Por qué no antes?

—Si lo apaga en el centro comercial, sabríamos que es allí adonde iba.

Max frunció el ceño.

—Sí, supongo. Quizá.

—¿Pero...?

Max agitó la mano, quitándole importancia.

—Sigue.

—Continúan en coche hasta ese almacén...

—El Katahdin General Store —añadió Max—. En Millinocket.

—Exacto, donde compra el equipo de supervivencia. Según la ruta que he calculado y la línea temporal, yo diría que tuvo otra media hora para llevarlo más al norte. En cualquier caso, Rachel deja a Burroughs en alguna zona de bosque denso. Tenemos helicópteros y perros rastreando, pero esa zona es como un enorme agujero negro.

—¿Y luego?

Sarah se encogió de hombros.

—Eso es todo.

—Entonces, ¿cuál es ahora el plan de Burroughs?

—No estoy segura, Max. Tal vez pretenda ocultarse en los parques nacionales. Esperar a que nos cansemos. O quizá cruzar la frontera y entrar clandestinamente en Canadá.

Max seguía mordiéndose la uña insistentemente.

—No te cuadra —dijo Sarah.

—No me cuadra.

—Dime por qué.

—Demasiados agujeros. Burroughs es un tipo de ciudad. ¿Sabe algo de supervivencia?

—Puede ser. O probablemente piense que no debe de ser tan difícil. A lo mejor piensa que no tiene elección.

—No me cuadra, Sarah.

—¿Qué es lo que no te cuadra, Max?

—Empecemos por el principio. ¿Esta huida estaba planeada previamente?

—Tenía que estarlo.

—Pues si así era, caray, es un plan bastante cutre.

—No lo sé —dijo Sarah—. Yo creo que es bastante ingenioso.

—¿Y eso?

—Porque es muy simple. Burroughs se limita a quitarle el arma a Mackenzie y sale con él. Sin cavar túneles. Sin secuestrar camiones ni ocultarse en contenedores de basura. Nada de todo eso. Si ese guardia... ¿Cómo se llamaba?

—Weston. Ted Weston.

—Eso. Si Weston no hubiera mirado por la ventana justo en ese momento, si no hubiera visto al alcaide y a Burroughs metiéndose en el coche, se habrían salido de rositas. Nadie habría informado de la desaparición de Burroughs en horas.

Max se quedó pensando en ello.

—Pues sigamos esa pista, ¿te parece, Sarah?

—Eso haremos, Max.

—Tu teoría es que cuando todo se torció, cuando Weston hizo sonar la alarma, se vieron obligados a improvisar.

—Exactamente —dijo Sarah.

—Eso explicaría la llamada de Burroughs a Rachel cuando estaba en el *diner*. Si Rachel hubiera estado en el ajo desde el principio, no habría tenido que hacer esa llamada. Ya estaría en el lugar acordado para recogerlo.

—Interesante —añadió Sarah—. Entonces, ¿nos estamos planteando la posibilidad de que Rachel Anderson no formara parte del plan de huida original?

—No lo sé.

—Pero no es una coincidencia. Que visite a Burroughs justo el día en que se fuga.

—No es una coincidencia —coincidió Max, dejó la uña que se estaba mordisqueando para empezar con otra—. Pero... ¿Sarah?

—¿Qué, Max?

—Seguimos pasando algo por alto. Algo bastante gordo.

18

Estoy en la calle 12, en Nueva York, comiéndome la porción de pizza peperoni más maravillosa del mundo, de un puesto llamado Zazzy's.

Soy libre.

Me parece que aún no me lo creo. ¿Sabes esa sensación cuando un sueño se pone raro —raro en plan bien, en este caso— y de pronto, en medio de tu viaje nocturno, te das cuenta de que quizá aún sigas durmiendo, soñando, y te entra el miedo a despertarte, por lo que intentas desesperadamente seguir dormido, aferrándote a las imágenes de tu mente, aun cuando empiezan a desvanecerse? Eso es lo que he estado experimentando las últimas horas. Me aterra pensar que muy pronto pueda abrir los ojos y que me encuentre de nuevo en Briggs en lugar de en esta calle de la ciudad que huele a orines (un olor que agradezco porque se supone que en un sueño no hay olores).

Estoy al otro lado de la calle de donde vive ahora Harriet Winchester, antes Hilde Winslow.

Me he fugado hoy mismo. La idea me produce vértigo. Hace menos de veinticuatro horas, un guardia de Briggs ha intentado matarme. Luego, cuando parecía que yo, la víctima, iba a ser culpado del ataque, Philip y Adam me han sacado de allí. Son un montón de episodios alocados en un solo día —todo ello en este mismo día que aún dura—, y se me amontonan en la cabeza sin orden ni concierto. Intento apartarlos de la mente y concentrarme en la misión que tengo por delante.

Hilde Winslow testificó en falso y contribuyó a mi condena. El primer paso para rescatar a mi hijo es descubrir por qué.

«Rescatar a mi hijo».

Cada vez que pienso en esa frase, tengo que apretar los dientes y contener las lágrimas, y me recuerdo lo que hay en juego. Antes de la visita de Rachel, mi hijo estaba muerto, asesinado, quizá por mí

mismo. Ahora creo todo lo contrario: que Matthew está vivo, y que me tendieron una trampa. ¿Por qué? ¿Cómo? No tengo ni idea. Paso a paso.

El primer paso es Hilde Winslow.

Después de salir del coche de Philip en ese centro comercial, llamé a Rachel para que me recogiera. Ella estaba en el *diner*. Le expliqué dónde debía ir y cuándo debía hacerlo. Mientras tanto me dirigí al aparcamiento de empleados. Las tiendas aún estaban abriendo, así que la mayoría de empleados estaban empezando su turno. Eso me dio tiempo. Yo sabía que Rachel era de Nueva Jersey. Cuando los polis lanzaran la orden de búsqueda de su coche, pondrían el foco en eso: matrículas de Nueva Jersey en Maine. Encontré un Honda Civic algo baqueteado con los tornillos lo suficientemente sueltos como para poder sacar ambas matrículas. ¿Lo notaría su dueño? Probablemente tardaría un poco. La mayoría de las personas no se para a mirar que las matrículas estén en su sitio antes de subirse al volante. Pero aunque el señor o la señora Honda Baqueteado se diera cuenta, sería horas después de que acabara el turno. Tendríamos las horas de ventaja que necesitábamos.

Rachel había hecho lo que yo le había pedido: sacar todo el dinero posible de sus tarjetas en cajeros automáticos. Había usado tres tarjetas de crédito, dos con un límite de ochocientos dólares y una con un máximo de seiscientos. Con eso y con el dinero que me habían dado los Mackenzie, tenía suficiente solvencia económica, como mínimo para un tiempo. Antes o después la policía se imaginaría dónde me había dejado realmente Philip. La tapadera de Philip, por mucho que la aderezara, no aguantaría más de un día o dos.

Cuando Rachel llegó a la parte trasera del aparcamiento del centro comercial donde me ocultaba, me subí al coche y le dije que siguiera conduciendo. Tres kilómetros más adelante vimos un restaurante cerrado. Le dije a Rachel que parara detrás. Con el coche convenientemente escondido, cambié a toda prisa las matrículas, de modo que su Toyota Camry, uno de los coches más comunes del mundo, ahora tenía matrículas de Maine.

—¿Y ahora qué? —me preguntó Rachel.

Sabía que la caza al hombre sería implacable e inmediata, pero también que los cuerpos de seguridad no tienen recursos ilimitados ni llegan a todas partes. La clave de cualquier plan es tener un objetivo. Y yo tenía uno muy claro: encontrar a mi hijo. Punto. Y final. Era mi única meta.

¿Y eso qué suponía, en la práctica?

Seguir cualquier pista. La más clara que tenía —la única— era Hilde Winslow. Que no solo había mentido en el juicio, sino que luego se había cambiado el nombre y se había mudado a Nueva York. Así que mi plan empezaba por ahí: por llegar hasta Hilde Winslow lo más rápido posible. Y descubrir por qué había mentido.

Ahora que ya tenía un destino, se trataba de desviar la atención, embarrar el rastro. La policía enseguida se enteraría de que Rachel había venido a visitarme a la cárcel y rastrearía su teléfono. Y harían lo mismo con los teléfonos de Philip y de Adam, ambos en mi posesión. Pero yo ya los había apagado.

—¿Tienes el teléfono encendido? —le pregunté.

—Sí. Oh, mierda, pueden rastrearlo, ¿verdad? ¿Lo apago?

—Espera —le dije.

—¿Por qué?

Una vez apagado el teléfono, el operador no podría seguir rastreándonos, pero podría decir a la policía dónde estaba el teléfono la última vez que estuvo encendido. Yo le había pedido a Rachel que condujera en dirección contraria a mi destino real. Una vez estuvimos lo suficientemente al norte como para que la policía pudiera llegar a la conclusión de que probablemente nos dirigíamos a la frontera canadiense, y no a Nueva York, le dije a Rachel que apagara el teléfono. Si lo manteníamos encendido más tiempo, sería demasiado, pensé: el farol sería exagerado. Ahora parecería que a los diez o quince minutos de iniciar la fuga nos habíamos dado cuenta de que teníamos que apagarlo.

—¿Y ahora qué? —preguntó Rachel.

Estaba a punto de pedirle que diera media vuelta e iniciara el regreso hacia Nueva York, pero no estaba seguro de que el *ping* del teléfono bastara para desviar la atención y embarrar nuestro rastro.

—Sigue hacia el norte.

Veinte minutos más tarde paramos en una tienda de Katahdin que vendía equipos de supervivencia. Miré si había cámaras de seguridad cerca de los distribuidores de gasolina. Ninguna. Aunque no es que importara mucho. No tardarían en enterarse de que había estado ahí. Rachel llenó el depósito mientras yo, comprando a toda prisa pero sin llamar demasiado la atención (o eso esperaba), compré equipo de supervivencia, ese tipo de cosas que suponía que la gente usaba para hacer rutas senderistas y acampadas. Pagué con la Mastercard que Adam me había dicho que «se olvidaría» de cancelar. Supuse que la policía acabaría enterándose de que tenía la tarjeta, pero quizá tardaran un poco más. En cualquier caso, cuando llegara la orden de búsqueda, el viejo que me atendió recordaría mi rostro.

Eso tampoco era un problema.

Después de aquello, Rachel y yo seguimos un kilómetro más al norte (por si a alguien se le ocurría preguntar en qué coche nos habíamos ido) antes de dar media vuelta y dirigirnos al sur. A las afueras de Boston encontramos un contenedor para donaciones al Ejército de Salvación tras un complejo de oficinas. Allí tiré el equipo de supervivencia. Según el cartel del contenedor, la siguiente recogida se produciría cuatro días más tarde. Bien. Si alguien en el Ejército de Salvación sospechara o si se le ocurriese llamar a la policía, no pasaría nada. Aunque nos vieran en la grabación de circuito cerrado, ¿qué? Ya estaríamos lejos. Esperaba que las autoridades se tragaran que estaba oculto en el bosque.

Entonces iniciamos el largo camino hacia el sur. En una tienda de Milford, en Connecticut, me quedé en el coche mientras Rachel me compraba un teléfono prepago, tijeras, espuma y cuchillas de afeitado y unas gafas con la menor graduación posible. Acabó escogiendo unas gafas de sol que se aclaraban en interiores. Perfecto. En la siguiente área de camioneros, me metí en el baño con una gorra de béisbol calada en la cabeza. En la cárcel casi nunca me afeito, quizá una vez a la semana cuando empieza a picarme, así que tenía una buena barba. Me afeité, dejándome un bigote. Luego me corté el pelo, me rapé la cabeza y me puse las gafas.

Hasta Rachel se quedó impresionada con mi cambio de imagen.

—He estado a punto de no dejarte subir al coche.

Cuando llegamos cerca del puente George Washington le dije a Rachel que me dejara en Jerome Avenue, en el Bronx. Paramos en un sitio donde pudiera volver a ponerle las matrículas de Nueva Jersey. Luego tiré las de Maine en un bidón de basura. Si la policía ya tenía toda su maquinaria desplegada —y sospechaba que así sería— probablemente detectarían su matrícula de Nueva Jersey al cruzar el puente. Le advertí que podía pasar. Habíamos estado ensayando qué debía hacer cuando la policía le hiciera parar o cuando se presentaran en su casa.

—Te estoy creando un montón de problemas —le dije.

—No te preocupes —respondió ella—. Es mi sobrino, ¿recuerdas?

—Siempre fuiste una buena tía.

—La mejor —respondió, esbozando una sonrisa.

—Pero si la cosa se pone mal, si te detienen...

—Me las arreglaré.

—Lo sé. Pero si te ves contra las cuerdas, diles que te obligué a hacer todo esto a punta de pistola.

—Más vale que te vayas.

La parada de Mount Eden Avenue, de la línea 4, estaba allí al lado. Me subí al metro y tardé treinta y cinco minutos en llegar a la parada de 14 Street-Union Square, en Manhattan. Una vez allí, encontré una tienda Nordstrom Rack y me compré la cazadora, camisa y corbata más baratas que encontré. Quizá no hiciera falta, ahora que llevaba la cabeza afeitada, bigote y gafas, pero si alguien acababa descubriendo que estaba en Nueva York, probablemente no buscarían a un hombre con cazadora y corbata.

Desde allí, tenía diez minutos a pie hasta la dirección de Hilde Winslow, en la calle 12. De camino paré a tomarme un trozo de pizza peperoni y una Pepsi. Cuando le di el primer bocado, casi me mareo. Sé que no viene al caso, pero no creo que haya experimentado nunca algo tan maravillosamente mundano como mi primer bocado de una pizza de Nueva York como hombre libre; activó un mecanismo apagado mucho tiempo atrás y me devolvió recuerdos con un color y

una textura propios. Volvía a estar en Sal's, en Revere Beach, con Adam y Eddie y T. J., toda la pandilla, y caray, qué gusto...

Ahora estoy esperando.

Me pregunto cómo le habrá ido a Rachel, por supuesto. Lo más probable es que ya la hayan detenido. ¿Habrá conseguido llegar a casa? ¿La habrán parado en la calle? ¿En qué lío estará metida? Pienso en Philip y en Adam, y en lo que les pueda pasar. Y por último pienso en Cheryl, mi ex y la madre de Matthew. ¿Qué pensará ella de mi fuga? ¿Qué pensará la tía Sophie? Y, si pudiera entenderlo, ¿qué pensaría mi padre?

No importa. Nada de eso importa ahora.

Cruzo la calle. ¿Sabrá Hilde Winchester, antes Harriet Winslow, que me he fugado? Ni idea. El edificio no tiene portero. Tienen que abrirte por el interfono. El nombre WINCHESTER, H aparece junto al botón del apartamento 4B. Aprieto y oigo que suena. Una, dos, tres veces. Al cuarto tono, oigo por el altavoz una voz que reconozco del juicio.

—¿Sí?

Tardo un segundo en reaccionar. Intento cambiar la voz, adoptando un patético acento del este de Europa:

—Le traigo un paquete.

—Déjelo en la entrada, por favor.

—Tiene que firmar.

Me he pasado las últimas horas planificándolo, y, aun así, ahora que la tengo tan cerca, estoy metiendo la pata.

No voy vestido como un mensajero. Y no tengo un paquete en la mano.

—De hecho —añado, improvisando—, si me autoriza verbalmente, puedo dejar el paquete aquí abajo. ¿Tengo su permiso para dejarlo en el vestíbulo?

Se produce una pausa que hace que me pregunte si habrá colado o no. Entonces Hilde Winslow responde, lentamente:

—Tiene mi permiso para dejarlo ahí.

—Muy bien. Estará en la esquina del vestíbulo.

Estoy a punto de apartarme y pensar un poco qué hacer cuando veo a un hombre que baja por las escaleras y se acerca a la puerta de

entrada. Por un momento me pregunto si Hilde le habrá pedido a algún vecino que baje a por su paquete, pero no, no ha pasado suficiente tiempo. En el momento en que pasa, me llevo el teléfono al oído y digo:

—Muy bien, ya se lo subo a su apartamento.

No tendría que haberme molestado en fingir. El hombre sale por la puerta y echa a caminar sin hacer ni caso.

Meto el pie para evitar que la puerta se cierre y me cuelo dentro. Luego dejo que la puerta se cierre a mis espaldas.

Y subo las escaleras en dirección al apartamento 4B.

El teléfono de Sarah vibró, y ella se quedó mirando el mensaje entrante.

—Tenías razón, Max.

—¿Sobre?

—Las matrículas.

A Max le había parecido raro que absolutamente nadie hubiera visto el coche de Rachel Anderson durante el largo recorrido entre Maine y Nueva Jersey. Su primera teoría había sido que se había mantenido apartada de las carreteras principales, pero repasando el mapa habían visto que no habría podido llegar a tiempo evitando por completo las autopistas de peaje.

—Un tal George Belbey observó que le habían robado las matrículas al acabar su turno en el L. L. Bean.

—Supongo que el tal George Belbey reside en Maine, claro.

—Sí.

Así que o Burroughs o Rachel cambiaron las matrículas. Quitaron las de Nueva Jersey y pusieron las de Maine.

—Pero cuando la policía de Nueva York localizó su coche cruzando el puente...

—Las volvió a cambiar. —Max acabó la frase por ella—. Así que la pregunta es: ¿cuándo lo hizo? ¿Y por qué?

—Sabemos el porqué, ¿no, Max?

—Supongo que sí.

El teléfono de Sarah volvió a vibrar. Se quedó mirando la pantalla y dijo:

—¡Vaya!

—¿Qué?

—Hemos estado rastreando las últimas llamadas de Rachel Anderson.

—¿Y?

—Pues que después de que visitara a Burroughs en Briggs se puso en contacto con un excolega del *Globe* para pedirle un favor.

—¿Qué tipo de favor?

—Quería el dosier del asesinato de Matthew Burroughs.

Max se quedó pensando en ello.

—¿Y su excolega tiene ese tipo de información?

—No. Pero Rachel le pidió algo muy específico.

—¿El qué?

—Quería el número de la Seguridad Social de una testigo del juicio por asesinato. Una mujer llamada Hilde Winslow.

—Recuerdo ese nombre...

—Winslow declaró que había visto a Burroughs enterrando el bate de béisbol.

—Ya. Una anciana, si no me equivoco.

—Correcto, Max, pero ahí es donde la cosa se pone rara. Según parece, Hilde Winslow se cambió el nombre poco después del juicio y ahora es Harriet Winchester.

Ambos se miraron.

—¿Y por qué iba a hacer eso? —preguntó Max.

—Ni idea. Pero ahora viene la sorpresa: Hilde-Harriet además se mudó a Nueva York. —Miró la pantalla con más atención—. Al 135 de la calle 12 Oeste, para ser exactos.

Max paró de morderse las uñas y dejó caer la mano.

—Así que Rachel Anderson visita a David Burroughs en la cárcel. Después de su encuentro, pregunta por una testigo clave del caso, una que Burroughs afirmaba que había mentido, y descubre que ha cambiado de nombre y se ha mudado. —Levantó la vista—. Entonces, ¿adónde crees que se dirige Burroughs?

—¿A hablar con ella?

—O algo peor. —Max tomó la salida del aeropuerto—. ¿Sarah?

—¿Qué?

—Consigue un coche. Nos vamos a Nueva York. Y llama a nuestra oficina en Manhattan. Quiero la casa de Hilde Winslow rodeada de coches de policía ahora mismo.

19

Estoy de pie frente a la puerta de Hilde Winslow.

¿Y ahora qué?

—Podría llamar, por supuesto, pero, dado que hay un interfono abajo y que ya desconfía, no sé si será la mejor opción. Preguntaría quién es. Usaría la mirilla para ver quién llama. ¿Me reconocería? Probablemente no. A menos que haya oído hablar de mi fuga en las noticias. En cualquier caso, no abriría sin más.

Así que la Opción Uno, llamar sin más, probablemente no funcionara.

Llevo una gorra de béisbol de los Yankees que he comprado a un vendedor ambulante en la Sexta Avenida, así que si acaba describiéndome, no sabrá que me he afeitado la cabeza. Pienso deshacerme de la gorra tras la visita a Hilde.

Opción Dos: podría intentar tirar la puerta abajo o, no sé, abrirme paso a balazos. Sí, venga ya. Como si la vieja no fuera a gritar como una loca. Como si ninguno de los vecinos fuera a llamar a la policía. La Opción Dos es una tontería y queda descartada desde el principio.

Opción Tres... la verdad es que no la tengo. Pero no puedo quedarme acechando en el pasillo. Alguien podría verme y se preguntaría qué hago ahí. La verdad es que no lo he pensado bien, ¿no? Me he pasado todas esas horas en el coche hoy mismo —¡hoy!— con Rachel, y no he conseguido elaborar un buen plan. Y ahora lo pago.

A mi izquierda hay una puerta que da a la escalera de incendios. Quizá pudiera esconderme ahí y estar atento hasta que abra la puerta. Pero se está haciendo tarde. Hilde/Harriet es octogenaria. ¿Volverá a salir de casa esta noche? Probablemente no.

Aún estoy pensando mi próximo movimiento cuando veo que el pomo de la puerta del 4B empieza a girar.

Alguien está abriendo la puerta.

No tengo plan, así que actúo por puro instinto. No sé por qué se está abriendo la puerta, sospecho que quizá Hilde Winslow ha sentido curiosidad por el paquete que le han dicho que le dejaban en el vestíbulo y ha decidido aventurarse y bajar a recogerlo. No importa. No dudo. En cuanto la puerta se abre mínimamente, empujo con el hombro.

La puerta se abre del todo.

Por un momento temo haber sido demasiado agresivo, que quizá he tirado a una anciana al suelo golpeándola con una puerta, pero cuando entro veo a Hilde Winslow ahí de pie, con los ojos como platos. Da un paso atrás y abre la boca para chillar. Una parte primitiva de mi cerebro ha tomado el control, así que no dudo. Con el pie, cierro la puerta a mis espaldas. Tiro de ella de modo que su nuca me queda contra el pecho y le cubro la boca con la mano.

—No quiero hacerle daño —susurro.

¿De verdad acabo de decir eso? Aun así, no parece que mis palabras la hayan tranquilizado mucho. Se retuerce y me agarra la mano. Se resiste. Yo aguanto. Quiero ser amable, racional, educado, pero no veo cómo va a ayudarme eso, ni a mí ni a Matthew.

Con la mano libre, saco la pistola y se la enseño.

—Solo quiero hablar, ¿vale? En cuanto me diga la verdad, me voy. Asienta si me ha entendido.

Con la nuca pegada a mi pecho, asiente tímidamente.

—Ahora voy a apartar la mano. Por favor, no me obligue a hacerle daño.

Suena a frase de película antigua, pero lo cierto es que no sé qué otra cosa decir, ni cómo gestionar esta situación. La suelto con la esperanza de que no chille, porque si lo hace no voy a disparar. No voy a golpearla con la culata ni nada de eso. ¿O sí?

Hilde Winslow mintió sobre mí. Mintió bajo juramento y contribuyó a que me culparan del asesinato de mi propio hijo.

Así que ¿hasta dónde soy capaz de llegar? Espero que no me obligue a descubrirlo.

Hilde Winslow se vuelve hacia mí.

—¿Qué es lo que quieres?

—¿Sabe quién soy? —pregunto.

—Eres David.

Habla con una voz sorprendentemente firme, segura. No aparta la mirada. No con un tono desafiante, exactamente, pero tampoco parece asustada ni intimidada.

—¿Qué estás haciendo aquí? —me pregunta.

—Mintió.

—¿De qué estás hablando?

—En mi juicio. Su declaración. Fue todo mentira.

—No, no lo fue.

En realidad no tengo elección. Levanto la pistola y se la planto en la frente.

—Quiero que me escuche —digo, esperando que no se me quiebre la voz—. No tengo nada que perder. Eso lo entiende, ¿verdad? Si me miente otra vez, o si no dice la verdad, la mataré. No quiero hacerlo. De verdad no quiero. Pero ahora mismo, es mi hijo o usted.

Ella empieza a parpadear a toda prisa.

—Así es —continúo—. Mi hijo está vivo. No, no creo que me llegue a creer, y no tengo tiempo para convencerla. Lo único que debe importarle en este momento es que yo lo creo. Y, precisamente por eso, no voy a tener ningún reparo en matarla para encontrarlo. ¿He sido claro?

—No sé qué decirte...

Le golpeo la mejilla con el cañón de la pistola.

No, eso no me ha resultado fácil. Y no, no le he golpeado fuerte. Ha sido un golpecito. Pero basta para transmitir el mensaje y para hacerme sentir fatal.

—Cambió de nombre y se mudó —digo—. Lo hizo porque mintió en el juicio y necesitaba huir. No busco venganza de ningún tipo. Pero hay un motivo por el que mintió, y ese motivo podría llevarme hasta mi hijo. Así que me lo va a contar o voy a matarla.

Me mira fijamente. Yo la miro fijamente a ella.

—Te estás engañando —dice Hilde-Harriet.

—Podría ser.

—No puedes creer realmente que tu hijo está vivo.

—Pues resulta que sí.

Hilde se lleva la mano a los labios. Menea la cabeza y cierra los ojos. Yo no bajo la pistola. Cuando abre los ojos, veo un cambio. Ya no está a la defensiva, ni tiene ese aire desafiante.

—No puedo creerme que estés aquí, David.

Yo no digo nada.

—¿Esto lo estás grabando? —pregunta.

—No. —Me saco el teléfono del bolsillo y se lo enseño. Luego lo dejo sobre la mesa, para dar mayor énfasis—. Esto es entre usted y yo.

—Si se lo cuentas a alguien, lo negaré.

Siento que se me acelera el pulso.

—Lo entiendo.

—Y si alguien está grabando esto, no es más que una historia que estoy contándole a un asesino loco que me está amenazando con una pistola.

Asiento.

Hilde Winslow levanta la vista y me mira fijamente.

—Me he imaginado este momento durante mucho tiempo —dice—. Tú de pie, delante de mí; yo, confesando la verdad.

Respira hondo. Yo aguanto la respiración, temiendo que hasta el más mínimo movimiento por mi parte pueda romper el hechizo.

—En primer lugar, me justifiqué a mí misma que podía hacer lo que hice porque estaba convencida de que mi testimonio no sería importante. Te habrían condenado igualmente: no fue más que la guinda del pastel. Eso es lo que me decía. Además, estaba convencida de que habías cometido el asesinato. Eso era parte del argumento: estaba ayudando a que encerraran a un asesino. ¿Y quieres que te diga la verdad, David?

Asiento.

—Sigo pensando que lo hiciste. Las pruebas en tu contra eran aplastantes. Eso me ayuda a dormir por las noches. La convicción, la certeza, de que lo hiciste. Pero eso en realidad no me libra de mi culpa, ¿verdad? Fui profesora de Filosofía en la Universidad de Boston. ¿Lo sabías?

Sí que lo sabía. Mis abogados investigaron su pasado, buscando algo que pudiéramos usar en la ronda de preguntas. Sabía que se había quedado viuda a los sesenta, que tenía tres hijos, todos casados, y cuatro nietos.

—Así que he estudiado a fondo eso de que «el fin justifica los medios». También lo he hecho en este caso, intentando defender mis acciones, pero es innegable que mi testimonio empañó el juicio. Peor aún, empañó la imagen que yo tenía de mí misma.

Su teléfono vibra. Me mira. Asiento, dándole permiso para que mire.

—Número oculto —dice.

—No responda.

—Bien.

—¿Decía...?

—Fue mi nuera, Ellen. Es médica en Revere.

Eso lo recuerdo del dosier.

—Está casada con su hijo mayor, Marty.

—Sí.

—¿Qué le pasa?

—Tenía, y probablemente aún lo tenga, un problema con el juego. Un problema crónico. En esa época no lo sabía. Es una ginecóloga y obstetra muy respetada. Ha llevado el parto de todos los nietos de mis amigas. Supongo que Marty lo había probado todo. Jugadores Anónimos, psiquiatras, terapia, controlarle el acceso al dinero... Pero ya sabes cómo son las adicciones. Siempre se encuentra la manera. Ellen no dejaba de jugar. Se metió en un buen lío. Debía cientos de miles. Eso es lo que me dijeron por teléfono. Ellen iba muy retrasada con el pago de la deuda, pero se la perdonarían... si les hacía un pequeño favor.

Se frota la cara y cierra los ojos. Una vez más, guardo silencio.

—¿Quieres saber por qué testifiqué en tu contra? Ese es el motivo. Me viene a ver ese hombre. Muy educado. Gran sonrisa. Pero sus ojos... eran negros. Sin vida. ¿Sabes a qué tipo de gente me refiero?

Asiento.

—Además tenía poliosis.

—¿Poliosis?

Se señaló el centro de la cabeza.

—Un mechón blanco. Cabello oscuro, con un mechón blanco justo en el centro.

No muevo ni un músculo.

—El caso es que ese hombre me cuenta la situación de Ellen. Me dice que le haría un favor al mundo si les ayudara. Dice que está claro que lo hiciste, que le machacaste el cráneo a tu hijo con un bate de béisbol, pero que conseguirás librarte porque tu padre es un poli corrupto, así que lo arreglará.

Trago saliva. El mechón blanco. Sé de quién está hablando.

—¿Ese hombre mencionó a mi padre?

—Sí. Por su nombre. Lenny Burroughs. Me dice que es por eso por lo que me necesitan. Para asegurarse de que se hace justicia. Si les ayudo con eso, ellos ayudarán a Ellen. Lleva unos mocasines caros sin calcetines. Me lo expone todo. ¿Quieres saber qué le dije?

Asiento.

—Que no. Que no voy a hacerlo. Que Ellen se busque la manera de pagar su deuda. Eso es lo que le digo. Y el hombrecillo dice: «Vale, muy bien». Tal cual. No discute. No me amenaza.

»La mañana siguiente el mismo hombrecillo me llama. Me dice, en un tono muy educado: "¿Señora Winslow? Escuche". Y entonces... —Cierra los ojos y aprieta los párpados—. Oigo ese chasquido y Marty se pone a chillar. No Ellen. Mi Marty. El hombrecillo le rompió el dedo medio a mi hijo como si fuera un lápiz.

A lo lejos, Hilde Winslow y yo oímos los ruidos de la ciudad: el tráfico, sirenas a lo lejos, el pitido de un camión haciendo marcha atrás, el ladrido de un perro, las risas de la gente.

—¿Así que accedió a colaborar?

—No tenía elección. Ya me entiendes.

—La entiendo —digo, aunque no tengo muy claro que así sea—. Señora Winslow, ¿cómo se llamaba ese hombrecillo?

—¿Tú crees que me dejó la tarjeta de visita? No me dijo su nombre... y yo no se lo pregunté.

No importa. Ya sé quién es.

—¿No le preguntó por él a Marty ni a Ellen?

—No. Nunca. Hice lo que me pidió. Luego vendí la casa, me cambié de nombre y me mudé aquí. No he vuelto a hablar con Marty ni con Ellen en cinco años. ¿Y sabes qué? Ellos tampoco se han puesto en contacto conmigo. Nadie quiere revolver el pasado.

Entonces es cuando oigo que alguien en la calle se pone a gritar.

Una joven, por lo que parece. Al principio no entiendo qué dice. Hilde y yo nos miramos. Yo me acerco a la ventana. La mujer no deja de gritar, pero ahora ya distingo sus palabras:

—¡Cuidado! ¡Los putos polis están aquí! Repito: ¡Los cerdos fascistas están aquí!

Alguien más se une a las protestas, gritando las mismas consignas. Y luego más gente.

Miro por la ventana y veo coches patrulla en doble fila, frente a la puerta del edificio. Cuatro polis de uniforme corren hacia la entrada del edificio. Dos coches patrulla más se acercan a toda prisa por la calle 12.

«Oh, mierda».

No tengo dudas. Han venido a por mí. Tengo que salir de aquí... enseguida. Vuelvo corriendo hacia la puerta de Hilde Winslow, pero cuando la abro ya oigo la cacofonía de pasos acercándose a toda prisa por las escaleras. El sonido se vuelve más intenso. Oigo voces. Oigo el ruido de las radios.

Corro por el rellano, hacia la salida de incendios. Abro la puerta. Más voces, más ruido de radios.

Vienen por los dos lados. Estoy atrapado.

Hilde sigue de pie junto a la puerta.

—Vuelve dentro —me dice—. Rápido.

No veo que tenga ninguna otra opción. Entro de nuevo en el piso a toda prisa. Ella cierra de golpe.

—Ve a la ventana de mi dormitorio —me dice—. Baja por la escalera de incendios. Intentaré entretenerlos.

No hay tiempo para dudar, ni para pensar. Me voy corriendo al dormitorio, hacia la ventana, y la abro. La brisa es sorprendentemente refrescante. Por un momento me pregunto si los polis habrán cubierto el patio de atrás. Aún no. Al menos, eso me parece. Ahí abajo está

bastante oscuro. También es estrecho; habrá seis metros entre la fachada posterior del edificio de Hilde y la del bloque de la calle 11. Salgo y cierro la ventana.

¿Y ahora qué?

Empiezo a bajar por las escaleras metálicas y vuelvo a oír el crujido de la estática de las radios, y luego unas voces.

Hay alguien ahí abajo.

Es de noche. Prácticamente no hay luz, lo que quizá me dé ventaja. En el apartamento, oigo cómo golpean la puerta de Hilde, y luego gritos. Hilde responde gritando que ya va.

No puedo bajar. Y no puedo volver a entrar. Eso me deja solo un camino. Arriba. Subo las escaleras hacia el quinto piso. No recuerdo cuántas plantas tiene el edificio. Cinco, seis como mucho. Me paro en el rellano frente a la ventana del quinto piso. El apartamento está a oscuras. No hay nadie en casa. Intento abrir la ventana. Cerrada. Me planteo romper el cristal con el codo, pero no veo cómo podría hacerlo sin hacer demasiado ruido. Y aunque lo hiciera, ¿no me encontraría la policía enseguida? No podría esconderme en otro apartamento indefinidamente.

«No te pares».

Subo otro piso, con la esperanza de que la ventana no esté cerrada con llave. Pero no hay sexto piso. Me encuentro en el tejado. Trepo hasta la azotea. El corazón me late con fuerza en el pecho. Hay un cliché sobre la cárcel que es absolutamente cierto: haces mucho ejercicio. Cada vez que tengo ocasión levanto pesas en el patio, pero sobre todo me he creado mi propio *boot camp* en la celda: fondos, sentadillas, sentadillas con salto, el escalador y, sobre todo, flexiones de brazos. Hago al menos quinientas flexiones de brazos al día en distintas versiones: tradicionales, cruzadas, con apoyo ancho, con palmadas, con pausa intermedia, de la esfinge, con salto, con un brazo, de pino, sobre los dedos... No soy el primero que observa la paradoja que supone encerrar a la gente por haber cometido crímenes violentos y meterlos en un entorno donde la única mejora personal que tienen a su alcance es la de volverse más fuertes físicamente, pero lo cierto es que nunca he estado en mejor forma, y por fin me sirve

para algo.

O eso espero.

—¿Cómo pueden haberme encontrado tan rápido los polis? A menos que Rachel... no. Ella no lo haría. Hay otros modos. No lo he planeado lo suficientemente bien. Con las prisas, se me han pasado cosas por alto. Eso me sirve para acordarme de que no soy tan listo como creo a veces.

Aun así, el titular es otro: he podido interrogar a Hilde Winslow, y no estoy loco. Mintió en el estrado. No enterré el bate de béisbol en un momento de enajenación.

Mintió.

Y sé quién le obligó a hacerlo.

Ahora tengo una pista.

Tengo que huir. Si me pillan, la pista no me valdrá de nada.

Entonces, ¿qué hago ahora?

Me planteo esconderme en el tejado. Da la impresión de que Hilde está de mi lado, al menos de momento. Puede que les diga a los polis que no me ha visto. Quizá les diga que he venido y me he ido. Podría quedarme por aquí, esperar y bajar cuando el terreno se haya despejado. Pero ¿va a mentirle a la policía, especialmente si la presionan? ¿De verdad está de mi lado, o me ha hecho huir por la salida de incendios porque quería sacarme del edificio, por su propia seguridad? ¿Les estará hablando de mí ahora mismo?

¿Acabarán registrando el tejado, de todos modos?

Debo creer que la respuesta a esta última pregunta es sí.

El cielo sobre Manhattan está claro. El Empire State Building está iluminado de rojo, pero no tengo ni idea de por qué. Aun así, es una imagen imponente. Todo lo es. Por supuesto, nunca valoramos lo que tenemos. Eso es lo que dicen. Pero no es así en realidad. Es cuestión de condicionamiento psicológico. Cuando nos acostumbramos a algo, lo damos por sentado. Es la naturaleza humana. Me gustaría pensar en ello unos minutos, pero ahora no puedo. Antes he dicho que no me importaba estar entre rejas. Matthew había muerto y era culpa mía, así que me parecía bien —si se puede decir así— no tener vida propia. No quería sentir nada. Pero ahora que he vuelto al mundo, ahora que

saboreo el aire de la ciudad, esa corriente eléctrica, la energía que transmiten los sonidos y los colores, tengo la mente disparada.

Cuando los polis revientan la puerta del tejado de un empujón, ya estoy listo. He estado calculando el salto desde que he llegado aquí arriba. No sé cuántos metros serán. No sé si lo conseguiré. Pero estoy en la esquina sureste del edificio. Corro con todas mis fuerzas, con los músculos activados. El viento me susurra al oído, pero aun así oigo el grito:

—¡Alto! ¡Policía!

No escucho. No creo que vayan a disparar, pero si lo hacen, que lo hagan. Acelero y calculo mis pasos para saltar con el pie izquierdo a solo centímetros de la esquina noroeste de la azotea.

Estoy volando.

Mis piernas se mueven como pedaleando en el aire; en los brazos aún siento la tensión del esfuerzo al trepar al tejado. La azotea del edificio vecino está a oscuras. No sé si lo conseguiré, y por un momento me vienen a la mente las imágenes de los dibujos animados de mi niñez, y me pregunto si me voy a quedar inmóvil a medio salto, como el coyote del correcaminos, para luego caer como una piedra al suelo. Siento que voy perdiendo impulso a medida que la gravedad me arrastra hacia abajo.

Empiezo a caer. Cierro los ojos. Cuando impacto con el suelo de la otra azotea, me encojo y ruedo por el suelo.

—¡Alto!

No paro. Me pongo en pie de un salto. Y luego repito el proceso. Corro, salto y llego a la azotea siguiente. Luego la siguiente. Ya no tengo miedo. No sé por qué. Me siento eufórico. Corro, salto, corro, salto. Me siento como si pudiera hacer esto toda la noche, como si fuera el maldito Spiderman, o algo así.

Cuando encuentro una azotea que está realmente oscura, cuando considero que ya estoy lo suficientemente lejos de los polis de la azotea del edificio de Hilde Winslow, paro y escucho. Aún oigo el jaleo de los polis, pero parece estar bastante lejos. La parte trasera del edificio está a oscuras y... bueno, ¿cuánto tiempo más puedo seguir jugando a ser Spiderman?

Encuentro una escalera de incendios y la bajo medio corriendo y medio deslizándome hasta que estoy a tres metros del suelo. Me paro de nuevo, miro, escucho. No hay nadie. Me quedo colgando un momento del último peldaño de la escalera y luego me suelto. Aterrizo pesadamente, doblando las rodillas, con una sonrisa en el rostro.

Cuando yergo el cuerpo, oigo una voz:

—Quieto donde estás.

El corazón se me encoge mientras me doy la vuelta. Es un poli. Me apunta con una pistola.

—No te muevas.

¿Tengo elección?

—Las manos donde las pueda ver. Ya.

El poli es joven y está solo. Está apuntándome mientras baja la cabeza para hablar por uno de esos micrófonos sujetos a la solapa. En cuanto lo haga, el patio se llenará de policía.

No tengo elección.

No hay tiempo para dudas, para faroles, para fintas. Me echo encima de él, sin más. No hace ni un segundo que me ha dicho que no me mueva. Espero pillarlo por sorpresa. Es un movimiento peligroso, obviamente —él es el que me apunta con la pistola—, pero lo veo vacilante, algo asustado. Quizá eso juegue a mi favor, o quizá no.

Pero ¿qué opciones tengo?

Si me dispara, vale, ya está. Probablemente no muera. Si muero, bueno, es un riesgo que estoy dispuesto a correr. Lo más probable es que me hiera y que acabe de nuevo en la cárcel. Si me rindo sin plantear resistencia, acabaré en la misma situación. Otra vez en la cárcel.

Eso no puedo permitirlo.

Así que bajo la cabeza y le embisto. Solo tiene tiempo de gritar «¡Quieto!» otra vez, pero llego a él antes de que pueda acabar la palabra. Acaba quedándose en «Quié». Le hago un placaje en toda regla, y el cinturón, el pesado chaleco y todas esas cosas que llevan ahora los polis entrechocan, haciendo ruido.

Aprovecho la inercia, y caemos sobre el suelo de hormigón del patio. Él se lleva un buen golpe en la espalda, y oigo cómo resopla al

quedarse sin aire.

Le cuesta respirar.

No lo suelto.

No disfruto con esto, no quiero hacerle daño a nadie. Sé que solo está cumpliendo con su trabajo, y que es un trabajo justo. Pero es o él o Matthew, así que no tengo elección.

Echo la cabeza atrás y la dejo caer con fuerza sobre su nariz. El efecto es el de una bola de cañón lanzada contra un jarrón de cerámica.

En su cara algo cruje, cede. Siento algo pegajoso en el rostro y me doy cuenta de que es sangre.

Ya no ofrece resistencia.

Me pongo en pie de un salto. Empieza a moverse, gimoteando, lo cual me asusta, pero a la vez es un alivio. Siento la tentación de golpearle de nuevo, pero no creo que haga falta. No, si me doy prisa.

Mientras corro hacia la Sexta Avenida, me quito la chaqueta y me limpio la sangre del rostro. Tiro la chaqueta y la gorra de béisbol entre los arbustos y sigo corriendo.

Cuando llego a la calle, intento respirar despacio otra vez.

No te pares, me digo.

Se ha congregado un corro de gente. La mayoría se para a mirar solo unos segundos. Otros se quedan a ver cómo se desarrolla la acción. Yo bajo la cabeza y me mezclo entre los mirones. Ya respiro normalmente. Me pongo a silbar mientras camino en dirección este, intentando pasar desapercibido, aunque tengo la sensación de que llamo más la atención que un cigarrillo en un gimnasio.

Unas manzanas más allá me arriesgo a girarme para mirar. No me sigue nadie. No me persigue nadie. Ahora silbo con más ganas y, sin proponérmelo, sonrío.

Soy libre.

Cuando Rachel llegó por fin a la puerta de su casa, más agotada que nunca, se encontró a su hermana Cheryl caminando por la calle arriba y abajo.

—¿Qué demonios, Rachel?

—Primero déjame entrar, ¿vale?

—¿Has ayudado a David a fugarse?

Rachel abrió la boca, y luego la volvió a cerrar.

—Entra, por favor.

—Rachel...

—Entra.

Sacó las llaves del bolso. Rachel vivía en lo que algunos llamaban, muy generosamente, «apartamento-jardín». Recientemente había hecho una entrevista para trabajar en un periódico local gratuito, un puesto para el que estaba inmensamente sobrecualificada —pero oye, en caso de necesidad...—. La directora, Kathy Corbera, una de sus profesoras de periodismo preferidas en la facultad, la había defendido, pero el editor conocía su pasado y al final había decidido evitar cualquier rastro de escándalo. Algo comprensible, con el clima reinante en el sector.

Rachel abrió la puerta y se fue directamente a la cocina. Cheryl la siguió de cerca.

—¿Rachel?

No se molestó en responder. Le dolía todo el cuerpo, y quería algo que le ayudara a relajarse. Rachel nunca había necesitado tanto una copa. El Woodford Reserve estaba en el armarito junto a la nevera. Cogió la botella.

—¿Quieres uno?

Cheryl frunció el ceño.

—¿Cómo? Estoy embarazada, ¿recuerdas?

—Uno no te hará daño —dijo, sacando un vaso del armario—. Lo he leído no sé dónde.

—¿Lo dices en serio?

—¿De verdad que no quieres?

Cheryl la atravesó con la mirada.

—¿Me quieres decir qué narices te pasa, Rachel?

Rachel puso hielo en el vaso y se sirvió.

—No es lo que tú crees.

—Ayer me llamas toda misteriosa. Me dices que vas a visitar a David, así, de pronto. Dices que tenemos que hablar cuando vuelvas a casa y... ¿ahora?

Rachel le dio un sorbo al bourbon.

—¿Era esto lo que me querías contar? —preguntó Cheryl—. ¿Que ibas a ayudarle a huir?

—No, por supuesto que no. No tenía ni idea de que iba a fugarse.

—Entonces, ¿ que estuvieras en Briggs fue una curiosa coincidencia?

—No.

—Cuéntame, Rach.

Su hermana. Su querida hermana embarazada. Cheryl había pasado un infierno. Cinco años atrás, el asesinato de Matthew la había dejado por los suelos, y Rachel nunca pensó que su hermana consiguiera levantarse otra vez. Para todo el mundo, Cheryl estaba consiguiendo pasar página: nuevo marido, embarazada, nuevo trabajo. Pero no era así. En realidad no. Estaba intentando construir algo, algo nuevo y fuerte, pero Rachel sabía que estaba aún muy débil. La vida es frágil, en el mejor de los casos. El suelo siempre se tambalea bajo nuestros pies.

—Por favor —dijo Cheryl—, dime qué está pasando.

—Lo estoy intentando.

De pronto vio a su hermana como una mujer pequeña y vulnerable. Estaba casi apretando los dientes, como esperando el golpe que estaba a punto de recibir. Rachel intentó ensayar las palabras mentalmente, pero le salieron todas a trompicones. Un esparadrapo se puede arrancar lentamente o de golpe, pero en cualquier caso duele.

—Quiero enseñarte algo.

—Vale.

—Pero no quiero que te vuelvas loca.

—¿En serio?

Rachel le había dado a David la copia en papel de la foto, pero en el teléfono tenía la imagen que había tomado con el móvil en casa de Irene. Dio otro trago al bourbon, cerró los ojos y dejó que le calentara por dentro. Luego cogió el teléfono. Apretó el icono Fotos y se puso a pasar pantallas. Cheryl se había sentado a su lado. Estaba mirando por encima del hombro de Rachel.

Rachel encontró la foto y paró.

—No entiendo —dijo Cheryl—. ¿Quiénes son esta mujer y estos niños?

Entonces Rachel apoyó el pulgar y el índice sobre el niño de detrás e hizo zoom.

La furgoneta de vigilancia del FBI que llevaba a Max y a Sarah dio un frenazo frente al edificio de Hilde Winslow. Max vio seis coches patrulla y una ambulancia. Sarah estaba mirando la pantalla de su ordenador y hablando con alguien por teléfono. Le indicó con un gesto que era importante y que fuera solo. Max asintió y justo en ese momento se abrió la puerta corredera de la furgoneta.

Un agente al que Max se dirigió a él:

—¿Agente especial Bernstein? El sospechoso se ha escapado.

—Lo he oído en la radio.

—La policía lo está persiguiendo. Confían en que lo atraparán.

Max no lo tenía tan claro. Era una ciudad grande, llena de recovecos y de gente. Siempre es más fácil desaparecer cuando no hay que esconderse. Sarah y él habían visto imágenes del intento de detención desde la furgoneta del FBI, que contaba con todo tipo de tecnología, y en la que habían recibido imágenes en directo de las cámaras personales de los agentes que habían subido a la azotea.

Había algo que le preocupaba.

—¿Dónde está Hilde Winslow?

El agente frunció el ceño.

—La señora se hace llamar Harriet...

—Winchester, sí, ya sé —dijo Max—. ¿Dónde está?

El joven agente señaló en dirección a la ambulancia. Tenía las puertas traseras abiertas. Hilde Winslow estaba sentada, con la espalda muy recta y una manta sobre los hombros a modo de chal. Daba sorbitos a un cartón de zumo con una pajita. Max se le acercó y se presentó. Hilde Winslow lo miró fijamente. Era una mujer pequeña, arrugada, y tenía aspecto de ser más dura que la coraza de un armadillo.

—¿Está bien? —le preguntó.

—Solo un poco conmocionada —respondió Hilde—. Han insistido en que me quedara aquí.

La paramédica, una mujer asiática con una larga cola de caballo, dijo:

—Usted relájese, Harriet.

—Me gustaría irme a mi casa —dijo ella.

—Podrá subir cuando la policía dé el visto bueno.

Hilde Winslow miró a la paramédica con una sonrisa dulce en los ojos y dio otro sorbito a su zumo de manzana. Max tuvo la impresión de que era una anciana y una niña pequeña al mismo tiempo.

—Ha dicho que era agente especial del FBI —le dijo Hilde.

—Sí, señora. Dirijo la operación para la captura del fugado David Burroughs.

—Ya veo.

Esperó a que dijera algo más, pero ella se limitó a dar sorbos a su zumo.

—¿Me puede decir qué le dijo el señor Burroughs?

—En realidad nada.

—¿Nada?

—No hubo tiempo, ¿sabe?

—¿Así que no sabe qué quería?

—Ni idea.

—¿Podemos rebobinar, señora Winslow?

El uso de su antiguo nombre era intencionado. Esperaba que lo corrigiera. No lo hizo.

—¿Qué es lo que ha pasado exactamente? —insistió Max.

—Me llamó a la puerta. La abrí...

—¿No preguntó antes quién era?

Ella se quedó pensando un momento.

—No, creo que no.

—¿Oyó que llamaban a la puerta y abrió sin más?

—Sí.

—¿Siempre lo hace? ¿Sin preguntar quién es?

—Para entrar en el edificio alguien tiene que abrir antes desde el portero automático.

—Entonces, ¿hablaron antes por el portero automático?

—No.

—¿Y aun así usted le abrió la puerta?

—Es un edificio tranquilo. Pensé que sería un vecino.

—Ya veo.

¿Por qué le estaría mintiendo?

—Además soy mayor. A veces se me olvidan las cosas. Pero tiene razón, agente especial Bernstein. Fue un error por mi parte. En el futuro iré con más cuidado.

Le estaba contando un cuento. Como Rachel Anderson. Comprendía los motivos de Rachel, la cuñada con la que tenía una relación familiar. Pero ¿por qué iba a mentirle Hilde Winslow?

—Así que David Burroughs llamó a la puerta —dijo Max— y usted le abrió.

—Sí.

—¿Lo reconoció?

—¡Oh, Dios, no!

—¿Qué aspecto tenía?

—Bueno, pues... el de un hombre. He intentado hacerle una descripción a la policía, pero todo pasó muy rápido.

—Y usted, ¿qué le dijo?

—Nada.

—¿Qué le dijo él?

—No hubo tiempo para nada de eso. Abrí la puerta. Y de pronto oí todo ese jaleo abajo. Supongo que la policía ya estaba entrando en el edificio y corriendo escaleras arriba.

—Ya veo. ¿Qué pasó después?

—Supongo que se asustó.

—¿David Burroughs?

—Sí.

—¿Y una vez asustado qué hizo Burroughs?

—Se coló en mi piso y cerró la puerta tras él.

—Debe de haberse llevado un buen susto.

—Oh, sí. Desde luego. —Se volvió hacia la paramédica—. ¿Annie?

—¿Sí, señora Winchester?

—¿Me puede dar otro zumo?

—Por supuesto. ¿Se encuentra bien?

—Estoy un poco cansada —dijo Hilde Winslow—. Son muchas preguntas.

Annie la paramédica le echó una mirada acusatoria a Max, que la ignoró e intentó enderezar la nave.

—Así que Burroughs está en su piso con usted, y con la puerta cerrada.

—Sí.

—Usted estaría en el umbral, ¿no? ¿La empujó para entrar? ¿Tuvo que dar un paso atrás?

—Hum. —Pausa dramática—. No lo recuerdo. ¿Importa?

—Supongo que no. ¿No chilló?

—No. No quería alterarlo más.

—¿Dijo usted algo?

—¿Como qué?

—Como «¿quién es usted?, ¿qué hace aquí?, ¡salga de mi casa!»... algo.

Se quedó pensativa. Cuando Annie la paramédica regresó con el zumo, le sonrió y le dio las gracias.

—¿Señora Winslow?

Una vez más, llamándola por su antiguo nombre.

—Quizá sí. Probablemente lo hiciera. Pero todo pasó muy rápido. Se fue corriendo a mi ventana y la abrió.

—Directo a la ventana —dijo Max—. Sin decir palabra.

—Sí.

—Y la ventana... —dijo Max—, estaba en su dormitorio, ¿verdad?

—Sí.

—Las habitaciones de su salón, del comedor, están más cerca de la puerta, ¿no es así?

—No lo sé. Nunca he medido la distancia. Supongo que sí.

—Pero no dan a ninguna salida de incendios, ¿verdad?

—Exacto.

—Solo la de su dormitorio —dijo Max, que ladeó la cabeza hacia la derecha—. ¿Cómo cree que pudo saberlo Burroughs?

—No lo sé.

—¿Usted no se lo dijo?

—Por supuesto que no. Quizá se hubiera hecho con los planos del edificio antes de venir.

—¿Es consciente de que David Burroughs se ha escapado de la cárcel esta misma mañana?

—Uno de esos agentes tan agradables me lo ha dicho.

—¿No lo sabía antes?

—No, por supuesto que no. ¿Cómo iba a saberlo?

—Yo la he llamado al teléfono hace media hora y le he dejado un mensaje de voz.

—Oh, ¿de verdad? Nunca contesto al teléfono. Siempre es algún teleoperador intentando estafar a las ancianas. Dejo que salte el contestador. De hecho, no sé ni cómo funciona el contestador.

Max se la quedó mirando. No se tragaba nada de todo aquello.

—¿Por qué cree que Burroughs vino directamente a su casa?

—¿Perdón?

—Directamente. Sale de la cárcel. Viene en coche a Nueva York. Y pasa a verla. ¿Por qué cree que lo ha hecho?

—No lo sé... —De pronto abre los ojos como platos—. ¡Oh, Dios mío!

—¿Señora Winslow?

—¿Usted cree... usted cree que vino a hacerme daño? —Se llevó una mano temblorosa a la boca—. ¿Es eso lo que cree?

—No —dijo Max.

—Pero acaba de decir...

—Si quisiera hacerle daño, yo creo que le habría dado un empujón al entrar, ¿no le parece? O que habría intentado golpearla. O algo así, ¿no? —Entonces Max observó algo—. ¿Tiene un golpe en la mejilla?

—No es nada —se apresuró a decir ella.

—David Burroughs tiene una pistola. ¿La ha visto?

—¿Una pistola? ¡Cielos, no!

—Piense en ello un segundo. Usted es David Burroughs. Se pasa cinco años en la cárcel. Por fin consigue escapar. Se va directo a ver a una testigo que asegura que mintió sobre usted...

—¿Agente especial Bernstein?

—Sí.

—Ha sido un día muy duro —le dijo, con dulzura—. Le he contado todo lo que sé.

—Solo quiero hacerle unas preguntas sobre su testimonio.

—No —dijo ella.

—¿No?

—No voy a escarbar en todo eso otra vez, y... —Se dio la vuelta—. ¿Annie?

—¿Sí, señora Winchester?

—No me encuentro demasiado bien.

—Ya se lo he dicho, Harriet. Necesita descansar.

Max estaba a punto de protestar cuando oyó la voz de Sarah que le llamaba:

—¿Max?

Se volvió hacia Sarah, que estaba junto a la puerta lateral de la furgoneta del FBI haciéndole gestos para que fuera a toda prisa. Se saltó las despedidas y fue corriendo hacia allí. Sarah le vio la cara al acercarse.

—¿Qué? —dijo Sarah.

—Está mintiendo.

—¿Sobre qué?

—Sobre todo. —Se subió los pantalones—. Vale, ¿qué es eso tan importante?

—He conseguido la grabación de circuito cerrado de la visita de Rachel a Burroughs. Esto querrás verlo.

Cheryl se quedó mirando la foto.

—La tomaron en un parque de atracciones —dijo Rachel.

—Eso ya lo veo —replicó su hermana—. ¿Y qué?

Rachel no se molestó en hablarle de Irene y de su familia. Hizo zoom, mostrándole el niño de atrás —sin ampliar demasiado para que no se difuminara la cara—. Le pasó el teléfono a su hermana. Cheryl no podía apartar la mirada.

—¿Cheryl?

Con los ojos aún puestos en la foto, Cheryl murmuró:

—¿Qué es lo que estás intentando hacerme?

Rachel no respondió. Las lágrimas hicieron su aparición.

—Le enseñaste esto a David.

Rachel no estaba segura de si eso era una pregunta o no.

—Sí.

—Por eso fuiste a Briggs.

—Sí.

Cheryl negó con la cabeza sin dejar de mirar la imagen.

—¿De dónde la has sacado?

Rachel le quitó el teléfono de la mano con suavidad y volvió a reducir la foto hasta que recuperó su tamaño original.

—Esta es una amiga mía. Fue al Six Flags con su familia. Su marido hizo la foto. Ella me la enseñó y...

—¿Y qué? —La voz de Cheryl era puro hielo—. ¿Viste a un niño que se parece vagamente a mi hijo muerto y se te ocurrió que podías poner del revés la vida de todo el mundo?

«La tuya no», pensó Rachel, pero se le ocurrió que era mejor no decirlo.

—¿Rachel?

—No sabía qué hacer.

—¿Así que se la enseñaste a David?

—Sí.

—¿Por qué?

Rachel no quería empezar con lo de que quería proteger a Cheryl, así que no dijo nada. Pero Cheryl insistió:

—¿Y él qué te dijo?

—Se quedó impresionado.

—¿Qué es lo que dijo, Rachel?

—Él cree que es Matthew.

Cheryl se puso roja de rabia.

—Pues claro que sí. Si le tiras un yunque a un náufrago, él se va a creer que es un salvavidas.

—Si David hubiera matado a Matthew —dijo Rachel—, lo lógico

sería que supiera que era un yunque, ¿no te parece?

Cheryl se limitó a negar con la cabeza.

—No tuvo sentido en ningún momento, Cheryl. Que David matara a Matthew. Venga ya, lo sabes. Aunque estuviera enajenado, o lo que fuera. Y todo eso de que «enterró el arma». ¿Por qué iba a hacer algo así? No es tan tonto. Y esa testigo. Hilde Winslow. Después cambió de nombre y se mudó a otra ciudad. ¿Por qué iba a hacer algo así?

—¡Por Dios! —exclamó Cheryl, clavándole la mirada a su hermana —. ¿Tú te crees esta tontería?

—No lo sé. Yo solo digo eso.

—¿Cómo puede ser que no lo sepas? O quizá es que tú también estás desesperada, Rachel.

—¿Qué?

—Buscando un tema para escribir.

—¿Lo dices en serio?

—Para redimirte. Para tener otra oportunidad. Claro, si mi hijo estuviera vivo, sería un bombazo, ¿no? Canales de noticias, portadas...

—No lo dirás...

—Y si resulta que no es Matthew, si no es más que un niño con un parecido razonable, todo esto: la fuga de David, sus declaraciones después de todo este tiempo... Bueno, también es una buena historia.

—Cheryl.

—Mi hijo asesinado podría ser tu billete de regreso.

Rachel echó la cabeza atrás como si acabara de recibir una bofetada.

—No quería decir eso —rectificó Cheryl enseguida, suavizando la voz.

Rachel no respondió.

—Escúchame —añadió Cheryl—. Matthew está muerto. Y Catherine Tullo también.

—Esto no tiene nada que ver con ella.

—No fue culpa tuya que muriera, Rachel.

—Claro que fue culpa mía.

Cheryl meneó la cabeza y apoyó las manos sobre los hombros de su hermana.

—No quería decir lo que he dicho antes.

—Claro que querías decirlo.

—No, te lo juro.

—Y quizá sea cierto. Me compadezco de mí misma por lo que perdí. Pero fui demasiado lejos, y ahora Catherine Tullo está muerta. Está muerta por mi culpa. Tuve lo que me merecía.

Cheryl negó con la cabeza.

—Eso no es cierto. Es que para ti era algo...

—¿Qué era para mí?

—Algo demasiado personal —dijo Cheryl—. ¿Crees que se me ha olvidado?

Rachel no sabía qué decir.

—La noche de Halloween. Tu primer año en la universidad.

Rachel apartó la mirada. Cerró los ojos, intentando borrar aquel recuerdo.

—¿Rach?

—Quizá tengas razón —reconoció Rachel, bajando la vista para mirar la fotografía—. Quizá esté viendo lo que quiero ver. Y quizá David también. Probablemente así sea. Pero es una ocasión para él, ¿no? David no tiene nada. Su situación es todo lo mala que te puedas imaginar. Peor. Así que déjale que busque. No le puede hacer ningún daño. No puede empeorar su situación. Por eso no te enseñé la foto a ti. Si no es nada, y sí, claro, lo más probable es que no sea nada, no llegará a ninguna parte. No tiene nada que perder. Acabamos donde empezamos. Y tú no tenías por qué enterarte. Pero si es Matthew...

—No lo es.

—En cualquier caso —insistió Rachel—, deja que nos aseguremos David y yo.

—Esta es la grabación de la primera visita a la cárcel de Rachel Anderson —le dijo Sarah a Max—. Tal como te he dicho, era la primera visita que recibía Burroughs desde su ingreso en Briggs, hace cinco años.

La furgoneta de vigilancia era una Ford modificada. Las ventanillas

traseras parecían tintadas, pero en realidad estaban pintadas de negro para tener más intimidad. La única visión que tenían del mundo exterior —bastante buena— era la que ofrecían unas cámaras ocultas situadas estratégicamente en torno a la furgoneta. Max y Sarah estaban sentados uno al lado del otro en unos asientos ergonómicos reclinables en la estación de trabajo frente a tres pantallas de ordenador. Era más cómodo de lo que en principio puede parecer, dado que los agentes tenían que pasarse horas seguidas allí dentro. Había dos agentes en la cabina del conductor. Uno era el experto en tecnología, pero Sarah también dominaba el sistema.

—¿Puedes subir el volumen?

—No hay volumen, Max.

Él frunció el ceño.

—¿Por qué no?

—Hubo un juicio hace unos años —dijo Sarah—. Algo sobre la violación de la intimidad.

—¿Y la grabación de circuito cerrado no viola la intimidad?

—Una vez perdieron el derecho a usar el audio en los tribunales, los de Briggs declararon que el vídeo era necesario por motivos de seguridad y que no violaba el derecho a la intimidad.

—¿Y los jueces se lo tragaron?

—Pues sí.

Max se encogió de hombros.

—Bueno, ¿y qué querías que viera?

—Mira aquí.

Sarah puso en marcha el vídeo. La cámara debía de estar situada en el techo, en algún punto por detrás de David Burroughs. Tenían un plano frontal de Rachel, que estaba sentada al otro lado de la mampara de plexiglás. Sarah apretó el botón de avance rápido, y las dos figuras se movieron a trompicones. Cuando en la pantalla Rachel sacó lo que parecía un sobre marrón, Sarah paró el vídeo y apretó el botón de reproducción. Volvió a verse a velocidad normal. Max frunció el ceño y observó. En la pantalla, Rachel bajaba la mirada como si intentara armarse de valor. Luego sacó algo del sobre y lo pegó al cristal.

Max frunció los párpados.

—¿Eso es una foto?

—Creo que sí.

—¿De qué?

Pese a la falta de sonido, pese a la mediocre calidad de la imagen en cuanto a resolución y a luz, Max se dio cuenta de que todo había cambiado en aquella sala de visitas. De pronto Burroughs se había quedado rígido.

—Aún no lo sé —dijo Sarah.

—Quizá fuera un plan de fuga.

—Antes de que llegaras he estado estudiando la imagen.

—¿Y qué has visto?

—Gente —dijo Sarah—. Uno de ellos podría ser Batman.

—¿Cómo?

—Quizá. No lo sé. Necesitaré más tiempo, Max.

—Consigue también un lector de labios.

—Estoy en ello. Pero el departamento legal dice que tenemos que pedir una orden.

—¿Por ese juicio sobre la intimidad?

—Sí. Pero lo he pedido igualmente. No creo que la resolución de la imagen sea lo suficientemente buena.

—¿Puedes ampliar más la imagen?

—De momento esto es lo mejor que tengo. —Sarah apretó una tecla. La imagen se expandió. Hizo una pausa para intentar reducir el pixelado, pero no se veía muy claro. Max volvió a fruncir los párpados.

—Tenemos que preguntarle a Rachel Anderson acerca de esto.

—Su abogada le ha prohibido que responda a ninguna pregunta.

—Tenemos que intentarlo. Aún la tenemos vigilada, ¿no?

—Sí. Está en casa. Su hermana ha ido a verla.

—¿La ex de Burroughs?

Sarah asintió.

—Está embarazada.

—Vaya —dijo Max—. ¿Tenemos pinchados todos los teléfonos?

—Sí. De momento nada.

—Rachel Anderson llevó a Burroughs en su coche durante horas. Lo planificaron todo. No será tan estúpida como para usar su teléfono.

—Estoy de acuerdo.

—Ambos conocemos su historia —dijo Max.

—¿Ese artículo del «yo también»?

Max asintió.

—¿Alguna posibilidad de que tenga algo que ver con esto?

—No veo cómo, Max. ¿Tú sí?

Se lo quedó pensando. No, no lo veía. Al menos de momento.

—¿Cómo va la investigación sobre las finanzas de los implicados?

—En marcha —dijo Sarah. Max sabía lo lento que era peinar la situación financiera de una persona. Ese era el motivo de que los grandes defraudadores pudieran retrasar sus procesos durante años—. Pero tengo algo.

—Cuenta.

—Ted Weston.

—¿El funcionario de prisiones que Burroughs intentó matar?

Ella asintió.

—El tipo tiene deudas, está hasta el cuello, pero últimamente ha recibido dos ingresos de exactamente dos mil dólares cada uno.

—¿De quién?

—Aún no lo sé.

Max se recostó en su asiento.

—¿Un soborno?

—Probablemente.

—A mí ya me parecía que no tenía sentido —dijo Max.

—¿El qué?

—Que Burroughs intentara matar a Weston. —Max se puso a morderse las uñas una por una—. Esto tiene pinta de que es mucho más que una fuga, Sarah.

—Podría ser, Max. ¿Sabes cómo podemos estar seguros?

—¿Cómo?

—Hacemos lo que sabemos hacer. No nos distraemos. Cogemos a Burroughs.

—Sabias palabras, Sarah. Vamos a llevar a Weston a comisaría antes

de que pueda consultar con algún abogado.

Gertrude Payne estaba de pie junto al acantilado, en la finca Payne. La luna se reflejaba en las agitadas aguas del Atlántico. Se había soltado la melena gris y tenía los ojos cerrados. Le gustaba la sensación del viento en el rostro. El fragor de las olas al romper le daba paz. Aunque oyó cómo se acercaba Stephano, mantuvo los ojos cerrados otros diez segundos.

Cuando volvió a abrirlos dijo:

—No habéis acabado con él.

—Ross Sumner nos ha fallado.

—¿Y ese guardia? ¿El que te contó lo de la visita de la cuñada?

—También ha fallado.

Se dio la vuelta, de espaldas al mar. Stephano era un tipo corpulento con el cabello de un negro intenso cortado al estilo del Príncipe Valiente, lo que le daba el aspecto de un viejo rockero haciendo un esfuerzo algo excesivo por mantenerse joven. Llevaba un traje hecho a medida que le marcaba los hombros, cuadrados, como si fuera una caja de cartón.

—No lo entiendo —dijo Gertrude—. ¿Cómo puede haber escapado?

—¿Importa?

—Quizás no.

—Tampoco es que sea una amenaza.

Ella sonrió.

—¿Qué? ¿Usted cree que sí?

Ella sabía que las posibilidades de que David Burroughs les creara algún problema duradero eran minúsculas, pero uno no alcanza lo que su marido solía llamar el Pináculo de los Payne sin contar con una tercera P:

Paranoia.

Y ella sabía cómo funciona el mundo: lo cierto es que nunca sabes.

Crees que estás seguro. Estás convencido de que has repasado todo, de que has pensado en todas las posibilidades. Pero no es así. Nunca. El mundo no funciona así.

Nadie lo hace todo bien todo el rato.

—¿Señora Payne?

—Tenemos que estar preparados, Stephano.

23

Camino a paso ligero por las calles de Manhattan.

No quiero llamar la atención corriendo, pero quiero alejarme tanto como pueda de ese piso de la calle 12. Voy hacia el norte. Dejo atrás la estación de metro de la calle 14 y luego la de la calle 33, y resisto la tentación de bajar porque, si han lanzado una orden de captura, probablemente tengan cubiertas todas las estaciones de metro.

O no.

Lo cierto es que no tengo ni idea.

Tengo un destino, por supuesto.

Revere, Massachusetts. Mi lugar de origen.

¿El hombre que le hizo chantaje a Hilde Winslow? ¿El del mechón claro? Sé dónde vive.

Lo conozco.

Supongo que el FBI tendrá a alguien vigilando la casa de mi padre, pero, una vez más, la policía no puede estar en todas partes en todo momento. Es lo que nos hemos acostumbrado a ver en la televisión y las películas, donde los malos siempre acaban ante la justicia gracias a una vigilancia exhaustiva, a una huella o a una muestra de ADN.

Tampoco sé qué le habrá dicho Hilde Winslow a la policía.

Parecía empatizar realmente con mi sufrimiento, y me ha ayudado a huir. Pero es difícil de decir. Podría estar fingiendo. Quizá tuviera miedo de lo que pudiera suceder si la policía entraba en su casa y me encontraba allí. No lo sé.

Pero lo cierto es que no tengo otra opción. Tengo que arriesgarme a ir a Revere.

Cuando llego a Times Square, media hora más tarde, me doy cuenta de lo sobreexcitado que estoy. Había pensado en lo que sería estar en lugares atestados de gente como este —la gente, el ruido, las luces intensas, las grandes pantallas, los rótulos de neón—, pero no estaba

preparado para lo que estoy experimentando en este momento. Me detengo. Son demasiados estímulos. El movimiento constante, la incesante sucesión de ruidos, de tonalidades, de olores, de vida... hace que la cabeza me dé vueltas. Es como si me hubiera pasado cinco años en un cuarto oscuro y ahora de pronto alguien me estuviera enfocando a los ojos con una linterna. Me mareo hasta el punto de que tengo que apoyarme en una pared para no caerme.

No es que la adrenalina que me ha mantenido activo todo este tiempo esté disminuyendo paulatinamente, es que se está evaporando de golpe como el humo, desvaneciéndose en el aire de la noche. De pronto estoy agotado. Es tarde. Ya no hay trenes ni autobuses hacia la zona de Boston. Tengo que pensar bien mis movimientos. Sé lo que tengo que hacer cuando llegue a Revere, y necesitaré tener pleno control de mis facultades para poder hacerlo. En pocas palabras: necesito dormir.

Hay muchas paradas de metro aquí cerca —demasiadas como para que los polis puedan tenerlas todas cubiertas—, pero al final decido caminar. La cabeza afeitada aún debería bastar para despistarlos —Hilde Winslow solo me vio con la gorra de béisbol que ya he tirado—, pero además llevo una mascarilla quirúrgica. Ya no hay mucha gente que la lleve, así que me preocupa llamar la atención, aunque a la vez es un disfraz estupendo. ¿Debería quitármela? Es una decisión difícil. Como la de elegir dónde ir a dormir. Me estoy planteando seguir caminando hasta Central Park. Allí hay muchos lugares donde esconderse y resguardarse, pero la pregunta es la de siempre: ¿es un lugar que pueda estar vigilando la policía? Echo un vistazo a mi teléfono prepago. El número solo lo sabe Rachel, que es quien me lo ha comprado. Estoy esperando a que se ponga en contacto conmigo, pero aún no lo ha hecho. Tampoco sé muy bien qué significa eso. Probablemente se sienta observada.

Trazo un plan. No me quito la máscara y me dirijo a Central Park. Tomo el sendero que lleva a The Ramble, la reserva natural del parque, cerca de la calle 79. Los árboles aquí son más densos. Encuentro un lugar lo más escondido que puedo. A mi alrededor dejo ramas por el suelo, con la esperanza de que si se acerca alguien lo oiré

y podré reaccionar. Me estiro en el suelo y escucho el borboteo del arroyo mezclado con los ruidos de la ciudad. Luego cierro los ojos y me dejo llevar por la placentera sensación de dormir sin soñar.

En plena hora punta, cuando sé que Penn Station estará hasta los topes, tomo un tren a Boston. Tengo la cabeza afeitada. Llevo mascarilla. En algún momento, durante el viaje, caigo en que llevo libre veinticuatro horas. Estoy todo el rato en tensión, pero cuando voy al baño y veo mi reflejo en el espejo, me doy cuenta de que las posibilidades de que me reconozcan son prácticamente cero. No sé hasta qué punto es arriesgado subir a este tren, pero ¿acaso tengo otra opción? Cuando ya hace una hora que hemos pasado por Boston, suena por fin mi teléfono prepago. No reconozco el número que veo en la pantalla. Aprieto el botón de respuesta, pero no digo nada. Me llevo el teléfono al oído y espero.

—Alpaca —dice Rachel.

Qué alivio. Pensamos en palabras de siete letras para iniciar cada conversación. Si no inicia la conversación con la palabra clave, quiere decir que la situación no es segura y que alguien la está obligando a llamar, o que están escuchando. Si reutiliza una palabra —si en la próxima llamada dice «Alpaca»—, sabré que alguien la está escuchando y que intenta tenderme una trampa.

—¿Todo bien? —pregunto.

No tengo una contraseña o un código de respuesta. No me pareció necesario. Una fina línea separa la precaución de lo ridículo.

—Todo lo bien que cabía esperar.

—¿La policía te ha interrogado?

—El FBI, sí.

—Descubrieron adónde me dirigía —digo yo.

—¿El FBI?

—Sí. Han estado a punto de pillarme en casa de Hilde.

—Yo no he dicho nada, lo juro.

—Lo sé.

—Entonces, ¿cómo?

—No estoy seguro.

—Pero ¿conseguiste escapar?

—De momento.

—¿Has podido hablar con ella?

Se refiere a Hilde Winslow, por supuesto. Le digo que sí y le explico parte de lo que me ha contado. Le digo que Hilde ha reconocido que mintió en el juicio, pero me salto lo de la deuda de juego y la conexión con Revere. Si nos están escuchando —caray, todo esto puede acabar volviéndote paranoico—, lo mejor es no darles la mínima pista sobre mi destino.

—Estoy intentando reunir todo el efectivo posible. Intentaré despistar a cualquier agente del FBI que me esté siguiendo, tal como hablamos.

—¿Cuánto tardarás?

—Una hora, quizá dos. Mándame tu ubicación cuando estés allí donde sea que vayas. Iré a buscarte.

—Gracias.

—Hay otra cosa —me dice Rachel cuando acabo.

Espero.

—Cheryl vino a verme anoche.

Siento la presión en el pecho.

—¿Y qué tal?

—Le enseñé la foto. Ella cree que los dos nos engañamos.

—Eso es difícil de rebatir.

—También me dijo que mis asuntos personales podrían estar interfiriendo con mi capacidad para razonar.

—¿Qué asuntos?

—Voy a enviarte unos links, David. Léetelos. Es más fácil que intentar explicártelo.

Rachel me envía links a tres artículos diferentes sobre su propuesta de reportaje de denuncia y el posterior suicidio de una joven llamada Catherine Tullo. Me tomo mi tiempo y leo los tres. Intento estudiar la situación objetivamente, como si no afectara a una persona tan querida para mí como Rachel.

Aunque me cuesta ser objetivo, por numerosos motivos.

Tengo preguntas para Rachel, pero pueden esperar. Me pongo cómodo y cierro los ojos hasta que oigo el aviso de que llegamos a North Station, en Boston. Miro por la ventanilla cuando paramos en el andén; temo encontrarme una gran presencia policial. Hay algún agente, lo que es normal, supongo, pero no parecen especialmente preocupados. Eso no significa gran cosa, pero es mejor que ver cien pistolas en ristre. Salgo de la estación y echo a caminar por mi ciudad. No puedo evitar sonreír. Recorro Causeway Street y veo uno de esos locales de Dunkin' que hay por todas partes, en la esquina de Lancaster Street. Me compro media docena de dónuts —dos buñuelos franceses, dos de chocolate, uno tostado con coco y uno clásico— y un café grande sin sabores añadidos, porque odio los sabores añadidos, especialmente los de Dunkin'.

Recorro Lancaster Street con la bolsa de Dunkin' en la mano. Aún llevo la mascarilla quirúrgica, pero al final me arriesgo a quitármela para comerme el buñuelo francés. Se me hace la boca agua solo de pensarlo. Quince minutos más tarde estoy en la estación de metro de Bowdoin Street y tomo la línea azul hacia Revere Beach. Intento pensar en cuando era joven y hacía ese viaje. En aquella época tenía mi grupito, y todos íbamos a la misma clase, en el instituto Revere High. Mi mejor amigo era Adam Mackenzie, pero también estaba T. J., Billy Simpson, y el hombre al que voy a visitar, Eddie Grilton.

La familia de Eddie tenía una farmacia en la esquina de Centennial Avenue con North Shore Road, a un tiro de piedra de la estación de Revere Beach. Su abuelo fue quien inició el negocio. No conocía a nadie que no comprara allí las medicinas, y en otro tiempo, primero el abuelo de Eddie y después su padre, le llevaban la contabilidad a los Fisher, una conocida familia de delincuentes.

El pequeño aparcamiento que había detrás de la farmacia resultaba invisible desde la calle. En aquella época era nuestro principal lugar de encuentro.

Bebíamos cervezas y fumábamos hierba. Por supuesto, eso había sido mucho tiempo atrás. Casi todos los amigos se habían ido lejos. T. J. era médico en Newton. Billy había abierto un bar en Miami. Pero Eddie, que era el que más quería irse de esta ciudad, que odiaba la

vida de su abuelo, la vida de su padre, y que en su adolescencia se había visto obligado a trabajar en la farmacia, seguía aquí. Había acabado estudiando en la facultad de Farmacia, tal como quería su padre. Tras licenciarse, había trabajado tras el mostrador hasta que su padre, igual que su abuelo antes que él, había caído de rodillas, muerto de un infarto. Ahora Eddie gestionaba la farmacia y esperaba que le llegara la hora de caer de rodillas.

Cuando salgo de la estación de Revere Beach vuelvo a preocuparme, no solo por la posibilidad de que haya policía, sino porque este es mi antiguo barrio, y si hay algún sito donde puedan reconocerme a pesar de mi disfraz, es este. Estoy a trescientos metros de mi casa natal, de la casa Mackenzie, de la pizzería de Sal, de la Grilton Pharmacy, de todo.

La Grilton Pharmacy se ve algo vieja, pero ya se había ido deteriorando progresivamente en años anteriores. Los viejos ladrillos de la fachada ya no son rojos. El rótulo de neón de la entrada está algo oxidado. Cuando se enciende, las letras emiten una luz temblorosa. Bajo la cabeza y avanzo hacia el callejón, en dirección a nuestro lugar de encuentro, en la parte de atrás. Hay una plaza de aparcamiento. Recuerdo que el padre de Eddie siempre dejaba allí su Cadillac. Ese coche era importante para el padre de Eddie, y lo tenía perfectamente encerado en todo momento. Ahora Eddie deja su Cadillac ATS en ese mismo sitio. Las cosas cambian, y aun así todo sigue igual.

Cuando estoy cansado me pongo profundo.

Me agazapo tras un bidón de basura. El café aún está caliente. Gracias, Dunkin'. Aspiro el olor de un buñuelo francés y a medio dónut de coco hago una pausa. En la prisión sufres muchos abusos, pero supongo que he pasado por alto la crueldad a la que han sometido a mis papilas gustativas. El subidón de azúcar hace que la cabeza me dé vueltas. O quizá sea la libertad. En la cárcel es muy fácil cerrarse al mundo, volverse insensible, negarse a experimentar sensaciones remotamente vinculadas al placer. En realidad eso ayuda. Te mantiene vivo. Pero ahora que he salido de ese caparazón protector, ahora que me he permitido pensar en Matthew y en la posibilidad de redención, todas las sensaciones regresan de nuevo en

tropel.

Compruebo la hora. Ya nadie usa esta entrada trasera. Lo sé bien: nos hemos encontrado aquí durante décadas. No tendré que esperar mucho más, creo, y efectivamente, de pronto la puerta trasera se abre y sale Eddie, con un cigarrillo sin encender colgándole de los labios. Tiene el encendedor en la mano y, en el momento en que la puerta de cristal se cierra a sus espaldas, lo acciona y se lleva la llama a la punta del cigarrillo. Cierra los ojos y aspira con fuerza.

Se le ve más viejo. Le cuelga la piel, pese a que tiene barriga. Antes tenía una mata de pelo; ahora está a mitad de camino entre las entradas y la calvicie. Lleva un bigotito fino como un lápiz y tiene los ojos hundidos. No sé muy bien cómo gestionar esto, así que salgo y me dejo ver.

—Hey, Eddie.

Cuando me ve se queda boquiabierto. El cigarrillo se le cae de la boca, pero lo agarra al vuelo. Eso me hace sonreír. Eddie tiene unos reflejos tremendos. Era el mejor jugando al ping pong, al billar, un genio de los videojuegos y del pinball, de la bolera y del minigolf, cualquier cosa que requiriera coordinación entre la mano y los ojos y poco más.

—¡La hostia! —dice Eddie.

—¿Tengo que pedirte que no grites?

—Joder, no. ¿Me tomas el pelo? —dice, acercándoseme a la carrera —. ¡Cómo me alegro de verte, tío!

Me abraza —esa sensación nueva/antigua— y me quedo rígido. Me da miedo ceder a la emoción y no poder recuperarme. Aun así, agradezco el abrazo. Hasta la peste a cigarrillo es bienvenida.

—Yo también, Eddie.

—He visto lo de tu fuga en las noticias —dice, y me señala la cabeza —. ¿Tú también estás perdiendo el pelo?

—No. Voy disfrazado.

—Muy listo —dice Eddie—. Antes de nada, ¿puedo hacerte una pregunta?

—Claro.

—Tú no mataste a Matthew, ¿verdad?

—No.

—Lo sabía. ¿Tienes un plan? Olvídalo, cuanto menos sepa, mejor. ¿Necesitas efectivo?

—Sí.

—Vale. El negocio va fatal, pero tengo algo de dinero en la caja. Lo que haya ahí es tuyo.

Procuro controlar la emoción.

—Gracias, Eddie.

—¿Has venido por eso?

—No.

—Entonces, dime.

—¿Aún llevas la contabilidad de otros?

—Nah. Por eso va tan mal el negocio. Tiempo atrás solíamos hacerlo todo. Quiero decir, que mi abuelo llevaba la contabilidad. Mi padre gestionaba apuestas. Los polis les llamaban «delincuentes». Y no lo digo por tu padre...

—No te preocupes.

—¿Cómo está, por cierto?

—Probablemente tú sepas más que yo, Eddie.

—Sí, supongo. ¿Dónde estaba?

—Los polis decían que tu padre y tu abuelo eran delincuentes.

—Exacto. Pero ¿sabes quién fue el que acabó con el negocio? El Gobierno. La lotería que gestionaba el hampa era ilegal. Entonces el Gobierno crea la suya, todavía con menos posibilidades de ganar que la nuestra, y —¡pam!— de repente eso es legal. El juego también era ilegal, pero entonces algún capullo paga una pasta a un puñado de políticos y, de pronto —¡bum!—, haces unos clics en internet y ya puedes hacer apuestas. La marihuana igual, aunque mi padre nunca la vendió.

—Pero ¿hace cinco años sí que llevabais la contabilidad de vuestros clientes?

—Fue entonces cuando todo empezó a irse a pique. ¿Por qué?

—¿Recuerdas a una clienta que se llamaba Ellen Winslow?

Frunció el ceño.

—No era clienta mía. Reggie, de Shirley Avenue, era la que le

llevaba las apuestas.

—Pero ¿sabes quién es?

—Sí, estaba metida hasta el cuello. Pero no entiendo qué te puede importar eso.

Eddie sigue llevando la bata blanca de farmacéutico. Como si fuera médico, o un vendedor de cosmética en Filene's.

—¿Así que es probable que debiera dinero a los hermanos Fisher?

A Eddie no le gusta mucho el rumbo que está llevando la conversación.

—Sí, supongo. Davey, ¿por qué me preguntas todo esto?

—Necesito hablar con Kyle.

—¿Kyle? ¿Kyle el Mofeta?

—¿Aún le llaman así?

—A él le gusta.

Ese era su apodo cuando éramos niños. No recuerdo cuándo llegó a la ciudad. En primero de primaria, quizá en segundo. Entonces ya tenía el mechón blanco. Con ese mechón blanco y el resto de pelo negro, en el colegio enseguida le pusieron el apodo de Mofeta, claro. A algunos niños no les habría hecho ninguna gracia. Al pequeño Kyle parecía encantarle.

—A ver si lo entiendo —dice Eddie—. ¿Quieres hablar con Kyle el Mofeta sobre una antigua deuda?

—Sí.

Eddie soltó un silbido.

—Te acuerdas de cómo era, ¿verdad?

—Sí.

—¿Recuerdas cuando empujó a Lisa Millstone y la hizo caer de aquel tejado cuando teníamos nueve años?

—Lo recuerdo.

—¿Y los gatos de la señora Bailey. Los que desaparecían, uno después de otro, cuando teníamos unos doce años?

—Sí.

—Y la niña de los Pallone. ¿Cómo se llamaba? Mary Anne...

—Me acuerdo.

—El Mofeta no ha mejorado, Davey.

—Lo sé. Supongo que sigue trabajando para los Fisher, ¿no?

Eddie se frota la cara con fuerza con la mano derecha.

—¿Vas a contarme de qué va todo esto?

No veo por qué no.

—Creo que los Fisher secuestraron a mi hijo y me tendieron una trampa para que me cargaran el asesinato.

Le hago un resumen. Eddie no me dice que estoy loco, pero lo piensa. Le enseño la foto del parque de atracciones. Él le echa una mirada rápida, pero sobre todo me mira a mí. Deja caer la colilla del cigarrillo sobre el asfalto agrietado y se enciende otro. No me interrumpe.

Cuando acabo, me dice:

—No voy a intentar convencerte de que te equivocas. Ya eres mayorcito.

—Te lo agradezco. ¿Puedes encargarte?

—Puedo hacer una llamada.

—Gracias.

—Ya sabes que el viejo se jubiló, ¿verdad?

—¿Nicky Fisher se ha retirado?

—Sí, se ha retirado, y se ha ido a algún lugar cálido. He oído que ahora Nicky juega al golf a diario. Se pasó la vida matando, robando, extorsionando, saqueando, mutilando, pero ahora es un octogenario que se pasa la vida entre partidas de golf, masajes y cenas en Florida. El karma, ¿verdad?

—Entonces, ¿ahora quién es el jefe?

—Su hijo N. J. es quien dirige el tinglado.

—¿Y crees que N. J. querrá hablar conmigo?

—Yo solo puedo preguntar. Pero no esperarás que vayan a confesarlo.

—No tengo ningún interés en meter a nadie en líos.

—Ya, pero no es solo eso. Si de verdad querían colgarte a la espalda el asesinato de tu propio hijo, y no voy a entrar en el millón de motivos por los que eso no tiene sentido, ¿no crees que podrían llamar a la poli en cuanto te vieran?

—¿Los Fisher llamando a la poli?

—Sí, queda raro, lo admito. Aunque, claro, también podrían matarte, sin más. Eso se ajusta más a su estilo que esa historia a lo Conde de Montecristo que pretendes montar.

—No tengo otra opción, Eddie. Es la única pista que tengo.

Eddie asiente.

—Vale. Déjame hacer una llamada.

Rachel no sabía si la estaban siguiendo o no. Probablemente sí. No importaba. Tenía un plan.

Fue a pie hasta la estación de tren y tomó la línea Main/ Bergen. A esa hora el tren todavía no iba lleno. Miró a su alrededor, cambió dos veces de vagón. No parecía que nadie la siguiera ni la estuviera observando, pero también podía ser que lo disimularan bien.

Salió del tren en Secaucus Junction y se dirigió hacia el tren que iba a Penn Station, en Nueva York, como casi todo el mundo. Una vez más intentó mirar a su alrededor, pero no parecía que la estuviera observando nadie. No importaba. Tenía un plan.

Se pasó los cuarenta y cinco minutos siguientes caminando por las calles de Manhattan, pasando por diferentes puntos destacados del Midtown hasta que llegó a un rascacielos en la esquina de Park Avenue con la calle 46 donde su abogada, Hester Crimstein, le había dicho que fuera. La esperaba un joven que ni siquiera le preguntó su nombre. Se limitó a sonreír y dijo:

—Por aquí.

La puerta del ascensor ya estaba abierta. Subieron hasta la cuarta planta en silencio. Cuando se abrieron las puertas, el joven dijo:

—Es ahí, siguiendo el pasillo y luego a la izquierda.

Esperó a que ella saliera y luego lo hizo él. Ella abrió la puerta y entró. Había otro hombre junto a un lavadero.

—Siéntese —le dijo el otro hombre.

Ella se sentó de espaldas al lavadero. El hombre trabajó rápido. Le cortó el pelo y se lo dejó corto y con un sutil toque pelirrojo. No intercambiaron ni una palabra durante todo el proceso. Cuando acabó, el primer hombre, el más joven, volvió a buscarla y se la llevó de nuevo al ascensor. Apretó el botón del G3, que ella supuso que debía de ser el tercer sótano del aparcamiento. En el ascensor le entregó la

llave de un coche y un sobre. En el sobre había dinero en efectivo, un carné de conducir con el nombre de Rachel Anderson (su apellido de soltera), dos tarjetas de crédito y un teléfono. El teléfono era una especie de clon del suyo. Podía recibir llamadas y mensajes de texto, pero el FBI no podría rastrear su posición. Al menos eso fue lo que le explicó el joven.

Cuando llegaron al G3, las puertas del ascensor se abrieron.

—Plaza cuarenta y siete —dijo el joven—. Conduzca con cuidado.

El coche era un Honda Accord. No era robado ni de alquiler, y Hester le había asegurado que no había modo de que lo rastrearan y llegaran a ninguna de las dos. Mientras se situaba al volante, Rachel echó un vistazo al teléfono. David le acababa de enviar su ubicación.

«Vaya».

Le sorprendió ver que estaba en Revere no muy lejos de su antigua casa. Se quedó pensando por qué. Volver a casa no formaba parte del plan. De hecho, David había subrayado lo peligroso que sería visitar algún lugar familiar.

Eso significaba que algo de lo que le había dicho Hilde Winslow le había hecho regresar a Revere.

Rachel no entendía por qué, pero tampoco era necesario que lo supiera enseguida. Arrancó el coche y se puso a conducir en dirección norte.

Cuando Eddie cuelga el teléfono, me dice que la reunión va a tener que esperar unas horas.

—¿Quieres quedarte en mi rebotica hasta entonces? —pregunta Eddie.

Yo hago que no con la cabeza y le doy el número de mi teléfono prepago.

—¿Puedes llamarme cuando sepas la hora?

—Claro.

Le doy las gracias y cruzo la calle. Conozco este barrio como la palma de mi mano. Las cosas cambian, pero en lugares como este no cambian tanto. Junto al mar sí, claro. En Revere Beach ahora se

levantan altos rascacielos. Pero aquí, donde me crie, las casas adosadas son las mismas, aunque les hayan dado una mano de pintura o les hayan añadido algún revestimiento de aluminio. Me pasé buena parte de mi infancia buscando atajos por entre las casas para ahorrarme unos pasos o evitar que me vieran, o quizá por puro sentido de la aventura.

Estoy muy cerca de mi padre.

Me doy cuenta del peligro que supone eso. Estoy seguro de que han lanzado una gran caza al hombre. Eso puede significar que están observando la casa donde crecí, donde aún viven mi padre y mi tía. Tiene sentido. Pero, tal como he señalado antes, los polis no pueden estar en todas partes. Saben que anoche estaba en Nueva York. ¿Pensarán que puedo haber ido de la ciudad hasta Revere? Dependerá, supongo, de lo que les haya dicho Hilde Winslow, pero dudo mucho que haya confesado que cometió perjurio durante mi juicio.

Compruebo todos los ángulos antes de introducirme en los patios de mi juventud. Soy consciente de que para vigilar la casa no necesitan plantar una furgoneta enfrente, pero no veo nada que me indique peligro. Me pregunto si será seguro. Me pregunto si tiene sentido siquiera. Por un momento doy un paso atrás: ¿qué sentido tiene ver a papá y a la tía Sophie después de tanto tiempo? ¿No les entristecerá verme?

Pero me siento atraído hacia mi antigua casa. Soy un convicto fugado con unas horas muertas, y quiero ver a las personas que más quiero en el mundo. ¿Tan raro es eso? No. Pero mi principal interés sigue siendo encontrar a Matthew.

Cuando atravieso los patios entre Thornton y Highland me siento seguro. Los edificios, en su mayoría de bloques de pisos, están tan pegados que nadie sabe muy bien dónde acaba su propiedad y empieza la siguiente. Eso ha provocado curiosas batallas a lo largo de los años. Cuando yo tenía catorce años, los Siegelman afirmaban que el jardín del señor Crestin superaba el límite de su propiedad, por lo que pretendían que Crestin les diera parte de sus premiados tomates. Ahora mismo estoy pasando por esa frontera disputada y llego a la casa de la señora Bordio. La señora Bordio vivía aquí con su hijo Pat,

que tenía lo que solíamos llamar un ojo vago. Se fueron a principios de los años 2000, y parece que los nuevos propietarios tienen bien cuidada la casa. El señor Bordio, padre de Pat, murió antes de que yo naciera, en Vietnam, y el jardín siempre estaba descuidado, hasta que mi padre creó un calendario rotatorio para que los hombres del barrio se ocuparan de cortarle el césped. La señora Bordio les compensaba con su guirlache de cacahuetes casero. El señor Ruskin —ahora estoy pasando por su patio— se pasó todo un verano construyendo un enorme horno de pizza de ladrillo y cemento. El horno sigue ahí, claro, aunque los Ruskin se fueron en 2007. Si un tornado se llevara todo el barrio, ese horno sería lo único que quedaría en pie.

A lo lejos puedo ver la fachada trasera de la casa de mi infancia.

Aquí la vegetación es más espesa. Uno de mis recuerdos más antiguos —debía de tener tres o cuatro años— es de cuando mi padre y el tío Philip construyeron un columpio en el patio. Adam y yo observábamos a nuestros padres con admiración. Hacía calor y lo que más recuerdo es la imagen de mi padre cogiendo una botella de Bud y llevándosela a los labios. Le daba un buen trago, la dejaba en el suelo y, cuando veía que lo miraba, me guiñaba un ojo.

Y, por supuesto, recuerdo a mi novia del instituto, Cheryl.

A medida que me voy acercando a mi casa, el recuerdo que se impone es el de un sacrilegio relacionado con la tienda que plantaba cada año el señor Diamond para celebrar el Sukkot. Una tienda *sukkah* suele ser una especie de cabaña hecha con ramitas y sin tejado. Se monta en el exterior. Eso es imprescindible. Ya no recuerdo todos los detalles religiosos. Curiosamente, los presos son los tipos más religiosos que he conocido nunca, pero yo no encajo en esa definición.

El caso es que la *sukkah* de los Diamond estaba un nivel por encima de cualquier otro del barrio. Era una gran cabaña de ricos colores con rótulos en hebreo, y cuando Cheryl y yo teníamos diecisiete años, una tarde fresca de octubre, nos colamos en la tienda *sukkah* de los Diamond y perdimos la virginidad.

Sí, tal cual.

No puedo evitar sonreír y hacer una mueca de dolor al pensar en ello.

Tío, cómo quería a Cheryl.

Me prendé de ella desde el primer momento, cuando su familia se mudó a Shirley Avenue, cuando íbamos a octavo, pero ella no se fijó en mí hasta poco antes de acabar el curso, y acabamos yendo al baile de final de curso como «amigos». Ya sabéis cómo va. Estábamos en grupos de amigos similares, y ninguno de los dos tenía con quien ir. Aquella noche nos lo acabamos montando, en su caso más por aburrimiento que por otra cosa.

Entonces fue cuando empezamos a salir.

Me apoyo contra el árbol del viejo patio de los Diamond. Cheryl y yo habíamos estado muy bien durante mucho tiempo. Tuvimos una breve ruptura en la universidad. Fue más por mi culpa que por la suya. Todo el mundo nos decía que éramos demasiado jóvenes como para cerrarnos y no experimentar con nadie más. Lo intentamos, pero nadie más estaba a la altura. Nos comprometimos en el último año de carrera, pero pactamos no casarnos hasta que Cheryl acabara la carrera de Medicina. Y lo cumplimos. Luego nos casamos, ella inició su residencia y luego, siguiendo esa inercia, felices y predecibles, decidimos tener niños.

Ahí fue donde las cosas se torcieron.

Cheryl —¿o debería decir «nosotros»?— no conseguía quedarse embarazada.

Si alguien ha tenido problemas de fertilidad, ya sabrá el estrés que supone. Tanto Cheryl como yo queríamos tener niños. Lo deseábamos. Era algo que dábamos por sentado. Queríamos cuatro. Ese era nuestro plan. Ya lo habíamos acordado. Pero lo intentamos durante meses y meses y no pasó nada. Cuando quieres concebir, da la impresión de que todo el mundo —la gente peor, la que menos se lo merece, la gente que ni siquiera quiere tener hijos— se embaraza. Ves embarazos por todas partes, pero tú nada.

Visitamos a un especialista que nos hizo pruebas y más pruebas y descubrió que toda la culpa era mía. Sí, todos sabemos que esto «no es culpa de nadie», que es algo que se vive en pareja, que eso no te hace menos hombre y bla, bla, bla, pero saber que mi recuento de espermatozoides era demasiado bajo como para tener hijos hizo que

me empezara a comer la cabeza. Ahora sé que eso no tenía sentido, supongo. Ahora sé que es efecto de una masculinidad tóxica y todo eso, pero cuando uno ha crecido en un lugar como este, el hombre tiene ciertas tareas y responsabilidades asignadas, y si ni siquiera puede dejar embarazada a su mujer... Bueno, ¿qué clase de hombre es?

Me sentía avergonzado. Sí, es una tontería, lo sé. Pero los sentimientos no entienden de tonterías.

Cheryl y yo intentamos la fecundación en vitro tres veces, y ninguna tuvo éxito. La tensión entre nosotros fue en aumento. Todas nuestras conversaciones giraban alrededor de los bebés o, peor aún, cuando intentábamos no obcecarnos —nos habían dicho que, a veces, simplemente con relajarse, se produce el milagro— aparecía el mítico elefante en la habitación. Y no solo en la habitación, sino también en la cama. Ese elefante no nos abandonó nunca.

Cheryl se portó estupendamente.

O eso pensaba yo.

Ella nunca me culpó, pero yo, que era un idiota con baja autoestima, dejé volar la imaginación. «Me mira diferente —pensaba —. Me está mirando y ve que no estoy a la altura. Mira a otros hombres, hombres viriles, fértiles, y se pregunta cómo ha podido acabar con este fantoche».

Eso estuvo a punto de destruirnos.

Pero entonces recibimos buenas noticias. Uno de los viejos colegas de mi padre en Revere era médico en New Hampshire. El doctor Schenker me dijo que había tenido el mismo problema y que se lo había curado con una operación de varicocele. No quiero entrar en detalles —tampoco os iba a gustar—, pero en pocas palabras se trata de eliminar unas venas hinchadas en el interior del escroto. Y resulta que funcionó. De pronto mi recuento espermático aumentó por encima de los valores normales.

Cuatro meses más tarde, Cheryl estaba embarazada de Matthew.

Todo volvía a ir bien.

Solo que no era así.

Los años de infertilidad habían causado estragos en nuestra

relación, pero en cuanto nació Matthew pensé que todo aquello quedaría atrás. Y así fue. Hasta que descubrí que, mientras me decía todas aquellas cosas buenas, Cheryl había ido por su cuenta a otra clínica de fertilidad y se había informado sobre la posibilidad de recibir esperma de un donante. No había seguido adelante con el procedimiento. Eso no dejaba de decírmelo. Me lo explicó muy claramente: estaba desesperada, no solo por el hecho de no poder tener un hijo, sino por el tormento que suponía todo aquello para los dos, así que en un momento de ofuscación se había planteado recibir esperma de un donante, algo con lo que sabía que yo nunca estaría de acuerdo, y no me lo había dicho.

Ella misma reconoció que el mero hecho de planteárselo era terrible. Se disculpó repetidamente. Pero yo no pude perdonarla. Al menos al principio. Estaba herido. Todo lo que hacía afectaba a mis estúpidas inseguridades, así que estallé. Había traicionado mi confianza, y yo agravé aún más la situación al reaccionar mal.

Por la ventana trasera de mi casa veo movimiento. Me escondo detrás de un arbusto, y cuando veo a mi tía Sophie entrando en la cocina y sentándose sola junto a la mesa, el corazón me estalla en el pecho. Lleva un vestido recto azul, de estar por casa. Tiene la cabeza gacha. Lleva el cabello recogido con horquillas, pero algún mechón se le ha escapado y le cae sobre el rostro. Me asaltan un sinfín de emociones. La tía Sophie. Mi tía maravillosa, generosa, amable y fuerte, que me había criado desde que mi madre murió de cáncer. La veo fatigada, apagada, envejecida. La vida le ha ido arrebatando las fuerzas. ¿O habrá sido la enfermedad de mi padre? ¿O yo?

La tía Sophie siempre ha creído en mí. Otros flaquearon. Pero la tía Sophie no. Nunca.

No tengo muy claro cómo gestionar esto, pero sin darme cuenta me voy acercando a la ventana trasera. Ella tiene la radio encendida. A Sophie siempre le ha encantado poner música en la cocina. Rock clásico. Por supuesto, puede que ya no sea la radio. Quizá sea Alexa, o algún otro tipo de sistema de audio. Oigo a Pat Benatar recordándonos que somos jóvenes y sufrimos cada vez que nos rompen el corazón. A Sophie le encantaban Pat Benatar, y Stevie Nicks, y Chrissie Hynde, y

Joan Jett. Me acerco despacio hasta los escalones del porche trasero y, sin pensarlo, golpeo suavemente la ventana con los nudillos.

Sophie levanta la vista y me ve.

Espero verla desconcertada, confundida o —como mínimo— descolocada al verme aparecer así, de repente. Me espero algún tipo de vacilación, al menos por un momento. Sería comprensible. Pero la tía Sophie no es así. Ella siempre ha sido amor incondicional, desbocado, y eso es lo que me encuentro. Se pone en pie de un salto y se va directa a la puerta trasera. Su rostro ya es como una lluvia con sol: una gran sonrisa y lágrimas en las mejillas. Abre la puerta, mira a izquierda y derecha con una cautela que hace que se me encoja el corazón y me dice:

—Entra.

La escucho. Por supuesto. Me recuerda los días en que mi padre llegaba tarde después de un turno de noche, preguntando dónde estaba yo, y la tía Sophie se inventaba una excusa y me hacía pasar furtivamente por esa misma puerta trasera para que mi padre no se enterara. Entro y cierro la puerta. Me abraza. La noto más pequeña, más frágil. Me da miedo apretarla demasiado fuerte, pero a ella eso no le preocupa lo más mínimo.

Quiero aguantar la compostura, mantener la concentración, evitar ceder a la emoción del momento, pero es imposible. Sobre todo con la tía Sophie. Con un abrazo de la tía Sophie. Siento que me fallan las rodillas y quizá se me escape un gemido, pero esa mujer frágil de fuerza imponente me mantiene en pie.

—Todo irá bien —me dice.

Y yo la creo.

El funcionario de prisiones Ted Weston les contó a Max y a Sarah su historia una, dos, tres, veces. Max y Sarah mantuvieron silencio la mayor parte del tiempo. Max asintió, animándolo a hablar. Sarah se quedó de pie, apoyada en un rincón del despacho de la cárcel que estaban usando como sala de interrogatorios, con los brazos cruzados. Cuando Ted acabó su relato por tercera vez, recordando con orgullo el momento en que vio al alcaide y al recluso metiéndose en el coche del alcaide, Max siguió asintiendo; luego se giró hacia Sarah y dijo:

—Esa es la parte que más me gusta. ¿A ti no, Sarah?

—¿La parte en la que ve el coche del alcaide, Max?

—Sí.

—Sí, a mí también.

Max se puso a tirarse del labio con el pulgar y el índice. Era algo que hacía para intentar no morderse las uñas.

—¿Quieres saber por qué es la parte que más nos gusta a Sarah y a mí, Ted? Puedo llamarte Ted, ¿verdad?

La sonrisa de Ted Weston denotaba su intranquilidad.

—Claro.

—Gracias, Ted. Bueno, ¿quieres saber por qué?

Weston se encogió de hombros tímidamente.

—Sí, claro... supongo.

—Porque es verdad. En serio. Esa parte de la historia: el momento en que miraste por la ventana y viste el coche y tuviste ese momento «Uau, ¿qué es eso?». Cuando cuentas esa historia, la cara te brilla de honestidad.

—La verdad es que sí —dijo Sarah.

—Como si usaras una crema hidratante de gama alta. Por lo demás —como cuando nos cuentas que el pobre David Burroughs se encontraba mal y tuviste que llevártelo a la enfermería en plena

noche...

—... contraviniendo todos los protocolos... —añadió Sarah.

—... y que de pronto se te encaró...

—... sin ningún motivo.

—Tú eres diestro, ¿verdad, Ted?

—¿Qué?

—Lo eres. Te he estado observando. No es tan importante, salvo cuando nos cuentas que sacaste a Burroughs de su celda y te lo llevaste a la enfermería, que levantas la vista y miras a la derecha.

—Eso es señal de que estás mintiendo, Ted —dijo Sarah.

—No es algo infalible, pero la mayoría de veces suele acertar. Cuando una persona diestra intenta recuperar un recuerdo...

—... al menos el ochenta y cinco por ciento, por lo menos...

—... mira hacia arriba y a la izquierda.

—Y esos ojos inquietos, de un lado al otro, Max.

—Sí, gracias, Sarah. Es realmente fascinante, Ted. Creo que esto te gustará. Cuando mientes mueves muchísimo los ojos. No solo tú. La mayoría lo hace. ¿Quieres saber por qué?

Ted no dijo nada. Max prosiguió.

—Es un atavismo, Ted. Es un regreso a una época en la que, cuando los humanos se sentían atrapados, quizá acechados por otro ser humano, o por un animal, o lo que fuera, buscaban desesperadamente con la mirada una vía de escape.

—¿De verdad te tragas esa historia del atavismo, Max? —le preguntó Sarah.

—No lo sé. Bueno, no dudo de que el movimiento de los ojos indique que se miente. Pero que sea ese el origen... no lo sé. Aun así, es una historia muy convincente.

—Sí que lo es —reconoció Sarah.

—Ojos inquietos —repitió Ted Weston, intentando mostrar confianza en sí mismo—. No tengo por qué aguantar esto.

Max se volvió para mirar a Sarah.

—Muy masculino, Ted —dijo ella.

Weston se puso en pie.

—No tienen ninguna prueba que indique que estoy mintiendo.

—Claro que sí —dijo Max—. ¿De verdad te crees que íbamos a fiarnos solo de esa cosa de los ojos?

—No nos conoce, Max.

—Desde luego que no, Sarah. Enséñaselo.

Sarah deslizó el extracto bancario sobre la mesa. Ted Weston seguía de pie. Lo miró y se quedó pálido.

—Sarah ha tenido la amabilidad de resaltar la parte importante, Ted. ¿Lo ves?

—Tenías que haber pedido que fuera en efectivo, Ted —dijo Sarah.

—Sí, pero entonces, ¿dónde lo habría metido? Es un detalle que los ingresos hayan sido de menos de diez mil cada vez. Supondrían que así nadie se daría cuenta.

—Pues nosotros nos hemos dado cuenta.

—Nosotros no, Sarah. Tú. Tú te has dado cuenta. ¿Cómo iba a saber nuestro amigo Ted que eres la mejor?

—Vas a hacer que me ruborice, Max.

El teléfono de Sarah vibró. Se hizo a un lado. Ted Weston se dejó caer de nuevo en la silla.

—¿Quieres contarme lo que pasó en realidad? —le dijo Max, susurrando para crear un efecto dramático—. O prefieres que te metamos en el pabellón de presos comunes y así ves de cerca cómo vive la otra mitad?

Ted no dejaba de mirar el extracto bancario.

—¿Max?

Era Sarah.

—¿Qué hay?

—Parece que las cámaras han localizado a nuestro chico.

—¿Dónde?

—Bajando de un tren en Revere Beach.

—No puedes quedarte —me dice la tía Sophie—. El FBI ha estado aquí esta mañana. Volverán.

Asiento.

—¿Puedo hablar con él?

Ella ladea la cabeza y pone cara triste.

—Está dormido. La morfina. Puedes verle, pero no creo que se entere de que estás ahí. Te acompañaré.

Pasamos junto al piano, cubierto con un tapete y viejas fotografías. Observo que la de mi boda con Cheryl sigue en primera línea, en el centro. No sé qué pensar. La mayoría de mis amigos del barrio tienen al menos dos o tres hijos, algunos muchos más. Yo era hijo único. Nunca pregunté por qué, pero sospecho que lo que provocó mis problemas podía ser hereditario, «de tal palo, tal astilla», y habría podido ser la causa incluso de que mis padres no tuvieran hijos. Pero son todo especulaciones mías.

Me siento en la silla junto a su cama —la antigua silla del escritorio de papá— y lo miro. Está durmiendo, pero tiene el gesto tenso en una mueca de dolor. La tía Sophie está de pie a mis espaldas. Quiero a mi padre. Ha sido el mejor padre del mundo. Pero lo cierto es que no lo conozco. No era de los que comparten sus sentimientos. Nunca supe qué esperanzas o sueños tenía. Quizá fuera mejor así, no lo sé. Hoy en día nos hablan mucho de eso, de los hombres que esconden sus sentimientos, de la masculinidad tóxica. No sé si ha sido ese su caso. Mi padre luchó en Vietnam. Su padre luchó en la Segunda Guerra Mundial. Mi abuela me dijo que los dos hombres que volvieron a casa no eran los mismos que los que se fueron. Eso es obvio, por supuesto, pero mi abuela también me dijo que no era que hubieran cambiado ellos, sino que, fuera lo que fuera lo que habían visto en la guerra, lo que habían hecho y habían experimentado, no lo exteriorizaban. No por voluntad propia, sino porque no querían exponer a sus seres queridos a aquellos horrores. No es que fueran crueles, distantes, ni que estuvieran trastornados. Es que querían proteger a sus seres queridos a cualquier precio. Cuando nació Matthew, intenté recordar todo lo que había hecho mi padre conmigo. Yo quería ser ese tipo de padre. Quería hacerle sentir seguro, querido y fuerte. Me preguntaba cómo lo habría hecho mi padre, como un niño observando a un maestro de la magia. Quería conocer sus secretos para poder usarlos con Matthew.

Quería a mi padre. Llegaba del trabajo agotado, se ponía una

camiseta blanca y salía al patio a tirarme bolas para que bateara. Me llevaba a comer sándwiches de rosbif a Kelly's y batidos los domingos. Dejaba que le acompañara al canódromo y me explicaba cuáles eran los favoritos y las probabilidades. Yo le animaba cuando jugaba de pitcher en el equipo de sófbol de la Policía de Revere, especialmente cuando celebraban el partido anual contra los bomberos. Me enseñó a hacerme el nudo de la corbata. Me dejó que me afeitara con él cuando tenía siete años: me embadurnó toda la cara de espuma y me dio una navaja sin hoja. Me llevaba dos veces al año a Fenway Park a ver jugar a los Red Sox. Nos sentábamos en las gradas, compraba un perrito caliente y una coca-cola para mí, y un perrito caliente y una cerveza para él, y nunca me iba sin el banderín del equipo contrario para que recordara el partido. Veíamos los partidos de los Celtics en casa del tío Philip, que tenía una tele de pantalla grande. Mi padre nunca me hizo sentir que era una molestia o una carga. Valoraba el tiempo que pasaba conmigo, y yo valoraba el tiempo que pasaba con él.

Aun así, con todo eso, nunca supe cuáles eran sus esperanzas ni sus sueños, cómo se sintió tras la muerte de mi madre o si habría querido más o menos de esta vida.

Ahora estoy ahí sentado, esperando a que abra los ojos y me reconozca. Espero un milagro, por supuesto: que mi vuelta a casa le cure de algún modo, que mi presencia baste para que se levante de la cama, o que al menos tenga un momento de lucidez y una última palabra sabia para su único hijo.

No pasa nada de todo eso. Sigue dormido.

Al cabo de un rato, la tía Sophie dice:

—No es seguro, David. Deberías irte.

Asiento.

—Tu primo Dougie estará fuera un mes, se ha apuntado a una travesía para avistar tiburones. Tengo la llave de su casa. Puedes usarla el tiempo que sea necesario.

—Gracias.

Nos levantamos. Me quedo mirando un momento la mano inerte de mi padre. Antes había tanta fuerza en esa mano... Ha desaparecido.

Los fibrosos músculos de su antebrazo cuando atornillaba algo ya han desaparecido, y en su lugar ahora hay un tejido esponjoso. Le beso en la frente. Espero un segundo más por si abre los ojos. No los abre.

—¿Tú crees que lo hice? —le pregunto a la tía Sophie.

—No.

—¿Alguna vez...?

—No. Ni por un segundo.

Entonces salimos. Me doy cuenta de que probablemente no vuelva a ver a mi padre, pero no tengo tiempo ni necesidad de procesar eso ahora. Me vibra el teléfono. Leo el mensaje.

—¿Va todo bien?

Le digo a la tía Sophie que es Rachel. Está a media hora de camino. Le escribo la dirección de Dougie y le digo que entre por la puerta de atrás.

—¿Rachel te está ayudando? —pregunta mi tía.

—Sí.

—Siempre me gustó. Es una pena lo que le ocurrió. Estaréis seguros en casa de Dougie. Ponte en contacto conmigo si necesitas algo, ¿vale?

La abrazo. Cierro los ojos, sin soltarla. Luego le hago una pregunta tonta, algo que no he podido quitarme de encima, como una herida en la boca por la que no dejas de pasarte la lengua:

—¿Papá creía que lo había hecho yo?

Y como la tía Sophie no puede mentirme, responde:

—Al principio no.

No me muevo.

—¿Y luego?

—Él siempre ha creído en las pruebas, David. Ya lo sabes. Esos agujeros de memoria. Las peleas con Cheryl. Tu sonambulismo cuando eras adolescente...

—¿Así que él...?

—No, a propósito no.

—Pero ¿pensaba que había matado a Matthew?

La tía Sophie me suelta.

—No lo sabía, David. ¿Podemos dejarlo ahí?

Con el cabello tan corto, apenas reconozco a Rachel.

—¿Qué te parece? —dice, intentando rebajar la tensión.

—Te queda bien.

Y es verdad. Todo el mundo ha dicho siempre que las hermanas Anderson eran guapas, aunque de diferente modo. Cheryl, mi ex, era de una belleza más explosiva. No pasaba desapercibida. Rachel iba seduciéndote más lentamente; su belleza se hacía más visible con el tiempo. Tenía lo que la tía Sophie llamaba —y lo decía con la mejor intención— una cara interesante. Ahora lo entiendo. Lo que la sociedad llamaría «imperfecciones» componían más bien una imagen en la que no dejabas de descubrir cosas cada vez que mirabas, y cambiaba dependiendo del momento del día o de la iluminación, o del ángulo desde donde la miraras. El pelo corto le queda bien, supongo. Le acentúa los pómulos, o algo así, no sé.

Pongo al día a Rachel sobre lo ocurrido con Hilde, con Eddie y con la familia de los Fisher. En ese mismo momento, el teléfono emite un trino. Es un mensaje de Eddie.

> No vuelvas por aquí. La poli ha venido buscándote.

Le escribo respondiendo que parece que saben que estoy por aquí. Responde:

> Revere está lleno de policías. El encuentro es en el Garaje de Pop. 280 Hunting Street, Malden. 15 horas. ¿Podrás acudir?

Le digo que sí.

> Aparca en la plaza de la izquierda. Ven solo. Es lo que me han dicho que te dijera.

Rachel está mirando por encima de mi hombro, leyendo. Dougie es un solterón de cincuenta y cuatro años, y eso queda perfectamente reflejado en su casa. Las paredes tienen paneles de madera oscura, como si fuera un bar nocturno. Hay una diana con dardos, y un televisor enorme ocupa toda una pared. La moqueta es verde, de pelo largo. Las sillas son reclinables, de falso cuero, con estribos metálicos

para apoyar los pies. Hay una barra de madera de roble a la antigua, con enormes anuncios de cerveza de neón en la pared: uno de Michelob Light y otro de Blue Moon Belgian White. Al entrar el salón estaba a oscuras salvo por esos rótulos de neón. No he encendido ni apagado ninguna luz, así que ahora mismo son la única iluminación del lugar.

—Te llevaré en coche —dice Rachel.

—¿Has leído la parte de «Ven solo»?

—Sigo sin entenderlo —dice ella—. Los Fisher se dedican a la extorsión, a las drogas y a la prostitución, cosas así. ¿Por qué iban a estar implicados en el...? —Se detuvo—. Aún no sé ni cómo llamarlo.

—Llamémosle «secuestro» —sugiero.

—Vale, ¿por qué iban a estar implicados en el secuestro de Matthew?

—No lo sé.

—¿Y esperas que te lo digan, sin más?

—No tenemos más pistas.

—Quizá sí —dice Rachel, y abre su ordenador. Hace clic en un archivo, y empiezan a descargarse fotografías—. He hecho varias búsquedas por imagen partiendo de la foto de Irene en el Six Flags. Conocemos la ubicación. Sabemos la fecha. He empezado por ahí. He buscado en Instagram, por ejemplo, cualquier foto de ese día que llevara la etiqueta «Six Flags». He ampliado la búsqueda a tres días más tarde porque he imaginado que habría gente que no había colgado sus fotos enseguida. Luego he hecho búsquedas de imagen de Irene y su familia, para ver si salían en fotografías de otras personas, con la esperanza de ver algo más de Matthew.

—¿Y?

—Y la búsqueda me ha dado seiscientas ochenta y cinco fotos y vídeos de varias redes sociales: Instagram, Facebook, Twitter, TikTok, lo que sea. Tenemos poco tiempo. Supongo que podemos examinarlas.

Están organizadas en secuencia cronológica —de cuando se colgaron en la red, no de cuando se hicieron—, y luego subdivididas por redes sociales. Veo a parejas y familias en las atracciones, entrando a las atracciones, bajándose de las atracciones, saludando

desde la noria o el tiovivo o colgados boca abajo en las montañas rusas. Veo poses, fotos tomadas por sorpresa, fotos panorámicas de las atracciones. Me encantan los parques de atracciones. Yo siempre he sido el adulto que se ofrecía a acompañar a los primitos, sobrinos, lo que fuera... a las montañas rusas más altas. A mi padre también le encantaban las atracciones, incluso cuando se hizo mayor. Ahora pienso en eso. Llevé a Matthew al parque varias veces. Evidentemente era demasiado pequeño para las montañas rusas, pero le encantaba el trenecito, esa atracción del avión, los barquitos... Matthew se parecía a mi padre. Eso es lo que decía todo el mundo, y una vez más, tras la visita a mi padre, solo puedo pensar en lo que se transmite, de mi abuelo a mi padre, luego a mí y a Matthew. Es una idea que me resuena en el cerebro.

Algunas de las fotos son de gente llegando en sus vehículos. Otras son con animales del safari en coche. Algunas son de gente con helados o hamburguesas, o haciendo cola. Algunas incluyen al personal del parque disfrazado de Batman, de Bugs Bunny o de Porky Pig. Algunas son de premios obtenidos en la tómbola, como una tortuga de peluche, un perro azul o personajes de Pokémon.

Los parques de atracciones son un batiburrillo de gente diversa de cualquier credo o religión. Veo a niños vestidos con *yarmulkes* y a niñas con el pelo cubierto por un pañuelo. Todos sonríen.

Hay un número sorprendente de fotografías grupales con diez, veinte o hasta treinta personas. Nos detenemos a observar cada rostro. Los de los niños, por supuesto: estamos buscando a Matthew. Pero también los de los adultos, en busca de alguien a quien reconozcamos, alguien que pudiera ser... no sé, sospechoso.

Encontramos a Tom e Irene Longley y a sus dos hijos en una foto de grupo con otras dieciséis personas. Nos tomamos nuestro tiempo para examinarla, pero no sacamos nada en claro. Miro el reloj. Quizá no tengamos tiempo de verlas todas antes de que me vaya a mi reunión en el garaje de Pop, en Malden. Empezamos a acelerar, conscientes de que podemos volver a revisarlas más tarde, cuando nos encontramos con otra fotografía de la familia Longley con actores disfrazados de los minions de *Mi villano favorito*.

Rachel aprieta el botón para seguir, pero yo digo:

—Espera.

—¿Qué?

—Vuelve atrás.

Ella aprieta el botón para retroceder.

—Una vez más.

Retrocede otra vez. Son los Longley. Solo los Longley. No hay nadie más en la foto. Pero no es eso lo que me llama la atención.

—¿Qué es eso que hay detrás? —pregunto.

—Parece uno de esos paneles publicitarios.

Es uno de esos paneles que se usan de fondo en las sesiones de fotos con famosos, en el estreno de una película o cuando se celebra un evento, normalmente decorados con un logo que se repite formando un patrón. Solo que en este caso no hay un logo, sino varios.

—Creo que Irene dijo que asistían a un evento organizado —dijo Rachel—. Ya te dije que su marido trabaja para Merton Pharmaceuticals. Ese es su logo.

Hay otros. Veo uno de un fármaco común de venta sin receta. Y otro de un cosmético popular.

—Es un conglomerado empresarial enorme —dice Rachel—. Incluye marcas de alimentos, laboratorios, cadenas de restaurantes y hasta hospitales.

—¿Tú crees que reservaron todo el parque?

—No lo sé. Puedo preguntárselo a Irene. ¿Por qué? ¿Qué pasa?

—Hay otras fotos como esta, ¿verdad? ¿Frente al panel?

—Sí, unas cuantas, creo. Estábamos llegando a ellas. Normalmente te tomas una foto así cuando entras, pero supongo que ellos quisieron esperar al final del día.

—Sigue pasando fotos.

Lo veo al tercer clic. Y cuando lo veo, me quedo helado.

—Para.

—¿Qué?

Señalo un logo en el extremo inferior derecho. En la foto de la familia Longley lo veía a medias, lo suficiente como para despertar mi curiosidad, pero ahora lo veo claramente. Rachel mira donde apunto

con el dedo. Ahora ella también lo ve.

Es una cigüeña que transporta tres palabras en un hatillo:

CENTRO REPRODUCTIVO BERG

Rachel se queda mirando un segundo más antes de darse la vuelta. Tengo la boca seca.

—Ahí es donde fue —digo—. Cheryl, quiero decir.

—Vale. ¿Y?

No digo nada.

—¿Eso qué tiene que ver con nada, David? Quiero decir... esta compañía también tiene pizzerías en las que has estado.

Frunzo el ceño.

—Mi matrimonio no se fue a pique por la visita a una pizzería.

—No entiendo qué es lo que intentas decir.

—Tu hermana fue a ese... —trazo unas comillas en el aire con los dedos—... «centro» a mis espaldas.

—Lo sé —dice, con una voz tan suave y delicada que casi parece una caricia.

—Pero no tuvo ninguna consecuencia. Tú también lo sabes.

—No, sí que tuvo consecuencias.

—¿Qué quieres decir?

—Dejé de confiar en ella.

—No tenías por qué hacerlo, David. Cheryl estaba pasándolo mal. Habrías podido entenderlo. No siguió adelante con eso.

No veo motivo para discutir. Quizá ella tenga razón. Me quedo mirando el logo y niego con la cabeza.

—Esto no es coincidencia.

—Claro que lo es. Ojalá hubieras podido entenderlo.

—Oh, claro que lo entendí —respondo, con una frialdad sorprende—. Yo disparaba balas de fogueo. Estaba creando tensión en nuestro matrimonio. Cheryl pensó que quizá pudiera quedarse embarazada de un donante y decirme que el bebé era mío. Me sorprende que no se follara directamente a otro. Así no habría necesitado el intermediario.

—Eso no es justo, David.

—¿Con quién está casada ahora, Rachel? —replico—. Eso no me lo

has contado.

—No tiene importancia.

—Es Ronald, ¿no?

Ella no dice nada. Siento que el corazón se me rompe otra vez.

—«No es más que un amigo». Eso es lo que me decía siempre.

—Y eso es lo que era.

—No seas cándida —digo yo, con un gesto de resignación.

—Yo no digo que Ronald no tuviera esperanzas...

—No importa —digo, porque es la verdad, y porque no quiero oír una palabra más de todo eso—. Ahora lo único que me importa es encontrar a Matthew.

—¿Y tú crees que esto —dice, señalando el estúpido logo de la cigüeña— es la respuesta?

—Sí, lo creo.

—¿Cómo?

No sé qué contestar, así que nos quedamos sentados en silencio un rato.

Pasa el tiempo, y Rachel me pregunta:

—¿Aún piensas ir a ver ese tal Mofeta?

—Sí.

—Pues más vale que te pongas en marcha.

—Sí. —La miro—. ¿Qué es lo que no me estás diciendo?

—Nada —dice ella. Yo no dejo de mirarla—. Es solo una coincidencia. Nada más.

Y ya no sé si lo que intenta es convencerme a mí o convencerse a sí misma.

—¿Pixie?

Gertrude se apartó de la ventana con esas fantásticas vistas y se volvió hacia el pequeño. Aquella casa, acabada de construir solo hacía cuatro años, era completamente diferente a la Casa Payne de antaño, que era como un museo. Sí, la propiedad era enorme. Había pista de tenis, piscina, pistas para caballos y todo lo demás. Pero, a diferencia de la antigua estructura faraónica de mármol, esta finca era diáfana, abierta, moderna, una combinación de cubos blancos y ventanales del suelo al techo. Sorprendía a los invitados, pero a Gertrude le encantaba.

—¿Sí, Theo?

—¿Dónde está papá?

Ella le sonrió. Theo era pura luz en la oscuridad. Era un niño bueno, amable, inteligente, detallista. Hablaba inglés, francés y alemán, porque se había pasado la mayor parte de su vida en un internado suizo en St. Gallen. El internado tenía menos de trescientos estudiantes, que practicaban equitación, montañismo y vela, y costaba 200.000 dólares al año. Hayden, que no quería ser un padre ausente, pasaba mucho tiempo en la zona. Esta era la primera visita de los niños (así es como los veía ella) a Estados Unidos en mucho tiempo. Llevaban tres meses con ella en la Casa Payne. Gertrude les había animado a que hicieran el viaje. Se estaba haciendo mayor y quería pasar algo de tiempo con ellos.

Pero había sido un error.

Hayden entró en la sala por una puerta a espaldas del niño.

—Estoy aquí, campeón —dijo, y le apoyó las manos en los hombros. El niño parpadeó. Eso había sido un problema desde el inicio. Era un niño maravilloso, de verdad, y tras la fase inicial de adaptación parecía llevarlo bien. Pero era asustadizo, se encogía a la mínima

ocasión, como si esperara recibir un golpe. No es que fuera a suceder. No había pasado nunca. Pero a veces, aunque el niño no conocía la verdad, era como si algo en su interior, un instinto primitivo, activara inconscientemente sus defensas.

Hayden sonrió a Gertrude apretando la boca, y ella enseguida se dio cuenta de que pasaba algo. Llamó a Stephano para que se llevara a Theo fuera a jugar. Stephano cerró la puerta al salir para que abuela y nieto tuvieran intimidad, aunque Stephano conocía todos los asuntos turbios de la familia.

—¿Qué pasa, Hayden?

—Ha atacado a un agente de policía.

Ella aún no había visto las noticias. Aunque Gertrude entendía la tecnología y las redes, estaba convencida de que el secreto de la longevidad era una combinación de rutina y nuevas experiencias. Así que sus mañanas siempre empezaban del mismo modo: siete de la mañana, despertarse. Veinte minutos de estiramientos. Veinte minutos de meditación. Café y una novela durante una hora si el tiempo lo permitía. Y solo entonces se permitía leer las noticias. Con el paso de los años se había dado cuenta de que las noticias tenían más de ocio —un ocio algo tenso, eso sí— que de ilustración.

—Supongo que lo habrán atrapado.

—No. Aún no.

—Eso la sorprendió. David Burroughs tenía más recursos de los que se imaginaba.

—No os podéis quedar. Ya lo sabes.

—¿Tú crees que David sabe algo?

—¿Algo? Sí. Pero es imposible que sepa lo suficiente. Ese ataque... ¿Dónde se produjo?

—En Nueva York.

Gertrude no lo entendía.

—¿Sabes por qué estaba allí?

—Se dice que había ido a vengarse de un testigo.

—¿Alguna idea de quién era?

—Casi todos los testigos eran expertos del lugar.

—Salvo una —dijo Gertrude—. La mujer que mintió diciendo que le

había visto con el bate de béisbol.

Hayden asintió lentamente.

—Podría ser.

Eso le había extrañado, por supuesto. Ellos sabían que la mujer mentía, pero no tenían ni idea de por qué.

—Estoy cansado de esconderlo, Pixie.

—Lo sé, Hayden.

—Lleva la sangre de los Payne en sus venas.

—Eso también lo sé.

—Incluso hicimos los análisis. Es hijo mío. Tu bisnieto. Es un Payne, al fin y al cabo.

Eso casi le hizo sonreír. Un Payne. Como si eso fuera algo bueno. El daño que habían llegado a hacer los Payne... Embarazos sorpresa, chantaje, extorsión, hasta asesinato... todo tapado a base de dólares. En otro tiempo, a Gertrude no le había sorprendido lo más mínimo el incidente de Ted Kennedy en Chappaquiddick: lo que le había sorprendido era que no lo hubieran encubierto antes de que empezara a correr la voz. Ese tipo de cosas pasaban mucho. Los ricos pagan a los familiares de las víctimas. Esa es la zanahoria. Pero los ricos también saben usar el palo. Sí, uno podía reclamar y pedir justicia por un ser querido que hubiera resultado herido o muerto, pero solo conseguiría empeorar las cosas. Nunca obtendría justicia. Los ricos negarían los hechos, ocultarían el soborno y presionarían, denunciarían, amenazarían y llevarían a la bancarrota al demandante y, si nada de eso funcionaba —que casi siempre lo hacía—, acabaría desapareciendo. O quizá terminaran sufriendo sus hijos. Siempre había algo que hacer.

Así, cuando uno se pregunta cómo puede ser que una familia acepte dinero a cambio de algo como la muerte de una hija, no es porque sean codiciosos o inmorales.

Es porque no tienen otra opción.

—Lo sé, Hayden —le dijo.

—Tiene que haber otro modo.

Gertrude no respondió.

—Quizá tendríamos que dejar que se supiera la verdad —propuso

Hayden.

—No —dijo ella.

—Quiero decir... aunque de algún modo encontraran a Theo...

—¿Hayden?

—¿... qué pueden demostrar?

—Hayden, para.

Más que sus palabras, fue su tono el que lo silenció.

—Lo prepararemos todo para que os vayáis esta tarde. Mientras tanto, quiero que el niño no salga de la finca —dijo, y puso fin a la conversación.

TERCERA PARTE

¿Había visto David la mentira en su rostro?

Rachel había estado a punto de decirle la verdad. Quizá hubiera tenido que hacerlo. Pero ahora mismo necesitaba que David confiara en ella por completo. Si llegaba a saber la verdad sobre la visita de Cheryl a aquella clínica de fertilidad, toda la verdad, quizá se la hubiera quitado de encima. Y no podían permitírselo. Así que de momento, estuviera bien o mal, Rachel tendría que seguir con el engaño. Seguir siendo su aliada era más importante que ser honesta.

Cuando David se fue al garaje de Pop, Rachel se puso a repasar las fotografías otra vez con un nuevo objetivo en mente. Buscaba un rostro familiar, uno que David no habría podido reconocer. Para su alivio, no lo encontró. Aún había alguna posibilidad de que David se equivocara, de que el hecho de que el Centro Reproductivo Berg fuera uno de los espónsores del parque de atracciones aquel día fuera una coincidencia... pero cuanto más pensaba en ello, más se convencía de que tendría que haber alguna relación.

Pero ¿cómo encajaba la clínica de fertilidad con todo esto?

Se quedó mirando el teléfono. Ya había demorado aquella llamada demasiado tiempo. Necesitaba respuestas, y él podría tenerlas. Marcó el número. Él descolgó al segundo tono.

—¿Sí?

—¿Hola?

—¿Rachel?

Lo notó contento. Eso le hizo sonreír.

—Sí.

—¡Oh, Dios mío!, ha pasado mucho tiempo.

—Sí, lo siento.

—No tienes por qué sentirlo. ¿Cómo estás?

—Estoy bien.

—Te llamé, ¿sabes?

—Lo sé.

—Cuando pasó todo aquello con aquel artículo y nuestra universidad...

—Lo sé —repitió ella—. Tendría que haberte devuelto la llamada. Te lo debía.

—No me debías nada.

—Sí, sí que te lo debía. Lo siento. Es solo que... fue mucho de golpe.

Silencio. Luego:

—¿Me has llamado por algo en especial?

—Necesito un favor —dijo Rachel.

—Lo que necesites. Ya lo sabes.

Lo sabía. Carraspeó.

—¿Te has enterado de que mi cuñado ha huido de la cárcel? No sé si la noticia habrá llegado...

—Lo he visto, sí.

—Espero que puedas ayudarme en algo.

Él vaciló.

—Oye, Rachel... ¿Dónde estás?

—¿Qué quieres decir?

—¿Estás en casa?

—No estoy en... —¿Debería decírselo?—. Estoy cerca de Boston.

—Bien.

—¿Por qué?

—¿Puedes ir al restaurante Toro, en Washington Street? ¿En, pongamos, una hora?

—Un momento... ¿Has vuelto?

—Es mejor que hablemos en persona, ¿no te parece?

Le parecía.

—Y me gustará volver a verte, Rachel.

—A mí también me gustará verte —dijo ella.

—En el Toro —repitió él—. Una hora.

—Nos vemos allí.

No me gusta que hayamos quedado en el garaje de Pop.

No me gusta nada.

Conduzco el coche que ha traído Rachel a Revere, supuestamente inidentificable. He cogido una de las gorras de béisbol de Dougie y un par de sus Ray-Ban, y aunque no voy completamente disfrazado, no creo que la policía ponga un control de carreteras entre Revere y Malden. Si saben que estoy aquí, supongo que me habrán reconocido durante el viaje en tren. No van a sospechar que iba a hacerme con un vehículo. O quizá sí. En cualquier caso, tengo que correr riesgos, pero este me parece bastante calculado.

Hunting Street es una calle en la que se mezclan las casas con los talleres mecánicos, en un extremo del centro del pueblo. El garaje de Pop está entre el Al's Auto Center y el Garcia Auto Repair y enfrente tiene el Malden's Body Work and Repair. Por supuesto, estoy atento por si veo policía, furgonetas o algo sospechoso. Pero no hay nada ni nadie en esta calle, normalmente congestionada... y eso es lo que me hace sospechar.

El taller de Al parece estar cerrado. Y también el de García y el de Malden. No es que estén tranquilos: están cerrados, con las persianas bajadas, sin luces, no hay movimiento.

No me gusta.

Solo se ve una persona. Un hombre con un mono azul y el pecho escrito en la pechera me hace un gesto para que me acerque. Me indica la entrada al garaje como esos tipos del aeropuerto que dan indicaciones a los pilotos para entrar y salir de la puerta de embarque. Giro y entro en el garaje. La puerta es enorme, oscura, como si fuera una boca que se me pudiera tragar entero.

Estoy dudando, mirando la entrada, cuando el Mofeta emerge de la oscuridad como un fantasma de película de miedo saliendo de la tumba.

Está pálido. Lleva el cabello engominado hacia atrás. El mechón claro destaca más que nunca. El Mofeta me sonríe, y siento un escalofrío que me recorre la columna. No ha envejecido mucho. Su traje brilla demasiado: refleja la luz del sol. Se hace a un lado y me indica con un gesto que entre.

¿Tengo elección?

Lo sigo y entro. Él me indica que continúe. En un momento dado me hace señas para que frene. Lo hago. Estoy en el interior del garaje, y la puerta se cierra a mis espaldas.

Ahora estamos los dos solos.

Salgo del coche.

El Mofeta se me acerca con una gran sonrisa en el rostro.

—¡Davey!

Me abraza; es la tercera persona que lo hace hoy y en los últimos cinco años. Este abrazo no es reconfortante ni cálido; es simple contacto, como si me hubiera abrazado una mesilla. Apesta a colonia europea barata. He olido cosas horribles en la cárcel, pero esto casi me provoca arcadas.

—Davey —dice otra vez, dando un paso atrás—. Tienes buen aspecto.

—Tú también, Kyle.

—Perdóname por esto —dice.

Y entonces me da un puñetazo en el estómago.

El puñetazo es de risa, pero lo veo venir. Una de las grandes lecciones que aprendes en la cárcel es a estar siempre en guardia. Y es una lección que te hacen recordar a diario. En Briggs recuperas tus instintos primarios, siempre desconfiado, siempre preparado. Cuando estaba en el instituto, era delantero en el equipo de lacrosse. Mi entrenador siempre gritaba: «¡Atentos a los lados!», lo que significaba que había que fijarse en que no se nos echaran encima desde el ángulo ciego. En la cárcel eso es una constante.

Me doy ligeramente la vuelta y tenso el abdomen. Aun así, recibo el golpe, pero no me hace demasiado daño. Sus nudillos impactan junto a mi pelvis, y apuesto que le ha dolido más a él que a mí. Yo reacciono instintivamente, aunque algo en mi interior me dice que me retire, que no debo hacerle daño, que necesito que me dé información sobre Hilde Winslow.

Pero qué narices...

El Mofeta no va a decirme nada. Debería haberlo sabido. Así que quizá mi mejor ocasión para saber la verdad...

... sea sacársela a golpes.

Antes de que el Mofeta haya retirado el puño, yo empiezo a cargar el mío, usando los grandes músculos del hombro, cargando el peso hacia abajo y a la izquierda, neutralizando su golpe y cogiendo inercia a la vez para mi contraataque. Escondo el pulgar dentro del puño y cargo con el borde interior de la mano por delante.

Mi puñetazo impacta en el lateral de su cráneo.

Siento una vibración en la mano, como si me hubiera puesto un diapasón sobre los huesos, pero no hay tiempo para preocuparse por eso. Sé que el Mofeta es violento y rabioso. Si se lo permito, me matará. Es lo que ocurre en cualquier lucha. Los combates nunca deben ser algo amistoso. Eso es algo que la mayoría no entiende. Todas las peleas que vemos: las de borrachos en los bares, las de los hinchas idiotas en un partido... siempre hay posibilidades de que alguien quede malherido o muerto.

El puñetazo en la cabeza le hace tambalearse. Lanzo el pie y lo giro hacia el interior, impactando con su espinilla. Eso no lo tumba, pero le hace perder el equilibrio. Intenta retroceder, con la esperanza de poner algo de distancia de por medio.

No le dejo.

Doy un paso adelante y cargo con el cuerpo. Él cae al suelo con fuerza, y yo encima. Lo pongo boca arriba y me monto sobre su pecho. Aprieto los puños y me dispongo a darle puñetazos en el rostro. Para ablandarlo, supongo, antes de preguntarle por Hilde Winslow.

Pero cuando voy a darle el primer derechazo, las puertas se abren de golpe.

Alguien grita:

—¡Quietos! ¡Policía!

Me giro y veo a un poli apuntándome con una pistola. Siento un nudo en el estómago. Luego otro poli entra en el garaje. También me apunta con su pistola. Y luego otro.

Aún me estoy planteando qué hacer cuando una vocecita en mi interior me recuerda que no le estoy prestando atención al Mofeta.

No importa.

Algo duro —la culata de una pistola, una llanta, no lo sé— me

golpea la cabeza por un lado.

Veo las estrellas. Alguien —uno de los polis, creo— me da un golpe en el cuerpo. Caigo hacia un lado del Mofeta. Otro poli me salta encima. Intento levantar las manos, contraatacar, pero ya no tengo fuerzas.

Ahora estoy boca abajo. Alguien me pone los brazos a la espalda. Más que sentir las esposas, las oigo.

Otro golpetazo en la sien. Todo se vuelve negro. Cojo aire por última vez.

Y luego no hay nada.

Rachel le había escrito un mensaje a David diciéndole que tenía que hacer una gestión.

No le había dicho dónde ni por qué.

Tomó el tren porque David se había llevado su coche y porque no tenía en el móvil ninguna app de vehículos con conductor. Comprobó la hora. Otra vez. David llevaba casi una hora fuera. No había dado señales de vida. Se temía lo peor —una siempre se teme lo peor en situaciones así, pensó, como si las situaciones así fueran comunes en su vida—, pero también sabía que tenía que saber abstraerse y seguir adelante. Si ese tal Mofeta le había hecho algo a David, ella no podía hacer nada. Si la policía lo había encontrado y lo había detenido, bueno... lo mismo.

Seguir adelante.

Cuando Rachel llegó al Toro, pensó en algo frívolo: su cabello. El peinado que le habían hecho en Nueva York esa misma mañana tenía la intención de mantenerla oculta. Hacía mucho tiempo que no se veían en persona.

¿La reconocería?

Aquella pregunta quedó respondida enseguida. En cuanto entró en el restaurante, él se levantó de la mesa y le brindó su sonrisa más cálida. Ella se la devolvió y, por un breve momento, sintió que atravesaba una especie de puerta del tiempo y se le olvidó por qué estaba allí realmente. De pronto aquello parecía un reencuentro. Y no

superficial; las tragedias crean vínculos profundos. Se preguntó cómo habían podido perder aquella amistad. Pero así era la vida, ¿no? Te gradúas, te alejas de la universidad, empiezas a trabajar, conoces a gente nueva, compañeros de trabajo, formas una familia, te divorcias, lo que sea. Sí, claro, mantienes el contacto, sigues las redes sociales, intercambias algún mensaje ocasionalmente, os prometéis quedar, y mientras tanto los años van pasando hasta que, de pronto, necesitas un favor, y os volvéis a ver.

Durante un momento, los dos dudaron, sin saber muy bien cómo saludarse, pero entonces ella le dio un abrazo, y él se lo devolvió. Los años pasados se desvanecieron. Cuando dos personas han pasado por tantas cosas juntas —sobre todo si el vínculo se ha creado a partir de una tragedia—, nunca desconectas del todo.

—Me alegro mucho de volver a verte, Rachel —dijo él.

Ella siguió abrazándolo un momento más.

—Y yo a ti, Hayden.

Cuando me despierto, estoy esposado.

Y estoy sentado en una avioneta.

Se acabó.

El Mofeta, o los Fisher, me han vendido a los polis. Realmente soy un idiota. ¿Qué esperaba? Me habían tendido una trampa para cargarme el asesinato de mi propio hijo... ¿Cómo he podido ser tan tonto como para pensar que no me iban a vender?

Intento estirar el cuello para mirar hacia atrás. Me cuesta, porque también estoy esposado al brazo del asiento. En la parte de atrás van sentados dos gorilas —polis de paisano, o agentes federales o marshals, no sé— que juguetean con sus teléfonos móviles. Ambos son calvos, con corbata negra y vaqueros.

—¿Cuándo aterrizamos? —pregunto.

Sin levantar la vista del teléfono, el que está sentado junto al pasillo responde:

—Cierra la boca.

—Decido no discutir. No valdría de nada. Hora y media más tarde aterrizamos. Cuando el avión para del todo, los dos gorilas se quitan el cinturón de seguridad y se me acercan. Sin aviso previo, uno de ellos me cubre la cabeza con una capucha negra mientras el otro suelta la esposa que me agarra al asiento.

—¿Por qué me tapáis los ojos? —pregunto.

—Cierra esa bocaza —repite Gorila Uno.

Se abre la puerta del avión. Me pongo en pie. Alguien me empuja hacia delante, y de pronto sé que algo va muy mal, antes incluso de pisar el asfalto, aunque la capucha me impida ver nada.

No estamos en Briggs.

Al momento me pongo a sudar. Hace calor. Un calor húmedo. No veo nada, pero siento que huele a trópico. Casi puedo tocarlo. El sol

también es fuerte, y con la capucha negra resulta sofocante.

Esto no es Maine.

—¿Dónde demonios estamos? —pregunto. No hay respuesta, así que insisto—. ¿No se supone que tienes que decirme que cierre la bocaza?

Los dos gorilas me meten en el asiento trasero de un vehículo con el aire acondicionado a tope. El viaje dura unos diez minutos, pero cuesta mucho calcular el tiempo cuando no tienes reloj, no ves nada y crees que te están llevando a la cárcel para pasar allí el resto de tu vida. Aun así, el trayecto es corto. Cuando el vehículo —estoy muy alto, así que debe de ser algún tipo de SUV— se detiene, los gorilas me sacan a empujones. Siento la acera bajo los pies, y está tan caliente que el calor me atraviesa los zapatos. Oigo música. Una música horrenda. Una especie de mezcla de country-rock instrumental, como el que tocaría una banda en un crucero cutre durante el concurso de pechos peludos junto a la piscina.

Sé que ahora mismo parezco superficial. Pero es que es así como me siento. En parte estoy destrozado, porque he vuelto a fallarle a mi hijo. Y en parte estoy deprimido, porque parece que voy a volver a la cárcel, o algo peor. Pero a la vez estoy asustado e intrigado, a partes iguales, porque no sé qué narices estoy haciendo en el trópico.

Y sobre todo, al menos en este momento, lo que estoy es desconectado de todo, abandonado al destino.

Cuando me escapé de la cárcel inicié una carrera alocada, y esa carrera alocada me llevará adonde me lleve... Ahora mismo no depende de mí, y lo he aceptado.

No puedo decir que no me preocupe. Simplemente intento evadirme mentalmente. Quizá sea el instinto de supervivencia. Los dos gorilas —bueno, supongo que son los mismos dos gorilas, porque sigo sin ver nada— me cogen de los brazos y me llevan al interior. Me dejan caer sobre una silla. Gracias a Dios, al igual que en el vehículo, en esta sala también tienen el aire a nivel frío polar. Casi estoy por pedir un jerséi.

Alguien me agarra de la muñeca. Siento el pellizco antes de que me quiten las esposas.

—No te muevas ni un pelo —me dice Gorila Uno.

No lo hago. Mientras espero, sentado en esa silla sin tapizar, intento

pensar en mi próximo movimiento, pero las perspectivas son tan malas que mi cerebro no me deja ver lo evidente. Estoy jodido. Oigo a gente moviéndose por la sala, al menos tres o cuatro, por lo que parece. Sigue sonando esa música horrenda de fondo. Parece que viene de un altavoz.

Luego, otra vez sin aviso previo, me quitan la capucha negra de la cabeza. Parpadeo para protegerme del repentino baño de luz y levanto la vista. Justo delante, de pie, a apenas unos centímetros de mi rostro, tengo a un anciano arrugado de unos ochenta años. Lleva un sombrero de paja y una camisa hawaiana amarilla y verde con un estampado de peces saltando fuera del agua. Detrás de él veo a los gorilas afeitados del avión. Ambos tienen los brazos cruzados frente al pecho y ahora llevan gafas de sol de aviador.

El anciano me tiende su mano cubierta de manchas hepáticas.

—Venga, David —me dice, con una voz que suena como unos neumáticos viejos pisando grava—. Vamos a dar un paseo.

No se presenta, pero yo sé quién es, y él sabe que lo sé. En la mayoría de fotografías que he visto de él a lo largo de los años aparece como un hombre robusto, normalmente en el centro de un grupo de hombres, con un aspecto que recuerda más a un artefacto explosivo que un humano. Incluso ahora, que se ha encogido con el paso de los años, conserva ese aire incendiario.

Se llama Nicky Fisher. En otra época lo habrían llamado padrino, «don», o algo así. Cuando yo iba al colegio, su nombre se susurraba con la misma aprensión con que una generación posterior de niños susurraría «Voldemort». Nicky Fisher dirigía el sindicato del crimen en la zona de Revere-Chelsea-Everett desde antes de que mi padre entrara en la policía.

Había sido el jefe del Mofeta. Quizá aún lo fuera.

Cuando salimos al exterior parpadeo, cegado por el sol. Miro a izquierda y derecha, y frunzo el ceño. ¿Dónde demonios estoy?

Desde luego es el trópico, pero parece como si los diseñadores de Disney y Epcot hubieran construido una urbanización para jubilados después de ponerse ciegos de mojitos. Veo un complejo de viviendas y una calle sin salida, pero todo tiene un aspecto como de dibujos

animados, como el lugar donde viven los Picapiedra. Todas las casas son de un solo nivel, adaptadas para sillas de ruedas y hechas de unos ladrillos de adobe demasiado limpios. En la calle sin salida hay una de esas fuentes decorativas que lanza el agua al ritmo de esa música horrible que supongo que suena todo el día.

—Me he retirado —me dice Nicky Fisher—. ¿Te has enterado?

—Últimamente he estado bastante desconectado —digo, intentando evitar el tono de sarcasmo.

—Sí, claro. La cárcel. Por eso te he traído aquí abajo.

—¿Qué le hizo a mi hijo, señor Fisher?

Nicky Fisher deja de caminar. Se vuelve hacia mí, estirando el cuello, y sus ojos azul hielo, esos ojos que han sido lo último que han visto decenas o centenares de personas antes de exhalar su último aliento, se clavan en los míos.

—Yo no le he hecho nada a tu hijo. Nosotros no hacemos esas cosas. No hacemos daño a los niños.

Intento no hacer una mueca. Odio ese postureo de los mafiosos. «No hacemos daños a los niños, damos limosna a la iglesia, nos preocupamos de nuestros vecinos», todo ese parloteo sociopático para justificar sus actos criminales.

—Esto es Dayton —me dice Nicky Fisher—. Florida. ¿Lo conocías?

—No, es la primera vez.

—Bueno, pues me he retirado aquí.

Damos la vuelta a la fuente. Los chorros de agua chocan contra el falso mármol, y nos salpican. Es agradable. Los dos hombres nos siguen a una distancia discreta. Hay otros ancianos paseando por ahí, aparentemente sin un destino claro. Nos saludan asintiendo. Nosotros devolvemos el saludo.

—¿Has visto el gran cartel de la entrada? —me pregunta.

—Me han puesto una capucha.

—¡Ah, sí, claro! —dice él—. No se lo he ordenado yo, por cierto. Mis chicos, siempre tan dramáticos. Y siento lo del Mofeta. Ya sabes cómo es. Se suponía que tenía que limitarse a hacerte subir a mi avión. Le dije que el paquete debía llegarme sin daños, pero por supuesto no me escuchó. —Nicky apoya la mano en mi brazo. Hago

un esfuerzo para no apartarlo—. ¿Estás bien, David?

—Estoy bien.

—Y eso de la detención policial... fue una tontería, aunque hay que reconocerle que ha sido original. Decidió que estaría bien que pensaras que iban a meterte otra vez en la cárcel. Divertido, ¿no?

—La monda.

—Sí, se pasó un poco, pero así es el Mofeta. Hablaré con él, ¿de acuerdo?

No sé qué decir, así que me limito a asentir.

—El caso es que el cartel de la puerta dice PASARELAS. Eso es. Así se llama esta urbanización. Pasarelas. Es un nombre un poco tonto. Yo estaba en contra. Carece de imaginación. Yo quería algo más elegante, ya sabes con palabras como «prados» o «vista» o «reserva». Cosas así. Pero votó toda la comunidad, así que... —Nicky se encogió de hombros y siguió caminando—. ¿Sabes cómo se llama esa urbanización al final de la calle?

Le digo que no lo sé.

—Margaritaville. Como la canción. ¿La conoces?

—¿La canción? Sí.

—Decía algo así como «dejando pasar el tiempo en Margaritaville». O «malgastando el tiempo en Margaritaville», no sé. Pero bueno, así se llama. Ridículo, ¿no? Jimmy Buffett tiene su propia urbanización. O más de una. Tiene tres Margaritavilles. Esta, otra en Carolina del sur y otra no recuerdo dónde. Quizá en Georgia. Es como si alguien hubiera cogido una de esas cadenas de restaurantes malos y la hubiera convertido en un lugar para vivir. ¿Quién iba a querer algo así?

No respondo, porque ese es exactamente el aspecto que le veo a ese lugar.

—El caso es que eso me dio una idea. Yo no sé quién quiere echarse a perder a base de margaritas y pasar el rato en la playa. Pero ese no es mi ideal de jubilación, no sé si me entiendes. Así que aquí, en Pasarelas, hicimos algo diferente. Sígueme. Quiero enseñarte algo.

Estamos en una acera con palmeras. Hay un cartel con unas flechas de vivos colores que señalan en varias direcciones. Una dice PISCINA. Otra dice RESTAURANTES. La que señala a la izquierda dice PASARELA. La

seguimos. Nicky Fisher guarda silencio. Siento que tiene los ojos puestos en mí. Cuando salimos al claro, entiendo por qué. Quiere ver cómo reacciono.

Allí, extendiéndose hasta donde alcanza la vista, en ambas direcciones, hay una pasarela enorme.

Es algo descomunal. Y quiere parecer antigua, pero está demasiado limpia y despejada. Otra reproducción de estilo Disney que podría resultar agradable, pero que parece sacada de un antiguo episodio de *La dimensión desconocida*. Hay atracciones, casetas, puestos de refrescos y de recuerdos, y hasta un tiovivo. Las atracciones se mueven, pero sin nadie dentro, lo que aumenta aún más esa sensación fantasmagórica. Un hombre con pajarita y un gran bigote retorcido vende algodón de azúcar. Alguien va vestido de Mr. Peanut, el cacahuete de los anuncios de la tele. Un cartel anuncia TIRO AL BLANCO-PINBALL-MINIGOLF.

—«Pasarelas» —me dice Nicky Fisher—. Con S final. Nos inspiramos sobre todo en el parque de atracciones de Revere Beach, pero también sacamos cosas de Coney Island, Atlantic City, incluso de Venice Beach, en California. Todas las atracciones, bueno... ya ves que hay montañas rusas y norias, pero son algo más delicadas que en los viejos tiempos, porque ahora tenemos los huesos más gastados. —Nicky me da un puñetazo amistoso en el brazo y sonríe—. Es fantástico, ¿no? Es como estar de vacaciones todos los días. ¿Y por qué no? Nos lo hemos ganado.

Supongo que espera confirmación por mi parte. Intento asentir, pero no tengo muy claro que esté obteniendo de mí el entusiasmo que espera.

—Oh, y déjame que te enseñe la principal atracción, David. Está aquí mismo. Chico, me habría encantado traer a tu padre hasta aquí para que lo viera. Lo sé, lo sé. Lenny y yo hemos sido enemigos toda la vida, pero, venga... no me digas que a tu viejo no le habría encantado esto.

Señala en dirección a un puesto blanco con un cartel encima que dice PIZZERIA NAPOLITANA. Tras el mostrador hay tres hombres con delantales blancos. Debajo, otro cartel dice ESPECIALIDAD EN COMIDA

ITALIANA y hay un anuncio de una bebida llamada C.B. Coate's Tonic.

Me doy la vuelta y lo miro sin entender lo que me dice.

—¡Es el antiguo puesto de pizzas de Revere Beach que se convirtió en la pizzería de Sal! —exclama—. ¿Puedes creértelo? Es una reproducción exacta del aspecto que tenía en 1940. Siéntate. Voy a pedir un par de pizzas. Te gusta la pizza, ¿verdad? —Nicky Fisher me guiña un ojo, y resulta tan inquietante como puede parecer—. Si no te gusta la pizza de Sal, voy a tener que pedirle a Joey que te meta una bala en la cabeza para poner fin a esa vida triste. —Nicky Fisher se ríe de su propia broma y me da una palmada en la espalda.

Nos sentamos bajo una sombrilla. Dos ventiladores nos lanzan aire frío. Uno de los hombres con delantales nos trae una pizza individual a cada uno y luego se alejan, dejándonos solos otra vez.

—¿Cómo está tu viejo? —me pregunta Nicky Fisher.

—Se está muriendo.

—Sí, lo he oído. Lo siento.

—¿Por qué estoy aquí, señor Fisher?

—Llámame Nicky. Tío Nicky.

No respondo, pero no voy a llamarle tío.

—Estás aquí porque tú y yo tenemos pendiente una pequeña charla —responde.

Nicky Fisher habla como un gánster de película. Últimamente he conocido a muchos tipos duros. Ninguno habla así. Un sicario que cumplía cadena perpetua en Briggs me contó que los gánsteres de la vida real empezaron a hablar como los gánsteres de las películas cuando estas se hicieron populares, no al revés. La vida real imitó la del celuloide.

—Escucho.

Inclina el cuerpo hacia delante y me mira a los ojos. Parece que vamos a ir al grano. No hay ruido ambiental. Hasta la música enlatada ha parado.

—Tu padre y yo hemos tenido una historia difícil.

—Era poli —digo yo—. Y usted dirigía un sindicato del crimen, Nicky.

—Un sindicato del crimen —responde Nicky, con una sonrisa—.

Bonitas palabras. Tu padre tampoco era un hombre puro. Eso lo sabes, ¿no?

Decido no responder. Él sigue mirándome y, pese al ambiente sofocante, siento un escalofrío.

—¿Quieres a tu padre? —me pregunta.

—Mucho.

—¿Ha sido un buen padre?

—El mejor —digo. Y luego—: Con todo respeto, Nicky... ¿Por qué estoy aquí?

—Porque yo también tengo hijos —dice, esta vez con una mueca de disgusto—. ¿Lo sabías?

Lo sé... y ahora estoy bastante seguro de que no me va a gustar el rumbo que va a tomar esto.

—Tres chicos. O bueno, tenía tres. ¿Sabes lo de mi Mikey?

También lo sé. Mikey Fisher murió en la cárcel hace veinte años.

Mi padre lo metió entre rejas.

Nicky Fisher se asegura de que lo miro a los ojos cuando pregunta:

—¿Ahora empieza a tener sentido, hijo?

Y, curiosamente, me temo que así es.

—Mi padre mandó a su hijo a la cárcel —digo—. Así que usted le devolvió el favor.

—Casi.

Espero.

—Tu padre, como te he dicho, no estaba limpio del todo. Él y su socio Mackenzie arrestaron a Mikey por la muerte de Lucky Craver. Mikey solo tenía que darle un escarmiento a Lucky, pero mi chico... a menudo se excedía. ¿Tú conociste a Lucky?

—No.

—Lo llamaban así porque no había tenido un momento de suerte en su vida. Tampoco al final, obviamente. Pero bueno, tu viejo detuvo a Mikey por el asesinato. Ya sabes cómo fue. Y el caso es que tu viejo y Mackenzie no consiguieron presentar el caso. Vamos, que todo el mundo sabía que había sido Mikey. Pero eso hay que demostrarlo en un juicio. ¿Me equivoco?

Guardo silencio.

—Tu padre había trabajado duro en el caso, eso es indudable. Había localizado a testigos clave. Había conseguido que la ex de Lucky testificara. Pero los polis tienen que seguir las normas. Y yo no. Así que envié a algunos de mis hombres a hablar con los testigos. Tipos como tu viejo amigo el Mofeta. De pronto los testigos empezaron a tener lagunas de memoria. ¿Entiendes lo que te digo?

—Lo entiendo.

—La ex de Lucky se mostró algo más tozuda, pero también nos ocupamos de eso. Había unas cuantas pruebas en el depósito de la policía. Polvo de ángel. Un martillo de gancho. Desaparecieron. ¡Puf! Así que, ya ves, tu padre tuvo dificultades para presentar el caso. Debió de ser muy frustrante para él.

No me muevo. Apenas respiro.

—Entonces fue cuando tu padre y Mackenzie cruzaron la línea. De pronto encontraron nuevas pruebas. No hay motivo para entrar en detalles sobre cómo lo hicieron. No importan. Pero las pruebas falsas que metieron a mi hijo en la cárcel fueron obra de tu viejo y Mackenzie.

Nicky Fisher toma un bocado, lo paladea y se recuesta en la silla.

—¿No comes?

—Estoy escuchando.

—¿No puedes hacer las dos cosas? —dice, sin dejar de masticar—. Ya lo entiendo. Quieres oír el resto, pero creo que ahora ya lo ves. Mi Mikey es procesado, pero en realidad no era un gran problema. Ya me había encargado de que un juez amigo anulara la sentencia. Así que le dije a Mikey que aguantara unas cuantas semanas en chirona, y que intentara pasar desapercibido. Solo que no fue capaz. Mi Mikey era un encanto, pero se calentaba enseguida. Pensaba que era un tipo duro porque su padre era el jefe. Así que se metió en una pelea con dos tiarrones en el patio. Eran de una banda de Dorchester. Uno de ellos lo agarró de los brazos mientras el otro le clavaba un pincho en el corazón. Eso ya lo sabías, ¿no?

—Sí. O sea, lo he oído.

Nicky Fisher se lleva el trozo de pizza a la boca, pero de pronto es como si los recuerdos le pesaran demasiado. Baja la mirada. Los ojos

le brillan.

Cuando vuelve a hablar, detecto la tristeza, la rabia, el dolor en su voz.

—Esos tiarrones... No quieres saber lo que les hice. Pero no fue rápido, eso te lo aseguro.

Espero que diga algo más, pero no lo hace.

—¿Le ha hecho daño a mi hijo?

—No. Ya te lo he dicho. Yo no hago esas cosas. Ni siquiera culpé a tu padre. Al menos en ese momento. Pero luego, ya sabes... pasan los años. Luego leí que habías matado a tu hijo...

—Yo no...

—Chis, David. Tú escucha. Ese es el problema que tenéis los chicos de hoy. Nadie escucha. ¿Quieres oír el resto o no?

Le digo que sí.

—Pues, tal como te decía, tu padre no tenía problemas para saltarse la ley cuando le convenía. Igual que había hecho con Mikey. Ambos sabemos que muchos polis lo hacen. Dejan caer una bolsa de marihuana en el suelo del coche. O te colocan una pipa cerca si quieren tener una excusa para enchironarte. Ya sabes. Así que después de que tu hijo... ¿Cómo se llamaba?

—Matthew —digo, y trago saliva.

—Eso, perdona. Así que después de que tu hijo fuera asesinado, un poli encontró un bate de béisbol en tu sótano.

Hago una mueca.

—El bate no lo encontraron en mi sótano.

—Sí, fue ahí donde lo encontraron.

Yo niego con la cabeza.

—Lo tenías escondido ahí abajo. En algún conducto de ventilación, o algo así.

Yo sigo negando con la cabeza, pero una vez más creo que ya sé adónde quiere llegar con esto. Creo que lo he visto desde el momento en que nos hemos sentado.

—Bueno, ¿dónde estaba? Ah, sí. El bate de béisbol. De modo que un poli lo encuentra en tu sótano. Un agente nuevo. Se llamaba Rogers, creo. ¿Por qué recuerdo ese nombre? No lo sé. Pero lo recuerdo. El

caso es que Rogers quería congraciarse con tu viejo. El espíritu de equipo, y todo eso. Le cuenta lo del bate, y tu padre sabe que ese bate te puede condenar. Eso no lo puede permitir. Tiene que proteger a su chico. Pero tampoco puede hacer desaparecer el bate. Eso sería ir demasiado lejos.

Nicky Fisher me mira, sonriente. Tiene salsa de tomate en el labio inferior.

—Ya te imaginas qué decidió hacer tu padre, ¿no? Venga, David. Dímelo.

—Usted cree que enterró el bate entre los árboles.

—No lo creo. Lo sé.

No me molesto en contradecirle.

—Fue muy listo. Si eras tú el asesino, el bate seguiría en el sótano. Oculto. En el conducto de ventilación, o donde fuera. Pero si el asesino era otro, habría huido. Y habría dejado el bate por ahí, tirado o enterrado en las proximidades.

—Eso no es lo que ocurrió —digo yo, meneando la cabeza.

—Claro que sí. Tú, David, mataste a tu hijo. Luego ocultaste el arma; pensaste que ya te desharías de ella cuando tuvieras ocasión. —Inclina el cuerpo sobre la mesa y vuelve a sonreír. Tiene los dedos finos y puntiagudos—. Padres e hijos. Todos somos iguales. Yo habría hecho cualquier cosa para evitar que Mikey entrara en prisión, aunque pensara que era culpable. Tu padre era igual.

Sigo negando con la cabeza, pero sus palabras desprenden un tufillo de verdad. Mi padre, el hombre al que quería como a ningún otro, creía que yo había matado a mi propio hijo. Solo de pensarlo se me rompe el corazón.

—Pero eso le planteaba un problema al fiscal —añade Nicky—. Esa noche llovía. En ese bosque había un montón de tierra y barro. La científica había examinado todos tus zapatos y tu ropa. Nada de tierra. Nada de barro. Así que cuando tu padre enterrara el bate, en cuanto lo encontraran en el bosque, estarías más cerca de la libertad. Pero a mí no me parecía bien, ¿sabes lo que quiero decir?

Asiento porque ahora lo veo claro.

—De modo que se encargó de que Hilde Winslow testificara que me

había visto enterrar el bate.

—Bingo.

—Lo montó usted.

—Sí, lo hice yo.

—¿Porque quería vengarse de lo de Mikey?

Nicky Fisher me señala con un dedo.

—Si vuelves a pronunciar el nombre de mi chico te arrancaré la lengua y me la comeré con esta pizza.

No digo nada.

—¿Es que no has escuchado una palabra de lo que te he dicho? —añade, golpeando la mesa con ambos puños. Los dos gorilas se giran para mirar, pero no se mueven—. Esto no tenía nada que ver con la venganza. Lo hice porque era lo correcto.

—No le sigo.

—Lo hice —dijo, con los dientes apretados, y ahora *sí* noto la amenaza en su voz— porque mataste a tu propio hijo, hijo de puta pirado.

No puedo creerme lo que oigo.

—Tu padre lo sabía. Yo lo sabía. Oh, quizá tuviste un momento de enajenación, de amnesia, no lo sé. ¿A quién le importa una mierda? Pero el fiscal te tenía pillado. Y de pronto tu padre, el poli condecorado que había usado pruebas falsas para meter a mi hijo entre rejas, se encargó de que te libraras. ¿Alguna vez has visto una estatua de la Justicia? Pues tu viejo apoyó el dedo en la balanza, de modo que yo tuve que poner el mío en el otro platillo para equilibrarlo. ¿Ahora lo pillas?

Ni siquiera sé qué decir.

—Se hizo justicia. Estabas cumpliendo la pena que se suponía que tenías que cumplir. Se había alcanzado... no sé, el equilibrio cósmico, o alguna mierda de esas. Pero mi problema es este: mi hijo, mi Mickey, sigue muerto. Y tú estás aquí, David, vivito y coleando, y disfrutando de una jodida pizza.

Silencio. Un silencio glacial. Es como si toda la pasarela intentara mantenerse inmóvil.

Ahora habla casi en un susurro, pero su voz corta el aire húmedo

como la guadaña de la Parca.

—De modo que tengo dos opciones. ¿Te vuelvo a enviar a la cárcel —supongo que una cadena perpetua es como una larga ejecución— o te mato y les digo a mis chicos que echen tu cuerpo a los aligátores?

Empieza a limpiarse las manos con la servilleta, como si diera el asunto por zanjado.

—Se equivoca —digo yo.

—¿Sobre qué?

—Sobre lo que hizo. No fue lo mismo que lo que hizo mi padre.

—¿Qué es lo que no fue igual?

Y entonces me arriesgo a pronunciar el nombre de nuevo:

—Mikey cometió el crimen. Lo ha dicho usted mismo.

Nicky Fisher resopla, desdeñoso.

—Ya, ¿y tú vas a decirme que eres inocente? —dice, y con la mano derecha hace un gesto a los gorilas, que se acercan. Me planteo salir corriendo. Quizá aquí fuera tenga alguna ocasión de huir. No me dispararán sin más, ¿no? Pero no creo que funcione, así que intento otra cosa.

—No solo soy inocente —le digo, y miro de frente a esos ojos sin alma de color azul hielo—. Mi hijo está vivo.

Entonces se lo cuento.

Se lo cuento todo. Le expongo mi caso y hablo con una vehemencia y una urgencia tales que me sorprendo a mí mismo. Él vuelve a enviar a sus gorilas a sus posiciones. Yo sigo hablando. Nicky Fisher me mira con cara de póker. Eso se le da bien.

Cuando acabo, vuelve a coger su servilleta. Se la queda mirando un momento. Se toma su tiempo, doblándola en dos, luego otra vez, para luego apoyarla sobre la mesa.

—Esa historia es una locura —dice.

—Es la verdad.

—Mi hijo sigue muerto, ¿sabes?

—Yo en eso no puedo hacer nada.

—No, no puedes. —Niega con la cabeza—. De verdad lo crees.

No sé si es una pregunta o una constatación. En cualquier caso, asiento y respondo:

—Sí.

—Yo no —responde él, aunque la boca le tiembla un poco—. Yo creo que eso es una memez.

Se me encoge el corazón. Él se apoya en la silla, se frota la cara, parpadea. Aparta la mirada, dirigiéndola al patético canal que quiere dar la impresión de que estamos junto al mar. Luego dice:

—Sin embargo, hay cosas que no me cuadran.

—¿Como cuáles?

—Como Philip Mackenzie.

—¿Qué le pasa?

—Te ayudó a huir de la cárcel. Sé que esa parte es verdad. Así que me pregunto: ¿por qué? No lo haría solo para ayudar a tu viejo. ¿Y por qué ahora? Y eso me plantea otras preguntas. —Se pone a tamborilear con los dedos sobre la mesa—. Por ejemplo, cuando saliste, podrías haberte escondido, empezar una nueva vida por tu cuenta, lo que fuera. Pero no. Como un lunático, te vas directo a nuestra testigo falsa. ¿Por qué? Y después de verla, como un idiota, un idiota suicida, te presentas ante mi gente en Revere. Ante el Mofeta, nada menos.

No le interrumpo. Dejo que siga.

—Así que este es mi problema, David: si dices la verdad, ayudé a que te metieran en la cárcel por un delito que no cometiste. No es que sea algo tan terrible, entiéndeme, no sería la primera vez que alguien paga por un delito que no ha cometido. Pero no... bueno, no por algo así. Ya es bastante duro perder a un hijo. Que te metan en la cárcel por haberlo matado... No sé. Ahora mismo, eso no me gusta demasiado. Yo estaba equilibrando la balanza. Quería justicia para mí, para mi Mikey... y, no sé, para el mundo. ¿Entiendes lo que quiero decir?

Vacila, a la espera de una respuesta. Yo asiento lentamente.

—Estaba seguro de que lo habías hecho. Pero si no es así, y si de algún modo tu hijo sigue vivo...

Nicky Fisher menea la cabeza. Luego se pone en pie. Se da la vuelta hacia la laguna otra vez. Los ojos le brillan otra vez, y sé que está pensando en su Mikey.

—Puedes irte —me dice—. Mis chicos te llevarán en avión a donde quieras.

Me lo dice sin mirarme a la cara. Yo no me arriesgo a responder nada.

—Soy viejo. He cometido muchos errores. Y probablemente cometa unos cuantos más antes de marcharme. No voy a intentar arreglar las cosas con el tipo de ahí arriba. Es demasiado tarde. Yo creo que es... este lugar. No es solo cuestión de nostalgia. A veces tengo la impresión de que es una segunda oportunidad. ¿Entiendes lo que te digo?

No, la verdad es que no lo entiendo.

—Si tu padre mejora, me gustaría mandar un avión y traérmelo aquí. Como invitado. Quiero sentarme aquí con él y tomar pizza juntos. Creo que a los dos nos gustaría, ¿no te parece?

No me lo parece, no. Pero, una vez más, no se lo digo.

Y luego Nicky Fisher se va y me deja solo.

—Me he tomado la libertad de pedirle al dueño que escoja por nosotros —dijo Hayden—. Aquí tienen las mejores tapas del lugar.

Rachel asintió, intentando no parecer demasiado distraída. Puso el teléfono en modo vibración, esperando que sonara. David llevaba demasiado tiempo fuera. El temor de que le hubieran cogido —o algo peor— le provocaba una presión en el pecho. Intentó no pensar en ello y fijó la mirada en los ojos verdes de Hayden, que iba vestido como el clásico rico sin obligaciones: pantalones caqui y americana azul con algún tipo de emblema en el pecho. Había perdido cabello, y lo llevaba más pegado a la cabeza. Seguía siendo atractivo, aún tenía aquel aire infantil, pero se le veía algo más blando. Ya tenía algo de papada, y la piel algo más rosada. Tal como lo veía ella, Hayden se estaba transformando en uno de esos antiguos retratos familiares que conservaban en el Museo Payne.

Intercambiaron cumplidos. Hayden hizo un comentario sobre su nuevo corte de pelo. Dijo que le gustaba, pero no parecía que fuera cierto. Ella le había hablado de su divorcio en su último correo electrónico, así que no tuvieron que tratar ese tema. Hayden había descubierto hacía unos años que tenía un hijo de una actriz italiana de serie B con la que había salido unos años atrás —un niño llamado Theo— y se había implicado en criar al niño y darle una buena educación.

Hayden había pasado gran parte de la última década en el extranjero, supuestamente ocupándose de los intereses de la familia en Europa, pero Rachel supuso que básicamente eso suponía esquiar en St. Moritz e ir de fiesta en fiesta en la Riviera francesa.

Aunque quizá no fuera justa con él.

Cuando pasaron a la historia que destruyó la carrera profesional de Rachel, Hayden dijo:

—Ibas a por tu antiguo enemigo.

—Fui demasiado lejos.

—Es comprensible.

—Sé que habría tenido que decírtelo...

Él le quitó importancia con un gesto de la mano. Hayden había estado allí, hace muchos años, en aquella fiesta de Halloween de Lemhall, durante el primer año de ambos en la universidad. De hecho, aquella noche se habían conocido junto al grifo de cerveza. Habían flirteado un poco. Ella sabía quién era Hayden Payne —todo el mundo en el campus conocía a los jóvenes vástagos de las familias ricas— y se habían divertido. Hayden se había mostrado dulce y encantador, pero Rachel no había sentido que se encendiera la chispa.

Ella iba disfrazada de Morticia Addams, y probablemente hubiera bebido demasiado. Pero ese no era el problema. Le habían puesto algo en la bebida —no se enteraría hasta más tarde— y en algún momento, quizá dos horas después de conocer a Hayden, su noche descarriló como un tren fuera de control. Aún hoy se sentía estúpida por no haber tenido controlada su copa de cerca, después de todas las advertencias.

Había un joven profesor de humanidades llamado Evan Tyler cuya madre formaba parte del Consejo de Administración. Fue él quien metió la droga en la copa. El resto de la noche quedó difuminado. Tenía recuerdos vagos, visiones borrosas: de cómo le quitaban la ropa, del cabello rizado de él, del contacto de su boca. Sintió el peso de Evan Tyler sobre su cuerpo, aplastándola, sofocándola. Rachel había intentado decir que no, gritar pidiendo ayuda, quitárselo de encima.

Esa fue la imagen que se le acabó quedando grabada en el cerebro. Evan Tyler. Encima de ella. Con esa sonrisa de maníaco. Aquella visión seguía persiguiéndole en sueños, por supuesto, pero también aparecía de pronto durante el día, como esos muñecos con resorte de las cajas sorpresa, sobresaltándola en cualquier momento. Y era algo que seguía pasándole. Pese al paso de los años, esa imagen —esa sonrisa de maníaco— la perseguía, siguiéndola a unos pasos de distancia, mofándose de ella, a veces dándole una palmadita en el hombro para recordarle que no debía relajarse. La había perseguido

día y noche, durante días, meses, años, alimentando su rabia, espoleándola para trabajar cada vez más duro, para escribir ese artículo, para buscar justicia, para aniquilar esa horrible sonrisa de maníaco, para presionar a quien fuera, incluida Catherine Tullo...

Pero justo en ese momento, en esa horrible noche de Halloween, cuando no podía respirar, cuando la cosa habría podido acabar aún peor para ella —o a lo mejor, quién sabe, si hubiera perdido el sentido quizá se le habría olvidado todo—, de pronto Evan Tyler ya no estaba encima de ella.

De repente, el peso que le aplastaba el pecho desapareció. Sin más. ! Puf! Alguien se lo había quitado de encima de un empujón.

Rachel había intentado levantar la cabeza, sentarse, pero aún no conseguía que los impulsos de su cerebro le llegaran a los músculos. Se quedó allí tendida, con la cabeza caída hacia un lado, y de pronto oyó un grito rabioso procedente de Hayden. Luego Hayden le dio un puñetazo a Tyler, y luego otro y otro más. Sus puños volaban, salpicando la habitación de sangre. Sin cansarse, sin parar, y Rachel tenía claro que habría matado a Evan Tyler de no ser porque otros dos chicos oyeron el ruido, acudieron corriendo a la habitación y apartaron a Hayden, cubierto de sangre.

Evan Tyler se pasó dos semanas en coma.

Aun así, Rachel quería presentar cargos, especialmente después de enterarse de que no había sido la primera víctima de Tyler, pero la facultad quería tapar el escándalo. Al fin y al cabo Tyler estaba en coma, con fracturas en el rostro que tardarían meses en curarse. ¿No era suficiente castigo? Su madre era una mujer importante. ¿Realmente quería Rachel arrastrar por el fango a toda la universidad? ¿Qué sentido tenía?

A Rachel le daban igual todas aquellas consideraciones.

Pero no le daba igual lo que había hecho Hayden.

Ese era el asunto. La paliza había ido más allá del mero impulso de detener una agresión, y aunque la fortuna de los Payne sin duda le aseguraría un aterrizaje en blando, la familia de Hayden quería silenciar el asunto por razones obvias. Así que las cosas fueron así: negociaron. Y quizá hubo dinero de por medio.

Todo olvidado por el bien común. Borrado. Y asunto zanjado.

De no ser por las imágenes que le habían quedado grabadas de Evan Tyler, que más tarde llegaría a ser decano de la facultad.

En cuanto a Rachel y Hayden, se hicieron amigos íntimos. Rachel se dio cuenta de que era lo que pasaba cuando dos personas se ven unidas por una tragedia o un secreto. O, en su caso, por ambas cosas.

Cuando David y Cheryl conocieron a Hayden durante una visita a la Universidad de Lemhall, David se llevó a Rachel a un aparte y le dijo:

—Ese tipo está enamorado de ti.

—No, no lo está.

—Puede que se haya conformado con que lo veas como un amigo —insistió David—, pero tú lo sabes.

Lo sabía, pero también sabía que así se fraguaban el noventa por ciento de las amistades chico-chica en el campus en esos tiempos. Al chico le gustas, quiere acostarse contigo, no lo consigue, quedáis como amigos y la tensión desaparece. En cualquier caso, Hayden y ella acabaron convirtiéndose en confidentes, y eso suponía que no habrían podido salir juntos, aunque quisieran, por lo mucho que sabían el uno del otro.

El camarero se acercó con una bandeja y la colocó entre los dos.

—Paella de bogavante —dijo.

Hayden le sonrió.

—Gracias, Ken.

Olía de maravilla.

Él cogió el tenedor.

—Espera a probar esto. Ya verás.

—No te he llamado para hablar de Lemhall ni de esa historia —dijo ella.

—Ah.

—¿Tú sabes si hubo un evento de Payne Industries el veintisiete de mayo en el parque de atracciones Six Flags?

Hayden frunció el ceño. Aún llevaba el anillo de la Universidad de Lemhall, una alhaja hortera con una piedra morada y el sello de la universidad, y Rachel nunca había entendido por qué. De hecho, en este momento estaba dándole vueltas, como si fuera uno de esos

remedios para aliviar el estrés. Quizá lo fuera. Aun así, a ella aquel anillo le resultaba incómodo. Quería olvidarse de la universidad. Pero supuso que él, por algún motivo, querría recordar aquella época.

—¿Veintisiete de mayo? —dijo él—. La verdad es que no lo sé. ¿Por qué?

Ella sacó el teléfono, pasó el dedo por encima y le mostró una foto de una familia posando frente al panel con los logos. Hayden le cogió el teléfono y se quedó mirando la imagen.

—Pues supongo que sí —dijo, y le devolvió el teléfono—. ¿Por qué lo preguntas?

—¿Qué sería? ¿Una especie de evento corporativo?

—Probablemente. Compramos un puñado de entradas para el teatro o para un partido de béisbol o un parque de atracciones como gratificación para empleados o clientes. ¿Es para un artículo en el que estás trabajando?

Ella siguió preguntando:

—Tendríais fotógrafos contratados, ¿no?

—Supongo.

—Quiero decir... Como el caso de esta foto, frente al panel con las marcas. ¿Probablemente sería un fotógrafo vuestro quien tomó este tipo de fotos?

—Ya te lo he dicho: supongo que sí. ¿De qué demonios va todo esto, Rachel?

—¿Puedes conseguirme todas las fotos?

Una chispa iluminó los ojos de Hayden por una milésima de segundo.

—¿Cómo dices?

—Necesito verlas.

—Para eventos corporativos como este a veces reservamos la mitad del parque —dijo él—. Podría haber... no sé, cinco o diez mil personas. ¿Qué estás buscando?

—No me creerías si te lo contara.

—Cuéntamelo de todos modos —dijo, y luego añadió—: Supongo que tendrá algo que ver con la fuga de tu cuñado de la cárcel.

—Pues sí.

—No puede ser que aún estés enamorada de él, Rachel.

—¿Qué? Yo nunca he estado enamorada de David.

—Hablabas de él sin parar.

—Casi se diría que estás celoso, Hayden.

Él sonrió.

—Quizá lo haya estado.

Aquel era un campo de minas en el que no quería adentrarse.

—¿Confías en mí? —le preguntó.

—Sabes que sí.

—¿Puedes conseguirme las fotos?

Él cogió el vaso de agua y le dio un sorbo.

—Sí.

—Gracias.

—Bueno, ¿y qué más? —preguntó él.

Rachel lo conocía bien.

—Este favor es más peliagudo.

El camarero apareció con un segundo plato:

—Jamón ibérico con caviar.

—Gracias Ken —respondió Hayden, con una sonrisa.

—Que aproveche.

—Esto te va a encantar —dijo Hayden, poniéndole unas cucharadas de paella en el plato. Olía de maravilla, pero de momento Rachel no le hizo caso. Hayden se llevó un bocado a la boca y cerró los ojos, como paladeándola. Cuando volvió a abrirlos dijo:

—Bueno, ¿y qué favor es ese?

—Uno de los logos del panel es del Centro Reproductivo Berg —dijo ella.

—Es lógico —dijo Hayden—. Es una de nuestras empresas. Eso ya lo sabes.

—Lo sé.

—¿Y?

—Pues que hace diez años pedí cita en uno de esos centros.

Hayden paró a medio bocado.

—¿Cómo?

—Llamé a Barb. —Barb Matteson era la directora del centro en

aquella época—. Tú nos presentaste.

—Lo recuerdo. En una fiesta familiar.

—Exacto.

—No lo entiendo —dijo Hayden, dejando el tenedor en el plato—. ¿Por qué pediste una cita?

—Le dije que estaba interesada en quedarme embarazada con esperma de un donante.

—¿Lo dices en serio?

—¿Lo de que pedí la cita? Sí. ¿Lo de ir hasta el final con ello? No.

—No te sigo, Rachel.

—Pedí la cita para Cheryl.

—Vale —dijo, lentamente. Y luego—: Sigo sin seguirte.

—Ella no quería que David lo supiera.

—Ah.

—Sí.

—De modo que Cheryl acudió a la cita haciéndose pasar por ti para que su marido no lo descubriera.

—Exacto.

Hayden ladeó la cabeza.

—Te das cuenta de que probablemente eso sea delito.

—No lo es, pero sé que tampoco es ético. El caso es que Rachel se registró a mi nombre. Usó mi carné de identidad. Nos parecemos bastante. Las facturas llegaron a mi casa.

—Vale —dijo, arrastrando las sílabas.

—Incluso pedí la cita en vuestra consulta de Lowell, por si Barb estaba en la de Boston.

—¿Todo eso para evitar que tu hermana tuviera que decírselo a su marido?

—Sí.

—Interesante.

—Estaban pasando un momento complicado. Pensó que sería algo inocuo.

—A mí no me parece algo inocuo —dijo Hayden—. ¿Y David acabó enterándose?

—Sí.

—Debió enfurecerse contigo.

—No sabe nada de mi implicación en el asunto.

—Pero sabe que Cheryl fue a interesarse por el esperma de un donante.

—Sí.

—Y tú nunca le contaste el papel que tuviste en todo esto. ¿Puedo usar la palabra «engaño»?

—Nunca se lo dije —dijo Rachel, bajando la voz.

El camarero se acercó y les sirvió el vino. Cuando se fue, Hayden preguntó:

—¿Y qué es lo que quieres ahora?

—David no cree que sea una coincidencia.

—¿No cree que sea una coincidencia el qué?

—Vas a pensar que es una locura.

—Eso ya lo he oído antes, Rachel.

—Él cree... es decir, nosotros creemos... —Sonaba tan ridículo, que por un momento Rachel se quedó a medias, sin poder completar la frase—. Creemos que Matthew estaba en el parque de atracciones con tu grupo.

Hayden parpadeó como si le hubieran dado una bofetada. Luego se aclaró la garganta y preguntó:

—¿Quién es Matthew?

—Mi sobrino —dijo ella—. El hijo de David.

Más parpadeos.

—¿El que murió?

—Ahí está el caso. No creemos que esté muerto.

Rachel volvió a entregarle el teléfono a Hayden, esta vez con la fotografía del posible Matthew.

—El niño del fondo. El que tienen cogido de la mano.

Hayden cogió el teléfono y lo sostuvo frente al rostro. Con dos dedos intentó ampliar la imagen. Rachel se lo quedó mirando. Él entrecerró los ojos.

—Está muy borroso.

—Lo sé.

—No pensarás realmente...

—No estoy segura.

Él frunció el ceño.

—Rachel...

—Lo sé. Es una locura. Todo esto es una locura.

Hayden negó con la cabeza. Le devolvió el teléfono como si le quemara en la mano.

—No sé qué es lo que quieres que haga.

—¿Puedes enviarme todas las fotos del Six Flags?

—¿Para qué?

—Para que podamos examinarlas.

—¿Y qué es lo que se supone que querrías encontrar?

—Otras fotos de este niño.

Él meneó la cabeza.

—¿Este niño de rostro difuminado que se parecerá a un millón de niños más?

—No espero que lo entiendas.

—En eso llevas razón.

—Pero hazlo por mí, Hayden. Por favor. ¿Me ayudarás?

Hayden suspiró. Y luego dijo:

—Sí, por supuesto.

Como la mayoría de interrogadores experimentados, Max empleaba tácticas diversas con sus sospechosos. Últimamente el método que mejores resultados le daba era el de descolocarlos. Con la ayuda de Sarah, mantenía al interrogado siempre incómodo, sometiéndolo a un flujo constante de acusaciones, chistes, asco, esperanzas, amistad, amenazas, alianzas y escepticismo.

Sarah y él jugaban al poli bueno y el poli malo y podían cambiar de papel de pronto, de modo que a veces eran el poli bueno y a veces el poli malo.

El caos, cariño. Crea el caos.

Saeteaban a los sospechosos con una lluvia de preguntas... y luego les dejaban pendientes, creando largos silencios. Tal como hacen los mejores lanzadores de béisbol —y el béisbol era el único deporte que Max entendía mínimamente—, el tiro siempre cambiaba: bolas rápidas, cambios de velocidad, parábolas, liftadas... todo el arsenal.

Pero en este momento, sentado frente al alcaide Philip Mackenzie en la mesa de la esquina del pub McDermott's, Max se olvidó de todo aquello. Sarah no estaba allí. De hecho, ella ni sabía que estaba allí. No le parecería bien. Sarah era de las que seguían el manual a rajatabla. Por otra parte (siguiendo con la patética metáfora deportiva), lo que estaba haciendo era como lanzar una bola marcada, algo claramente ilegal, y si alguien iba a ser expulsado del partido, prefería ser él, solo él.

Mackenzie había pedido un whisky irlandés llamado Writer's Tears. Max tomaba un agua con gas. No aguantaba bien el alcohol.

—Bueno, ¿qué puedo hacer por usted, agente especial Bernstein?, preguntó Mackenzie.

Max había decidido quedar con Mackenzie en el local preferido del alcaide porque no se trataba de intimidarlo ni de presionarlo. Más

bien lo contrario.

—Necesito su ayuda para encontrar a David.

—Por supuesto —dijo Mackenzie, irguiendo un poco la espalda—. Es lo que yo quiero. Era mi recluso.

—Y su ahijado.

—Bueno, sí. Razón de más para que quiera tenerlo a buen recaudo, sano y salvo.

—No puedo creerme que nadie se diera cuenta de eso hasta ahora.

—¿Que no se dieran cuenta de qué?

—De su relación con él. Aunque en realidad no me importa. Mire, los dos sabemos que usted le ayudó a escaparse.

Mackenzie sonrió y dio un buen sorbo a su trago.

—Ya ha oído a mi abogado. La grabación de circuito cerrado confirma mi versión. Burroughs aparece con una pistola en la mano...

—Mire, esto no es más que una charla. No la estoy grabando. No es una trampa.

Max dejó su teléfono sobre la pegajosa superficie de la mesa.

—Oh, vaya —dijo Mackenzie, con evidente sarcasmo—. Ha dejado el teléfono sobre la mesa. Ahora desde luego no hay modo de que pueda grabar esto.

—No lo estoy grabando. Y yo creo que lo sabe. Pero por si alguien nos estuviera escuchando, estamos teniendo una discusión en la que planteamos hipótesis, eso es todo.

Mackenzie frunció el ceño.

—¿En serio?

—Mire, Phil, yo querría que esto fuera fácil. No quiero usar amenazas, ¿vale? Sabe que voy a llevarlo ante la justicia por complicidad y por inducción al delito. Caerá, y también caerá su hijo. Ambos acabarán en la cárcel o, cuando menos, en el caso de que sea muy torpe y me lo monte realmente mal, perderán sus puestos de trabajo y su pensión. Esto va a acabar mal, y si me enfado —perdóneme, si Sarah se enfada—, está frito. Se le colará por el esfínter y montará campamento ahí dentro.

—En palabras finas.

—Pero hoy no me importa nada de todo eso. Hoy lo que quiero es

saber por qué lo hizo. Por qué ahora. Hipotéticamente.

Mackenzie echó un trago.

—Parece que tiene usted una teoría, agente especial Bernstein.

—Pues sí. ¿Quiere oírla?

—Claro.

—David Burroughs no recibe visitas en años. De pronto aparece su cuñada. Lo he comprobado. No ha habido intercambio de cartas antes de su visita, ni llamadas telefónicas, nada. También he visto el vídeo de su primera visita. Él no sabía que vendría ella. ¿Hasta ahora me sigue?

—Por supuesto.

—Ella le mostró una foto. No he podido distinguir qué es lo que se ve. Ese es el problema. Pero cuando Burroughs la ve, todo cambia. Se nota incluso a través de las imágenes de circuito cerrado. Cuando acaba la visita, se pone en contacto con usted, y también en este caso, por lo que parece, es la primera vez. ¿Quiere ayudarme y contarme qué era lo que quería?

—Ya le he dicho...

—Vale, no va a ayudarme. Muy bien. Entonces déjeme que siga. Usted reacciona a esa visita yendo a ver a su antiguo colega de la policía, que resulta que es el padre de Burroughs. En cuanto regresa, ayuda a Burroughs a fugarse. No estoy muy seguro de cómo encaja en todo esto la pelea con Ross Sumner. Tampoco estoy seguro sobre el papel del funcionario de prisiones Ted Weston. Es uno de sus hombres. Usted lo conoce mejor que yo. En cualquier caso, Weston ha pedido un abogado en cuanto hemos descubierto que alguien lo estaba sobornando. ¿Usted lo sabía?

—No.

—¿Sorprendido?

—¿De que aceptara un soborno?

—Sí.

Mackenzie echó otro trago y se encogió de hombros.

—Vale, no responda. Pero hay un motivo por el que creo que eso es importante: no creo que Burroughs atacara a Weston. Yo creo que fue al revés. Weston fue a por él. Y eso me resulta raro. Y una cosa más:

cuando Burroughs consigue escapar, la primera persona a la que va a ver es a una testigo clave de su juicio. Una anciana que se cambió de nombre y se mudó justo después de que acabara el proceso. Y resulta que cuando voy a hablar con esa mujer me encuentro con que miente sobre lo que le dijo Burroughs durante su visita. Yo creo que por algún motivo lo está protegiendo.

Max separó las manos.

—Así que sumo todo esto, Phil, ¿y sabe qué es lo que me sale?

—¿Qué?

—Que la cuñada de Burroughs, que había sido una gran periodista de investigación, ha encontrado algo que podría sacarlo de la cárcel. Se lo lleva. Se lo enseña a través del plexiglás. Burroughs va a verle a usted. Le cuenta lo que tiene Rachel Anderson. Usted accede a ayudarle. Pero lo cierto es que usted es demasiado bueno como para improvisar una huida así, dejando tantas cosas al azar. Así que supongo que la agresión de Sumner, o la de Weston —o ambas— le hicieron apresurarse.

—No está mal la historia, agente especial Bernstein.

—Puede llamarme Max. Aún no la tengo del todo perfilada. Me faltan detalles. Pero ambos sabemos que estoy cerca. La cuestión es que tenemos que hacer que David vuelva a la cárcel. Eso usted lo entiende. Y no sé por qué no puede dar directamente esa prueba a su abogado, por ejemplo. Supongo que hay un buen motivo para ello.

Mackenzie seguía sin darle una mínima pista.

—Pero Sarah... Bueno, ella sigue el protocolo a rajatabla. Si iban a por Burroughs, si no fue él quien lo hizo, yo no soy como ese tipo de *El fugitivo*... ¿Recuerda la película?

Mackenzie asintió.

—Incluso recuerdo la serie de televisión.

—La serie no es de mi época. Pero hay una escena estupenda en la que Harrison Ford le cuenta a Tommy Lee Jones, que hace del agente del FBI que intenta pillarlo: «Soy inocente». ¿Y recuerda qué es lo que dice Tommy Lee Jones?

Él asintió.

—Dice: «No me importa».

—Exacto. Esa es Sarah. A ella no le importa. Tenemos una misión que cumplir. Pillar a Burroughs y meterlo de nuevo en la cárcel. Punto final. Por eso hemos quedado usted y yo en este bar, a solas. Yo ahora soy vulnerable. Usted podría contar por ahí lo que le he dicho. Pero a diferencia de Tommy Lee Jones, a mí sí que me importa. Si Burroughs no lo hizo, yo quiero ayudarle.

El alcaide cogió su vaso y lo levantó, buscando la luz de la lámpara.

—Suponga —dijo— que le digo que se acerca bastante.

Max sintió que se le aceleraba el pulso.

—Pero suponga —añadió Mackenzie— que también le digo que la historia real es más enrevesada de lo que usted ha pensado.

—¿Más enrevesada? ¿Cómo?

—Suponga que le digo que el verdadero motivo de la huida de David es que un niño puede estar en grave peligro.

—¿Quiere decir otro niño? —dijo Max, confuso.

—No exactamente.

—¿Le importa explicarse?

Philip Mackenzie sonrió, pero no había ninguna alegría en aquella sonrisa.

—Le diré lo que podemos hacer —dijo él, apurando su whisky, deslizándose por el banco y poniéndose en pie—. Usted me firma la inmunidad total para mi hijo y luego acabamos esta conversación.

—¿Y qué hay de la inmunidad para usted?

—Yo no merezco la inmunidad —dijo Mackenzie—. Al menos aún no.

Los mismos gorilas de antes me llevan de vuelta al avión. Sin esposas, sin taparme los ojos, sin malos tratos. Cuando llegamos a la pista hablo por primera vez:

—Necesito mi teléfono.

El tipo del «cierra esa bocaza» se mete la mano en el bolsillo y me lo lanza.

—Te lo hemos cargado.

—Gracias.

—Hemos oído que le diste una paliza a un poli.

—No.

—En Nueva York. Lo han dicho en las noticias. Está en el hospital.

—Solo intentaba huir.

—Aun así, enhorabuena.

—Sí —dice el otro gorila, abriendo la boca por primera vez—. Enhorabuena.

No me parece que «gracias» sea la respuesta más apropiada, así que no digo nada. Nos subimos al mismo avión y ocupamos los mismos asientos. Yo compruebo los mensajes entrantes, todos de Rachel, por supuesto, cada vez más asustada.

Le respondo:

Estoy bien. Lo siento. Me han entretenido.

Los puntitos empiezan a bailar:

¿Has descubierto algo importante?

Tengo que reconocer que no pierde tiempo pidiéndome explicaciones, ni siquiera preguntando dónde he estado. No se desvía de lo importante.

Le escribo:

Hilde Winslow no nos llevará hasta Matthew.

¿Vía muerta?
Más o menos, sí.

Espero que el avión despegue y alcance la altura suficiente para que empiece a funcionar la wifi. Miro hacia atrás. Mis dos acompañantes llevan los auriculares puestos y están mirando sus teléfonos. Llamo a Rachel.

—¿Qué es todo ese ruido? —pregunta Rachel—. Apenas te oigo.

—Estoy en un avión.

—Que estás... ¿qué?

No hay modo de seguir adelante sin darle algún detalle, así que le

hago un resumen suavizado de lo ocurrido desde que la dejé en Revere.

—¿Y tú, qué? —le pregunto, acto seguido—. ¿Algo nuevo?

Silencio. Y por un momento tengo la impresión de que se ha cortado la comunicación.

—Puede que tenga una pista —dice—. ¿Recuerdas mi viejo amigo Hayden Payne?

Tardo unos momentos en ubicar el nombre.

—¿Ese tipo rico que estaba loco por ti? —Y entonces lo veo—: ¡Oh, vaya! Su familia tiene algo que ver con esas corporaciones, ¿verdad?

—Son los propietarios. Todas forman parte del grupo Payne.

Me quedo pensando en ello.

—Otra coincidencia improbable.

—¿Qué quieres decir?

Pero no quiero desviarla del tema:

—¿Qué hay de Hayden?

—Tenían organizado un evento corporativo en el Six Flags, donde se tomó la foto. Le he pedido que me haga llegar todas las fotos que se tomaron ese día.

—¿Nos puede conseguir también una lista de asistentes?

—Supongo que se la puedo pedir, pero me ha dicho que habría miles de personas.

—Sería un lugar de partida.

—Sí, quizá sí. Ah, y la compañía no reservó todo el parque para el evento. Matthew habría podido ir con alguien que no tuviera nada que ver.

—Aun así vale la pena intentarlo.

—Ya.

—¿Qué más? —le pregunto.

—¿Vuelves a Boston?

Una pregunta para responder a otra.

—No.

—¿Entonces a dónde vas?

—A Nueva Jersey.

—¿Y ahí qué hay?

—Cheryl —digo yo—. Necesito hablar con ella cara a cara.

—Por favor, dime que estás de broma —dijo ella.

Max intentó aguantar la mirada. No se le daba bien eso del contacto visual. Nunca se le había dado bien. Tal como ya había dicho antes, le parecía que estaba sobrevalorado. Aun así, se esforzó. Su interlocutora era Lauren Ford, y era la directora de la Unidad de Investigación Criminal de la zona de Boston. Ahora mismo, era la que estaba venciendo el duelo de miradas.

—No se me dan bien las bromas —dijo Max.

—Entonces, déjame que me asegure de que lo he entendido. —Lauren se puso de pie y se puso a caminar detrás de su mesa—. ¿Quieres que autorice a mi laboratorio para que haga otro test de ADN para asegurarnos de que la víctima de asesinato fue realmente Matthew Burroughs?

—Exactamente.

—¿En un caso que tiene... cinco años?

—Más bien seis.

—Y en que ya hubo una detención y una sentencia.

—Correcto.

—Y en el que el sentenciado acaba de escaparse de una prisión federal.

—De nuevo, correcto.

—Y en el que tu misión, por lo que yo sé, es encontrarlo y llevarlo de nuevo al lugar que le corresponde, no proporcionarle un nuevo juicio.

Max no respondió.

—Así pues —preguntó ella, abriendo los brazos—, ¿qué utilidad tiene un test de ADN de una víctima fallecida hace años si lo que intentamos es encontrar a un convicto huido?

—¿Hicisteis uno en su momento?

Lauren suspiró.

—¿Me has oído decir «otro test de ADN»?

—Sí.

—¿Implica eso que ya hicimos uno?

—Sí.

Y déjame que te diga que no es algo que se haga por protocolo. Ya teníamos una identificación positiva, pese al mal estado del cadáver. La gente ve demasiado CSI. En realidad, raramente hacemos tests de ADN a las víctimas de asesinato. Ningún cuerpo de policía del mundo lo hace. Tampoco les tomamos las huellas dactilares. Solo se hace cuando hay dudas sobre la identidad de la víctima. Y aquí no las había. Sabíamos quién era.

—¿Y aun así lo hicisteis?

—Sí. Porque, como he dicho antes, los miembros de los jurados ven demasiada televisión. Si no tienes todas las pruebas forenses y el ADN, se creen que no sabes lo que estás haciendo. Así que era exagerado, pero lo hicimos.

—¿Cómo?

—¿Qué quieres decir?

—¿Comparasteis el ADN de la víctima con el de la madre, con el del padre, o...?

—¿Y quién se acuerda de eso? Te das cuenta, por supuesto, de que era un caso importante para nosotros, ¿no?

—Me doy cuenta, sí.

—No cometimos ningún error.

—Yo no estoy diciendo que lo cometierais. Mira, aún tenéis una muestra de la sangre de la víctima, ¿verdad?

—Claro. Quiero decir que está en el almacén, pero sí, la tenemos.

Y tenemos el ADN de David Burroughs en el sistema.

Eso estaba claro. Max lo sabía. Cuando alguien era condenado, su ADN se introducía automáticamente en la base de datos.

—Hacer otro test, abrir esa puerta de cualquier modo... —dijo Lauren Ford—... tiene sus riesgos.

—Entonces no digas nada —respondió Max—. Esto queda entre tú y yo.

—¿Tengo pinta de técnica de laboratorio?

—Tú, yo, un técnico de laboratorio. Será nuestra historia secreta.

Ella frunció el ceño.

—Eso suena demasiado íntimo...

Max no dijo nada.

—Podría decirte que saques el culo de mi despacho ahora mismo.

—Sí que podrías.

—Fue una actuación impecable. De manual. El perpetrador era el hijo de un poli, el hijo de un poli muy popular, y, aun así, nos aseguramos de que no hubiera favoritismos.

—Admirable —reconoció Max.

Ella se recostó sobre la silla y se mordisqueó una uña, como habría hecho Max.

—Te voy a contar algo en confianza. Porque, lo mires por donde lo mires, la actuación fue impecable.

—Escucho.

—El laboratorio de ADN en esa época.

—¿Qué le pasaba?

—Cometió algunos errores.

—¿Qué tipo de errores?

—De esos que, si te hacen una investigación interna, acabas dejando el trabajo y mudándote al extranjero.

Silencio.

—Joder —dijo Lauren—, ¿Me estás diciendo que no es el chaval?

—Lo que te estoy diciendo es que hagas el test —dijo Max—. Y ya puestos, compara el ADN con todas las bases de datos de desaparecidos. Si el niño muerto no era Matthew Burroughs, tenemos que descubrir quién es.

Rachel puede llevar el coche hasta la pista del aeropuerto, una de las ventajas de los vuelos privados, supongo. Cuando bajamos del avión, los dos gorilas me dan la mano muy efusivamente.

—¿Sin rencores? —me pregunta el que me mandaba cerrar la boca.

—Sin rencores —respondo.

Me meto en el coche de Rachel. Ella se queda mirando el avión y dice:

—Las ventajas de la criminalidad.

Pues sí.

Arranca y nos ponemos en marcha.

—¿Eso de que ahora quieras ver a Cheryl —me dice Rachel— tiene que ver con la clínica de fertilidad?

—No es una coincidencia, Rachel.

—No paras de decir eso —dice ella, mientras agarra el volante con más fuerza—. Yo tengo que confesarte una cosa.

—¿Qué?

—Es algo del pasado. Ya no debería importar.

Pero por su tono queda claro que importa, y mucho. Me giro para mirarla. Ella se concentra en la carretera de forma excesiva.

—Adelante.

—Yo ayudé a Cheryl a reservar la cita en esa clínica de fertilidad.

No estoy muy seguro de entender qué quiere decir.

—Cuando dices «ayudé»...

—Hayden Payne me puso en contacto con la directora del Centro Reproductivo Berg —dice ella—. La llamé y concerté la cita.

—¿En lugar de Cheryl?

—Sí.

—Eso no me parece gran cosa —digo yo—. Quiero decir... me habría gustado que me lo contaras, pero...

—Dije que la cita era para mí. —Rachel traga saliva, sin apartar la vista de la carretera—. Y cuando fue Cheryl, usó mi carné de identidad en lugar del suyo.

Voy procesando lo que dice. Respondo con una extraña tranquilidad.

—¿Y por qué hiciste algo así?

—¿Tú por qué crees que lo hice, David?

Pero la respuesta es obvia:

—Para ocultármelo.

Siento que las lágrimas están a punto de aflorar, pero ni siquiera sé por qué.

—A estas alturas me importa una mierda, Rachel.

—No es lo que tú crees.

—Lo que creo es que Cheryl quería explorar la posibilidad de recibir esperma de un donante y que no quería que yo me enterara. Y creo que conspiraste a mis espaldas para ayudarla. ¿Me equivoco?

Rachel mantiene ambas manos en el volante.

—En la cárcel aprendes que nadie está en el bando de nadie.

—Yo estoy contigo.

No digo nada.

—Es mi hermana. Lo entiendes, ¿verdad?

—¿Así que te prestaste a ayudarla?

—Le dije que era una mala idea.

—Pero aun así lo hiciste.

Rachel acciona el intermitente con cuidado, comprueba los retrovisores y cambia de carril. Pese a que hace cinco años que no nos vemos, la conozco perfectamente.

—¿Rachel?

Ella no responde.

—¿Qué es lo que no me estás contando?

—Yo no estaba de acuerdo con lo que estaba haciendo. Pensaba que debía contártelo.

Me quedo esperando que llegue el golpe de gracia.

—Y cuando Cheryl decidió que no iba a hacerlo, pensé...

—¿Qué pensaste?

Rachel pasa por alto mi pregunta.

—¿Cómo te enteraste de que Cheryl había ido a Berg?

—Alguien de la clínica dejó un mensaje en el contestador automático de casa.

—Piensa en ello —dijo Rachel—. ¿Por qué iban a hacer algo así si su ficha de paciente estaba a mi nombre?

Me lleva más tiempo del que debería encontrar la respuesta.

—¿Tú?

Ella no aparta la vista del asfalto.

—¿Tú dejaste el mensaje?

—Se había acabado. Ella había decidido que no lo haría. No me

gustaba que me hubiera implicado en algo así, y por mucho que intentara justificármelo a mí misma, te había traicionado. Y no lo llevaba bien. Así que una noche que había bebido una copa de más pensé: «Joder, Cheryl debería decírselo. Por su bien. Por el bien de él. Caray, y por mí. Para que no vivamos todos con esa horrible mentira flotando sobre nuestras cabezas el resto de nuestras vidas. Vosotros dos estabais a punto de crear vuestra propia familia».

Me quedo ahí, pensando. Cuando creía que ya nada podría sorprenderme, ahí está.

—Es algo que he aprendido por las malas —dijo Rachel—. Las mentiras como esa no se las lleva el viento. Nunca desaparecen. Te van pudriendo lentamente desde dentro. Cheryl y tú no podíais construir una familia a partir de un secreto como ese. Y sí, vale, no me correspondía a mí contarlo. Pero Cheryl me metió en el ajo. Y ese secreto estaba envenenando también nuestra relación. La tuya y la mía.

—Así que decidiste poner fin al secreto —digo yo.

Rachel asiente. Aparto la mirada.

—¿David?

—No importa. Tal como has dicho, fue hace mucho tiempo.

—Lo siento.

De pronto me viene algo a la mente; necesito cambiar de tema:

—¿Cheryl sabe que voy a verla?

—Me dijiste que no se lo dijera —responde Rachel, negando con la cabeza.

—Así que cree...

—Cree que voy a ir yo sola. Me espera en su consulta.

—¿Cuánto falta?

—Media hora —dice ella, y se hace el silencio.

Rachel deja el coche en el aparcamiento del St. Barnabas Medical Center de Livingston, Nueva Jersey. Ambos llevamos mascarillas quirúrgicas. Desde la covid, nadie se extraña al ver a alguien con mascarilla, especialmente cerca de un hospital. Sí, es un disfraz bastante efectivo.

Nos dirigimos hacia la entrada principal.

—¿Cuánto tiempo lleva Cheryl trabajando aquí? —le pregunto.

—Tres años. Tienen un buen programa de trasplantes de riñón.

—Pero a Cheryl le encantaba trabajar en el Boston General.

—Sí —reconoce Rachel—, pero cuando te condenaron se le hizo insoportable. El hospital la calificó de —Rachel traza unas comillas en el aire con los dedos— «distracción».

Levanto la vista al cielo.

—Una cosa más —dice Rachel—. Aquí es la doctora Cheryl Dreason.

Otra punzada.

—¿Ha adoptado el apellido de Ronald?

—Para pasar desapercibida...

—Muy inteligente por su parte —observo.

—¿En serio?

Hago una mueca.

—Ella también lo perdió todo.

Nuevo marido, nuevo embarazo, sigue haciendo la cirugía de trasplantes que tanto le gusta... No me parece que las palabras de Rachel sean demasiado precisas, pero no quiero parecer mezquino.

Entramos. Rachel se dirige a la recepción y le dan pases de visitante para los dos. Cogemos el ascensor hasta la cuarta planta y seguimos unos carteles que dicen TRASPLANTE RENAL Y DE PÁNCREAS. Rachel se baja la máscara y saluda a la recepcionista.

—¡Hola, Betsy!

—Hola, Rachel. Te espera en su consulta.

Rachel sonríe una vez más y vuelve a subirse la mascarilla. Yo sigo caminando a su lado, como si todo aquello fuera rutina y supiera dónde voy. Se me empieza a acelerar el pulso, y noto que respiro menos profundamente.

Estoy a apenas unos metros de Cheryl: mi exmujer, la madre de mi hijo, la única mujer que he querido nunca.

Siento que los ojos se me llenan de lágrimas. Una cosa es imaginar este momento, pero ahora que ha llegado...

Rachel se detiene de golpe.

—Mierda.

«Policía», pienso, en el milisegundo antes de darme cuenta de que no, no se refiere a ningún tipo de agente de la ley, sino a Ronald Dreason, el nuevo marido de Cheryl. Conozco a Ronald, por supuesto. Era administrativo en el Boston General, y siempre «prestaba atención» a Cheryl. Ya sabéis lo que quiero decir. Él solo quería ser su «amigo», aunque eso no se lo creía nadie, ni siquiera la esposa de Ronald —de la que, para ser justos, ya se había separado—. Por supuesto, por motivos obvios, a mí no me hacían ninguna gracia los constantes mensajes de texto «de trabajo», aunque Cheryl se lo tomaba a risa.

—Bueno, vale. Quizá Ronald esté algo prendado de mí —solía decir Cheryl—, pero es inofensivo.

«Inofensivo, ya», pienso ahora, reprimiendo una risa sarcástica.

Ronald mira a Rachel, y esboza una sonrisa. Cheryl y Rachel tienen una relación muy estrecha, así que estoy seguro de que Rachel la visita en el trabajo a menudo. Probablemente este encuentro no tenga nada de sorprendente, ni de nuevo. Yo bajo la cabeza y giro ligeramente a la derecha. Aún llevo la máscara. Freno un poco y me doy media vuelta, como si no fuera con Rachel. Ella sigue avanzando, decidida, en dirección a Ronald. Le agarra del brazo y le dice con una alegría quizá algo exagerada:

—Hey, Ronald.

Ronald le da un beso en la mejilla.

El beso es tenso, pero lo cierto es que todo en Ronald es tenso. Me

paro allí mismo y decido no seguir pensando en él. Vuelvo a ponerme en marcha, pegado a la pared, con la cabeza gacha y paso firme. No me arriesgo a mirarle.

Cierro los ojos y lo dejo atrás.

Ya estoy seguro.

Rachel está intentando alejarlo, pero él la hace parar.

—No esperaba verte aquí —le dice Ronald—. ¿Has oído lo de la fuga de David?

Yo aligero el paso. Tengo tres puertas delante sin ninguna indicación. En una de ellas estará mi esposa —exesposa, perdón—. El tiempo va pasando. Cojo el pomo de la primera puerta, lo giro y entro.

Y ahí está.

La he interrumpido mientras escribía algo en una especie de tableta. Levanta la vista. Yo aún llevo la mascarilla quirúrgica y tengo la cabeza afeitada, pero no importa: me reconoce de inmediato. Por un segundo, ninguno de los dos se mueve. Nos quedamos mirándonos, sin más. No tengo muy claro qué siento o, para ser más exacto, qué no siento. Me invade un torrente de emociones que fluye por mis fatigadas venas. No consigo reaccionar.

Ella tampoco.

Cheryl y yo nos enamoramos en el instituto. Empezamos a salir, nos comprometimos, nos casamos y tuvimos un niño maravilloso juntos.

De pronto me asalta una idea incómoda: Ronald podría volver.

O podría entrar una enfermera u otro médico. Giro el pomo y lo bloqueo. Ya está. Ese es el primer movimiento que hago después de ver a Cheryl. Me doy la vuelta hacia ella, sin saber muy bien qué me encontraré, qué tipo de reacción, pero Cheryl ya está de pie, rodea la mesa y cuando llega junto a mí no hay pausa, no vacila ni un momento: me envuelve con sus brazos y me abraza con fuerza. A mí me fallan las piernas, pero ella me mantiene en pie.

—David —dice Cheryl en voz baja, con una ternura que tiene el mismo efecto que si me arrancaran el corazón del pecho y me lo rompieran en trocitos.

La abrazo. Ella llora. Yo lloro. No puedo. No puedo. Tengo un millón de preguntas que hacerle, pero he venido por un motivo y no

es este. Quizá resulte algo brusco, pero le cojo los brazos y la aparto un poco.

No hay tiempo para preámbulos.

—Nuestro hijo podría estar vivo —le digo.

Ella cierra los ojos.

—David.

—Por favor, escúchame.

—Nadie desea más que yo que eso sea cierto —dice, con los ojos aún cerrados, apretando los párpados con fuerza.

—¿Has visto la foto?

—No es Matthew, David.

—¿Cómo puedes estar tan segura?

Las lágrimas empiezan a surcarle las mejillas. Levanta ambas manos y me coge la cara. Por un momento siento que las piernas van a fallarme otra vez y que no conseguiré levantarme.

—Porque Matthew está muerto —me dice, tan bajito que casi no la oigo—. Enterramos a nuestro niño. Tú y yo. Estuvimos juntos, cogidos de la mano, y vimos cómo metían ese minúsculo ataúd blanco en la tierra.

—Yo no lo maté, Cheryl —digo, negando con la cabeza.

—No sabes cómo desearía creer que eso es cierto.

Esas palabras me duelen más de lo que habría podido imaginarme. Ella baja la cabeza. Tiene el dolor grabado en el rostro. No quiero ir por ahí, no querría hacerlo, pero no puedo evitarlo.

—¿Por qué dejaste de creer en mí, Cheryl?

Oigo el patético gemido en mi voz y me odio por ello.

—No lo hice —responde—. Nunca.

—¿Cómo pudiste creer que lo hice?

—Nunca te culpé. No lo hice.

Abro la boca para volver a preguntarle por qué dejó de creer en mí, pero consigo frenarme. No, no es el momento de ir por ahí. Concéntrate.

—Está vivo —insisto, con mayor decisión, y luego—: No me importa si me crees o no. Tengo que pedirte algo. Luego te dejaré en paz.

Ver esa mirada de pena en sus ojos me destroza.

—¿Qué quieres, David? ¿Qué es lo que necesitas de mí?

—Tu visita al Centro Berg.

La pena se transforma en confusión.

—¿De qué estás hablando?

—Esa clínica que visitaste.

—¿Qué le pasa?

—Tiene algo que ver con lo que le pasó a Matthew.

Ella da un paso atrás.

—¿Qué...? No, no tiene nada que ver.

—Esa foto que te enseñó Rachel la tomaron durante un evento corporativo. Del Centro Reproductivo Berg. Está relacionado.

—No —dice Cheryl meneando la cabeza. Yo no digo nada—. ¿Cómo puedes pensar eso?

—Tú cuéntamelo, Cheryl.

—Ya te lo conté todo.

—No me dijiste que te hiciste pasar por Rachel.

—¿Te lo ha contado?

No hace falta que responda.

—No lo entiendo. —Vuelve a cerrar los ojos con fuerza, como si quisiera borrar todo aquello—. ¿Y qué importa eso ahora? —Su voz es más un ruego que una pregunta. El dolor va en aumento, la consume. Yo querría poder consolarla, incluso ahora, incluso después de todo lo que ha pasado, pero no voy a hacerlo—. Nunca debería haber ido a esa clínica.

Yo guardo silencio.

—Es todo culpa mía —dice ella.

No me gusta el timbre de su voz; hace que la temperatura del despacho baje diez grados de pronto.

—¿Qué quieres decir? —le pregunto.

—Lo hice a tus espaldas. Lo siento mucho.

—Lo sé. Pero eso ya no importa.

—No debería haberte hecho eso.

Va a conseguir que me eche a llorar, y no quiero.

—Cheryl...

—Estábamos distanciándonos. ¿Por qué, David? —Ladea la cabeza

tal como solía hacer y por un segundo estamos sentados en nuestro patio de atrás, con nuestros cafés y nuestros libros, y el sol de la mañana ilumina el césped tiñéndolo de un amarillo dorado, y ella ladea la cabeza para hacerme una pregunta—. No hemos sido los primeros en experimentar las tensiones que provoca la infertilidad.

—No, es verdad.

—Entonces, ¿por qué nos distanciamos?

—No lo sé —confieso.

—Quizá las grietas ya estuvieran ahí desde antes.

—Quizá. —No quiero seguir hablando de eso—. Ahora ya no importa.

—Pero fue una traición terrible.

No digo nada porque no creo que sea capaz de hablar.

—Y a causa de eso... —Ahora le tiembla la voz—... a causa de lo que te hice, nuestro hijo...

Cheryl se echa a llorar.

Por supuesto, conozco a mi exmujer desde hace mucho tiempo. La he visto reaccionar a todo tipo de emociones. La he visto llorar. Pero nunca así. Ni siquiera cuando murió Matthew. Cheryl nunca fue de las que se dejan llevar. Al menos no del todo. Incluso cuando hacíamos el amor, o cuando tenía a nuestro hijo en brazos, una parte de ella siempre mantenía el control. Sentías cierta frialdad, cierta distancia, lo cual puede sonar a crítica, pero no lo es. Simplemente, nunca perdía el control del todo.

Hasta este momento.

Quiero hacer algo. Quiero abrazarla, o al menos ofrecerle un hombro en el que llorar. Pero de pronto siento un escalofrío que me atraviesa el corazón.

—¿Qué pasa, Cheryl?

Ella no deja de llorar.

—¿Cheryl?

—Llegué hasta el final.

Tal cual. Me quedo helado. Sé lo que quiere decir, pero se lo pregunto de todos modos:

—¿Llegaste hasta el final con qué?

No me responde.

—Tú lo sabías.

Yo niego con la cabeza.

—Tú lo sabías —repite—. La rabia, el resentimiento, la tensión.

Sigo negando con la cabeza.

—Volviste a tener ataques de sonambulismo.

—No.

—Sí, David. Por culpa de lo que hice. Te enfadaste. Te descontrolaste. Debí de haberme dado cuenta. Fue culpa mía. Y de pronto un día, no sé, quizá bebiste demasiado. O la tensión se volvió insoportable.

Yo no dejo de negar con la cabeza.

—No.

—David, escúchame.

—¿Tú crees que yo maté a nuestro hijo?

—No —dice ella—. Yo creo que fui yo quien lo mató. Con lo que te hice.

Apenas puedo respirar.

—Estaba segura de que el procedimiento no había tenido éxito, que Matthew era tuyo, pero eso no importaba. El hecho de llegar hasta el final, mi traición... Eso te cambió.

Combato el instinto, intento concentrarme en lo importante, intentar mantenerme a flote entre ese torrente de emociones.

—Intentaste quedarte embarazada con esperma de un donante.

—Sí.

—Me dijiste que no lo habías hecho.

—Lo sé. Te mentí.

Ahora sí que no sé qué decir.

—¿Y pensaste...?

Ahora lo veo claro, cómo interpretó ella la sucesión de hechos: que yo descubrí que había recurrido al esperma de un donante, que perdí la cabeza. Que pensé que Matthew no era hijo mío. «La rabia, el resentimiento, la tensión».

Y el sonambulismo. Está convencida de que no lo hice intencionadamente, pero que de algún modo mi rabia contenida se

manifestó, que bebí demasiado, o que mezclé antidepresivos y alcohol, o que mi psique trastornada evocó algún trauma del pasado y que inconscientemente me levanté en sueños, agarré un bate de béisbol, fui a la habitación de Matthew y...

De pronto muchas cosas cobran sentido. Cheryl se culpa. Después de todo este tiempo. No solo ha perdido a su hijo. Cree que lo hice yo y, peor aún, está convencida de que es responsable de ello.

—Cheryl, escúchame.

Vuelve a echarse a llorar. Las rodillas le fallan. No puedo dejar que suceda. Independientemente de todo lo demás, no puedo dejarla caer así. Me acerco a la carrera y ella se agarra a mi camisa, sollozando.

—Lo siento mucho, David.

No necesito oír esto. No quiero oír esto. Concéntrate en el objetivo, me digo.

—Todo eso ya no importa.

—David...

—Por favor —insisto—. Por favor, mira la foto.

—No puedo.

—Cheryl.

—No puedo darme ese tipo de esperanzas. Si lo hago, me hundiré.

No sé qué responder a eso.

—Quiero creer, David, con todas mis fuerzas, pero si lo hago... —Se detiene y niega con la cabeza—. Estoy embarazada otra vez.

—Lo sé —digo yo.

Y entonces es cuando oigo una llave moviéndose en la cerradura de la puerta. Un segundo más tarde se abre.

Es Ronald.

Tarda unos segundos en reconocerme. Cuando lo hace, abre los ojos como platos.

—¿Qué demonios está pasando aquí?

No tengo tiempo para esto. Vuelvo a mirar a Cheryl.

—Vete —me dice Cheryl, enjugándose las lágrimas—. No dirá nada.

Me dirijo hacia la puerta a toda prisa. Por un momento creo que Ronald va a cortarme el paso. No lo hace. Se hace a un lado. Le diría «Más vale que la trates bien» o incluso «Me alegro por vosotros», pero

no soy tan generoso, y ya he tenido suficiente melodrama por una tarde.

Asiento levemente y salgo.

Max vio que la llamada era de la oficina de Lauren Ford. Antes de responder paseó la mirada por el despacho para asegurarse de que estaba solo. A Sarah aquello no iba a gustarle. Tal como había señalado Lauren, su trabajo era pillar a David Burroughs, no contribuir a su liberación. Sarah no aprobaría lo que estaba haciendo.

—¿Sí?

—Tengo algo —dijo Lauren.

—¿Burroughs es el padre?

—Eso aún no lo sé. Lo creas o no, he tardado un buen rato en entrar en la base de datos de reclusos. Pero he cotejado el ADN de la víctima con la base de datos de niños desaparecidos.

—¿Y?

—Y no aparece.

—Supongo que habría sido muy difícil que apareciera.

—No, Max... ¿Puedo llamarte Max?

—Sí.

—No, Max, no era tan difícil. Las bases de datos de niños desaparecidos son bastante completas. Cuando desaparece un niño, en la gran mayoría de los casos se recoge ADN. No siempre. Pero en la mayoría de casos. Y eso no es todo.

—¿Qué es lo que no es todo?

—He pasado la descripción por todas las bases de datos de niños desaparecidos. No solo por las de ADN. Por todas las de niños desaparecidos. He puesto la edad, la talla, todo. Y para asegurarme de que no me dejaba nada, he elevado la búsqueda a nivel federal. Todo Estados Unidos. He mandado a los mejores de mi equipo a que lo revisaran. Porque, bueno, si la víctima no es Matthew Burroughs... Dios, solo decirlo ya parece una locura... Si Matthew no es la víctima, eso querría decir que algún otro niño fue asesinado brutalmente esa

noche.

—Estoy de acuerdo —dijo Max—. ¿Y?

—Y nada. Ninguna coincidencia. Cero. Ninguna que se acerque siquiera.

Max hizo una mueca nerviosa.

—¿Oyes lo que te digo, Max?

—Lo oigo.

—No hay nadie más. Tiene que ser Matthew Burroughs el que estaba en esa cama.

Él empezó a mordisquearse una uña.

—¿Tienes algo más?

—¿Qué significa si tengo algo más? ¿Me estás escuchando?

—Sí.

—Mierda —dijo Lauren—. Aun así quieres que haga la prueba de paternidad.

—Pues sí.

—No tengo por qué hacerlo —dijo Lauren.

—Lo sé.

—Mierda. Bueno. Pero luego enterramos esto para siempre. ¿Trato hecho?

—Trato hecho.

—Debería tener los resultados muy pronto —dijo Lauren, y colgó.

A sus espaldas, Sarah preguntó:

—¿Quién era, Max?

—Otro caso —murmuró—. ¿Qué pasa?

—¿Qué otro caso?

Max sabía que Sarah no lo dejaría sin más.

—Era un tío, ¿vale?

—¿Un tío?

—Lo he conocido en una app de citas. Es algo nuevo. No quería decir nada.

—Me alegro por ti —dijo Sarah.

—Gracias.

—Y, por otra parte, no me lo trago. Pero ya hablaremos de eso más tarde. Nos vamos.

—¿Por qué? ¿Qué ha pasado?

—Burroughs acaba de salir del Hospital St. Barnabas, en Nueva Jersey. Es donde trabaja su exmujer.

—Yo solo quería pasar un día normal con él —dijo Hayden—. ¿Es demasiado pedir? Y deberías haberlo visto, Pixie. Un niño en un parque de atracciones. Creo que nunca he visto a Theo tan feliz. Todo era tan maravillosamente... —Hayden levantó la vista y se quedó mirando el techo, como si buscara allí la palabra justa—... normal.

«Normal», pensó Gertrude. No había nada normal en aquella familia, en sus vidas. En realidad nadie quería la normalidad. Recordó el día que llevó al padre de Hayden y a sus hermanos a Disneylandia, hacía una eternidad. Había pagado un dineral al parque para que les dejaran pasar antes del horario de apertura. Los Payne se pasaron dos horas allí dentro, solos, y cuando abrieron las puertas para permitir el acceso de los «normales», cuando el parque abrió de verdad, un alto cargo les acompañó a todas las atracciones para que pudieran saltarse la cola.

Ese día, ninguno de los que esperaban dos horas para subirse a la Space Mountain habría querido ser «normal».

—Ojalá me hubieras dicho que pensabas llevarlo al parque.

—Me lo habrías impedido —replicó Hayden.

—Y ahora ya sabes por qué.

—Fui con mucho cuidado. Llevaba gorra de béisbol y gafas de sol. No le dije a nadie que iba a ir. Lo mantuve alejado de todos los fotógrafos oficiales. Y venga ya, Pixie, ¿qué probabilidades hay? Era muy pequeño cuando lo rescaté. Sería imposible saberlo, ni aunque lo miraras fijamente. Y no es que se trate de un niño desaparecido. El mundo cree que está muerto.

Gertrude viajó con la mente a aquella noche, hace cinco años. Hayden no le había consultado. Tampoco la había advertido, porque sabía que ella no se lo habría permitido. Era casi de madrugada cuando llegó a la finca de los Payne con el pequeño.

—Pixie, tengo que contarte algo...

Es impresionante lo que puede llegar a justificar la mente humana. Todos vivimos en la autojustificación y la autorracionalización. Y Pixie no era diferente. La moralidad es subjetiva. Aquella noche podía haber hecho «lo correcto», pero eso solo lo hacemos cuando no nos cuesta nada. Eso le recordó el debate sobre la extinción de los pollos. Hay quien dice que, si no comiéramos pollo, la raza se extinguiría, *ergo* sería perjudicial para los pollos que dejáramos de comérnoslos. Una amiga vegana le había dicho a Gertrude que eso era una tontería, pero eso ahora no importaba. Lo que está claro es que millones de pollos nacen y viven una vida breve y brutal para acabar siendo comidos. ¿Es mejor eso que no vivir? ¿Es mejor que el pollo viva seis semanas, pongamos, o que deje de existir? ¿Y quiénes somos nosotros para decidir por el pollo? ¿Sería mejor dejar de comer pollo y que se extinguiera la raza? ¿Realmente estamos haciendo algo bueno al comer pollo? Etcétera.

La cuestión es que no hay posición correcta o incorrecta. La cuestión es que quien quiera comer pollo usará esta justificación, aunque no le importe lo más mínimo el pollo ni su supervivencia como especie. Porque... bueno, porque quiere comer pollo.

Y eso se puede aplicar a la familia, multiplicándolo por diez. La familia es importante. La propia familia, por supuesto: sea rica, pobre, en la antigüedad, en la actualidad... es una constante invariable. Todos lo sabemos. Los que lo niegan, o se engañan, o mienten. Nos llenamos la boca hablando del bien común, sin tener muy claro de qué bien común se trata, pero solo cuando nos es práctico. En realidad no nos preocupan los demás, salvo cuando nos conviene. ¿No os lo creéis? Haceos esta pregunta: ¿cuántas personas permitiríais que murieran para salvar a vuestro hijo o a vuestro nieto de la muerte?

¿Una persona? ¿Cinco? ¿Diez?

¿Un millón?

Responded con honestidad y quizá así entendáis lo que hizo Gertrude ese día.

Eligió a Hayden. Eligió a su familia. Todos hemos oído alguna vez eso de que hay que romper huevos para hacer una tortilla. Eso es cierto, por supuesto, pero en muchos casos, y en este en particular, los

huevos ya estaban rotos, así que la cuestión es: una vez cascados los huevos, ¿haces una tortilla o una porquería?

—Y aun así... —dijo Pixie, abriendo los brazos—... aquí estamos. Es hora de que te vayas, Hayden. De que os vayáis los dos.

Hayden apartó la mirada.

—Esa mancha roja... —dijo, en voz baja. Gertrude cerró los ojos. No quería volver a oír aquello.

—Dios le puso aquella marca en el rostro por algún motivo.

—No es más que una marca de nacimiento, Hayden.

—Pues así es como lo descubrieron. Habrá un motivo.

Ella sabía que no lo había. No era el destino, ni la voluntad de Dios, ni nada así. Ves un cruce. Millones de personas cruzan esa calle cada año. No pasa nada. De pronto, un día, se da una combinación de cosas —el asfalto está helado, quizá, un conductor que está usando el móvil, o que ha bebido demasiado, lo que sea— y un peatón es atropellado y muere. Las probabilidades son de una sobre diez millones, quizá, pero no es una coincidencia. Sucede. Y si no sucediera, no habría historia.

Aquella fotografía era su probabilidad sobre diez millones.

O quizá Hayden tuviera razón. Quizá hubiera algún ente superior que quisiera que sucediera.

—En cualquier caso —dijo Gertrude—, es hora de que os vayáis los dos.

—Parecerá sospechoso —dijo Hayden—. ¿Justo cuando Rachel me pide las fotos del parque de atracciones, de repente me voy del país?

—Pixie, tengo que contarte algo...

Aquella noche se había presentado ante Gertrude como un niño pequeño, pero ese era el aspecto que adoptaban siempre los hombres cuando se metían en líos y necesitaban que los salvaran. Así que ella lo salvó. Salvó a su familia. Los salvó a todos. Otra vez.

Pero ¿había salvado a Theo?

No importaba. Mantendría aquello en secreto. Una vez más.

También había creado un nuevo secreto, un secreto sobre el niño, un secreto que nadie conocía, ni siquiera Hayden.

Pero ahora todo eso no importaba. Nada de todo eso importaba. Una vez más, Gertrude Payne tenía que salvar a la familia. Así que eso

es lo que haría, independientemente del coste que pudiera tener para otros.

Justo cuando Max y Sarah entraban en el St. Barnabas Medical Center para interrogar a Cheryl Burroughs, el teléfono de Max empezó a vibrar. Vio que la llamada entrante era de Lauren.

—Dame un segundo —le dijo a Sarah, y se apartó para que no pudiera oírle. Aun así, Sarah le lanzó una mirada de desconfianza.

—¿Qué hay?

—Tengo el resultado de la prueba de paternidad —dijo Lauren, y se lo dio. Luego añadió—: ¿Quieres decirme qué demonios está pasando?

—Quizá nada. Dame una hora.

Colgó y volvió junto a Sarah.

—¿Quién era? —preguntó ella.

—Eh... mi nuevo ligue.

—¿Otra vez? Parece que tiene muchas ganas.

—Sarah...

—¿Os conocisteis en un campamento de verano? ¿Vive en Canadá?

—¿Eh?

—¿Quién era, Max?

—En un minuto lo verás.

—¿Qué se supone que quiere decir eso?

—¿Dónde está la exmujer de Burroughs?

—En su consulta.

—Pues vamos.

—Su actual marido también está aquí —dijo Sarah—. Ronald Dreason.

Max se quedó pensando en ello:

—¿Deberíamos dividir para vencer?

—No, Max. Yo creo que debemos ir juntos. Lo he dejado en reposo en otra sala.

Max no protestó. Recorrieron el pasillo hasta la consulta de Cheryl Burroughs. Cheryl Burroughs les saludó con un gesto profesional, como si fueran pacientes. Se sentó tras su mesa. Ellos ocuparon las dos

sillas que había delante. La decoración era sobria. Max buscó diplomas en las paredes, pero no encontró ninguno.

Sarah dejó que Max llevara la iniciativa. Max fue al grano.

—¿Qué le ha dicho su exmarido?

—Nada.

Igual que Hilde Winslow. Max cambió de posición en la silla.

—Pero ha venido a verla, ¿no?

—En realidad no sé por qué ha venido —dijo ella.

—¿No hablaron?

—Se fue corriendo enseguida. No tuvo tiempo de decir gran cosa.

Sarah y Max cruzaron una mirada. Sarah suspiró antes de responder:

—Tenemos la grabación de seguridad, doctora Burroughs.

—Ahora es Dreason —la corrigió ella.

Sarah no estaba de humor:

—Ya, vale. Su exmarido, el convicto huido de la cárcel que mató a su hijo, ha estado en esta misma consulta ocho minutos antes de que entrara su marido. ¿Nos está diciendo que en todo ese tiempo no dijo nada?

Cheryl se tomó su tiempo. Se volvió hacia la ventana de la consulta y Max pudo apreciar que tenía los ojos enrojecidos. Había estado llorando, de eso no había duda.

—No estoy obligada a hablar con ustedes, ¿verdad?

Sarah miró a Max. Max miró a Sarah.

—¿Por qué no iba a querer hablar con nosotros? —le preguntó Sarah.

—Tengo pacientes esperando. Me gustaría que se fueran.

Max decidió que había llegado la hora de lanzar la bomba.

—Su exmarido... —dijo—. No es el padre de Matthew, ¿verdad?

Las dos mujeres se quedaron mirándolo, perplejas.

—¿De qué está hablando? —preguntó Cheryl. El gesto de Sarah mostraba la misma pregunta—. Por supuesto que David es el padre de Matthew.

—¿Está segura?

—¿Dónde quiere llegar, agente Bernstein?

Sarah le miraba como diciendo: «A mí también me gustaría saberlo».

—Cuando Matthew fue asesinado —prosiguió Max—, usted ya conocía a su marido actual, Ronald Dreason. ¿Es correcto?

—Éramos compañeros de trabajo.

—¿No se acostaban juntos?

Cheryl no picó el anzuelo. Sin alterarse, respondió:

—No, no nos acostábamos juntos.

—¿Está segura?

—Muy segura. ¿Adónde quiere llegar, agente especial? Vaya al grano, por favor.

—He visitado la oficina de la fiscalía en la que llevaron el caso del asesinato de su hijo. Aún tienen registrado el ADN de Matthew en su base de datos.

Max vio que algo empezaba a cambiar en el rostro de Cheryl.

—También tienen archivado el ADN de su marido. A todos los reclusos condenados se les extrae una muestra. Así que les he pedido que hagan una prueba de paternidad.

Cheryl Dreason empezó a mover la cabeza de un lado a otro.

—Según la prueba, David Burroughs, el hombre condenado por el asesinato de Matthew Burroughs, no es el padre del niño que encontraron en la cama.

—¿Max? —dijo Sarah, con los ojos como platos.

La voz de Cheryl fue apenas un suspiro:

—Oh, Dios mío...

Max no apartaba la mirada de Cheryl.

—¿Doctora Dreason?

Pero ella se limitaba a negar con la cabeza.

—David era el padre de Matthew.

—Los resultados de la fiscalía son concluyentes.

—¡Oh, Dios mío! —repitió, y los ojos se le llenaron de lágrimas—. Entonces David tiene razón.

—¿En qué?

—En que Matthew sigue vivo.

Consigo acceder a mi antigua cuenta de email justo en el momento en que Rachel mete el coche en el aparcamiento de una tienda PGA, especializada en equipo de golf, junto a la Garden State Parkway. Estoy buscando un correo electrónico de hace ocho años, y con el motor de búsqueda consigo encontrarlo. Lo leo solo para asegurarme. Y luego lo vuelvo a leer.

—¿David?

El aparcamiento de la tienda PGA es enorme, exagerado, teniendo en cuenta el tamaño de la tienda, y me pregunto qué más van a construir ahí. Solo hay un coche aparcado en la esquina opuesta, junto al bosque, un Toyota Highlander. A través de los árboles veo un campo de golf. La ubicación es práctica, supongo.

—¿Cómo ha ido con Cheryl? —me pregunta Rachel.

—Fue hasta el final con la donación de esperma.

Silencio.

—¿Tú lo sabías? —le pregunto.

—No —responde, bajando la voz—. David, lo siento.

—Tampoco cambia nada.

A eso no responde.

—Aunque no sea su padre biológico, sigue siendo mi hijo.

—Lo sé.

—Y es mío. No es que eso importe, pero lo sé.

—Yo también lo sé —dice Rachel, mientras aparca junto al Toyota Highlander.

Del Highlander sale un hombre con una gorra de los Yankees.

—Vamos —me dice Rachel.

Deja las llaves puestas y nos dirigimos al Highlander. El hombre con la gorra de los Yankees dice:

—Sal por el carril pegado a los árboles. Las cámaras de vídeo no

cubren esa zona.

Intercambiamos los coches. Así de sencillo. La abogada de Rachel se ha encargado de arreglarlo. Nada más salir del hospital, los dos nos hemos dado cuenta de que no podíamos confiar en que Ronald no fuera a hacer una llamada, o que quedáramos al descubierto de alguna manera.

Rachel vuelve a tomar la carretera. El hombre con la gorra de los Yankees nos ha dejado unos teléfonos prepago nuevos sobre los asientos. Los configuramos para redirigir cualquier mensaje o llamada de nuestros teléfonos antiguos a los nuevos. También hay un martillo en el interior de una de esas bolsas de supermercado reutilizables. En un Burger King de la autopista, bajo del coche con nuestros teléfonos viejos y el martillo. Una vez dentro del baño, me encierro en un cubículo, destrozo los teléfonos con el martillo y tiro los restos en una papelera.

Mientras tanto Rachel ha comprado comida en la ventanilla para coches. Yo siempre he odiado los restaurantes de comida rápida, pero ahora un Whopper con patatas fritas me parece una experiencia religiosa. Lo engullo.

—¿Cuál es nuestro próximo movimiento? —me pregunta.

—Solo nos quedan dos pistas —digo, entre un bocado y otro—. El parque de atracciones y la clínica de fertilidad.

—Le he pedido a Hayden que nos consiga todas las fotografías de los fotógrafos de la empresa. —Paramos en un semáforo en rojo. Rachel echa un vistazo a su teléfono—. De hecho...

—¿Qué?

—Hayden ha respondido.

—¿Ha enviado las fotos?

El semáforo se pone verde, así que Rachel responde:

—Deja que pare y eche un vistazo. —Para en la rampa de entrada a un Starbucks y apaga el motor. Busca en el teléfono—. Están en una especie de nube a la que tenemos que acceder. Los archivos pesan demasiado.

—¿Y podemos descargarlos desde un teléfono prepago?

—Creo que vamos a necesitar un ordenador o algo así. Yo tengo el

mío, pero podrían rastrearlo.

—Pues tendremos que arriesgarnos.

—Tengo una VPN. Quizá con eso baste.

Rachel echa mano de su bolso y saca un portátil superfino. Lo enciende y abre la página en cuestión. No queremos estar ahí demasiado tiempo, así que pasamos las fotos a toda velocidad. Todas están tomadas frente al panel de los logos.

—¿Cuánto tiempo podemos dedicarle a esto? —me pregunta.

—No lo sé. ¿Y si te pusieras en marcha? Quizá sea más difícil localizar un objetivo en marcha.

—Lo dudo, pero vale.

Yo sigo pasando fotografías. Voy a toda mecha, pero me parece una pérdida de tiempo. Si vas a un parque de atracciones con un niño secuestrado, no posas frente al panel de la entrada. ¿O sí? Han pasado cinco años. Ha crecido. Todo el mundo cree que está muerto. Nadie lo duda. Así que quizá sí. Quizá alguien piense que ha pasado suficiente tiempo. Nadie va a buscar a un niño que dan por muerto. Y aunque sea algo arriesgado, ¿qué otra cosa puedes hacer? ¿Tener al niño encerrado en una jaula de por vida?

Sigo pasando fotos, pero me parece un esfuerzo inútil. Empiezo a ampliarlas, intentando buscar en el fondo, porque supongo que ahí es donde pueden aparecer las sorpresas. Los archivos son tan grandes que puedo ampliar hasta el mínimo detalle. En un momento dado localizo a un niño que podría tener la misma edad que Matthew más o menos, pero cuando hago zoom se hace evidente que el parecido es mínimo.

Oigo el zumbido de un teléfono. Es el de Rachel. Mira el número y descuelga. Me hace un gesto para que me acerque y escuche.

—¿Sí?

—¿Puedes hablar?

—Sí, Hester.

Hester Crimstein es la abogada de Rachel.

—¿Estás sola? —pregunta Hester—. Di solo sí o no. No digas ningún nombre.

Se refiere a mi nombre, por supuesto. Por si alguien escucha.

—No estoy sola —dice Rachel—. Pero podemos hablar. ¿Qué pasa?

—Pues que el FBI acaba de hacerme una visita —responde Hester—. Adivina quién ha pasado a ser declarada «persona de interés».

Rachel me mira.

—Tú, Rachel —dice Hester—. Tú.

—Sí, ya me lo imaginaba.

—Tienen una grabación de vídeo en la que se te ve en el hospital donde trabaja tu hermana, supuestamente con un condenado fugado, así que... ¿Ese nuevo peinado tan mono? Ya no te vale de disfraz. Le he dicho al FBI que la del vídeo no eres tú. También les he dicho que es photoshop. También les he dicho que, en el caso de que seas tú, está claro que has ido allí coaccionada. Y les he dicho otras cosas, pero ahora mismo no me acuerdo de todas.

—¿Y algo de todo eso ha hecho efecto?

—Ni el más mínimo. Han emitido una orden de búsqueda y captura. En cualquier momento aparecerá en las noticias una foto tuya con tu nuevo peinado. De aquí al estrellato.

—Genial —dice Rachel—. Gracias por avisarme.

—Y un último consejo, para que lo tengas en cuenta —añade Hester —: para la opinión pública en general, tu cuñado es un asesino fugado. De lo peor. Un infanticida. Le quitó una pistola a un alcaide. Atacó a un agente de policía que aún está hospitalizado. ¿Entiendes lo que te estoy diciendo?

—Creo que sí.

—Pues por si acaso, te lo voy a dejar más claro: David Burroughs está considerado un delincuente armado y extremadamente peligroso. Y lo tratarán como tal. Si lo encuentra la policía, no dudarán en disparar. Tú eres mi cliente, Rachel. Y no quiero que ninguno de mis clientes se vea atrapado en un tiroteo. Los clientes muertos no pagan sus honorarios.

Hester cuelga. Yo me quedo mirando una foto en la pantalla del ordenador donde se ven a tres hombres de unos treinta años en una noria. Los tres sonríen. Están colorados, y me pregunto si será del sol o de la bebida.

—Deberías dejarme que hiciera estoy yo solo —le digo.

—Chis —responde ella.

Sonrío. No quiere escuchar y yo no voy a insistir demasiado porque la necesito. Sigo pasando los dedos por la pantalla, haciendo y deshaciendo zooms, y de pronto se me ocurre una cosa.

—La fotografía de Matthew —digo.

—¿Qué le pasa?

—¿Dijiste que tu amiga Irene te enseñó un puñado de fotos?

—Sí.

—¿Cuántas?

—No lo sé. Probablemente tomara diez o quince.

—Supongo que después de ver a Matthew las examinaste todas.

—Sí, claro.

—¿Cómo las hizo?

—¿Qué quieres decir?

—¿Con carrete, cámara digital, teléfono...?

—Ah, vale. Su marido, Tom, es un fanático de la fotografía. Pero no lo sé. Le pedí a Irene si tenía otras fotos, pero me dijo que no había más.

Me vuelvo hacia ella.

—¿Podemos ponernos en contacto con la simpática Irene?

—Lo intenté justo antes de ir a buscarte, pero estaban en Aspen, de boda. Creo que regresaban anoche. ¿Por qué?

—Quizá ella o Tom puedan ampliar la foto. U otras fotos. Como hacemos aquí. Para que veamos algo más. Quienquiera que llevara a Matthew al parque... No sé, pero da la impresión de que lo mantuvo apartado de los fotógrafos profesionales. La única persona que sabemos que lo retrató es Tom.

—Así que quizá podamos encontrar alguna otra pista en sus fotos.

—Exacto.

Rachel se queda pensando en ello.

—No puedo llamar a Irene sin más.

—¿Por qué no?

—Si en las noticias dicen que el FBI me busca e Irene lo ve...

—Puede avisarles —digo yo, acabando la frase por ella.

—Es probable. Desde luego no me va a recibir con los brazos abiertos.

—Puede que ni siquiera esté en casa.

—No podemos arriesgarnos, David.

Tiene razón.

—¿Dónde viven los Longley? —pregunto.

—En Stamford.

—Eso está a apenas una hora de aquí.

—¿Y cuál es nuestro plan, David? ¿Nos presentamos allí, llamo a la puerta y le digo que quiero echar un vistazo a las fotos?

—Claro.

—En ese caso también podría llamar a la policía.

—Si ha oído los comunicados, se lo verás en la cara y podemos irnos a toda prisa.

Rachel frunce el ceño.

—Es arriesgado.

—Creo que es un riesgo que tenemos que correr. Vamos hacia allá y ya lo decidiremos.

En el orfanato de la pequeña nación balcánica al bebé le pusieron Milo.

A Milo lo habían dejado abandonado en un baño público, dado por muerto. Nadie sabía quiénes eran sus padres, así que alguien lo llevó al orfanato. Parecía sano, pero no dejaba de llorar de dolor. Un médico le diagnosticó el síndrome de Melaine, una enfermedad rara pero mortal provocada por una mutación genética. Los niños afectados raramente superan los cinco años de edad.

En la mayoría de los casos, un niño como Milo habría muerto al cabo de pocas semanas. Para llegar a los cinco años de edad y vivir con una mínima comunidad haría falta una enorme cantidad de dinero, y ni siquiera aquel orfanato, uno de los muchos financiados por una generosa familia estadounidense, dedicaría tal cantidad de recursos a un niño que no tenía ninguna posibilidad. Habría que recurrir a un tratamiento caro y mantenerlo durante mucho tiempo para prolongar una vida que en cualquier caso estaría llena de dolor y penurias.

Lo mejor —la mayoría estaría de acuerdo— sería encargarse de que tuviera una muerte tranquila. Sería casi un acto de compasión.

Solo que no fue eso lo que sucedió.

Hayden Payne, que era miembro de la generosa familia estadounidense, se enteró de la difícil situación de ese niño. Lo que nadie tenía claro era el motivo por el que el joven Payne se enteró de ese caso en particular, o de que demostrara tanto interés por él. La gente murmuraba, por supuesto, pero sin que los trabajadores del orfanato lo supieran, Hayden había enviado una petición solicitando que le avisaran si encontraban a algún niño que coincidiera con aquel tamaño y aquella descripción física. Cuando Hayden se enteró de que el niño además estaba enfermo, su interés aumentó aún más. En el orfanato nadie se atrevió a preguntar qué interés podría tener un hombre así en encontrar a un niño que encajara con ese perfil específico.

¿Por qué? Muy sencillo: porque los Payne financiaban el orfanato. No sería lo ideal, pero la realidad era esa: sin los Payne se acababa el orfanato, la protección de los niños, y los empleos que generaba.

No obstante, para cualquiera que viera a Hayden con el pequeño —y no eran muchos los que lo habían visto— Hayden Payne había sido una bendición del cielo. Hacía todo lo que podía por Milo. Para él era muy importante. Hizo todo lo que estaba en su mano para asegurarse de que la breve vida del niño fuera lo más placentera posible. Sin escatimar en gastos. Casi cada día, Hayden se encargaba de que el niño viviera aventuras de lo más emocionantes. Un día Milo se convertía en bombero y podía subirse a un gran camión. Al día siguiente era policía, y disfrutaba apretando el botón de la sirena en el coche patrulla. Hayden llevó al niño a algunos partidos de fútbol y pudo visitar los vestuarios y observar el partido desde el campo. Se lo llevó a ver carreras de caballos, carreras de coches, ferias agrícolas, zoos y acuarios.

Hayden hizo que la breve vida de Milo fuera lo más agradable posible.

No tenía por qué hacerlo, por supuesto, pero se convirtió en algo importante para él. Lo cierto era que, de no haber intervenido, Milo

habría muerto mucho tiempo atrás, y con gran dolor. Gracias a Hayden —gracias a la generosidad de Hayden—, el niño había podido vivir los pocos días que le quedaban con alegría, y mucha diversión. Hayden consideraba que lo que había hecho era digno de elogio. No tenía por qué haberlo hecho así. Podría haber sido más pragmático. Podría haber usado a un niño sano que nadie fuera a echar de menos. Le habría resultado más fácil. Habría funcionado mucho mejor, porque así habría podido hacerlo más rápido y con menos riesgos. Pero no, Hayden se había tomado su tiempo. Había hecho lo correcto. Había limpiado su conciencia. Había encontrado una vida que se habría perdido igualmente y se había encargado de que fuera especial, de que tuviera chispa. Todos disponemos de un tiempo limitado en la Tierra. Eso lo entendemos. Pero Hayden Payne se encargó de que el tiempo de Milo se viera ampliado y de que mejorara tremendamente.

Y de pronto, un día, cuando llegó el momento, cuando el niño tuvo exactamente el tamaño y el peso correctos, cuando tuvo el plan pensado hasta el último detalle y cuando el pequeño empezó a sufrir otra vez, Hayden lo subió a un avión privado a Estados Unidos y se lo llevó a una casa de Massachusetts. Le dio una dosis de sedante mínima, para que no apareciera en el flujo sanguíneo, lo suficiente como para que no sintiera nada. Le hizo subir hasta el dormitorio del otro niño. Al otro niño le administró el mismo sedante y se lo llevó al coche. Ya se había asegurado de que el whisky, el favorito de su padre, contuviera un sedante algo más potente.

Entonces Hayden le puso a Milo el pijama con dibujos de Marvel que llevaba el otro niño.

Milo estaba durmiendo en la cama cuando Hayden levantó el bate de béisbol por encima de la cabeza. Cerró los ojos y pensó en el profesor Tyler y aquel abusón de octavo y en aquella niña que no dejaba de chillar, en todas las veces que había dado rienda suelta a su ira anteriormente, siempre con buen motivo. Canalizó la rabia y abrió los ojos. Esperaba —y quería creer— que el primer golpe hubiera matado a Milo.

Luego volvió a levantar el bate. Y otra vez. Y otra. Y otra.

Cuando llegó con el niño a la finca de los Payne, cuando por fin

podía sentirse seguro, fue, curiosamente, cuando Hayden Payne empezó a sentir pánico.

—Pixie, tengo que contarte algo...

—¿Qué era lo que había hecho? Después de tanta planificación, de tantos años esperando para enmendar aquel error, ¿por qué le consumían las dudas? ¿Y si había cometido un terrible error? ¿Y si el niño no era suyo realmente? ¿Podía retroceder en el tiempo y arreglar las cosas?

¿Era demasiado tarde?

Pero como siempre, Pixie se había mostrado prudente, serena, racional. Envió a Stephano para asegurarse de que Hayden no hubiera cometido errores, que no hubiera dejado pistas que pudieran involucrar a los Payne. Luego, para eliminar cualquier rastro de duda, hizo que Hayden se hiciera una prueba de paternidad. Los resultados tardaron un día en llegar —un día que a Hayden se le hizo eterno—, pero al final Pixie le anunció, orgullosa, que el test confirmaba que Hayden había hecho lo correcto.

Theo —antes conocido como Matthew— era hijo suyo.

La voz de Pixie le devolvió de golpe al presente:

—¿Hayden?

Hayden carraspeó.

—Sí, Pixie.

—Le enviaste las fotografías —dijo Gertrude.

—De dos de los cuatro fotógrafos —dijo él—. Estaban muy lejos de donde estábamos nosotros. Las repasé personalmente.

—En cualquier caso, creo que Theo y tú deberíais iros enseguida.

—Nos iremos por la mañana.

Paramos junto al rancho de tres dormitorios de Irene y Tom Longley en Barclay Drive, en North Stamford. He buscado información sobre la casa en Zillow mientras veníamos. Ocupa una parcela de media hectárea y está valorada en 826.000 dólares. Tiene dos baños, un aseo, y una piscina en el jardín de atrás.

Estoy tumbado en el asiento de atrás, cubierto con una manta para que no se me vea. Barclay Drive es una clásica calle de barrio residencial. Un hombre sentado solo en un coche llamaría la atención.

—¿Estás bien? —me pregunta Rachel.

—De maravilla.

Rachel tiene su teléfono. Llama al mío. Respondo. Hacemos una prueba rápida: ella habla y yo escucho. Ahora podré oír la conversación con Irene o Tom, o quien sea que abra la puerta, si realmente hay alguien en casa. Primitivo, pero esperamos que efectivo.

—He dejado las llaves puestas —dice—. Si algo va mal, tú vete.

—De acuerdo. También llevo la pistola. Si te pillan, diles a los polis que te he obligado.

Ella frunce el ceño.

—Ya, pero no.

Me oculto bajo la manta y espero. No tenemos auriculares ni nada parecido, así que me pego el teléfono a la oreja. Me siento raro escondido en el asiento trasero de un coche, pero esa es la menor de mis preocupaciones.

Por el teléfono, oigo los pasos de Rachel y luego a lo lejos el timbre.

Se abre la puerta y puedo intuir una voz de mujer:

—¿Rachel?

—Hey, Irene.

—¿Qué estás haciendo aquí?

No me gusta ese tono. Me queda claro que está al corriente de la orden de busca y captura. Me pregunto cómo lo va a afrontar Rachel.

—¿Recuerdas esas fotos que me enseñaste del parque de atracciones?

Irene parece confusa:

—¿Qué?

—¿Eran digitales?

—Sí. Un momento, ¿has venido por eso?

—Hice una foto de una de ellas con mi cámara.

—Sí, ya lo vi.

—Me preguntaba si me enseñarías las demás otra vez. O los archivos.

Silencio. Ese silencio no me gusta.

—Oye —dice Irene—, ¿puedes esperar aquí un segundo?

Sé que lo que estoy a punto de hacer es estúpido, pero me dejo llevar por el instinto otra vez. El instinto está sobrevalorado. Hacer lo que te dicen las tripas es una excusa para no pensar o para evitarse el esfuerzo de cotejar posibilidades antes de tomar una decisión.

Pero es que no tengo tiempo para todo eso.

Cuando salgo rodando del coche ya tengo la pistola en la mano.

Echo a correr hacia la puerta principal. Pese a la distancia, veo perfectamente cómo abre los ojos Irene, sorprendida. Se queda paralizada. Eso me gusta. Lo que me preocupa es que dé un paso atrás, se meta en casa y cierre la puerta. Pero ya tengo la pistola levantada.

—¿David? —dice Rachel.

Pero antes de que añada «¿Qué estás haciendo?», me planto frente a Irene y le digo, con una voz entre el grito y el susurro:

—No te muevas.

—¡Oh, por Dios, no me hagas daño!

Rachel me echa una mirada airada. Yo también la miro, y dejo claro que no tenía elección.

—Mira, Irene, lo único que quiero es que no llames a la policía. No te haré daño —le digo. Pero ella ya tiene las manos levantadas y los ojos cada vez más abiertos.

—Necesitamos ver las fotos —le digo. Bajo la pistola y saco la

fotografía que llevo en el bolsillo—. ¿Ves a ese niño? El que está al fondo.

Ella está demasiado aterrada como para apartar la vista de mí.

—Mira la foto —le digo, levantando la voz, quizá demasiado—. Por favor.

—¿Por qué no pasamos dentro? —sugiere Rachel.

Entramos. Irene no puede apartar la vista de la pistola. Y eso me hace sentir mal. Acabe como acabe esto, no será nunca la misma. Habrá conocido el miedo. Le costará dormir. Acaba de perder algo, algo que le he arrebatado en el momento en que la he apuntado con la pistola. Eso es lo que les hacen a las personas las amenazas y la violencia. Es algo de lo que no se libran nunca más.

—No voy a hacerte daño —le digo, balbuceando de pronto—. Me he pasado los últimos cinco años en la cárcel por el asesinato de mi hijo. Un asesinato que no cometí. El de la foto es él. Por eso hui. Por eso estamos aquí Rachel y yo. Estamos intentando encontrar a mi niño. Por favor, ayúdanos.

No me cree. O quizá no le importe. Ella también está siguiendo a su instinto, el instinto más primitivo: el de la supervivencia.

—Dice la verdad —añade Rachel. Aunque, una vez más, no creo que eso importe.

—¿Qué queréis de mí? —pregunta Irene, presa del pánico.

—Solo las fotos —repito—. Eso es todo.

Tres minutos más tarde estamos en la cocina de Irene. Sobre la puerta de la nevera hay decenas de fotos de Irene, Tom y sus dos hijos. Se sienta ante la mesa de la cocina y, con una mano temblorosa, abre el ordenador portátil. Observo que no deja de echar miradas a la nevera. No sé si está intentando encontrar la fuerza necesaria en su familia o si quiere recordarme que la tiene.

—Todo va a ir bien —le digo a Irene—. Te lo prometo.

Eso no parece reconfortarla demasiado. Siento de nuevo ese pinchazo, y no es por mí, sino por lo que le estoy haciendo a ella, que no tiene nada que ver con todo esto. Intento encontrar algo de consuelo en el hecho de que, cuando consiga demostrar mi inocencia, cualquier rastro de estrés postraumático que le pueda quedar

desaparecerá de golpe.

—¿Qué es lo que queréis que haga? —pregunta Irene.

Rachel intenta apoyar una mano en su hombro para tranquilizarla, pero Irene se encoge y se la quita de encima.

—Abre las fotografías de ese día, por favor —le digo.

Irene se equivoca al teclear, probablemente debido a los nervios. Yo ya he guardado la pistola, de modo que no la pueda ver, pero se ha convertido en el proverbial elefante en la habitación.

Al final abre una carpeta y aparecen un montón de iconos en la pantalla.

Se levanta del taburete y nos indica con un gesto que podemos seguir nosotros mismos. Rachel se sienta y hace clic en la primera fotografía, en la que aparece uno de los niños sonriendo y señalando una enorme montaña rusa.

—¿Puedo irme ya? —pregunta Irene, con voz temblorosa.

—Lo siento —digo, con la máxima delicadeza posible—. Llamarías a la policía.

—No lo haré. Lo prometo.

—Quédate con nosotros un minuto más, ¿vale?

¿Qué otra opción tiene? Yo soy el tipo de la pistola. Empezamos a mirar fotos. En algunas hay atracciones de feria y en otros niños disfrazados y una especie de espectáculo acuático con delfines, cosas así. Examinamos el fondo de cada una de ellas. Al final llegamos a la fotografía que inició todo esto. La señalo y pregunto a Irene:

—El niño de atrás. ¿Lo recuerdas, aunque sea mínimamente?

Ella me mira como si tuviera la respuesta correcta escrita en el rostro.

—No, lo siento.

—Tiene una mancha de color vino en el rostro. ¿Eso no te dice nada?

—No, lo siento. No... pasaba por ahí, nada más. No lo recuerdo. Lo siento.

Rachel hace zoom y siento que se me dispara el corazón. La calidad de la fotografía es excelente, especialmente en comparación con la versión que me trajo a la sala de visitantes, una impresión en papel de

la imagen que consiguió Rachel haciendo una foto con su teléfono a la foto revelada. No sé cuántos píxeles tendrá el archivo, pero a medida que se acerca al rostro del niño, apretando la tecla más para ir haciendo zoom, siento cómo va en aumento la tensión. Miro a Rachel. Ella también lo ve. Ya no es una imagen borrosa. Muy pronto el rostro del niño ocupa toda la pantalla.

Nos miramos el uno a la otra. No hay lugar a dudas.

Es Matthew.

¿O podría ser una proyección de nuestra voluntad? No lo sé. No me importa. Pero en el momento en que empiezo a preguntarme si habremos llegado a un callejón sin salida, Rachel se pone a apretar repetidamente el botón de la flecha a la derecha. La imagen va alejándose del rostro del niño.

—¿Qué estás haciendo? —le pregunto.

Rachel no responde. Aprieta la flecha a la derecha más veces, siguiendo el bracito de Matthew hasta su mano. Y al llegar allí, cuando tenemos su mano en la pantalla, oigo que Rachel contiene una exclamación.

—Rachel.

—Oh, Dios mío.

—¿Qué?

Señala la mano del hombre que agarra la de mi hijo.

—Ese anillo —dice. Veo la piedra morada y el escudo de una universidad. Frunzo los párpados intentando ver mejor.

—Parece un anillo de graduación.

—Lo es —dice ella, y luego se da la vuelta—. Es de la Universidad de Lemhall.

—¿Quieres decirme qué demonios está pasando, Max?

Sarah estaba conduciendo. Max iba en el asiento del acompañante. Ella tenía los ojos puestos en la carretera, pero Max sentía como si le perforara la piel con la mirada.

—No tengo claro que Burroughs lo hiciera.

—¿Que hiciera qué?

—Que matara a su hijo.

—¿Ahora eres abogado defensor?

—No —dijo Max—. Soy un agente de la ley.

—Que tiene asignada la misión de capturar a un convicto huido —dijo Sarah—. Si no lo ha hecho, hay tribunales, leyes y todo un sistema legal que puede enmendar el error. No es tu misión. Ni la mía. Nuestra misión es atraparlo.

—Nuestra misión tiene como fin hacer justicia.

—Se escapó de la cárcel.

—Eso es discutible.

—¿Qué?

—Le ayudaron. Ambos lo sabemos.

—Estás hablando del alcaide.

—Sí. Hablé con él.

Max la puso al corriente. Sarah estaba rabiosa.

—Por Dios —dijo Sarah—. Tenemos que arrestar a Mackenzie.

—Sarah...

—¿Te estás oyendo, Max? Están jugando contigo.

—El test de ADN...

—... demuestra que no es el padre. Vaya cosa. Si acaso, eso va en su contra.

—¿Y eso? —preguntó Max.

—La esposa. La que acabamos de visitar. No nos lo está contando

todo. Eso lo ves, ¿no?

—Sí, vale.

—Es muy simple, Max. Ella tenía una historia. O un novio. Caray, probablemente estaba ya saliendo con su actual marido. Quizá Matthew sea hijo de él, de ese tal Dreason, y David Burroughs se enteró.

—¿De modo que Burroughs mató al niño?

—Claro. ¿Por qué no? ¿Tú crees que es el primer cornudo que mata a su hijo? Aun así, en cualquier caso, y necesito que escuches esto, Max, tenemos un sistema legal para remediar estas cosas. No digo que sea perfecto. En tu tiempo libre, si quieres, puedes ir de cárcel en cárcel en busca de inocentes que hayan sido encarcelados injustamente y ayudarles a demostrar su inocencia. Hazlo. Te admiraré por ello. Pero no los saques de la cárcel, Max. No les des pistolas. No dejes que destruyan lo poco que queda de nuestro sistema de orden público, por muchos fallos que tenga. Tenemos que capturar a Burroughs. Sin más. Es un delincuente armado y peligroso. Y tenemos que tratarlo como tal. ¿Te queda claro?

—Quiero saber si lo hizo o no.

—Entonces voy a dar parte —dijo Sarah.

—¿Qué quieres decir?

—Voy a hacer que te saquen del caso, Max. No es para ti.

—¿Me harías algo así?

—Eres muy importante para mí —dijo Sarah—. Pero también lo son nuestros juramentos y nuestro sistema legal. No estás centrado.

En ese momento le sonó el teléfono. Respondió:

—Jablonski.

—Burroughs acaba de colarse en una casa de Connecticut. Ha retenido a una mujer a punta de pistola.

¿Qué otra cosa podía hacer?

No podía disparar a Irene Longley. No podía atarla. Todo eso queda muy bien en la tele, pero en la práctica no tiene sentido. Supongo que, de haber tenido más tiempo, habríamos podido quitarle el teléfono y

encerrarla en un armario, pero ella intentaba que nos fuéramos de la casa lo antes posible porque sus hijos iban a volver, y yo no quería dejarle más cicatrices mentales a aquella pobre mujer, ni que los niños tuvieran que encontrarse a su madre encerrada en un armario.

Así que le rogamos que no llamara a la policía. Le explicamos lo mejor que pudimos que estábamos intentando rescatar a mi hijo. Ella asintió, pero tal como he contado varias veces, solo lo hacía para aplacarme. No estaba escuchando. De modo que cruzamos los dedos y nos fuimos a toda prisa.

¿Qué otra cosa podíamos hacer?

La policía acabaría encontrándonos. Era solo cuestión de tiempo. Nos planteamos cambiar de nuevo las matrículas por las de otro coche en un aparcamiento o pedirle a Hester Crimstein que nos enviara otro vehículo, o incluso tomar un Uber. Llegamos a la conclusión de que cualquiera de esas cosas no haría más que frenarnos aún más.

Al fin de cuentas, el trayecto desde casa de Irene hasta la finca Payne nos llevaría poco más de dos horas. La policía no tenía ni idea de adónde íbamos. Lo mejor, decidimos, sería ir directamente.

La partida se estaba acabando. Ya no había motivo para seguir huyendo.

Rachel me deja el volante. Yo conduzco más rápido de lo permitido, pero no lo suficiente como para que nos pararan. Es raro conducir un coche después de cinco años. No es algo que se te olvida. Lo que se dice de las bicicletas es aplicable a los coches, supongo. Pero resulta extraño: después de pasar cinco años en una jaula la experiencia es algo que te llena de energía. Solo puedo pensar en encontrar a mi hijo, en rescatarlo, en descubrir qué pasó realmente esa noche horrible.

Es el único motivo por el que decidí escapar. No me preocupaba la libertad, ni mi propio bienestar. Pero ahora que estoy fuera, ahora que estoy saboreando lo que solía ser la vida antes, no puedo evitar desearla. No estoy diciendo que sea algo a lo que antes no daba valor. Es simplemente que, con Matthew muerto, no importaba en absoluto.

—No lo entiendo —me dice Rachel—. ¿Por qué iba a estar Matthew

con Hayden Payne?

Yo tengo algunas teorías, pero aún no quiero manifestarlas.

—¿Crees que debería llamarlo? —pregunta.

—¿A Hayden?

—Sí.

—¿Y qué le dirías?

Se queda pensando.

—No lo sé.

—Tenemos que presentarnos allí.

—¿Y luego qué, David? Tienen una verja. Hay seguridad.

—Volveré a ocultarme en el asiento de atrás.

—¿En serio?

—No podemos ponerlo sobre aviso, Rachel.

—Lo entiendo, pero tampoco podemos presentarnos sin más. Ni siquiera sabemos si Hayden está en casa.

En cierto sentido, no tiene importancia. Ahora mismo solo tenemos un destino: la finca de los Payne en Newport, en Easton Bay. Si Hayden Payne no está ahí, aparcamos en algún lugar cercano, nos ocultamos y esperamos.

Tiene a mi hijo.

—Quizá deberíamos llamar a la policía —plantea Rachel.

—¿Y qué les decimos?

—Que Matthew está vivo y que creemos que lo tiene Hayden Payne.

—¿Y qué crees que hará la policía con esa información? ¿Emitir una orden de registro para entrar en la casa de una de las familias más ricas del país? ¿Basándose... en qué? ¿En esa fotografía?

Ella no responde.

—Y si el niño se convierte en una amenaza para la saga de los Payne, ¿tú crees que lo entregarán... o que se lo quitarán de encima?

Sigo conduciendo, mirando con demasiada frecuencia por el retrovisor, convencido de que en cualquier momento veré las luces de un coche patrulla. Vamos a buen ritmo.

—Mira mi teléfono —le digo a Rachel.

—¿Qué?

—Tomé una imagen de un email antiguo. Míralo.

Lo hace. Cuando deja el teléfono de nuevo, me pregunta:

—¿Quieres hablar de ello?

—Ahora no tenemos tiempo. Primero tenemos que centrarnos en esto.

Rachel y yo improvisamos un plan justo en el momento en el que salimos de la RI-102 sur. Coge su teléfono y llama a Hayden.

Oigo los tonos de llamada. Tengo el corazón en un puño.

—¿Rachel?

Esa voz. Es la de Hayden Payne. Ahora la oigo. Tiene a mi hijo. Me lo arrebató. Creo que incluso entiendo por qué, pero todo eso no importa.

Rachel se aclara la garganta.

—Hey, Hayden.

—¿Estás bien?

—Sí, estoy bien.

—¿Recibiste las fotos que te envié?

—Sí, gracias. Por eso te llamo. ¿Puedo ir a verte?

—¿Cuándo?

—Como en unos diez minutos.

—Estoy en la finca Payne.

—Vale, yo voy en coche y estoy pasando por Newport. ¿Puedo acercarme?

Se crea un largo silencio. Rachel me mira. Yo intento mantener controlada la respiración. Pasa otro segundo. Rachel no lo soporta.

—Quiero hablarte de algunas de las fotos.

—¿Te ha parecido ver a ese niño misterioso en alguna? —pregunta.

—No, creo que en eso tenías razón, Hayden.

—¿Perdona?

—No creo que Matthew aparezca en ninguna de las fotos. Creo que mi sobrino murió hace cinco años. Pero también creo que alguien intenta tender una trampa a David.

—¿Tenderle una trampa? ¿Cómo?

—Necesito que me ayudes a identificar a algunos de los que aparecen en las fotos.

—Rachel, había miles de empleados en el evento. Yo he estado en el

extranjero. La verdad, no sé...

—Pero aun así podrías ayudarme, ¿no? Solo quiero enseñarte las personas a las que me refiero. A lo mejor podrías preguntarle a alguien. Ya estoy casi en la puerta. ¿Podrías ayudarme con esto, por favor?

—¿David va contigo?

—¿Qué? No.

—La policía cree que estás implicada en su huida. Sale en las noticias.

—No está conmigo —dice ella.

—¿Sabes dónde está?

Rachel ve su oportunidad:

—Por teléfono no, Hayden. Estaré ahí en cinco minutos.

Cuelga. Encontramos un lugar tranquilo donde parar y nos movemos rápido. Abro el portaequipajes y me meto dentro. Hay una cubierta de plástico negra para ocultar los bultos. Me oculto debajo y me la echo por encima. Estoy escondido. Nos llamamos por teléfono para que pueda oírlo todo. Rachel se pone al volante.

Me quedo allí tendido, a oscuras. Cinco minutos más tarde, Rachel me anuncia:

—Estoy pasando junto a la caseta del guardia.

Oigo unas voces a lo lejos y luego a Rachel que dice su nombre. No sé lo que está pasando, claro. Estoy en un maletero a oscuras. Intento permanecer absolutamente inmóvil.

—¡Gracias! —dice Rachel con fingida alegría, y nos ponemos en marcha otra vez.

—David, ¿puedes oírme?

Activo la voz del teléfono.

—Estoy aquí.

—En unos quince segundos voy a parar en la curva de la que te he hablado. ¿Estás listo?

—Sí.

Ya lo hemos hablado. El camino que lleva hasta la casa está flanqueado de árboles de verde follaje. Hay una especie de curva ciega, me ha dicho Rachel, donde puedo salir y —con un poco de

suerte— esconderme tras los árboles sin que me vean.

—Ahora —dice.

El coche se para. Salgo, me dejo caer al suelo y vuelvo a cerrar el maletero. No tardo más de dos o tres segundos. Me mantengo agachado y me oculto tras un árbol enorme. Ella sigue adelante. Voy hasta al otro lado de los arbustos. Cuando me pongo en pie, me encuentro delante una imagen imponente. La finca Payne está construida sobre un acantilado. A lo lejos, donde acaba el verde, se ven las olas del océano Atlántico. El cuidado del césped de los jardines debe de ser cosa de los dioses. Hay setos tallados con forma de animales, de personas, hasta de rascacielos. La fuente del centro es una moderna escultura descomunal, una cabeza hecha como de espejos, y el agua sale de la boca. Me recuerda la *Metamorfosis* de David Cerny, en Carolina del Norte. La mansión está a la derecha. Cabría esperarse un palacio opulento, pero los Payne habían optado por una estructura cubista blanca. Aun así, a pesar de la modernidad, veo hiedra y parras trepando por la fachada. A la izquierda se extiende lo que parece un campo de golf. Solo veo dos hoyos, pero es una finca privada en un terreno de lujo en Easton Bay: ¿cuántos hoyos iban a tener? Hay dos cascadas y lo que parece una piscina infinita que se funde con el océano.

No hay nadie fuera. Reina el silencio, salvo por los ecos distantes de las olas que rompen.

¿Y ahora qué?

Nuestro plan, que debo admitir que es bastante penoso, es que me ponga a merodear por la finca a ver qué encuentro... lo que sea, en realidad. En el mejor de los casos, a Matthew. Lo sé, lo sé, pero... ¿qué otra cosa podemos hacer? Rachel va a hablar con Hayden. A plantarle cara, si hace falta. Y si nada de eso funciona, si no encontramos a Matthew ni ninguna pista...

Aún tengo la pistola.

Tengo una extraña sensación de seguridad. Supongo, por supuesto, que la simpática Irene habrá llamado a la policía. En algún momento encontrarán cámaras de tráfico o lo que sea que nos ubiquen en Newport, pero aún tenemos tiempo. O al menos eso me parece a mí.

Voy subiendo por el camino que lleva a la entrada, bien pegado a los árboles. Cuando la tengo a la vista, me agazapo y observo. Rachel está acercándose a la puerta. Probablemente la tenga a unos cincuenta metros. La finca, por supuesto, es enorme.

Cuando Rachel se acerca a la puerta principal, esta se abre.

Y aparece Hayden Payne.

Gertrude Payne acabó sus largos en la piscina cubierta. Hacía treinta años que dedicaba cuarenta y cinco minutos diarios a la natación. Pasaba la mayor parte del tiempo allí, en Newport, pero en su mansión de Palm Beach y en su rancho de Jackson Hole también tenía piscina exterior y cubierta. Era importante para ella. Era un ejercicio fantástico, claro. Ahora nadaba más despacio que antes, algo nada sorprendente, teniendo en cuenta su edad. Cuando era joven había albergado esperanzas de llegar a competir, pero en aquella época su padre creía que los «deportes de chicas» no eran más que una pérdida de tiempo. Aun así adoraba el agua, la paz que le transmitía, el silencio que lo invadía todo, solo interrumpido por el ritmo regular de su respiración.

Uno de sus bisnietos lo llamaba «el pequeño paréntesis mental de Pixie».

Y no se equivocaba.

Cuando salió del agua, Stephano la estaba esperando con una toalla.

—¿Qué pasa?

—Acaba de llegar Rachel Anderson.

Y la puso al día sobre la conversación entre Hayden y su vieja amiga de la universidad.

Tenían pinchado el teléfono de Hayden desde que Burroughs había salido de la cárcel. Hayden podía ser irracional e infantil. Se dejaba llevar por las emociones y podía vacilar llegado el caso.

—¿Qué deberíamos hacer? —dijo Pixie, una vez que la puso al corriente.

—Esto se nos está yendo de las manos —respondió Stephano.

—No te tragas que quiera que le ayude a identificar a alguien de las fotos, ¿verdad?

Stephano frunció el ceño.

—¿Usted sí?

—No. ¿Tienes un plan?

—Por lo que dicen las noticias, Rachel Anderson está colaborando y encubriendo a un infanticida convicto huido de una cárcel federal —dijo Stephano, exponiendo los hechos con su habitual tono pragmático. Nunca elevaba ni bajaba el tono de voz. Siempre actuaba con calma, sin perder el control, sin agitarse lo más mínimo, por complicada que fuera la situación—. Lo expondré fríamente: deberíamos agarrarla ahora que está aquí. Descubrimos dónde se esconde David Burroughs. Tiene que saberlo. Lo encontramos. Los hacemos desaparecer a los dos. Para siempre. Le encargo a uno de mis hombres que se lleve su coche, de modo que si la policía descubre que ha estado aquí, tenemos pruebas de que se ha ido. Si nos preguntan, decimos que vino pidiendo que le enseñáramos unas fotografías.

—De modo que... ¿desaparecen, sin más? —dijo Gertrude.

—Sí.

—¿Y qué pensará la policía? ¿Que han escapado?

—Probablemente. Seguirán con la búsqueda, por supuesto.

—Pero no los encontrarán nunca.

—Nunca —dijo Stephano.

—Supón que ya se lo hayan dicho a alguien.

Stephano sonrió.

—Nadie se lo creería. Y aunque se lo creyeran, entre los abogados de la familia y yo conseguiríamos que cerraran la boca.

Gertrude se quedó pensando. En cierto modo, no era una solución tan excepcional. El mejor modo de solucionar un problema es eliminar el problema.

—Estás seguro de que no hay otro modo, ¿no?

Stephano no respondió. No había necesidad.

—¿Cuándo llega Rachel?

—Acaba de aparcar —dijo Stephano—. Solo necesito su visto bueno.

—Lo tienes.

Hayden salió y abrazó a Rachel. Ella se dejó abrazar, haciendo

esfuerzos para no encogerse, o incluso echarse atrás. Pero ahora lo sabía. No tenía dudas. Lo notaba en él: las mentiras, los engaños, la maldad. Le había dado innumerables pistas a lo largo de los años. Su propensión a la violencia. Las veces que lo había encubierto su familia. Ella lo había aceptado, de buen grado incluso, porque iba en su beneficio. Aquella noche la había salvado. Lo sabía. Y a partir de entonces la imagen que tenía de él se había visto sesgada. En el fondo lo sabía. En el fondo notaba que había algo en él que no estaba bien, pero se había dejado engañar. Hayden la había ayudado. Por otra parte era rico y poderoso, y lo cierto es que estar con él resultaba divertido y emocionante.

—Me alegro de verte por aquí otra vez —dijo, sin dejar de abrazarla —. Hacía mucho tiempo que no venías a Payne.

Cuando se retiró y le miró a la cara, ella intentó sonreír.

—¿Qué pasa? —preguntó Hayden.

—¿Podemos dar un paseo por el jardín?

—Claro. Pensaba que tenías fotos que querías enseñarme.

—Luego te las enseño. Primero quiero hablar, si te parece bien.

Hayden asintió.

—Claro. Me apetece.

Caminaron en silencio hacia el patio lateral. A lo lejos Rachel veía la fuente con la cabeza de espejo y más allá oía el océano.

—Bonito, ¿no? —dijo él.

—Sí.

—Lo ves igual que yo, ¿no?

—No sé muy bien qué quieres decir, Hayden.

—Los dos apreciamos esta belleza. Los dos experimentamos lo mismo. Aquí tenemos empleados. Tenemos a personas que trabajan dentro y fuera de la casa. Tienen ojos, igual que yo, y ven lo mismo que veo yo. La experiencia es la misma. Aquí no hay un mirador reservado a los ricos. Entonces, ¿por qué tienen tanta envidia? Vemos lo mismo. Experimentamos el mismo placer.

A Hayden le gustaba hacer eso, justificar su riqueza de algún modo, y ella lo sabía. Pero ahora no quería entrar en eso. Escrutó los setos buscando a David con la mirada, pero o estaba muy bien escondido o

ya no estaba allí.

—¿Hayden?

—¿Sí?

—Lo sé.

—¿Qué es lo que sabes?

—Que tienes a Matthew.

—¿Perdona?

—¿Podemos saltarnos la parte en que lo niegas todo? Lo sé, ¿vale? Te inventaste lo de la actriz italiana. Te mudaste a otro país para que nadie pudiera ver al niño. Tu familia es megarrica, pero tú no eres blanco de la prensa rosa, así que no es que los paparazzi se peleen por conseguir fotos de ese supuesto hijo que estás criando.

Hayden siguió caminando con las manos a la espalda. Alzó la vista al cielo y frunció los párpados.

—Conseguí el archivo digital de esa foto y la amplié —prosiguió ella—. El niño de la foto va cogido de la mano de un hombre. La mano es tuya, Hayden.

—¿Y eso cómo lo sabes?

—Por tu anillo.

—¿Tú crees que soy el único que lleva un anillo de graduación?

—¿Estuviste en el parque de atracciones? ¿Sí o no?

—¿Y si te digo que no?

—No te creeré —dijo Rachel—. ¿De quién era el cuerpo que encontraron en la camita de Matthew?

—Lo que dices es una locura, Rachel.

—Ojalá lo fuera. De verdad. David planteó una teoría.

—David Burroughs —dijo Hayden, con una sonrisa forzada—. El convicto huido que estás encubriendo.

—Sí.

—Oh, me muero por oírla.

—Él cree que estabas enamorado de mí.

—¿Ah, sí?

—Noté algo en la universidad. O sea, que te interesabas por mí. Pero me imaginé que era cosa del vínculo que habíamos creado con una experiencia tan terrible.

—¿Con eso de «tan terrible» —dijo Hayden, endureciendo ligeramente la voz— quieres decir cuando te salvé de que te violaran?

—Sí, Hayden, eso es exactamente lo que quiero decir.

—Deberías estar agradecida.

—Lo estaba. Y lo estoy. Pero lo gestionamos mal. Tendríamos que haber informado de ello. Y que saliera el tiro por donde saliera.

—Me habrían expulsado, o algo peor.

—Entonces quizá es así como tenía que ser.

—¿Por salvarte?

—Sí, bueno, en ese caso, los responsables de tomar las decisiones pertinentes lo habrían entendido. Pero nunca lo sabremos. En lugar de hacer eso, lo mantuvimos en secreto. Y así es como sucede siempre con los Payne, ¿no, Hayden? Tu familia usa sus recursos para enterrar lo que no quieren ver.

—¡Oh, sí! —dijo Hayden—. Los ricos son malos. Qué novedad.

—No es cuestión de buenos o malos, sino de responsabilidad.

—¿Tú crees en Dios, Rachel?

—¿Y eso qué cambia?

—Yo sí. Yo creo en Dios. Y mira lo que me ha dado —dijo, extendiendo los brazos y girando el cuero—. Mira, Rachel. Mira lo que Dios le ha dado a la familia Payne. ¿Tú crees que ha sido por casualidad?

—La verdad es que sí.

—Tonterías. ¿Sabes por qué se sienten especiales los ricos? Porque lo son. ¿O crees en un Dios que nos ha premiado? ¿O crees que el mundo es todo caos y casualidad? ¿En qué crees tú?

—En el caos y la casualidad —dijo Rachel—. ¿Dónde está Matthew, Hayden?

—No, no, quiero oír la teoría de David. Decías que tenía la impresión de que yo estaba enamorado de ti. Sigue desde ahí.

—Lo estabas, ¿no?

Él se detuvo, se giró hacia ella y abrió los brazos.

—¿Y quién dice que no lo esté aún?

—Y cuando le pedí a Barb Matteson que me diera una cita para Cheryl en la clínica de fertilidad, ella te lo dijo, ¿no?

—¿Y si lo hizo?

—Estarías contrariado. Me querías para ti. Y de pronto iba a tener un bebé con el esperma de un donante. Eso no te cuadraba, ¿verdad?

Hayden sonrió.

—¿Llevas el teléfono encima?

—Sí.

—Déjamelo.

—¿Por qué?

—Quiero asegurarme de que no estás grabando todo esto.

Ella vaciló. Él seguía sonriendo como un desquiciado. Ella miró a uno y otro lado, con la máxima sutileza posible, por si veía a David. No había ni rastro de él.

—Dame tu teléfono, Rachel.

Ahora su tono era más duro. No había elección. Ella se metió la mano en el bolsillo, con la esperanza de encontrar el botón rojo de colgar para cortar la llamada antes de que él la viera, pero él le agarró de la mano, impidiéndoselo.

—¡Au! ¿Qué haces, Hayden?

Él le metió la mano en el bolsillo, sacó el teléfono y miró la pantalla.

—¿Qué tipo de teléfono es este?

—Es un prepago.

Se lo quedó mirando.

—Quiero oír el resto de tu teoría, Rachel.

—¿Cómo te sentiste cuando te enteraste de que iba a recibir esperma de un donante? —preguntó.

—Igual que me sentí cada vez que te echabas uno de esos novios patéticos e insignificantes. Me pareció un desperdicio.

—Tenías que haber sido tú.

—Tenía que haber sido yo. Yo te rescaté, Rachel. Deberías haber sido mía.

—Tu familia era la dueña de la clínica de fertilidad.

—Sigue.

—Así que habría sido fácil organizarlo. ¿Amenazaste a alguien o les sobornaste?

—Raramente veo la necesidad de amenazar. Con el dinero y los acuerdos de confidencialidad suele bastar.

—Te aseguraste de que usaran tu esperma para la donación.

Hayden cerró los ojos, sonrió y elevó la mirada al cielo.

—Aquí solo estamos tú y yo, Hayden. No te costaría nada sincerarte.

—Ojalá no hubieras hecho esto.

—¿El qué?

Él negó con la cabeza; la sonrisa ya había desaparecido de sus labios.

—¿Qué creías que iba a pasar, Hayden?

—Pensé que tendrías un hijo mío. Que te lo diría más tarde.

—¿Y que eso haría que me enamorara de ti?

—Quizá. En cualquier caso, seríamos familia, ¿no? En el peor de los casos, podía ser que no quisieras nada de mí y que criaras a mi hijo sola. Pero lo más probable era que me dejaras formar parte de tu vida. No eres inmune a la influencia de mi familia. ¿Recuerdas aquellas vacaciones de Pascua, cuando fuimos a aquella mansión en Antigua con el avión de la familia? Tu rostro, Rachel. Estabas extasiada. Te encantaban las fiestas. Te encantaba el poder. Eso fue, en parte, el motivo de que nos volviéramos tan íntimos. Así que sí, mi plan era que concibieras con mi esperma. ¿Por qué ibas a querer el de un donante anónimo si podías tener el mío?

—El de alguien especial a los ojos de Dios —añadió ella.

—Exacto. Unos genes estupendos. De alguien que te quería. Tenía todo el sentido del mundo.

—Lo tendría, claro, de no ser porque al final yo no fui a la clínica.

—Sí. Tu pantomima engañó a todo el mundo en Berg. Es irónico, si lo piensas bien. Tú, aquí, hablando de las malas artes de mi familia, que esconde secretos...

—... cuando mi hermana y yo estábamos haciendo lo mismo exactamente.

—Sí, Rachel.

—¿Cuándo supiste que no era yo, sino Cheryl?

—Cuando vi que no te quedabas embarazada... y Cheryl sí. Así que fui a la clínica Berg en la que supuestamente habías recibido el

esperma. Le mostré tu foto a la médica. No te reconoció. Entonces le enseñé la foto de Cheryl...

Se encogió de hombros.

—¿Y entonces?

—Entonces esperé. Planifiqué. Observé. De todos modos, David estaba ya en las últimas. Eso lo sabes, ¿no? El matrimonio no iba a durar. Lo que hizo Cheryl... esa mentira lo destrozó, lo reconcomía por dentro. Yo creo que él siempre supo que el niño no era suyo. Así que les observé de cerca. Esperé pacientemente.

—Mataste a otro niño.

—No, Rachel.

—Esa noche alguien fue asesinado.

—Esa fue en parte la causa de que esperara. Esperé. Y mientras tanto le di a ese niño una vida espectacular.

—¿Qué demonios significa eso?

—No es importante.

—Sí, para mí sí lo es.

—No, Rachel, lo único que es importante para ti es el pequeño que rescaté esa noche. Mi hijo.

—Le cargaste el asesinato a David.

—En realidad no. Cuando esa anciana testificó en el juicio diciendo que lo había visto con el bate, confieso que me quedé de piedra. ¿Sabes lo que pensé?

—Dime.

—Que David había empezado a creerse que lo había hecho, así que había enterrado el bate por si acaso. Luego me enteré de que alguien tenía una cuenta pendiente con su padre. Pero no, no intenté mandar a David a la cárcel de por vida. Nada de todo esto es culpa suya. Él había criado a mi hijo lo mejor que había podido. No quería hacerle más daño del necesario.

—¿Y por qué esas medidas tan extremas?

—¿Qué otra cosa podía hacer, Rachel? No podía reconocer que me había asegurado de que en la clínica usaran mi muestra. —Levantó la mano—. Y antes de que me sueltes un discurso, recuerda quién empezó todo esto. Tú y tu hermana. Vuestras mentiras.

En eso tenía parte de razón, y Rachel lo sabía.

—¿Y quién está al corriente de todo esto?

—Pixie, por supuesto. Stephano. Y ya está. Cuando hice el cambio traje aquí a mi hijo. Confieso que estaba aterrado. Me preocupaba haber cometido un error terrible. Pixie encargó una prueba de paternidad. Confirmó que era mi hijo. Al principio el niño estaba enfadado. Lloraba mucho. No dormía. Echaba de menos a su madre... y a David. Pero los niños se adaptan. Le pusimos Theo. Inventamos la tapadera de la actriz italiana. Luego me lo llevé al extranjero. Lo metí en el internado más exclusivo de Suiza. Tenía la esperanza de que esa maldita marca de nacimiento desapareciera. El médico dijo que desaparecería. Pero no fue así. Se ha quedado ahí. Aunque nadie se puso a buscar a Matthew. Al fin y al cabo estaba muerto, no desaparecido. Pero el parecido que aún conserva con su imagen de entonces...

—Hayden.

—¿Qué?

—Aún podemos arreglarlo.

—¿Cómo?

—Devuelve a Matthew.

—¿Así, sin más?

—Nadie tiene que saber dónde ha estado ni con quién.

—¡Oh, venga ya! Claro que lo sabrán. Y no puedes demostrar nada de todo esto, Rachel, lo sabes. Nunca le pondrás la mano encima al niño, y aunque lo hicieras, ¿de verdad crees que podrías obligar a un Payne a hacer un test de ADN? Además, ¿qué probaría el test? Que soy el padre y que Cheryl es la madre. Diré que Cheryl y yo tuvimos un lío.

Fue entonces cuando David salió de entre los arbustos. Los dos hombres se quedaron mirándose a los ojos. Hasta que David dijo:

—¿Dónde está mi hijo?

—¿Dónde está mi hijo? —le digo.

Me quedo mirando al hombre que me ha destrozado la vida. Me tiembla todo el cuerpo.

—David... —dice Rachel.

—Llama a la policía, Rachel.

—No puede —dice Hayden. Tengo su teléfono. Y en cualquier caso no serviría de nada. La policía no podría entrar en esta propiedad sin una orden. —Da un paso adelante—. Pero David, yo creo que podemos solucionar esto.

Echo una mirada a Rachel y luego vuelvo a mirarlo a él.

—¿Dónde está Matthew?

—Matthew no existe. Tú lo mataste. Si te refieres a Theo...

No necesito oír eso. Me dirijo hacia la casa. La desmontaré ladrillo a ladrillo si hace falta. Ya no me importa. Pero tengo que ver a mi hijo.

Los dos me siguen.

—¿No quieres oír mi propuesta? —pregunta Hayden.

Aprieto el puño. Está demasiado lejos como para golpearle.

—No.

—No es hijo tuyo. Estoy seguro de que eso ya lo sabes. Pero has sufrido injustamente. Eso siempre me ha hecho sentir mal: que te llevaras tú la culpa, que acabaras en la cárcel. Así que déjame que te ayude. Escúchame, David. Los Payne tenemos recursos. Podemos sacarte del país, conseguirte una nueva identidad...

—Eres un lunático.

—No, escúchame.

Y llega el momento. Estamos a unos veinte metros de la puerta principal. Me doy la vuelta, me tiro encima suyo y le agarro la garganta con una mano. Oigo a Rachel otra vez:

—David.

Pero no me importa. Estoy a punto de tirar a Hayden Payne al suelo cuando oigo otra voz, de un hombre, que dice, sin alterarse:

—Está bien, ya basta.

Es un hombre corpulento, con el cabello oscuro. Lleva un traje negro.

Y tiene una pistola en la mano.

—Suéltalo, David —dice el hombre.

Habla con voz tranquila, suave incluso, pero hay algo en su tono que hace que no puedas dejar de escucharlo. Tiene una mirada fría, glacial, que he visto más de una vez en la cárcel.

Y de pronto, en ese momento, tengo una revelación.

No sé si es la palabra exacta, pero se le acerca bastante. Todo ocurre en menos de un segundo. Conozco a los tipos como él. Conozco la situación. Sé que está armado, y en una propiedad privada. Sé que ha venido a matarme. Sé que lo que tengo que hacer es proteger a Rachel y a Matthew, que no importa lo que me pase a mí.

Con todo eso en mente, actúo muy rápido.

Aún tengo a Hayden cogido por el cuello. Tiro de él, me lo coloco delante, y por un momento lo uso como escudo.

Con la otra mano saco la pistola.

No es la primera vez que uso una pistola. Mi padre era agente de policía. Se encargó de que supiéramos defendernos. El tío Philip y él solían llevarnos a Adam y a mí al campo de tiro de Everett los sábados por la tarde. Acabé haciéndolo bastante bien, no tanto con los blancos fijos, pero sí en los ejercicios de simulación en que aparecen figuras de cartón aleatoriamente. A veces era un criminal. A veces un civil inocente. No es que fuera el mejor a la hora de diferenciar ambos tipos de blanco, pero recuerdo lo que me enseñó mi padre.

Nada de disparar a la cabeza. Ni de apuntar a las piernas ni intentar herir al contrario. Apunta al centro del torso de modo que tengas el mayor margen de error posible.

El hombre enseguida se da cuenta de lo que estoy haciendo.

Levanta su arma. Pero mi decisión, la rapidez de mi reacción, y el hecho de estar usando a Hayden Payne como escudo temporal, me da ventaja.

Disparo tres veces.

Y el hombre cae al suelo.

Hayden suelta un grito y sale corriendo hacia la puerta. Intento seguirle, pero en ese momento veo a otro hombre desenfundando.

No me lo pienso.

Disparo tres veces más.

Este también cae.

No sé si los dos hombres están muertos o heridos. No me importa. Hayden está al otro lado de la puerta.

Corro hacia el primer hombre caído. Tiene los ojos cerrados, pero yo creo que aún respira. No tengo tiempo de hacer comprobaciones. Me agacho y le quito la pistola de la mano. Luego me vuelvo hacia Rachel.

—¡Vamos! —le grito.

Rachel se pone en marcha. Corremos hacia la puerta principal. Me preocupa que esté cerrada con llave, pero no lo está. ¿Quién necesita una cerradura de seguridad viviendo en un lugar así? Entramos en el vestíbulo. Cierro la puerta a mis espaldas y le entrego una de las pistolas.

—¿David?

—Por seguridad. Por si alguien intenta entrar.

—¿Tú dónde vas?

Pero ya lo sabe. Ya estoy subiendo las escaleras por donde oigo pasos de alguien corriendo. No sé cuántos hombres armados pueden tener. Ya he abatido a dos. No me importa a cuántos más tendré que disparar. Lo único que me preocupa es tener suficientes balas.

La casa es de un blanco puro, estéril, casi institucional. Casi no hay toques de color. Tampoco es que preste demasiada atención a eso. Oigo ecos de pasos. Los sigo.

—¡Theo!

Es la voz de Hayden.

Agarro la pistola con fuerza y avanzo por el pasillo. De una habitación sale una anciana:

—¿Hayden? ¿Qué está pasando?

—¡Pixie, cuidado!

Cuando la anciana se da la vuelta, nuestras miradas se cruzan. Ella abre bien los ojos: me ha reconocido. Sabe quién soy. Sigo corriendo por el pasillo hacia el lugar donde he oído la voz de Hayden. La anciana no se mueve. Se queda mirándome con gesto desafiante. No tengo ningunas ganas de tirar al suelo a una anciana. Lo haré si es necesario, pero no creo que haga falta. Paso a su lado y sigo corriendo.

—¿Pixie?

Es Hayden otra vez. Está ahí delante, en el dormitorio de la izquierda. Entro a toda prisa y levanto el arma: va a tener que decirme dónde está mi hijo o...

Y ahí está Matthew.

Me quedo helado. Aún tengo la pistola en la mano. Mi hijo levanta la vista. Nuestras miradas se cruzan. Esos ojos siguen siendo los de mi hijo. En Times Square sentí una sobrecarga sensorial. Ahora experimento algo parecido, por dentro, en la sangre, en las venas, y crea un murmullo que se me extiende por el cuerpo sin encontrar una vía de salida. Quizá esté temblando. No estoy seguro.

Entonces veo unas manos apoyadas en sus hombros.

—Theo —dice Hayden, intentando mantener la compostura—, este es mi amigo David. Estamos jugando a un juego con pistolas, ¿verdad, David?

El primer pensamiento que me viene a la cabeza es extraño: Matthew tiene ocho años, no cuatro. Eso no se lo traga. Se lo veo en la cara. Una parte de mí querría acabar con todo esto ahora mismo, levantar la pistola y volarle la tapa de los sesos a ese cabrón, y luego afrontar cualquier consecuencia. Pero mi hijo está ahí. Me guste o no, cree que ese hombre es su padre. No le tiene miedo. Eso lo veo. Por descorazonador que sea, de quien tiene miedo es de mí.

No puedo disparar a Hayden en presencia de Matthew.

—David, este es mi hijo Theo.

Siento el contacto del gatillo en el dedo. En realidad ya he disparado a dos personas. ¿Qué importa una más?

A lo lejos oigo un ruido. La habitación, como el resto de la casa, es moderna, con ventanales del suelo al techo. Me acerco y miro al

exterior. Veo un helicóptero que aterriza en el césped.

La anciana que Hayden ha llamado Pixie entra y se sitúa a mi lado.

—Vamos, Theo. Es hora de irnos.

—Él no se va a ningún sitio —digo yo.

Pixie me mira a los ojos y en su rostro aparece una sonrisa apenas insinuada.

—¿Cuál es tu plan, David? Hemos llamado a la policía local. Freddy, que es el jefe de policía, viene hacia aquí, probablemen te con la mitad de sus hombres. Saben que estás armado, que eres peligroso y que ya has disparado a dos hombres. Creo que Stephano está muerto. Freddy adora a Stephano. Juegan al póker una vez por semana. Si tienes suerte, si bajas la pistola y te presentas en el jardín con los brazos bien levantados, quizá no te disparen. Quizá.

—Sé lo que hicisteis vosotros dos.

—Pero nunca podrás probarlo. ¿Qué pruebas tienes?

Miro a Theo. Ya no parece especialmente asustado. Más bien se le ve confundido e intrigado, con un gesto en el rostro que me recuerda a su madre.

—¿Qué es lo que te crees? —prosigue Pixie—. ¿Qué le harán un test de ADN al niño? De eso nada. Para eso necesitas una orden judicial. Y tienes que convencer a un juez de que hay un motivo convincente. Nosotros conocemos a todos los jueces del estado. Tenemos los mejores abogados. Trabajamos codo con codo con todos los políticos. Theo volverá a salir del país y tú te pudrirás en Briggs.

—Además —añade Hayden, sonriendo con suficiencia—, es como le dije a Rachel: ¿qué crees que demostraría un test? ¿Quieres criar a un hijo que lleva sangre Payne en las venas? Es mi hijo.

Miro a la anciana y veo la sombra de una duda en su gesto. Y respondo:

—No, Hayden. No lo es.

Hayden parece perplejo. Mira hacia la tal Pixie, que tiene la mirada clavada en el suelo.

—Yo no creí a mi mujer cuando me dijo que no había llegado hasta el final con la inseminación —les digo—. Pensé que le había dado la puntilla a nuestro matrimonio. Lo intentamos con Matthew, pero no

estoy seguro de que hubiéramos acabado sobreviviendo como pareja.

Hayden mira a Pixie.

—¿De qué está hablando?

—Conseguí entrar en mi antigua dirección de correo electrónico. Aquí está. Estos correos son de hace ocho años. Cuando descubrí que Cheryl había ido a una clínica de fertilidad, me hice una prueba de paternidad. Dos, de hecho. Para estar más seguro. Y confirman que soy el padre de Matthew.

Los ojos casi se le salen de las órbitas.

—Eso es imposible. ¿Pixie?

Ella no le hace caso.

—Ven conmigo, Theo.

—No lo hagas —digo yo.

—No me dispararás.

—Pero yo sí.

Es Rachel. Que entra en la habitación con la pistola en la mano.

—¿Hayden?

Él se limita a negar con la cabeza.

—Déjame adivinar —dice Rachel—. Trajiste a Matthew hasta aquí. Estabas atenazado por el pánico. Te preguntabas si habías hecho lo correcto. Eso es lo que me has dicho, ¿no?

Él no deja de negar con la cabeza. Oigo las sirenas acercándose.

—Si la prueba de paternidad hubiera concluido que no eras el padre, ¿qué habrías hecho? Probablemente habrías contado la verdad. Habrías confesado —dice Rachel, mirando a Pixie—. Y eso ella no podía permitirlo. Te mintió, Hayden. No eres el padre. Eso no debería importar. Ser padre no es solo cosa de biología. Pero el niño es hijo de David. De David y de Cheryl.

De pronto la voz de Hayden es como la de un niño pequeño:

—¿Pixie?

Oigo sirenas. Por un momento me imagino que va a negarlo, pero no parece que tenga demasiado interés.

—Lo habrías devuelto —dice—. O algo peor. En cualquier caso, habrías destruido a la familia. Así que sí, te dijo lo que querías oír; lo que necesitabas oír.

Al menos diez coches patrulla recorren el camino que lleva a la puerta a toda velocidad y se sitúan enfrente, en formación.

—No importa, Hayden —dice Pixie—. Tenéis que subir al helicóptero. Enseguida.

—No.

Ahora es mi hijo el que habla.

—Quiero saber qué está pasando aquí —dice Matthew.

—Es todo parte del juego, Theo —responde Pixie.

—¿Tan tonto pensáis que soy? —Se vuelve hacia mí—. Tú eres mi padre.

No sé si es una pregunta o una afirmación. Los policías ya están dentro de la casa, subiendo las escaleras a la carrera, gritando algo de que salga con las manos en alto, y todo eso. Pero yo apenas lo oigo. No les presto atención. Solo veo a mi hijo.

Mi hijo.

Siento la tentación de hincar una rodilla y agacharme, pero en realidad Matthew es un niño de ocho años, no un bebé. Le miro a los ojos y digo:

—Sí. Soy tu padre. Él te secuestró cuando tenías tres años.

Mi hijo me mira. Los dos nos miramos. No aparta la mirada. No parpadea. Yo tampoco. Es el momento más puro, más genuino, de toda mi vida. Mi hijo y yo. Juntos. Y sé que lo entiende. Lo sé.

Y justo en ese momento, la primera bala penetra en mi cuerpo.

OCHO MESES MÁS TARDE

Estoy de pie, a la izquierda de mi tía Sophie, mientras entierran el sencillo ataúd de mi padre, en madera de pino. Philip y Adam Mackenzie lo han llevado en hombros. Han acudido policías de todas las edades. Muchos. Mi padre tenía muchos amigos. No habían compartido demasiado tiempo con él, pero se habían acercado a darle el último adiós.

Siento los ojos del tío Philip puestos en mí. Asiente casi imperceptiblemente, pero significa mucho para mí. Ha estado ahí. Siempre estará ahí.

En la finca Payne me dispararon tres veces.

Habrían seguido disparando. Eso es lo que me dijeron. Pero Matthew fue corriendo y se me echó encima. Cuando los polis lo vieron, dejaron de disparar. Yo no me enteré de nada; estaba inconsciente.

A mi derecha, siento una manita que agarra la mía. Es reconfortante. Me doy la vuelta, miro a Matthew y le sonrío. Miro más allá, donde está Rachel, cogiéndole la otra mano a Matthew. Esboza una sonrisa, y siento que se me hincha el pecho. La miro y le dejo claro que estoy bien.

Mi padre llevaba mucho tiempo enfermo. Podía habernos dejado hace mucho. Pero quiero pensar que ha aguantado lo suficiente como para verme exonerado... y para ver otra vez a su nieto.

No tengo palabras para expresar lo que significa eso para mí.

Todos bajamos la cabeza para el Kaddish. Soy el primero en la fila para iniciar el ritual de tirar tierra sobre la tumba de mi padre. Luego va tía Sophie. Le cojo del brazo, más para mantenerme en equilibrio yo que para ayudarla a ella. Me he pasado dos meses en el hospital y me han operado seis veces. Me han dicho que es poco probable que vuelva a caminar otra vez, pero voy a darlo todo con la fisioterapia.

Me gusta enfrentarme a los retos. Supongo que es algo que se me da bien.

Después del funeral volvemos a la vieja casa de Revere para recibir a las visitas. Los fantasmas siguen ahí, por supuesto, pero hoy parecen estar tranquilos en señal de respeto. Ninguno de nosotros somos religiosos, pero los rituales nos dan cierta paz. Los amigos nos han enviado suficiente comida como para llenar Fenway Park. Yo me siento en la silla baja, como es costumbre, escucho anécdotas sobre mi padre. Es reconfortante.

Ahora la tía Sophie vivirá aquí sola.

—Este barrio es todo mi mundo —me dijo una vez.

En una pausa, la tía Sophie me da un golpecito en el brazo y señala a Rachel con un gesto de la cabeza. Rachel está ayudando a colocar una bandeja más de sándwiches de carne.

—Entonces, ¿Rachel y tú...? —me pregunta.

—Estamos empezando —digo yo.

La tía Sophie sonríe. No se lo traga.

—Empezando... más o menos. Me alegro mucho. Tu padre también estaba contento.

Trago el bocado que tengo en la boca y me quedo mirando a esta mujer que tanto quiero.

—Me hace feliz —le digo a mi tía. Y tengo la impresión de que nunca he dicho nada tan en serio en mi vida.

El agente especial Max Bernstein está al final de la fila de quienes vienen a presentar sus respetos, con su compañera Sarah Jablonski. Ambos me dan la mano y me dan el pésame. Bernstein pasea la mirada por toda la sala.

—No sé si es el momento adecuado... —me dice.

—¿Para qué?

—Para ponerte al día de los últimos acontecimientos.

Miro a su compañera, y luego a él.

—Es el momento adecuado.

Es Jablonski la que habla:

—Puede que tengamos una pista sobre... sobre la identidad de la víctima.

El niño que apareció en la camita de Matthew. Miro a Bernstein.

—La familia Payne gestiona un orfanato en el extranjero —dice—. Es todo lo que sabemos de momento.

—Pero sabremos más —añade Jablonski.

Tardé tres meses en recobrar la libertad. Tanto Philip como Adam perdieron sus trabajos. Aún se habla de juzgarlos, a ellos y a Rachel, por colaboración y complicidad. También se habla de los dos «guardias de seguridad» a los que disparé en la finca Payne. Pero nuestra abogada, Hester Crimstein, parece convencida de que eso se quedará en nada. Espero que tenga razón.

Necesito estirar las piernas, especialmente la que recibió el balazo, así que me pongo en pie. Estoy a punto de ir a la cocina, pero me detengo de golpe.

Nicky Fisher está en la esquina con los brazos cruzados, mirándome.

La noche anterior, Nicky tomó un vuelo desde Florida y se presentó en la casa de Revere. Me dijo que saliera para que pudiéramos hablar en privado en el porche. Mis dos amigos gorilas estaban de pie en la acera, junto a un SUV negro. Me saludaron con la mano. Yo les devolví el saludo.

Nicky Fisher levantó la vista hacia el cielo negro y dijo:

—Siento lo de tu viejo.

—Gracias.

—Cuéntamelo todo, David. No te dejes nada.

Así que lo hice.

Probablemente vosotros, como Nicky Fisher, querríais oír que Gertrude y Hayden Payne están cumpliendo largas condenas en la cárcel. Pero no es así. Después de que me dispararan, Max se presentó en la finca. El tío Philip se había sincerado con él, y había entendido muchas cosas. Eso ayudó. Aun así, una vez estabilizado, me trasladaron a la enfermería de Briggs. Las ruedas de la justicia giran despacio. Tal como decían los Payne, no había pruebas consistentes de que Hayden o su abuela hubieran cometido delito alguno. Nada que apuntara a que Hayden estaba implicado en ningún asesinato o secuestro, aparte del hecho de que tuviera a Matthew. Ningún indicio de que Gertrude Payne supiera nada, aparte de que Hayden le había

dicho que el niño era su hijo. ¿Cómo había acabado el niño en manos de Hayden? Él había contado una historia sobre una actriz italiana que sería su madre. Sí, una sarta de mentiras. Algunas eran obvias. Pero cuando dispones de un equipo de poderosos abogados, jueces y políticos capaces de sembrar dudas a cualquiera, la rueda de la justicia acaba parándose. El dinero lubrica los engranajes. Pero también puede frenarlos.

Anoche le expliqué todo eso a Nicky Fisher en el porche. Él escuchó sin interrumpir. Cuando acabé, Nicky dijo:

—Eso no puede quedar así.

—¿Qué es lo que no puede quedar así?

—No pueden irse de rositas.

Entonces Nicky Fisher se alejó del porche, se subió al SUV y se fue.

Ahora ha vuelto. Cruzamos una mirada, y él también asiente. Pero su gesto es diferente al del tío Philip. Este me produce una especie de cosquilleo frío en la espalda, pero no sé decir si el cosquilleo significa algo bueno o algo malo.

Voy a pensar que es algo bueno para mí y malo para los Payne.

Me abro paso entre la gente asintiendo, sonriendo, estrechando manos. Cuando llego a la cocina veo a Ronald Dreason, el marido de Cheryl, mirando por la ventana de atrás en dirección al viejo patio. Voy a su lado.

—¿Cómo lo llevas? ¿Bien? —me pregunta Ronald.

Yo asiento.

—Gracias por estar aquí.

—Faltaría más.

Nos quedamos allí de pie, uno al lado del otro, mirando por la ventana de la cocina. Cheryl está ahí fuera, con Ellie, su hija de cuatro meses, en brazos. Miro de reojo a Ronald, el orgulloso padre, y lo veo sonriendo. Quiere a Cheryl. Y eso también me alegra.

—Tienes una hija preciosa —le digo.

—Sí —responde Ronald, henchido de orgullo—. Sí que es preciosa.

Y ahí, de pie en mi viejo patio, con su madre, está Matthew.

Todo esto es nuevo para nosotros, pero de momento Cheryl y yo compartimos la custodia de nuestro hijo. Pasa una semana con Cheryl

y Ronald y la siguiente con Rachel y conmigo. De momento parece que funciona.

¿Y cómo está Matthew?

Tiene alguna pesadilla, pero menos de las que cabría pensar. Los niños son fuertes, y él más. ¿Sufrirá efectos adversos a largo plazo? Todo el mundo dice que es probable, pero yo soy más optimista. Los ocho años son una edad curiosa. Es lo suficientemente mayor como para entender la mayoría de cosas. No puedes mentirle sobre lo sucedido, ni edulcorarlo. Hayden trató bien a Matthew, gracias a Dios, pero el niño se pasó la mayor parte de su vida sin padres, en un internado suizo para ricos. Parece echar más de menos a sus amigos y profesores que al hombre que antes consideraba su padre. Pero tiene buenos recuerdos de Hayden. Me pregunta por eso, por cómo un hombre que había hecho algo tan malvado podía ser tan amable con él. Yo intento explicarle que los seres humanos son más complicados de lo que creemos, pero lo cierto es que no tengo una respuesta.

Ahora observo cómo Cheryl pone a Ellie en brazos de su hermano.

Matthew quiere a su hermanita. La coge con suavidad, con cuidado, como si fuera de cristal, pero está radiante. Mientras estoy mirando a mi precioso hijo, siento el brazo de Rachel rodeándome la cintura. Ella también se queda mirando. Todos lo hacemos, mientras nos esforzamos por sacar nuestra vida adelante todos juntos, y quizá también mi padre esté mirando, desde algún lugar.

AGRADECIMIENTOS

El autor (a quien de vez en cuando le gusta referirse a sí mismo en tercera persona) querría dar las gracias a las siguientes personas, no en este orden precisamente: Ben Sevier, Michael Pietsch, Wes Miller, Kirsiah Depp, Beth de Guzman, Karen Kosztolnyik, Lauren Bello, Jonathan Valuckas, Matthew Ballast, Brian McLendon, Staci Burt, Andrew Duncan, Alexis Gilbert, Janine Perez, Joseph Benincase, Albert Tang, Liz Connor, Rena Kornbluh, Mari Okuda, Rick Ball, Selina Walker, Charlotte Bush, Becke Parker, Sarah Ridley, Glenn O'Neill, Mat Watterson, Richard Rowlands, Fred Friedman, Diane Discepolo, Charlotte Coben, Anne Armstrong-Coben, Lisa Erbach Vance, Cole Galvin y Robby Hull.

Esta es la parte en la que los autores solemos decir que todos los errores son culpa nuestra, pero en realidad estos tipos son los expertos. ¿Por qué iba a cargarme yo todas las culpas?

También quiero mencionar a George Belbey, Kathy Corbera, Tom Florio, Lauren Ford, Hans Laaspere, Barb Matteson y Wayne Semsey. Estas personas (o sus seres queridos) han hecho generosas contribuciones a organizaciones de beneficencia elegidas por mí a cambio de que su nombre aparezca en esta novela. Si alguien quiere participar en el futuro, puede escribir a giving@harlancoben.com.

HARLAN COBEN

MYRON BOLITAR

1. Motivo de ruptura

El agente deportivo Myron Bolitar está a las puertas de conseguir algo grande. El prometedor jugador de fútbol americano Christian Steele está a punto de convertirse en su cliente más valioso. Sin embargo, todo parece truncarse con la llamada de una antigua novia de Christian que todo el mundo cree muerta. Para averiguar la verdad, Bolitar tendrá que adentrarse en un laberinto de mentiras, secretos y tragedias.

2. Golpe de efecto

Parecía que la carrera de la tenista Valerie Simpson iba a ser relanzada de nuevo. Dejaría atrás su pasado fuera de las pistas. Pero alguien se lo ha impedido. A sangre fría. Como agente deportivo, Myron Bolitar quiere llegar al fondo del asunto y descubrir qué conexión hubo entre dos deportistas de élite en un pasado que cada vez se intuye más turbio.

3. Tiempo muerto

Diez años atrás, una lesión fatal acabó prematuramente con la carrera deportiva de Myron Bolitar. Ahora, una llamada del propietario de un equipo de baloncesto profesional le brinda la oportunidad de volver a la cancha. Pero esta vez no se trata de jugar profesionalmente, sino de infiltrarse de incógnito en el entorno del equipo para averiguar el paradero de un jugador misteriosamente desaparecido.

4. Muerte en el hoyo 18

En pleno apogeo del prestigioso Open estadounidense de golf, acaban de secuestrar a un adolescente. Se trata del hijo de una de las estrellas femeninas, Linda Coldren, y de su marido, Jack, otro golfista profesional que este año tiene posibilidades de ganar el torneo. El agente deportivo Myron Bolitar acepta el encargo de intentar encontrar al muchacho.

5. Un paso en falso

Brenda Slaughter es una estrella del baloncesto profesional. Como agente deportivo, Myron Bolitar tiene interés profesional por ella. Y también otro tipo de interés más personal. De repente, la vida de Brenda puede correr peligro, y Myron decide protegerla. El origen de la pesadilla que está viviendo la jugadora puede encontrarse en su pasado, así que Myron tendrá que desentrañar el misterio si quiere salvarla.

6. El último detalle

Myron Bolitar recibe una noticia inesperada: su socia Esperanza Díaz ha sido acusada del asesinato de uno de sus clientes, un jugador de béisbol profesional. Como es lógico, la intención inicial de Myron es ayudar a su socia en todo lo que pueda, pero el abogado de Esperanza le recomienda a esta no mantener ningún contacto con él.

7. El miedo más profundo

La visita de una exnovia sorprende a Myron Bolitar. Y trae noticias perturbadoras. Su hijo se está muriendo y necesita urgentemente un trasplante. El único donante ha desaparecido. Pero eso no es todo. Hay algo más íntimo: el adolescente ¡es también hijo de Myron! Desde el momento en que conoce la noticia, para Myron el caso se convierte en

el más personal de su vida.

8. La promesa

Hace seis años que Myron Bolitar lleva una vida tranquila. Por desgracia, eso va a cambiar por culpa de una promesa. Decidido a proteger a los alocados hijos de sus amigos, Myron cumple la promesa de ayudar a una chica que le pide que la lleve en coche. Él la deja en la dirección indicada y ella... desaparece misteriosamente sin dejar rastro.

9. Desaparecida

Hace una década que Myron Bolitar no sabe nada de Terese Collins, con la que mantuvo una relación. Por eso, su llamada desde París lo coge totalmente por sorpresa. Tras la larga desaparición de Terese se esconde una trágica historia y un turbio pasado. Ahora es sospechosa del asesinato de su exmarido.

10. Alta tensión, IV Premio RBA de Novela Policiaca

Suzze T es una famosa tenista retirada que se ha casado con una estrella de rock y además ahora está embarazada. Tras descubrir un mensaje anónimo en el que se pone en duda la paternidad de su hijo, el marido de Suzze T desaparece. Desesperada, la extenista recurre a Myron Bolitar.

11. Un largo silencio

Hace diez años, dos niños fueron secuestrados y jamás volvieron a ser vistos... hasta ahora. Win llama a su amigo Myron Bolitar porque cree que ha aparecido uno de ellos. Pero encontrarlo no resuelve el caso, sino que plantea más dudas. ¿Qué ha pasado todo este tiempo? Y ¿dónde está el otro chico?

OTROS TÍTULOS DE

HARLAN COBEN

EN RBA

Sin un adiós

David Baskin es una estrella del baloncesto que juega en los Boston Celtics. Laura Ayars es una supermodelo con una carrera fulgurante. Ambos iban a convertirse en un matrimonio perfecto. Pero la tragedia se cruzó en sus caminos durante su luna de miel en Australia. Una mañana, David salió a nadar y ya no volvió. Laura se quedó sola y con muchas preguntas sin respuesta.

Factor de riesgo

Un laboratorio médico de Nueva York está a punto de descubrir la sorprendente cura a una de las mayores plagas médicas de las últimas décadas. Sin embargo, algunos de los pacientes que se están sometiendo al estudio están siendo asesinados. Ahora también acaba de morir uno de los doctores responsables. ¿Quién quiere acabar con esta investigación que tiene muchas implicaciones económicas, políticas, sociales e incluso religiosas?

No se lo digas a nadie

El doctor David Beck y su mujer, Elizabeth, vivían desde muy jóvenes

una idílica historia de amor. La tragedia acabó con todo. Elizabeth fue brutalmente asesinada, y el criminal, condenado a prisión. Sin embargo, David está lejos de encontrar la paz. Ocho años después de morir Elizabeth, la sangre vuelve a emerger, y David recibe un extraño mensaje que parece devolver a su esposa a la vida.

Por siempre jamás

De pequeño, Will Klein tenía un héroe: su hermano mayor, Ken. Una noche, en el sótano de los Klein aparece el cadáver de una chica, asesinada y violada. Ante los indicios que señalan a Ken como culpable, el hermano de Will desaparece. Una década después, Will descubre unas cuantas cosas más sobre su hermano.

Última oportunidad

Marc Seidman despierta en el hospital. Hace doce días tenía una vida familiar ideal. Hoy ya no existe. Alguien le ha disparado, su esposa ha sido asesinada y su hija de seis meses ha desaparecido. Antes de que la desesperación más absoluta se adueñe de Marc, recibe algo que le da esperanza: una nota de rescate.

Solo una mirada

Cuando Grace Lawson va a recoger un juego de fotos, observa con sorpresa que hay una que no es suya. Se trata de una fotografía antigua en la que aparecen cinco personas. Cuatro de ellas son desconocidas, pero hay un hombre que es exactamente igual que Jack, su marido. Al ver la foto, Jack niega ser él, pero por la noche desaparece de casa llevándose esa foto.

El inocente

El destino cambió de repente la vida de Matt Hunter. Al presenciar

una pelea, Matt quiso intervenir y acabó matando a un inocente de forma involuntaria. Nueve años después, ya como exconvicto, Matt intenta dejar atrás el pasado. Sin embargo, una simple llamada puede volver a cambiar el rumbo de su vida.

El bosque

Veinte años atrás, durante un campamento de verano, un grupo de jóvenes se adentró en el bosque y fueron víctimas de un asesino en serie. En ese grupo iba la hermana de Paul Copeland, y su cuerpo nunca apareció. Ahora, Copeland es el fiscal del condado de Essex y tendrá que decidir cómo afrontar el pasado.

Ni una palabra

Tia y Mike Baye no sospechaban que acabarían espiando a sus hijos. Pero Adam, su hijo de dieciséis años, se ha mostrado muy distante desde el suicidio de su mejor amigo. Su actitud les preocupa. Cada vez más. Porque detrás de secretos y silencios se esconden algunas verdades inesperadas y una realidad trágica.

Atrapados

Haley McWaid es una buena chica de la que su familia se siente orgullosa. Por eso, es extraño que una noche no vuelva a dormir a su casa. La sorpresa da paso al pánico cuando la chica sigue sin aparecer. La familia de Haley se teme lo peor.

Refugio

Las cosas para el joven Mickey Bolitar parecen no ir demasiado bien. Tras la muerte de su padre, se ha visto obligado a internar a su madre y a irse a vivir con su tío Myron. Por suerte para él, ha conocido a una chica llamada Ashley. Sin embargo, la muchacha desaparece.

Quédate a mi lado

Megan, Ray y Broome notan el peso del pasado. Megan ahora es feliz con su familia, pero hace años caminó por el lado salvaje de la vida. Ray fue un talentoso fotógrafo al que el destino llevó a trabajar para la prensa amarilla. Y Broome es un detective obsesionado con un caso de desaparición archivado.

Seis años

Hace seis años, Jake vio cómo el amor de su vida, Natalie, se casaba con otro hombre llamado Todd. Jake nunca ha podido olvidarla. Por ello, al enterarse de la muerte de Todd, Jake no puede evitar asistir a su funeral. Allí le espera una incomprensible sorpresa que cambiará completamente la imagen que él tenía de Natalie.

Te echo de menos

En un sitio web de citas, Kat Donovan, una policía de Nueva York, ve la foto de su exnovio Jeff, que le rompió el corazón hace dieciocho años. Al intentar ponerse en contacto con él, su optimismo se va transformando en sospechas y en un creciente terror.

No hables con extraños

A Adam Price se le acerca un hombre desconocido en un bar y le anuncia algo que no esperaba sobre su mujer. Aunque al principio no quiere creerlo, sabe que no podrá ignorarlo y que intentará averiguar qué hay detrás de todo ello. ¿Quién podría tener algún interés en revelar secretos de los demás?

Engaños

Maya Burkett acaba de enterrar a su marido. Dos desconocidos le

dispararon mientras ambos estaban en el parque. Apenas unos días después, Maya se lleva una siniestra sorpresa. A través de la cámara de vigilancia que ha instalado en el salón para poder observar a su pequeña hija Lily y a su niñera, ve a una persona que no debería estar ahí: Joe, su marido. No hay duda de que es él. ¿Cómo es posible?

No te rindas

En el último curso de instituto, Napoleon Dumas perdió a su hermano gemelo en un extraño accidente. Poco después, la chica de la que estaba enamorado Napoleon desapareció sin dejar rastro. ¿Estaban los dos sucesos relacionados? Napoleon está convencido de ello. Ahora es policía y, tras muchos años, ha aparecido una pista que puede desvelar los secretos de aquellos días.

En fuga

Simon Greene espera en un banco de Central Park a que aparezca su hija Paige. Ella es drogadicta y a veces pide dinero en el parque. En cuanto se encuentran, la chica huye y Simon no puede alcanzarla porque se interpone entre ellos Aaron, el siniestro joven que convirtió a Paige en yonqui. Meses más tarde, Aaron es asesinado y Simon teme por la vida de su hija huida. Tiene que encontrarla cueste lo que cueste.

El chico del bosque

Una chica del instituto de Matthew ha desaparecido misteriosamente. Como era impopular, a nadie parece importarle que ya no esté. A nadie, excepto a él, que siente que le debe algo a una compañera a la que nunca han tratado bien. El muchacho cuenta con dos ayudas excepcionales: la de su abuela —la mediática abogada Hester Crimstein—, y la de Wilde, un extraño amigo de la familia, que cuando era pequeño vivió solo en el bosque.

La coincidencia

Wilde nunca ha sabido cuáles eran sus orígenes, pero ha llegado el momento de averiguar algo de su familia, para lo cual recurre a una empresa de análisis de ADN. Los resultados le conducen hasta su padre biológico, pero su encuentro genera más preguntas que respuestas. La búsqueda de ADN acaba revelando otra coincidencia, otro familiar, un personaje mediático. Sin embargo, tan pronto como lo encuentra, este desaparece repentinamente. Wilde no se va a detener ahora: quiere averiguar la verdad por muy terrible que sea.

Te encontraré

David Burroughs vive una vida idílica hasta que una noche alguien asesina a su hijo Matthew mientras él dormía. Acusado injustamente, una década después se encuentra en la cárcel cuando Rachel, la hermana de su esposa, le trae una fotografía de un parque de atracciones en la que se puede observar a un niño que tiene un parecido inquietante con Matthew. David tendrá la absoluta certeza de que su hijo sigue vivo y se convertirá en un prófugo decidido a descubrir la verdad.

CONSULTE OTROS TÍTULOS DEL CATÁLOGO EN:
www.rbalibros.com